
Un destino a mi medida
CAROL SOJO

Título: Un destino a mi medida
Primera edición: 2026
Corrección: Tania Moreno
Diseño de cubierta: Sara Hernández (The Blue Cat)
Maquetación: Duna Alba
Deposito Legal: M-2222-2026
© Carol Sojo
Obra registrada en el Registro de la propiedad intelectual.
Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con autorización de los titulares de la propiedad intelectual. Diríjase a Safe creative si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.
safecreative.org

«Cuando menos te lo esperas el pasado puede venir a remover el presente, y nunca sabes a donde te va a llevar, sólo puedes confiar en que sea un sitio al que deseas ir».

Anónimo

Para Daniel y Adrián, gracias por recordarme siempre dónde se encuentra la verdadera felicidad.

Un destino a mi medida

CAROL SOJO

PRÓLOGO

Con frecuencia, consideramos escasos un par de segundos, los infravaloramos; pero son suficientes para abrazarnos, besarnos, acariciarnos, sonreír… Deberíamos dar al tiempo el valor que merece, apreciar cada instante. Porque apenas unos segundos, son también suficientes para que tu vida, tal y como la conocías, desaparezca, produciendo sobre ti el mismo efecto que el inocente soplo de un niño sobre un diente de león.

Todo lo que eras hasta ese momento, explota ante tus narices sin que haya nada que puedas hacer. La impotencia y la tristeza se entremezclan. La realidad se distorsiona, se vacía, convirtiéndose en una versión de tu vida que carece de sentido. Porque de repente le falta algo: el alma, justo lo que a ti se te escapó en tan solo un instante.

Una llamada, un puñado de palabras que no conseguí entender de forma correcta… Creo que el cerebro no está preparado para asumir esa información sin antes plantearse que debe de tratarse de una broma sin escrúpulos. Pero, poco a poco, ese mensaje tomó forma y se me clavó dentro, provocándome un dolor que, hasta ese momento, no sabía que existiese.

El discurso, escuetas frases aprendidas. Una voz que luchó con todas sus fuerzas por implicarse solo lo justo, supongo que para no perder la cabeza en su trabajo. Una batalla continua contra la empatía humana. Intentó, sin éxito, no resultar frío, acompañar de calidez lo que tenía que decirme. Terminó con un «lo siento» que no caló, que retumbó en mi interior y que no me llegó. Me doblé sobre mí misma, el aire de la habitación parecía haberse esfumado, mi cuerpo temblaba descontrolado, y entonces grité. Aún no sé si lo hice demasiado alto o si emití un ruido casi inaudible, ahogado entre sollozos. No podía soportarlo y no sabía cómo iba a contárselo a ella.

Levantarnos y reponernos era un objetivo que parecía inalcanzable. Y, entonces, llegó otro golpe certero, uno que venía anunciándose desde hacía meses de manera macabra, una imagen que jamás se borrará de mis retinas: ella, inerte, tendida sobre el suelo. El miedo, las prisas, no saber cómo actuar. Esa vez la llamada la hice yo.

Sonaron las sirenas. No son pocas las veces que el recuerdo vuelve sin previo aviso, para retorcerme por dentro de manera despiadada.

Podría haber optado por permanecer hundida el resto de mi vida, pero decidí que valía la pena luchar por darnos a las dos una segunda oportunidad.

---- DANI ----

Un destino a mi medida

Diciembre — 2008

—Y por fin, ante todos vosotros, el gran Robert Bliss.

Una voz enlatada resonó en la sala, mientras una nube de humo invadía el escenario y dejaba entrever la silueta de un pequeño hombre. La nube se fue disipando y el público, formado por unas doscientas personas, comenzó a aplaudir sin parar. Unos focos proyectaban dos haces de luz blanca hacia aquel personaje que tomaba posición delante de un atril. Su cabello era níveo, brillante, ondulado. Debido a su rostro liso, sin signos del paso del tiempo, con rasgos marcados y una mandíbula cuadrada, resultaba imposible adivinar su edad. Lucía una sonrisa amplia y estudiada. Su imagen dejaba patente su carisma sin necesidad de hacer uso de las palabras.

—Buenas tardes. Antes de nada, me gustaría agradeceros que hayáis hecho un hueco en vuestras vidas para dedicarlo a mi humilde persona. No sabéis cuán afortunado me hacéis sentir. Vosotros, amigos míos, si me permitís que me tome la licencia de llamaros así, sois, sin lugar a duda, el motor de mi felicidad. Y hoy estoy aquí para guiaros en la búsqueda de vuestro propio motor.

Aquel hombre menudo parecía ocupar cada vez más espacio en el escenario; se movía con la soltura propia de un *showman*. Gracias a la entonación de su discurso, y a la seguridad con la que pronunciaba cada una de sus palabras, conseguía transmitir una confianza instantánea. Cada gesto

despertaba en los allí presentes una sensación de respeto y admiración. Había que ser muy escéptico para escucharlo y no dejarte convencer de lo que él considerase oportuno.

—Debéis tener claro que no existe una fórmula universal para ser feliz. Cada uno de nosotros necesita buscar lo que le funcione, y luchar por alcanzar ese estado de ánimo. Mucha gente que cree ser feliz, en realidad no ha alcanzado, ni por asomo, el máximo nivel de satisfacción que un ser humano puede, y debe, lograr en su vida. Y ahora, seguro que os estáis haciendo esta pregunta: «¿qué puedo hacer yo para no pertenecer a ese grupo y ser plenamente feliz?».

—Sí, ¿qué puedo hacer? Por favor, dime qué puedo hacer para conseguirlo. —La voz retumbó desde el fondo de la sala, cargada de desesperación. Daba la impresión de que esa participación espontánea no lo era tanto.

Dani se tapó los labios con sus manos para esconder una maliciosa sonrisa. La situación le sobrepasaba. Por un instante, se preguntó por qué se había ofrecido a malgastar su tarde de viernes libre en un espectáculo como ese, aunque de sobra conocía la respuesta: se llamaba Ana y estaba sentada justo a su lado. Se giró con la intención de distinguir al espontáneo, pero no lo logró, la sala estaba demasiado oscura. En el escenario, aquel hombre continuaba con sus descabelladas teorías.

—Para conseguirlo no es necesario que conozcáis cuál es vuestro fin, o como queráis llamarlo. Muchas personas creen saber qué les hará felices y, sin embargo, una vez alcanzan ese objetivo se dan cuenta de que no era lo que esperaban, que aquello que pensaban que iba a ser perfecto para ellos al final resultó ser tan solo una ilusión, una meta distorsionada. Por lo tanto, como muchos de los aquí presentes ya sabéis, os invito a cambiar las reglas del juego, a dejar de guiaros por lo que creéis que es lo mejor para vosotros, y a que os pongáis en manos de un auténtico profesional, que no podría ser otro que vuestro destino.

Tras pronunciar esa última palabra, el silencio que reinaba entre el público dio paso a una cálida ovación. Robert pidió calma con un simple gesto y continuó.

—Sí, amigos míos. Él siempre os está lanzando señales. Solo debéis estar atentos a ellas y seguirlas. De ese modo, alcanzaréis vuestro propio destino, que es el único capaz de haceros felices de verdad.

Dani suspiró profundamente y movió la cabeza a ambos lados. Estaba seguro de que no iba a lograr apartar todas esas ideas descabelladas de la cabeza de Ana, era demasiado testaruda.

—Si no escogéis vuestro camino, el único, el diseñado por el universo como

un traje hecho a medida, no alcanzaréis vuestro estado más pleno. Y ahora os surgirá otra pregunta: «¿qué son las señales?».

—Sí, la intriga me va a matar… Me va a matar —susurró Dani al oído de Ana, imitando al hombre misterioso del fondo. Buscó a cambio una sonrisa cargada de complicidad, sin embargo, tan solo obtuvo como respuesta una mirada fulminante que le pedía guardar las formas.

—Esta es la parte más complicada, porque las señales no se os van a aparecer como un cartel luminoso. ¡Ojalá! Las señales pueden presentarse de las formas menos pensadas: un encuentro fortuito; una propuesta inesperada; algo que no habíais oído en vuestra vida, o desconocíais, y que de repente no para de repetirse a vuestro alrededor; que ante vosotros aparezcan objetos o situaciones que os hacen pensar, una y otra vez, en alguien o algo determinado… Cuando recibáis estas señales, debéis seguirlas sin miedo. Esa es vuestra ruta. —Dio varios golpes firmes sobre el atril para enfatizar la solemnidad sus palabras—. No lo dudéis ni por un instante, solo así alcanzaréis una vida plena. Si apartáis vuestros miedos e inseguridades y os dejáis guiar por vuestro destino, conseguiréis hallar vuestro objetivo: la felicidad. —En este punto del discurso, el hombre hablaba casi a voz en grito. Respiró hondo, carraspeó un par de veces para modular su tono y continuó—: Esto mismo es lo que hicieron cada uno de los ponentes, que, a continuación, van a contarnos su propia experiencia. Son personas que han alcanzado su felicidad plena y que están dispuestos a compartir su historia con nosotros —concluyó Robert Bliss como colofón a un discurso que a Dani se le antojó infumable, pero que, al parecer, funcionaba a la perfección para el resto del público, fiel a sus falacias.

A continuación, el primer ponente se dirigió hacia el atril, tomó posición y se dispuso a contar, con todo lujo de detalles, su increíble historia sobre cómo las señales lo guiaron hasta un estado de ánimo que él no creía que existiese.

—Vaya montón de palabrería barata —pensó Dani sin querer en voz alta, arriesgando con ello su vida ante las miradas poco amigables que recibió de los asistentes que estaban sentados a su alrededor. Desvió la vista hacia el suelo con disimulo y esperó a que la tensión desapareciese—. No subirás ahí, ¿verdad? —susurró pasados unos minutos, esta vez en un tono apenas audible por Ana.

—Daniel, cállate y presta atención. La vivencia de ese hombre es muy interesante. Nos ayuda a identificar nuestras propias señales a través de su ejemplo; es la mejor forma de aprender. Además, no estoy preparada para salir. Solo debes subir ahí si ya has alcanzado tu plenitud. Yo llevo solo unos meses leyendo sus libros, ni siquiera he comenzado a seguir sus indicaciones —

argumentó ella, con una seriedad en su rostro que, en los últimos meses, se había tornado más habitual de lo normal.

—Perdón por mi atrevimiento, la ignorancia que es muy mala. No sé cómo he podido dejar de atender y tener la osadía de preguntarte algo así. Me falta mucho por aprender —continuó él con un tono algo burlón, mientras intentaba relajar el ambiente y hacía oídos sordos a la prohibición de hablar de Ana—. No volverá a ocurrir —añadió, e intentó acomodarse en la silla, buscando una posición adecuada para echar una cabezada.



Pasaron varias horas, las cuales se convirtieron en un desfile de personas con un subidón de alegría que parecía originado por alguna sustancia ilegal. De vez en cuando, Dani miraba a Ana de reojo con la intención de captar su atención, pero ella atendía absorta, casi sin pestañear, a aquellos personajes. Era la primera vez que la veía mantenerse tan callada y concentrada durante tanto tiempo. Se mordió el labio inferior y pensó en la de veces que había tenido que pedirle que se callase mientras veían una película en el cine; podría ganarse la vida como comentarista.

Dani navegaba entre recuerdos cuando, de repente, una gran ovación lo sobresaltó. Respiró profundamente, aliviado, y luego se unió a los vítores y aplausos casi con mayor euforia que ninguno de los allí presentes. Por fin, aquella pesadilla había terminado. Tenía que celebrarlo.

—Recordad: podéis comprar cualquiera de mis libros en el *stand* situado justo a la salida de la sala. Además, también podréis haceros con mi última obra, *A dos pasos de la felicidad*, en primicia. —Se escuchó decir al gran «gurú», casi a voz en grito para hacerse oír entre su emocionado público.

Dani no entendía a esa panda de ilusos que ya se amontonaba junto a un pequeño *stand* que había aparecido como por arte de magia. Todos ellos deseosos de adquirir alguno de los ejemplares de ese «gurú» de medio pelo. Confiaba en que Ana guardase algo de cordura y no cayese en ese *marketing* barato, pero entonces reparó en que ella ya no estaba a su lado. La buscó con la mirada y la encontró en primera fila, con uno de esos libros entre sus manos. La alcanzó mientras se mordía el labio y la miraba resignado. Ella, a cambio, ignoró su gesto y se refugió tras la contraportada del libro, con la satisfacción dibujada en su cara.

Los dos se dirigieron en silencio hacia la zona de los ascensores, donde tuvieron que esperar varios viajes hasta que llegó su turno para poder subirse. Durante la espera y el trayecto en ascensor, no intercambiaron ni una palabra. Él escuchó estupefacto las conversaciones de aquellos «creyentes» y prefirió guardar silencio por temor a decir de nuevo algún comentario poco afortunado y no salir de allí muy bien parado. Además, Ana no dejó de lanzarle miradas que le pedían que no abriese la boca.

Tras unos minutos que se hicieron eternos, llegaron al recibidor. Se pararon junto al enorme portón de salida y se pusieron sus abrigos. Ella se equipó por completo con guantes, bufanda y gorro. Apenas dejó visibles sus enormes ojos color miel.

Una vez estuvieron listos, salieron a la calle y por fin dejaron atrás aquel hotel de aspecto anticuado situado en la Gran Vía madrileña.

---- DANI ----

Un poco más de ti

Nada más poner un pie en la calle, sintieron una oleada de aire helado en el rostro. Dani tomó una bocanada y alivió así parte de la tensión que aún contenía su cuerpo. Ana se acurrucó en su abrigo y se apretó fuerte contra él, quien no dudó en abrazarla para que entrase en calor.

Anduvieron juntos, abrazados, disfrutando de una Gran Vía que invitaba a pasear y que rebosaba vida en cada uno de sus rincones gracias a los cientos de transeúntes que admiraban el alumbrado navideño, indiferentes a las bajas temperaturas.

—Siento ser tan directo, pero no vuelvo a dejarme arrastrar a un espectáculo de estos —dijo por fin Dani, mirando a Ana con desaprobación.

—No es un espectáculo, es una conferencia. Por favor, no empieces a burlarte de nuevo, te lo ruego —respondió ella, juntando sus manos a modo de súplica de un modo algo teatral—. Además, que yo recuerde no te he arrastrado. De hecho, te dije que no vinieses conmigo, que no hacía falta porque tú no lo comprendes. Ves a toda esa gente como locos, personas desesperadas por encontrar un propósito que necesitan una voz que los guíe, que los acompañe, que los alimente con palabras cargadas de mensajes positivos, que les haga sentir sus vidas más llenas… —continuó ella, repitiendo retazos de una conversación ya compartida—. De verdad, no sé para qué has venido. Pero no me digas que te arrastré, porque yo no te obligué a venir.

—Al menos me escuchas cuando te hablo —dijo él asombrado. Daba por hecho que, cuando soltaba esos discursos, ella ponía el piloto automático y lo

ignoraba por completo mientras asentía sin prestarle la más mínima atención —. Sí, eso es justo lo que pienso, que esa gente busca sentido a su vida en las palabras de un extraño. Y lo de arrastrarme hasta aquí, no es que lo hayas hecho literalmente, es que no podía dejarte venir sola al *Encuentro de la felicidad a un solo paso de ti* —continuó, enfatizando las últimas palabras.

—¿Por qué no? —preguntó ella desafiante.

—Lo siento, no me fiaba. No quería sentirme culpable de que tus órganos acabasen siendo vendidos en el mercado negro y yo no hubiese hecho nada por evitarlo. Aunque, bueno, al final la realidad ha superado a mi imaginación y, aunque no han robado ningún órgano a nadie, lo que he presenciado esta tarde ha sido verdaderamente asombroso. No puedo entender que toda esa gente se crea esa sarta de mentiras. ¿A qué empuja ese hombre con su acento americano ensayado? Porque yo creo que ese, como muy lejos, es de Toledo. ¿Robert, dice? Vamos, hombre, Roberto de toda la vida.

Ana no pudo evitar reírse ante el escepticismo de Dani.

—Bueno, a lo que iba, que me voy por las ramas. ¿A qué empuja a sus fieles seguidores? ¿A qué dejen de vivir? ¿A qué esperen que las señales los guíen hacia una vida mejor? ¿Sabes una cosa, Ana? La vida se te puede pasar mientras esperas. Tienes que tomar decisiones, no esperar a que el universo mueva sus supuestos hilos y las tome por ti. Tu vida está aún por escribir, solo con tus decisiones trazarás tu propia historia —dijo casi sin respirar, quizás demasiado rápido, perdiendo algo de sentido en lo que quería decir, como hacía siempre que se ponía nervioso o se sentía irritado.

—Dani, en mi vida he tomado cientos de decisiones, y bastantes de ellas me han llevado a un resultado muy diferente a lo que había imaginado. ¿Qué hay de malo en creer un poco en la magia y dejarnos llevar? Siempre es interesante probar nuevas formas de afrontar la vida, ¿no crees? —No esperó obtener respuesta—. Reconozco que cuando tropecé por primera vez con uno de sus libros fui bastante escéptica, más o menos como tú ahora. De todas formas, lo leí solo por curiosidad y me di cuenta de que era justo lo que necesitaba. Tardó poco en atraparme con sus argumentos y los casos reales de la gente que sigue sus teorías. Solo necesitaba venir a una de sus conferencias para comprobar de primera mano si su filosofía de vida era cierta. Y, sin duda, hoy lo ha conseguido. Así que… sí, estoy preparada para probar. No tengo nada que perder.

—Espero que al menos no hayas tenido que pagar para asistir a la charla. Perdón, conferencia —se corrigió sobre la marcha para evitar otra reprimenda —. Con lo que ganará este hombre con sus libros, supongo que tendrá suficiente —indagó Dani para cerciorarse de que ella no se hubiese metido en

una secta en la que estuvieran aprovechándose de su ingenuidad.

—Claro que sí. He pagado la donación voluntaria.

—¿Donación voluntaria? ¿Cuánto has pagado? —De pronto temió haber dado de lleno con lo de la secta.

—A ver, iba a pagar por uno…, pero como te has apuntado en el último momento, he tenido que aumentar mi voluntad para que te hiciesen un hueco en su aforo limitado.

—Ana, por si no te has dado cuenta, había un montón de sillas vacías. ¿Cuánto has pagado? —inquirió Dani expectante.

—Unos doscientos euros por cabeza… Como te he dicho, la voluntad. Podría haber aumentado mi aportación, pero, con lo que gano como recepcionista, no podía permitirme pagar más. Y, además, era la primera vez que asistía, tampoco iba a ir de espléndida sin saber qué iba a encontrarme allí.

—¿Doscientos euros por cada uno? Tú no estás bien de la cabeza. Mira, vamos a darnos la vuelta, a ver si pillamos a ese tío y conseguimos que te devuelva el dinero. Si lo amenazamos con una denuncia seguro que no se resiste, no creo que eso que él hace sea legal del todo. ¿Volvemos? —preguntó él, frenando el paso.

Ana empezó a reírse de manera histérica.

—¿De qué demonios te ríes ahora? Estás aún peor de lo que yo pensaba. Por si no te has dado cuenta, acabas de tirar cuatrocientos euros a la basura. —Dani se llevó la mano a la cabeza y se removió el pelo antes de lanzar su siguiente pregunta—. Por favor, no te tomes a mal lo que te voy a preguntar. Necesito que seas sincera conmigo. ¿No crees que puedes haberte metido en una secta?

—¿En serio? ¿Piensas que soy tan ingenua? ¿Una secta? ¿De qué estás hablando? —replicó Ana exasperada—. ¿Sabes una cosa? Que no piensen igual que tú, no significa que les pase algo raro. Estate tranquilo, por favor. Además, ¿te lo has creído? —Ana le dedicó una mirada cargada de incredulidad antes de proseguir—. ¿Me ves capaz de pagar cuatrocientos euros por asistir a una conferencia?

—¿No era verdad? Pues no ha tenido gracia —replicó él molesto.

—Claro que no es cierto, y sí que ha sido gracioso. Reconócelo. Solo pretendía liberar algo de tensión. ¿Lo ves? Ya estás sonriendo —dijo ella en un tono más relajado, acurrucándose aún más bajo su brazo—. Y una duda… Si hubiese sido una reunión clandestina para traficar con órganos, ¿qué habrías hecho? ¿Tenías algún plan?

—Pues, aunque no me creas, no había planeado nada. Solo llevaba el móvil con el teléfono de emergencias en marcación rápida. Había movilizado a la

policía y a la guardia civil, que aguardaban en la calle a mi señal, y había contratado a un par de seguratas, para que vigilasen la puerta de la sala —bromeó Dani.

—Viniendo de ti, no suena tan descabellado.

—¿Por quién me tomas? —respondió con indignación fingida.

Guardaron unos segundos de silencio, sosteniéndose una mirada cargada de complicidad, hasta que él continuó:

—Ahora en serio, entonces, ¿piensas dejarte guiar por las señales del universo?

—Ya has oído a cada uno de los ponentes, parece que funciona. ¿Y si es verdad? ¿Y si cada persona está predestinada a algo en especial? ¿Y si estamos viviendo una vida que no nos corresponde? Por intentarlo, no pierdo nada. Sabes que ahora mismo siento que estoy… ¿Cómo decirlo…? Mmmmm… Estancada, eso es. Estoy como paralizada, en todos los aspectos de mi vida. La gente de la que me rodeaba en la carrera y en el máster ha ido marchándose, y yo sigo aquí, con el mismo trabajo. Creo que mi vida es bastante monótona para la edad que tengo. Necesito un cambio, encontrar un objetivo, saber cuál es el siguiente paso que debo dar. Así que, una ayudita de mi destino no me vendría nada mal, la verdad. Eso sí, espero que las señales empiecen pronto, ya sabes que soy muy impaciente.

—Ten cuidado, a ver si te vas a equivocar y vas a seguir las señales de otro. Con lo despistada que eres, no me extrañaría, y entonces solo el universo sabe lo que podría pasarte.

—Muy gracioso. Andaré con cuidado.

Continuaron abrazados mientras compartían sus puntos de vista, enfrascados en una conversación en la que, a pesar del empeño de ambos, sabían de antemano que no llegarían a ninguna conclusión. Como era frecuente en sus últimos encuentros, la complicidad y la tensión flotaban en el ambiente de una forma desconcertante.

Atraídos por la música, se detuvieron unos instantes junto a una multitud a disfrutar de un músico que amenizaba la velada entonando *Have Yourself a Merry Little Christmas*, al más puro estilo de Frank Sinatra. Sus miradas se entrelazaron, él la estrechó con fuerza, y aquel mágico escenario quedó relegado a un segundo plano.

La nostalgia y el recuerdo de lo que un día fueron ocupó todo el espacio.

---- DANI ----

Tenemos que hablar

Casi sin darse cuenta habían dejado atrás Plaza de España, y en ese momento caminaban por la calle Princesa. Les faltaban apenas unos cien metros para llegar al portal de Dani y despedirse. Pero ¿y si esta vez era diferente y se ahorraban el hasta mañana?

—¿Quieres subir a cenar? —Él señaló en dirección a su casa, tratando de mostrarse lo más relajado y despreocupado posible.

—No, es que no tengo nada de hambre. Además, mañana trabajo por la mañana, y quiero acostarme temprano. Estoy deseando llegar a mi casa, darme una ducha caliente y meterme en la cama. Creo que hasta me voy a dar el lujo de ir en taxi para evitar el metro. —Ana dio demasiadas explicaciones atropelladas, al mismo tiempo que, de manera sutil, ponía distancia entre ellos.

—¡Vale! —Dani extendió las palmas de sus manos a ambos lados de su cuerpo mientras daba un paso hacia atrás—. Como me has acompañado hasta aquí, pensaba que a lo mejor te apetecería subir un rato.

Ella puso los ojos en blanco y suspiró con fastidio.

—Después de la tarde que te he hecho pasar, era lo mínimo que podía hacer por ti, ¿no crees? Además, estábamos charlando, y como tenía pensado irme en taxi, me daba igual cogerlo allí, que aquí —argumentó, un poco más alto y más rápido de lo habitual.

—Antes nunca decías que no —repuso él sin pensar.

—Antes estábamos juntos, Dani. E, incluso entonces, te decía que no. Ahora, nuestra situación ha cambiado.

Ambos dejaron unos centímetros más de distancia entre ellos.

—Yo no creo que haya cambiado tanto. Cada vez que estamos juntos, somos nosotros —objetó él, gesticulando mucho y elevando la voz más de lo que le hubiese gustado.

—No, por favor. No empieces de nuevo. No veas sentimientos donde ya no los hay —lo interrumpió con la tristeza dibujada en su mirada.

—¿Cómo puedes decirme eso? Sé que en el fondo no crees lo que dices. ¿Por qué no eres capaz de ser sincera conmigo? —contestó él. Sentía la garganta cada vez más áspera.

—No puede ser que estemos teniendo esta conversación otra vez. Dani, eso pasó y ya está. La vida está llena de etapas, y la nuestra como pareja fue bonita, pero ya terminó —dijo ella sobrepasada por la situación.

—¿Etapas? —Su voz se tornó aún más grave—. Joder, Ana, me dejaste hace ya casi un año y continúas quedando conmigo. Aunque no quieras darte cuenta, nos necesitamos —dijo Dani siguiendo las frases de un guion ya escrito, mientras que algunos transeúntes los miraban de reojo.

—Por supuesto que te necesito. Eres muy importante para mí. Pero ya te he dicho que, si aún no estás preparado para que seamos amigos, es mejor que dejemos de vernos durante un tiempo. —Tomó aire antes de continuar—. Sé que mañana me llamarás y dirás que esto no te hace daño, que necesitas mi amistad… Yo te preguntaré si estás seguro, si no vas a volver a intentarlo… Y entonces prometerás algo que no serás capaz de cumplir, y yo caeré, como siempre, y te llamaré. Otra vez. Quedaré contigo y me agarraré de tu brazo para pasear por la calle, y tú te confundirás y empezarás de nuevo está conversación sin sentido. Y seguiremos así, en una espiral de la que, por algún motivo, no podemos, o no queremos, salir.

—Porque aún me quieres… Amor, podemos arreglarlo. Permítenos intentarlo de nuevo; nos merecemos otra oportunidad. —Su voz sonaba suplicante. Dio un paso al frente, acortando la distancia entre ellos.

Ana fijó su vista en el suelo, movió la cabeza de un lado a otro y dejó escapar un suspiro entre sus labios. Le devolvió una mirada decidida, cargada de algo que él no consiguió identificar. ¿Desesperación, quizás?

—No me llames así. Ya no. Por favor, escúchame. Siento decirte esto una vez más: algo cambió en mí. Yo no estaba igual contigo, necesitaba espacio, aclarar mis ideas, mis sentimientos… Lo mejor que podía hacer por los dos era dejarlo, cualquier otra decisión habría sido egoísta por mi parte. Podría haber continuado así durante más tiempo, para aclararme, pero ahora sé que habría acabado igual. —Ana se mordió el labio; sus ojos estaban cada vez más vidriosos.

—Aunque nunca te lo he dicho, tu decisión no me sorprendió. Meses antes de dar lo nuestro por terminado, comenzaste a cambiar. Empecé a notarte diferente a finales de aquel verano. Ana, dime, ¿qué ocurrió? —A modo de respuesta, ella negó con la cabeza y permaneció callada. Él tomo aire y continúo, resignado—: Te fuiste alejando poco a poco. Dejaste de ser la chica que siempre estaba alegre. Te volviste más callada; muchas veces te quedabas como ausente, hundida en tus pensamientos. Sabía que nuestra ruptura ocurriría más temprano que tarde, aunque pasó incluso antes de lo que yo esperaba. Lo que nunca creí, es que fuese a ser para siempre. Yo… me aferré a la idea de que sería algo pasajero. Perdóname si no logro entender que lo que teníamos era tan frágil como para desmoronarse de manera irreparable.

Volvió a dar un paso atrás, se metió las manos en los bolsillos y la miró con incredulidad.

—Lo siento, fue una decisión difícil de tomar. Pero aún necesito estar sola y tener mi espacio, nada ha cambiado —añadió ella, y sin pretenderlo volvió a dejar la puerta entreabierta, un ápice de esperanza.

—No te entiendo. De verdad, no sé a qué estás jugando. —Dani ladeó la cabeza y se revolvió el pelo con la mano sin dejar de mirarla.

—No estoy jugando contigo. Eres tú él que me anima a que, a pesar de nuestra situación, sigamos viéndonos. Lo siento, me voy a casa. No tengo fuerzas para seguir discutiendo —concluyó ella, y se dio la vuelta para continuar su camino hacia la parada de taxis.

Él permaneció inmóvil unos segundos, viendo cómo se alejaba. Sin embargo, sus piernas parecían ir por libre y decidieron ir tras ella, alcanzarla. La agarró con suavidad del brazo y Ana se giró para mirarlo, mientras se limpiaba una lágrima de la mejilla.

—Perdóname, no tenía que haber dicho eso. No juegas conmigo. Es que me cuesta entender que no tengas las cosas tan claras como yo. Mira, ya se me ha pasado. Estábamos tan bien que me he dejado llevar… No volverá a ocurrir, ¿amigos?

Después de oír aquello, Ana le cogió de las manos y le habló con la mayor calma que pudo reunir.

—Esto ha sido tiempo récord. No has esperado ni un día para quitarle importancia y asegurarme que no ocurrirá de nuevo. No puedo hacerte esto más, Dani. Verme tan a menudo no te hace ningún bien. No podemos continuar así. Quizás, por ahora, no es buena idea que seamos amigos. Creo que debes darte un tiempo sin mí. A mí también me costará, pero de aquí a unos meses estoy segura de que me lo agradecerás.

—No hablarás en serio… —Él le soltó las manos y le acarició la mejilla,

llevándose con el gesto otra lágrima.

—Cuando estemos bien, podremos retomar el contacto. Ahora creo que a los dos nos vendrá bien ese tiempo.

—Esto es nuevo en la conversación. —Él sonrió—. No sé si podré hacerlo.

—Lo sé, he improvisado. Sería muy egoísta seguir haciéndote esto, aunque necesite tu amistad. ¿Probamos con un mes sin llamadas?

—Me lo pensaré. —Dani volvió a agarrar sus manos. Era consciente de que no cumpliría su promesa—. Pero te acompaño a la parada, ¿vale? Sin intención de montarme en el taxi contigo, que luego me malinterpretas. —Volvió a sonreír para restar importancia a la escena que acababa de iniciar y descartó la idea de ofrecerse a llevarla él mismo a casa.

Ana le devolvió el gesto sin contestarle. Tras soltarse, caminaron hasta detenerse junto al único taxi que había en la parada. Ella le dio un suave beso en la mejilla y lo abrazó, aprovechando para aspirar su aroma.

—Te echaré de menos. —Lo apretó fuerte entre sus brazos.

—Sabes que mañana te llamaré —contestó él, mientras la envolvía entre los suyos.

—No lo hagas, danos un tiempo.

—¿Y qué harás sin mí todo el fin de semana? —preguntó con una sonrisa canalla.

—Vamos a hacer algo: quedaremos justo aquí, dentro de un mes, en esa cafetería, a las —Ana miró su reloj como si este fuese a decirle la hora a la que debían quedar— siete de la tarde. Me contarás cómo te ha ido ese tiempo sin mí, y veremos si esto funciona. Hasta entonces, nada de llamadas.

Aunque Dani sabía que un mes sin ella no cambiaría nada, prefirió callarse. Algo le decía que no era cuestión de tiempo.

—Si es lo que quieres, haremos el experimento. —Otra vez sonaba despreocupado—. Este mes será fácil. Te irás unos días en navidades, yo estaré hasta arriba de trabajo, y cuando nos demos cuenta será 12 de enero. —Sonrió e intentó descifrar, sin éxito, el gesto ausente en su rostro.

Ella no dijo más, le dio de nuevo un cálido beso en la mejilla y él se lo devolvió. Luego le regaló una sonrisa triste y se montó en el taxi. El vehículo arrancó y Ana se despidió de Dani con la mano, con una dulzura en los ojos con la que no se mira a un amigo.

—Hasta pronto, amor —susurró él a una calle casi desierta.

Se despidieron pensando que no cumplirían su parte del trato y que tardarían solo dos días en volver a verse, lo que no sabían es que pasarían mucho más que unos días hasta que volvieran a encontrarse.

---- DANI ----

Noche en Blanco

Cabizbajo, con los ojos humedecidos y un martilleo incesante en las sienes, Dani giró sobre sus pasos camino a su casa, mientras que el taxi desaparecía en la lejanía. En un gesto de frustración, apretó los puños y apresuró el paso. Retazos de su conversación con Ana le volvían a la mente, como una nebulosa que no conseguía descifrar. Eran muchas las discusiones ya mantenidas… En un tono similar, con pérdida de papeles y arrepentimientos incluidos, y siempre se iba con la extraña sensación de que había algo no encajaba.

Delante de ella, la mayor parte del tiempo lograba disimular con éxito el agotamiento que arrastraba ante una situación que cada vez le pesaba más. Tal vez no tendría que haber sacado el tema de nuevo, o quizás ella debería haber probado, para variar, a ser sincera esa vez. Por un lado, estaban esas lágrimas que se empeñaban en empañar su mirada y el gesto compungido que siempre las acompañaba; y, por otro lado, la determinación de unas palabras que se le antojaban ensayadas, vacías. Dejaría pasar esa noche y la rabia que en ese momento lo cubría todo. Por la mañana, con calma, la llamaría e intentaría aclarar la situación en la que estaban envueltos. En otras ocasiones, había cometido el error de volver a hablar con ella en ese estado, con el juicio nublado, y el final resultaba aún más desastroso que el punto de partida.

Los pensamientos se cruzaban en su cabeza, rápidos, sin orden lógico. Necesitaba parar, dejar la mente en blanco. Se detuvo en seco delante de su portal y cambió de idea. No podía encerrarse en su casa en su actual estado de ira contenida, así que decidió caminar para liberar la presión que sentía en el

pecho.

Durante un largo rato, deambuló por las calles de Madrid, en apariencia sin rumbo fijo. Un paseo a solas siempre le reconfortaba, pero esa noche nada parecía servirle de ayuda. Sentía que ya había jugado con todas sus cartas; estaba exhausto.

Llegó a las inmediaciones del metro Diego de León y se paró en una estrecha callejuela. Se apoyó con desgana sobre una pared y permaneció allí, con la mirada fija en dos de los balcones de la primera planta del edificio de enfrente. La luz de su salón continuaba encendida. Unos pasos, un gesto de su dedo, y escucharía su voz al otro lado. Caminó con decisión hasta el portal, sacó la mano del bolsillo y, antes de alcanzar el telefonillo, la poca cordura que aún le quedaba le dio un latigazo e hizo que se alejara de allí.

Cruzó de nuevo la calle. Antes de marcharse volvió la mirada hacia atrás y pudo ver cómo las luces del pequeño apartamento se apagaban pasadas las once. En ese momento, decidió moverse. Estaba helado. Continuó su paseo, esta vez de vuelta a casa.

A mitad de camino decidió parar a comer algo. No es que tuviese hambre, es que prefería posponer la llegada a su casa. En su habitación, y a solas, las emociones solían magnificarse. A la altura de la glorieta de Bilbao entró en un bar donde estaba seguro de que le darían algo de comer, aunque fuese un poco tarde.

Se dejó caer sobre un taburete junto a la barra, cerca de la máquina tragaperras, que no paraba de intentar captar su atención con un despliegue de sonidos y luces. Colillas y servilletas de papel arrugadas adornaban el suelo. Las paredes amarillentas no daban la mejor de las impresiones de aquella cafetería de antigüedad palpable. Prefirió dejar de fijarse en los pequeños detalles y pasar por alto el desagradable olor a lejía.

Se apoyó con dejadez sobre la pegajosa barra y, sin dejar escapar ni un ápice de su simpatía natural, pidió al camarero una cerveza y un bocadillo de lo que les quedase. A los pocos minutos, tenía su cena sobre la barra. Con la mirada perdida, se bebió el botellín de un solo trago y le dio un par de mordiscos al bocata, sin intención de conocer su contenido. Sintió cómo el estómago se le encogía; el sabor no era agradable, el pan estaba rancio. A pesar de que esos bocadillos sabían a gloria después de una buena fiesta, esa noche no podía dar un mordisco más. Dejó su cena casi intacta sobre el plato, se sacudió las migas, pidió la cuenta, pagó y volvió a salir a la calle.

Pasada de largo la medianoche, se encontró de nuevo en el punto de partida. Una vez en su portal, tuvo que hacer dos o tres intentos con varias llaves, pues no lograba concentrarse. Tras abrir la pesada puerta, subió los escalones de dos en dos hasta alcanzar la cuarta planta y entró en su casa. Sintió alivio al recordar que Sergio, su compañero de piso, estaba de guardia. Al menos así evitaba dar explicaciones innecesarias y soportar uno de los discursos interminables de su amigo. Además, si sus planes de dormir se truncaban, podría hundirse en sus recuerdos sin que nadie lo impidiese.

Atravesó el largo pasillo sin molestarse en encender la luz, dándose algún que otro golpe por el camino, hasta llegar a su habitación, que se encontraba al fondo. Una vez en su dormitorio, encendió la lamparita que tenía en la mesilla, la cual impregnó la estancia de una agradable luz tenue. Se desvistió rápidamente, amontonó la ropa sobre un pequeño sillón que hacía las veces de armario auxiliar y se dirigió al baño. Se dio una breve ducha con agua tibia y volvió a la habitación. Luego se puso el pijama, apagó la luz y se metió en la cama, esperando encontrar algo de calma bajo la calidez de su edredón.

Apenas diez minutos después, la escena no era la esperada. Había tirado toda la ropa al suelo y se encontraba sentado en el sillón, a oscuras, con una manta sobre sus hombros. El móvil entre sus manos iluminaba su cara mientras revisaba las llamadas perdidas y los mensajes. Resignado, miró al techo y tomó aire. Se levantó de nuevo, lanzó el teléfono sobre la cama y volvió a encender la luz. Descalzo, comenzó a pasear por el pasillo al tiempo que divagaba e intentaba, por enésima vez, descifrar qué se escondía detrás del comportamiento de Ana.

Tras vagar por la casa sin obtener una solución, volvió a su habitación, se tumbó en la cama de lado y dio algo de espacio a las lágrimas.

Cada poco volvía a mirar la pantalla del móvil y los mensajes recibidos. O, de repente, se sorprendía a sí mismo borrando un mensaje que no debería haber comenzado a escribir. Los recuerdos se adueñaban de toda la estancia y paseaban por ella a sus anchas, asegurándose de no dejar a Dani solo ni un segundo. Recuerdos de lo compartido juntos; antes, durante su relación y después de esta.

Desde la primera vez que la vio, supo que ella era especial. Pero no se imaginaba hasta qué punto. Hacía ya casi tres años de aquello, el tiempo volaba. Después llegaron los encuentros que ella propició… Y por fin llegó ese día, el del primer beso. No había nada comparable a ese momento. Ocurrió varios días después de su veintinueve cumpleaños. Bueno, en realidad sabía el día exacto: el 23 de junio 2006.

---- DANI ----

Una ronda de recuerdos

Aquel viernes, Dani había organizado una fiesta de cumpleaños con Sergio, su inseparable amigo y compañero de piso, que cumplía años unas semanas después que él. Les encantaba preparar fiestas conjuntas desde que eran niños, y, sin duda, ese año se habían superado. Querían celebrar los veintinueve años por todo lo alto, porque Dani se negaba a celebrar los treinta al año siguiente. Pensaba que estaría demasiado deprimido como para andarse con fiestas y que era mejor darlo todo en la despedida de los veinte.

Para esa ocasión, reservaron casi toda la terraza de un bar en la plaza de Olavide. Les había costado una pequeña fortuna, pero les dio igual. Su espacio estaba delimitado con grandes maceteros negros y su música, ajena a esos límites, inundaba las inmediaciones. Los camareros salían con bastante frecuencia para reemplazar las jarras vacías de tinto de verano y de sangría, así como para asegurarse de que no faltasen cervezas y refrescos en los enormes cubos llenos de hielo que habían dejado repartidos por el lugar. Sobre algunas mesas altas dispersas, también habían puesto algo de picoteo.

Más de cincuenta invitados disfrutaban de la noche. Las risas y las conversaciones flotaban en el ambiente. Olía a verano.

Ella y sus amigos estaban en su lista de invitados.

En cuanto Dani la vio, supo que no iba a dejar pasar la noche sin aclarar las cosas con ella de una vez por todas. Ana estaba increíble, había dejado de lado sus pantalones anchos y sus amplias camisetas —prendas que le hacían parecer aún más menuda—, y lucía una blusa blanca entallada y una falda corta de flores que realzaba sus esbeltas piernas. Su larga melena castaña caía con mucho movimiento sobre sus hombros y sus ojos brillaban, dispuestos a comerse el mundo. En cuanto vio a Dani, se acercó a él con los brazos abiertos de par en par.

—Felicidades guapo, menuda fiesta habéis montado.

—Muchas gracias —dijo él, abrazándola—. Tomad lo que queráis, y si os apetece algo que no veáis por aquí, pedidlo. Hoy hemos tirado la casa por la ventana —añadió mientras intercambiaba saludos con sus acompañantes, Clara y Víctor.

—Eso haremos —contestó Ana.

Dani estuvo con unos y con otros durante toda la noche, pero siempre volvía a ella. La complicidad entre los dos era más que evidente.

Pasadas algunas horas, la mayoría de los invitados se habían marchado ya, como no, con Sergio a la cabeza, a un pub *para continuar con la fiesta. Solo unos cuantos rezagados se quedaron un poco más en aquella terraza. Se estaba tan a gusto, que no les apetecía mucho encerrarse en un local que, casi seguro, estaría abarrotado de gente y de humo.*

Dani se despidió de un pequeño grupo que daba por terminada la fiesta, y permaneció sentado en un taburete junto a una de las mesas, saboreando su bebida mientras contemplaba a Ana, que se encontraba a apenas unos metros de distancia. La escuchó despedirse de sus amigos, a quienes les prometió que los vería en un rato, aunque, entre risas, ellos le dijeron que no hacía ninguna falta.

Se dio la vuelta y caminó hacia Dani. Daba la impresión de que el alcohol le estaba pasando factura.

—No has bailado conmigo en toda la noche —dijo ella con cierta dificultad, mientras le apuntaba con el dedo.

Él se rindió ante la evidencia, su ansiada conversación tendría que esperar. Se le escapó la risa y se revolvió el pelo.

—La música aún está sonando. —Se bajó del taburete y le tendió la

mano.

La canción en cuestión era uno de esos temas efímeros, de un solo verano, que consigue colarse en todas las listas de éxitos y discotecas durante unos meses, y que luego se esfuma, como si nunca hubiese existido.

Ana lo arrastró hasta el centro de la terraza y, con un gesto rápido, acortó distancias. Él la abrazó y paseó las manos por su espalda, hasta alcanzar su cintura. Cruzaron una sonrisa cargada de complicidad y, con un poco de torpeza, comenzaron a bailar lo que pretendía ser una salsa. La coordinación que ella tenía en esos momentos dificultaba bastante el baile. Se mezclaron tropezones, pisotones, risas y caricias.

La canción se acabó cuando apenas unos centímetros separaban sus labios, y ya no se escuchó más música.

—Parece que la fiesta aquí ha terminado —dijo él sin soltarla.

—¿Eso es todo lo que vas a decirme?

—Quiero decirte un millón de cosas y después besarte. Me muero de ganas de hacerlo, pero creo que este no es el mejor momento. Por decirlo de manera elegante…, no estamos en igualdad de condiciones. —Él rio sonoramente ante la cara de decepción de ella.

—Podemos hacer una cosa: lo que tengas que decirme, me lo dices mañana. —El esfuerzo que hizo para no trabarse fue palpable—. Aunque ese beso puedes dármelo. Te aseguro que ni todo el alcohol del mundo podría impedir que no lo recuerde.

Él la contempló indeciso durante unos segundos.

—Si no empiezas tú, lo haré yo. Pero no vas a librarte.

Ella acortó la distancia y se puso de puntillas. Rozó sus labios con los de él en un gesto suave, en apariencia inocente, aunque provocativo. Él comenzó a acariciarle la mejilla y llevó la mano hasta su nuca. Despacio, la atrajo un poco más hacia sí, y aquel roce dio paso a un beso corto, tímido, quizás algo torpe. Un primer beso al que le siguieron otros. Más largos, cálidos y húmedos; cargados de electricidad. Ese momento, tras meses de miradas, de gestos, de sonrisas y de caricias accidentales, fue inolvidable. La música ya no sonaba, sin embargo, ellos dos seguían abrazados en medio de una pista imaginaria, sin querer parar de besarse.

Ana se separó unos centímetros, con el calor dibujado en su rostro. Lo

miró divertida y se le escapó una pregunta.

—Oye, esto no será solo algo de una noche para ti, ¿verdad? —Se notaba que conocía la respuesta de sobra.

—Sabes que estoy loco por ti. —Una amplia sonrisa iluminó su cara.

—Lo que voy a decirte va a sonar infantil, pero…

—Sorpréndeme.

Sus labios aún se rozaban.

—Pídeme salir, por favor —dijo ella en tono bajito, expectante, antes de regalarle otro beso y morderle con suavidad el labio inferior.

Sin dudarlo, él le siguió el juego.

—Ana, ¿quieres ser mi novia? —susurró mientras le rozaba los labios, intentando mantener la seriedad ante aquella situación.

—Sí, claro que quiero. Quiero estar contigo desde el primer día que te vi cámara en mano. Estabas tan sexi…

—No sabía que la cámara me hiciera sexi, si lo hubiese sabido antes, la habría llevado más a menudo conmigo —bromeó Dani, antes de abrazarla con fuerza y volver a probar sus adictivos labios.

—¿Quieres que vayamos a tu casa? —Aquella propuesta era pura provocación.

—Nunca pensé que fuese a ser capaz de rechazar una proposición como esta, pero… Podemos hacer otra cosa. —Hablaba en voz baja, mientras le acariciaba la mejilla—. Te acompaño a tu casa, nos aseguramos de que se te pase el mareo y mañana continuamos.

—Me encuentro bien, aunque tu idea también es buena. Solo una cosa: vamos caminando un rato, a ver si me despejo —respondió ella despacio, y se cobijó por primera vez bajo el brazo de él.

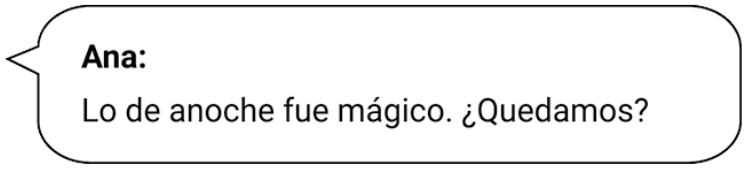
Caminaron sin prisa. Cada poco se paraban para regalarse besos y caricias. Cuando llegaron al edificio, Dani la acompañó a su apartamento, hasta su cama. Allí continuaron besándose y abrazándose. Algunas caricias se escaparon por debajo de la ropa, la temperatura de la habitación subió, y, aunque las ganas les podían, jugaron a contenerlas un día más. Bajaron el ritmo y se abrazaron, hasta que ella cayó dormida. En ese momento, Dani se levantó sigilosamente y se marchó. Se sentía el hombre más afortunado del mundo.

Recordar aquel primer día, hizo que el estado de ánimo de Dani cambiase. La rabia se diluyó y dio paso a una oleada de nostalgia, la cual le invitó a rescatar una caja que guardaba bajo la cama, en la que atesoraba momentos que no quería olvidar, plasmados en papel fotográfico.

Miró fotos, cientos de fotos. No en vano, esa era su mejor manera de expresarse. Algunas le arrancaron una sonrisa y lo transportaron a instantes que, en ese momento, consideraba mucho mejores. Otras, sin embargo, hicieron que varias lágrimas rodaran por sus mejillas.

En medio del drama, cuando ya comenzaban a colarse los primeros rayos de sol entre las rendijas de la persiana, encontró una foto de ellos dos que era del día siguiente de aquel primer beso. A pesar de no ser de sus mejores obras, era, sin duda, una de sus favoritas. Era su primera foto juntos, y cada uno tenía una copia. ¿Ana conservaría aún la suya? Una dedicatoria en la parte posterior le hizo dejar de angustiarse y sonreír al darse cuenta de que todavía estaba en su mano cambiar su suerte. Esa era la respuesta que necesitaba, ¿cómo no lo había recordado antes?

Aquel día, al despertarse, podía sentir aún el cosquilleo y el sabor de los labios de ella sobre los suyos. Nada más abrir los ojos, lo primero que hizo fue revisar su móvil. Su corazón se aceleró al ver que tenía noticias de ella.



Después de ese mensaje, intercambiaron un puñado más. Podría haberla llamado, pero esa clase de juegos le encantaba, y en vista de la dilatada conversación, parecía que a ella también. Tras un rato de tonteo, quedaron esa misma tarde, a las seis. Él pasaría a buscarla y juntos decidirían a dónde ir.

Aunque Dani había fingido que sería algo espontáneo, empezó a planificar la cita perfecta. Le encantaba tener todo bien atado. La recogería, irían al cine y después cenarían en una bonita terraza.

Llegó justo a la hora prevista a por ella. Ana le pidió que subiese un momento, y una vez arriba lo recibió la puerta entreabierta.

—¿Hola? —preguntó entrando en el apartamento.

—Hola, guapo. Ponte cómodo en el salón, ¡estaré lista en cinco minutos! —gritó ella desde su habitación.

Dani se sentó en el sofá, que estaba situado debajo de un enorme ventanal y junto a una puerta que daba paso a un pequeño balcón. Desde allí, podía observar casi por completo el apartamento. El salón con cocina americana combinaba algunos muebles de color blanco con otros de madera clara. Plantas de diferentes tamaños adornaban cada rincón. Algunos faroles con velas y un par de estrellas colgaban del techo y daban un toque mágico a la estancia. La puerta entreabierta a su derecha dejaba adivinar el cuarto de baño, y justo enfrente tenía el pasillo donde estaba casi cerrada la puerta de la habitación de Ana. Observó durante varios minutos toda la casa, el día anterior ni siquiera habían encendido las luces.

Ana comenzó a hablarle desde su dormitorio para hacerle más amena la espera. Los cinco minutos se convirtieron en más de veinte, durante los cuales él no paró de mirar el reloj. Ya no llegarían al cine.

Ella apareció al fin, con un pantalón corto y una blusa ancha. Su cabello a medio recoger le quedaba incluso mejor que suelto. Se acercó a él y, sin decirle nada, apoyó las manos sobre sus rodillas y lo besó con suavidad.

—Disculpa que no haya venido a recibirte. Es nuestra primera cita, y no quería salir a medio arreglar. Ya tendremos tiempo para vernos de cualquier manera… —Sonrió coqueta.

—Otro beso más y te lo perdono —respondió él juguetón.

Ella volvió a besarlo y, esa vez, se lo tomó con mucha más calma. Luego se apartó y le regaló una mirada provocativa.

—¿Conoces Madrid?

—Soy de Madrid y, además, fotógrafo. Claro que conozco la ciudad. —Él se levantó y se puso frente a ella, agarrándola por la cintura.

—¿Alguna vez has acompañado esas fotos de las que tanto presumes de un poquito de historia? —indagó Ana. Dani la miró con el ceño fruncido, descolocado.

—No… —respondió. Era consciente de que no sería capaz de explicarle nada de historia—. Si lo que quieres es que te haga de guía turístico, te puedo mostrar cada uno de los edificios más emblemáticos de la ciudad.

Enseñarte desde qué ángulo puedes tirar la mejor foto o cuándo hay la luz idónea; cómo conseguir una instantánea única de algo que ya han fotografiado millones de personas antes que tú. Pero no me pidas que te cuente nada de historia porque, si te soy sincero, no sabría por dónde empezar.

—No te he pedido que lo hagas, eso lo haré yo —añadió ella; sonaba bastante desafiante.

—Eres cántabra.

—Y te aseguro que conozco más de tu ciudad que tú mismo. No serías el primer madrileño al que dejo boquiabierto al enseñarle de verdad Madrid.

—Voy a sincerarme contigo: tenía un plan preparado, no puedo evitarlo. Y estaba nervioso porque ya no nos iba a dar tiempo, aunque tu propuesta suena tan bien que, para mi sorpresa, me alegro de que se nos haya hecho tarde.

—Es muy importante sentirse bien sin la necesidad de tener cada instante bajo control. Yo hace mucho que aprendí que la vida no se puede planificar. Venga, vamos —respondió ella tras darle un tierno beso en la mejilla.

Nada más salir del edificio entrelazaron sus manos, y con ese cosquilleo inconfundible de las primeras veces, caminaron agarrados por Francisco Silvela hasta alcanzar el metro en la plaza de Manuel
Becerra. Desde allí se dirigieron hacia Banco de España y, en cuanto salieron de nuevo a la calle, Ana comenzó a mostrarle una faceta que Dani desconocía: ser guía turística debía ser una de sus pasiones.

Irradiaba felicidad. Con total soltura, comenzó a explicarle los entresijos de ese Madrid del que él estaba tan orgulloso.

Empezó por el propio banco. Después pararon a contemplar a la diosa Cibeles, que por lo visto simbolizaba la tierra, la agricultura y la fecundidad. Ana continuó regalándole besos y pinceladas de historia de cada uno de los edificios que rodean a la famosa fuente. Luego siguió por el Palacio de Buenavista, el cual había sido la residencia de los duques de Alba y que, aunque quisieron convertirlo en el Museo Real de Pinturas, acabó cediéndose al ejército. Después, frente a la fachada del Palacio de Cibeles, ella le confesó que la que un día fue sede de la Sociedad de

Correos y Telégrafos de España, era, sin duda, uno de sus edificios favoritos.

A través de sus descripciones, cargadas de realismo, consiguió que Dani se sintiese como si estuviese en el interior de cada una de las estancias de aquel impresionante edificio. Para el final del recorrido, dejó la Casa de América, que en sus orígenes fue la residencia de los marqueses de Linares, los cuales, según decía la leyenda, aún deambulaban por el palacio con su hija Raimunda. A Dani se le erizó la piel ante la seriedad de Ana al narrarle los hechos.

Volvieron sobre sus pasos y, sin soltarse las manos, continuaron por la calle Alcalá para alcanzar la Puerta del Sol. Ana consiguió que Dani contemplase de un modo diferente aquellos edificios que él había fotografiado en innumerables ocasiones. Entre ellos, el emblemático Edificio Metrópolis, coronado por la Victoria Alada; el Círculo de Bellas Artes, uno de los centros culturales privados más importantes de Europa; o el Real Casino, con su mezcla de tendencias francesas y barrocas.

Una vez en Sol, Ana paró en un puesto a comprar un par de helados y continuó compartiendo detalles de la plaza: de la Real Casa de Correos, del reloj de la torre, del Kilómetro Cero, del Oso y el Madroño y hasta del cartel de Tío Pepe.

Desde allí fueron hasta la Plaza Mayor y, en cuestión de segundos, ella los trasladó al siglo XVII. Dani no podía evitar mirarla entre embobado y orgulloso por su talento. Después de retratarle la historia de aquella plaza, caminaron por las callejuelas llenas de encanto para alcanzar la imponente Catedral de la Almudena y el Palacio Real.

Pasearon hasta el Parque del Cuartel de la Montaña y allí contemplaron las siluetas del templo de Debod, que destacaban sobre un cielo teñido de naranja. Después se acomodaron en el césped y disfrutaron de las vistas panorámicas. Mientras tanto, el sol se escondía y dejaba tras su paso un impresionante manto de colores.

—Perdona si antes resulté un poco prepotente al alardear de mi habilidad para conseguir fotos únicas. Ver Madrid a través de tus ojos… sí que ha sido insuperable.

—Muchas gracias —respondió ella sentada delante de él, acurrucada

entre sus brazos—. Aunque no me resultaste pretencioso. He visto tus fotos, y sé que lo que dijiste es cierto. Además, esa seguridad demuestra que sabes que lo que haces, lo haces realmente bien —añadió ella, y le regaló un tierno beso.

—Vas a hacer que me sonroje. —Dani la atrajo aún más contra sí—. Volviendo a tu tema, ¿cómo puedes conocer tanto sobre la historia de Madrid?

—A pesar de que yo apareciese en la vida de mi padre por sorpresa, él consiguió estudiar Historia del Arte y, aunque no ejercía, esa era su gran pasión. De niña, por las noches, en lugar de cuentos me contaba relatos de ciudades, de sus secretos, y siempre los adaptaba a mi edad. A medida que fui creciendo, las historias nocturnas desaparecieron, pero los domingos por la tarde sacábamos un rato para descubrir nuevas ciudades, sobre todo si teníamos algún viaje planeado. Antes de llegar a nuestro destino, ya conocíamos hasta el más mínimo detalle de la ciudad que íbamos a visitar. Hacíamos itinerarios y preparábamos resúmenes con la historia que escondía cada edificio emblemático.

»Cuando él nos dejó, yo tenía quince años. Al principio me resultó muy duro tocar sus libros, atesoraban recuerdos entre sus páginas, y no podía soportarlo. Con el tiempo, conseguí retomar nuestra vieja costumbre, y al final me vino bien. En esos ratitos lo sentía más cerca. Así que, cuando decidí venirme a Madrid, ya era una ciudad que me resultaba muy familiar. Además, no dudé en hacer prácticas durante la carrera, como guía turística. Fue una experiencia bastante divertida que me permitió mejorar otra de las pasiones que mi padre me inculcó desde pequeña: los idiomas. ¿Impresionado? —bromeó.

—Muchísimo —dijo él. No le preguntó nada más sobre su padre, sabía lo ocurrido y no quería remover esos recuerdos.

—Me alegro, tenía que hacer algo especial después de la noche que te di ayer. No tenía que haber bebido tanto, lo hice para perder la vergüenza y se me fue un poco de las manos… —Ana se tapó cómicamente la cara.

—No te preocupes, estabas muy graciosa. Y, aunque no fue como yo esperaba, no importa, porque contigo siempre es mejor —contestó Dani sin dejar de rodearla con sus brazos.

Ella se apoyó aún más sobre él y saboreó en silencio sus palabras.

—Oye, ¿y por qué no te dedicas a ser guía turística? De verdad que eres increíble.

—Porque también adoro los hoteles. Sueño con dirigir uno algún día, así que tengo sentimientos encontrados. —Sonrió—. Por ahora estoy probando como recepcionista, y también me gusta bastante. Ya se verá, aún soy muy joven.

—Gracias por recordarme que tienes cinco años menos que yo. Espero que no te arrepientas y te busques a otro menos madurito.

—Eso no pasará, tranquilo —respondió, antes de que se perdiesen entre caricias y besos.

Cuando la cosa fue subiendo de intensidad, decidieron parar sin necesidad de palabras, antes de montar una escena en público.

Continuaron la velada cenando unas hamburguesas enormes cerca del piso de Dani.

—Creo que la noche se merece una foto —dijo ella, y sacó una pequeña cámara de su bolso—. Por favor, haz los honores.

Él cogió la cámara, alargó su brazo y disparó una veintena de fotos mientras iban cambiando de pose. Casi todas salieron movidas y Ana no pudo contener la risa.

—Desde luego, son únicas —bromeó.

—Muy graciosa. Necesito hacerte una pregunta: ¿estás segura de que estás aprendiendo algo en mis clases? Porque has llevado contigo la cámara durante todo el paseo y no has hecho ni una sola foto.

—Acabo de recordar que la traje. Además, voy a confesarte algo. —Lo atrajo contra sí y, casi rozándole los labios, continuó—: Por si aún no te has dado cuenta, no es la fotografía lo que más me interesa de tus clases. Y teniendo conmigo al fotógrafo, ¿quién necesita saber hacer buenas fotos?

—Tomaré tu falta de atención como un cumplido. —Besó sus carnosos labios—. Ahora, te toca elegir la foto que más te guste para que la imprima en papel.

—A ver, a ver… —Fue pasando de nuevo las fotos—. La verdad es que es una elección bastante fácil, solo hay dos que no están borrosas —hizo rabiar a Dani—. Escojo esta.

—Me gusta, tienes una mirada tan tierna… Se nota que quieres algo con el fotógrafo —respondió entre risas—. El lunes la imprimo, sin falta, por duplicado.

—Que sepas que sólo te miro así a ti, así que esa mirada es solo tuya —le confesó acariciándole la mano.

Eso último es lo que Ana escribió tras la foto en cuanto la tuvo entre sus manos, y luego se la entregó a Dani como la que confía un gran tesoro. Él le dedicó la otra copia y también se la regaló.

El recuerdo de aquel primer día juntos fue el que hizo a Dani sonreír y darse cuenta de que aún podía recuperarla. Justo esa noche, cuando Ana cogió el taxi y se despidió de él con la mano, le regaló esa misma mirada dulce. Sin lugar a duda, tenía que luchar por ella, aunque eso significara entrar en su juego.

Cogió la foto y la enganchó en el marco del gran espejo que tenía junto al armario. Fue entonces cuando se dispuso a afrontar un duro mes, con la certeza de que, al final, ella reaccionaría, y todo el esfuerzo valdría la pena.

---- DANI ----

El día señalado

Enero — 2009

El despertador sonó, como cada día, a las siete y media. Al contrario que todas las mañanas, en las que se dedicaba a retrasarlo cinco minutos más hasta las ocho, Dani se levantó de un salto y subió el volumen de su radio despertador. Se encontraba cargado de energía.

Nada más poner los pies en el suelo, comenzó a bailar al ritmo de *Voy a pasármelo bien*, de Hombres G, y en cuestión de segundos se contagió de la oleada de optimismo que desprendía la canción. Sin duda, iba a ser un gran día. Luego se dirigió al baño y se dio una ducha rápida mientras, a voz en grito, cantaba la canción que aún sonaba en la radio, inventándose la letra como hacía siempre. En cuanto salió de la ducha, se envolvió en la toalla y fue apresuradamente hacia la cocina para preparar la cafetera. Y eso que no tenía ninguna prisa, aún faltaban casi dos horas para abrir su estudio. La adrenalina le hacía ir a mil por hora.

Volvió a la habitación para elegir qué ponerse. Había intentado decidirlo la noche anterior, pero en ese momento no se sentía inspirado. A las siete de la tarde seguiría con la misma ropa, así que ese día prescindiría del uniforme de vaqueros, camisa blanca y jersey azul, autoimpuesto. Abrió el armario y comenzó a revolver entre toda su ropa sin dejar de bailar. Tras un rato de divagación, se decantó por unos pantalones negros que Ana le había regalado y que, según ella, le hacían parecer irresistible. También eligió una camiseta

blanca y una rebeca de color gris oscuro que le encantaba.

Una vez vestido, se paró frente al espejo y comenzó su ritual. Podía pasarse más de diez minutos colocándose el pelo para conseguir dejarlo intencionadamente revuelto pero a la vez peinado. Se examinó la barba y se aseguró de que tenía la medida perfecta. Miró la foto, aún enganchada en el marco del espejo, y una cálida sensación de seguridad lo invadió. Terminó de prepararse el desayuno y se sentó en el salón a disfrutarlo, tan relajado como le fue posible.

Se sentía muy orgulloso de sí mismo. Había conseguido pasar un largo mes sin comunicarse con Ana de ninguna forma: ni llamadas, ni mensajes, ni cartas, ni correos. Eso sí, no la había olvidado ni por un solo segundo. Ni las visitas familiares, ni las celebraciones navideñas, ni los reportajes fotográficos, habían conseguido apartarla de su mente. Pero le daba igual, algo dentro de él le decía que ella debía de sentirse igual, y que ese día marcaría un nuevo comienzo, el que ambos se merecían.

Estaba imaginando la conversación de esa tarde, cuando de repente fue consciente de que se le había echado el tiempo encima. Recogió a toda velocidad, se abrigó, cogió su mochila y salió de su casa a la carrera.

—¡Buenos días!

Saludó a su compañero de piso al cruzárselo en la segunda planta, su tono de voz contrastaba bastante con el aspecto agotado de Sergio.

—Lo serán para ti… —resopló su amigo, algo irascible—. Creo que hoy dormiré hasta la noche. Con un poco de suerte, no me despertará el sonido de una obra sorpresa, ni ninguna sirena, ni los tacones de nuestra encantadora vecina.

—¿Has tenido una mala guardia?

—Es agotador ser médico de urgencias en Madrid y, además, trabajar veinticuatro horas seguidas. En realidad, ha sido una guardia más.

—Bueno, descansa, y suerte con los ruidos. No me entretengo más que ya voy tarde —dijo mientras se alejaba escaleras abajo.

—¡Suerte esta tarde! —gritó Sergio, sin añadir nada más.

—Gracias —contestó Dani desde la lejanía.

Salió de casa con la sensación de que podía comerse el mundo. Anduvo rápido hasta el garaje, donde descansaba su más preciado tesoro su Beetle Cabrio. Aquel coche era su gran capricho. Lo había comprado hacía ya casi una década, con los ahorros conseguidos tras varios años trabajando como camarero y ayudando a su abuelo y a su hermana como fotógrafo ocasional en eventos de cualquier tipo. Desde entonces, no había parado de invertir en aquel vehículo. Por fuera, su aspecto antiguo y su color rojo brillante, hacía que

los transeúntes se detuviesen a contemplarlo, mientras que por dentro había cambiado casi todo. Con el dinero que había invertido en él, podría haberse comprado otro totalmente nuevo. Y, aunque en los últimos años, las dimensiones del maletero se iban haciendo menos compatibles con las necesidades de espacio que requería su trabajo, Dani se negaba a admitir que había llegado el momento de cambiar de coche.

Se montó de un salto, arrancó el motor y sintonizó una de estas emisoras cuyo único objetivo por la mañana era despertarte costara lo que costara. Aquella música que muchos no conseguían soportar se había convertido en la mejor compañera en sus viajes matutinos.



A los cinco minutos de estar al volante, Dani se encontró parado en Alberto Aguilera. Aprovechó el atasco para repasar su día. Sacó su agenda de la mochila y la apoyó sobre sus piernas, mientras miraba de reojo el tráfico, que seguía inmóvil. Su última cita finalizaba a las seis y media, y desde las siete de la tarde hasta el día siguiente había escrito ocupado. El tráfico recobró algo de movimiento, por lo que dejó sus cosas sobre el asiento del copiloto y avanzó despacio. Tras algo más de media hora, por fin alcanzó su estudio, que ya estaba abierto.

El local ocupaba una gran esquina en la calle Hermosilla, con escaparates que daban hacia dos calles. Las ofertas de compra no paraban de llegarles, pero era una opción que ni él ni su hermana Emma contemplaban.

Su abuelo había trabajado durante más de medio siglo en aquel estudio. Empezó allí con apenas quince años como chico de los recados, para acabar convirtiéndose en la mano derecha del dueño, que no tardó en darse cuenta del talento de aquel chico. Llegado el momento de su jubilación, no dudó en ofrecerle el traspaso del negocio, propuesta que Marcos, el abuelo de Dani, aceptó sin pensarlo dos veces. Gracias a que sus fotos desprendían una magia especial, y a su don de gentes, pronto se convirtió en uno de los fotógrafos más famosos de su época y pudo comprar el local, que hasta aquel momento era alquilado. Emma y Dani pasaron allí parte de su infancia y, entre aquellas paredes, aprendieron todo lo que sabían de fotografía.

A pesar de las reformas, cuando entrabas en el local podías sentir que ese sitio tenía una historia y una personalidad propias. Por un lado, estaba la pequeña tienda donde atendían a sus clientes para temas de revelados, venta de productos fotográficos y otras consultas rápidas. El mobiliario era sencillo: un

mostrador y un par de vitrinas. Como elemento decorativo, fotos tomadas por su abuelo y por ellos mismos ocupaban las paredes. Tras una puerta, se encontraba una trastienda donde disponían de varias zonas: nada más entrar se encontraba un salón con sillones para atender a sus clientes de manera más relajada y, a un lado, un escritorio para poder realizar el trabajo administrativo. Además, en el mismo salón tenían espacio para realizar sus sesiones de estudio. Un enorme biombo dividía la sala en dos, tras el cual se encontraban las impresoras para realizar el revelado digital y un cuarto donde realizaban el trabajo de revelado tradicional.

Además, la tienda tenía una sala contigua que contaba con un enorme escaparate, espacio que utilizaban para impartir talleres y exponer sus obras. Al menos cuatro veces al año, hacían exposiciones de sus últimos trabajos e invitaban a sus principales clientes para mantener una buena relación con ellos.

Con orgullo, conservaban su apellido como nombre para su negocio. En una caligrafía limpia, sin florituras, podía leerse serigrafiado en los cristales: *Hermosell Estudio*.

Como siempre que iba con prisas, Dani aparcó el vehículo de cualquier modo, ocupando parte de una salida de garaje, justo en la acera de enfrente de su local, donde él consideraba que no molestaba a nadie. Cruzó de manera apresurada, casi sin mirar, y dejó tras de sí una sintonía de bocinas. Se giró y pidió perdón con la mano. Justo antes de entrar en el estudio, dio media vuelta y se dirigió a la cafetería que estaba a escasos metros de su local. Sonrió a la camarera y le pidió un capuchino para llevar. En apenas unos minutos, tenía sobre la barra un vaso de cartón con espumoso café y un corazón dibujado incluido. Pagó y, con la bebida en la mano, continuó a paso rápido hasta el estudio.

—Buenos días, hermanita. Siento el retraso. Se me ha echado el tiempo encima, y el tráfico no estaba de mi parte. Recojo el material que me falta y salgo corriendo a hacer el reportaje.

Puso el café frente a su hermana, con un pequeño bombón obsequio de la cafetería.

—Maestro en evitar broncas —respondió Emma usando el vaso de café para calentarse las manos—. Date prisa o no llegarás.

—Sabes que nunca llego tarde. Bueno, no me entretengo más —añadió, cargado ya por completo—. Nos vemos esta tarde.

—Espera, no seas bruto. Te ayudo, que se te va a caer algo.

Su hermana se levantó y cogió parte del material.

Esta vez cruzaron cívicamente, amontonaron el cargamento en el maletero y dispusieron el resto de los materiales en los asientos traseros del coche.

—Suerte con los reportajes. Si necesitas mi ayuda, avísame. Estaré toda la mañana en la tienda —dijo Emma, alejándose hacia el estudio.

—Gracias, creo que lo tengo todo controlado —contestó Dani, al tiempo que se aseguraba de llevar todo el material necesario—. Luego nos vemos.

En cuanto se montó de nuevo en el coche, comenzó una carrera a contrarreloj. Esa mañana tenía dos reportajes, como no podía ser de otro modo, cada uno en una punta de la ciudad. Después, una comida para renegociar las condiciones con un cliente y, como colofón, durante la tarde tenía que atender varias visitas en la galería. Hacía unos días que su último ayudante los había dejado plantados, así que, hasta que encontrasen a alguien, las jornadas laborales resultarían bastante complicadas.



A las seis y media estaba despidiéndose de sus últimos clientes del día. En cuanto se marcharon, agradeció a su hermana una vez más que lo cubriese el resto de la tarde. Recogió sus pertenencias, se puso su abrigo y salió a la calle con una sonrisa nerviosa dibujada en su rostro.

Se sintió algo ridículo cuando notó que el corazón le latía a
mil por hora a medida que se acercaba a la cafetería. Le entraron mil dudas sobre qué decir y qué no. Barajó la posibilidad de que, tras un mes sin verla, ella continuase pensando que lo que un día tuvieron fue tan solo una etapa de sus vidas. Sin éxito, intentó apartar esos pensamientos, que insistían en volver una y otra vez. Alcanzó la calle Princesa, dejó el coche en el garaje y caminó hasta la cafetería que Ana había elegido para su cita.

Pensó en esperarla fuera, pero el frío le invitó a entrar en el local. Tal y como había prometido, no le había escrito ni para confirmar la cita. Se acomodó en un sillón pegado a la ventana y, desde allí, vio los minutos pasar. Como siempre, ella tan impuntual. Sacó el móvil de su bolsillo tentado de llamarla; sin embargo, optó por ser un poco paciente.

Una camarera se le había acercado ya en un par de ocasiones, así que, a la tercera vez pidió un café sin muchas ganas.

Separó la cara de la ventana y observó un reloj que había sobre la barra, eran ya las siete y media. Una punzada de angustia le encogió el estómago y el poco optimismo que le quedaba lo dejó a solas. Llegadas las ocho, cogió el teléfono y la llamó. Pasaron lo que le parecieron cien tonos hasta que la conexión se cortó. Repitió la acción varias veces sin obtener respuesta.

Suspiró resignado, soltó el móvil y se propuso esperar un rato más.

A las nueve y media, y con varias copas encima, asumió al fin que ella no acudiría a la cita.

Dani volvió a casa perplejo, con las ideas nubladas. Cientos de teorías diferentes y a medio definir desfilaban por su cabeza. Sentía rabia y frustración, pero también estaba preocupado. Ana nunca había actuado de aquel modo.

Sin pensarlo dos veces, y aunque su estado en aquel momento distaba mucho de ser el adecuado, llamó a Claudia, la madre de Ana. Necesitaba asegurarse de que ella se encontraba bien. Hablaron durante un par de minutos y luego colgó el teléfono, atónito. Se sentó en el sofá, hundió la cara entre sus manos y comenzó a llorar.

Podía estar tranquilo, ella se encontraba perfectamente. Ahora le tocaba asumir que todo lo que un día fueron, había llegado a su fin.

---- ANA ----

Qué decir

El teléfono suena sin parar. ¿Qué narices estoy haciendo? En un momento de pánico, lanzo el móvil sobre la cama y comienzo a dar vueltas por la habitación sin atreverme a responder la llamada. ¿Qué puedo decirle?

Tomo aire hasta notar que mis pulmones llegan al límite. Sin poder evitarlo, siento de nuevo todo el daño que nos estoy haciendo. Me dejo caer sobre la cama, miro el móvil de reojo, lo agarro con decisión y, en un acto de valentía, acepto la llamada entrante. Yo misma me sorprendo por el tono de mi voz: un titubeo, casi inaudible, cargado de vergüenza y de remordimientos. Aclaro la garganta y vuelvo a saludar, ahora más alto, con una confianza que no tengo. Mientras tanto, intento construir rápidamente una historia verosímil que no me convierta ante él en la peor persona del universo —si es que
no lo soy ya—, y que me permita seguir ocultando la verdad. Pero su voz no responde al otro lado de la línea, la llamada se ha cortado.

Permanezco aquí tumbada. Pierdo mi mirada en la nada a la vez que intento controlar mi respiración. El móvil descansa sobre mi pecho. Me sobresalto cuando comienza a sonar y a vibrar de nuevo, aunque ya no consigo responder. Las fuerzas que me empujaron a contestar apenas unos segundos atrás se han esfumado, ahora solo soy capaz de silenciar el móvil y ponerlo boca abajo para no ver la pantalla iluminada. Para no sentir tan fuertes las punzadas de culpabilidad que invaden mi estómago.

No consigo borrar de mi mente nuestra última conversación. A decir verdad, ni esa, ni cada una de las discusiones que hemos tenido. Decir que me

siento culpable es ser muy amable conmigo misma. Aún no sé cómo he conseguido negarle tantas veces algo tan evidente. Imagino la cara que debo de poner, y es normal que no se lo crea. Por favor…, si cada vez que lo tengo enfrente solo quiero besarlo, refugiarme entre sus brazos, absorber su aroma, quedarme embelesada mirándole sin temor a ser pillada. Perderme en su poderosa sonrisa y olvidar todo lo demás.

Y eso es solo lo que siento en condiciones normales, porque si le da por llamarme «amor», los fuegos artificiales explotan y se me va la cabeza. En una ocasión me confesó que nunca había llamado a nadie de ese modo, y eso le dio un significado mucho más íntimo, una forma más de demostrarme que lo nuestro era único. Auténtico.

Cada uno conoce sus límites, y yo sé que no puedo subir a su casa. Me la veté hace meses. Una cosa es pasearme por la calle cobijada bajo su brazo y contener mis ganas de acariciarlo, y otra muy diferente es cenar con él a solas, en su territorio, y después acomodarnos en el sofá sin tocarnos. En fin, tentaciones, las justas. Ahí sí que tendría que representar el papel de mi vida, y si estoy segura de algo, es de que no sabría interpretarlo.

Quizás debería haber sido sincera ¿Y si le hubiese dicho lo que de verdad había ocurrido? Que sí que pasó algo que tambaleó mis frágiles cimientos aquel verano. ¿Y si no me hubiese dedicado a venderle una farsa, a ocultarle mis miedos?

Solo de plantearme esa opción, comienza a faltarme el aire. La sequedad vuelve a la garganta, el pecho se me oprime y las lágrimas me vencen. La angustia vuelve sin avisar, la misma que llevo más de un año intentando apartar, y alejo de un plumazo la idea de sincerarme. No puedo volver a caer ahí, haré lo que esté en mi mano para evitarlo. Por mucho que duela, esto es lo mejor para los dos.

Vuelvo a coger el móvil y compruebo la última llamada. Es de hace diez minutos; parece que por fin ha tirado la toalla. Intento encontrar algo de calma y, pasado un buen rato, cuando me siento con fuerzas, me levanto y tomo asiento frente a mi portátil. Avergonzada por no haber sido capaz ni tan siquiera de contestar al teléfono, comienzo a escribir, a redactar un correo sin saber bien qué decir. Cargado de excusas y de verdades a medias, de razones que en el fondo sé que solo yo puedo entender. Reviso varias veces el resultado y siento un pellizquito en el estómago.

Lo que tengo delante es el punto final de todo lo que un día fuimos. Suspiro con resignación, me enjugo un par de lágrimas rezagadas y guardo el correo en borradores. Necesitaré unos días antes de darle a enviar.

---- DANI ----

Cumpleaños feliz

Junio — 2007

Pasó el día con una sonrisa sincera dibujada en la cara, la felicidad se escapaba entre sus labios. Tenía que reconocer que las últimas semanas había estado muy pesado con el tema de que se estaba haciendo viejo. Ana le había mandado callar en varias ocasiones, y eso que solía tener una paciencia infinita. Sergio hacía días que había dejado de escucharlo, aunque fingía hacerle caso, y su hermana hacía algo más de una semana que le había lanzado una mirada muy poco amigable mientras le recordaba que era dos años mayor que él. A pesar de no asumir su edad, el fatídico día por suerte llegó, y Dani se dio por vencido. Dejó a un lado los pensamientos negativos y disfrutó de su cumpleaños como hacía cada año, cargado de ilusión como un niño pequeño.



Apenas había pegado ojo en toda la noche. Ana le había vuelto a hacer caer en una de sus proposiciones: prohibido organizar nada. Ella se encargaría de todo, le había prometido que no lo defraudaría. La curiosidad y un hormigueo en el estómago se encargaron de despertarlo cada dos por tres. Cayó profundamente dormido escasos minutos antes de que sonase su despertador, lo cual fue una auténtica suerte porque así pudo llevarse la primera sorpresa

del día. Nada más abrir los ojos, con la música de la radio de fondo, vio que Ana ya no estaba en la cama. Dani se sentó, apagó el despertador y comenzó a sentir un ligero olor a café recién hecho y a chocolate. Fue al baño a lavarse la cara y recorrió el pasillo hacia la cocina, atraído por el delicioso cóctel de aromas.

—¡No entres aún! —gritó ella en cuanto sintió su presencia.

—¿Por qué? —preguntó él, parado tras la puerta mientras intentaba ver el interior de la cocina a través del cristal translúcido.

—Dame un minuto —pidió sin parar de moverse al otro lado.

—Vaaaleee —respondió Dani con desgana, alargando cada sílaba.

—Pero no te quedes ahí.

—¿Y qué quieres que haga?

—En serio, ¿no se te ocurren más opciones? —inquirió Ana—. Bueno, venga, pasa ya.

Abrió la puerta despacio y asomó la cabeza con una expresión traviesa. Ante sus ojos vio unos creps recién hechos, rellenos de chocolate caliente; fruta troceada, con más chocolate por encima; zumo de naranja y dos enormes tazas de café. La boca se le hizo agua. Se acercó a Ana, la cogió entre sus brazos y la levantó unos centímetros del suelo, los justos para que estuviesen a la misma altura.

—¡Felicidades, peque! —Rodeó con los brazos su cuello y le regaló un beso cálido.

—Muchas gracias, amor. No tenías por qué haberlo hecho —respondió él entre dientes, y la devolvió al suelo.

—¿Estás seguro? Porque tu sonrisa no dice lo mismo… —dijo ella mientras se acomodaba frente al pequeño banquete—. Por favor, toma asiento.

—Me has pillado. —Soltó una sonora carcajada, se sentó y repartió los creps—. Esto tiene una pinta impresionante. Bueno… cambiemos de tema. ¿Qué vamos a hacer esta tarde?

—Eres imposible. Vas listo si crees que voy a revelarte mis cartas. ¿Escribiste en tu inseparable agenda «ocupado» desde las ocho de la tarde hasta mañana por la mañana?

—Sí, pero ¿en qué estaré ocupado? Esa es la cuestión.

—Prepárate. Sé que vas a flipar, pero… —Hizo una pausa dramática antes de continuar—. No necesitas saberlo. Excitante, ¿verdad? Hay quien lo llama factor sorpresa. ¿Sabes de qué te hablo?

—Qué graciosa eres. —Él entrecerró los ojos y mostró su sonrisa más falsa.

—No te piques. Has mejorado mucho, te reconozco el mérito —le

concedió, dándole un par de palmaditas en la espalda.

—Gracias. —Dani ignoró su tono jocoso y le dio un beso en la mejilla.

—No te confíes. Vas por el buen camino, aunque debes soltarte más. No puedes tener toda tu vida planificada al milímetro con semanas de antelación. Me agobio solo de pensarlo. Iba a pedirte que no apuntases nada en tu agenda. Sin embargo, conozco tu problema, y sé que eso sería demasiado pedir —bromeó ella.

—Muy graciosa. No necesito tenerlo todo bajo control, al menos ya no tanto. Ya han dejado de llamarme el loco de la agenda —dijo fingiendo un tic nervioso en un ojo—. Para que lo sepas, a partir de ahora voy a demostrártelo. En futuras citas contigo pondré «ocupado» y dejaré el plan en tus manos.

—¿De verdad? Solo he necesitado un año para que digas en voz alta que vas a dar el paso. —Ana le agarró la mano con orgullo.

—Sí, hablo en serio. —Se rascó la barba y continuó—: No escribiría nada y dejaría un espacio en blanco, pero aún no he alcanzado esa fase. En las sesiones de mi grupo de «agenda-dependientes», recomiendan que escriba algo, lo que sea. Que no deje la planificación de golpe. Las consecuencias podrían ser catastróficas.

—Ya imagino —dijo Ana sin poder parar de reír.

—Eso sí, si no organizo nada, tendrás que prometerme que te encargarás de preparar un buen plan. —Separó un poco su taburete y se sentó de lado, mirándola. Ella se giró y se puso frente a él.

—Si escribes «ocupado», y reservas toda la noche, te garantizo que la experiencia será inolvidable —contestó provocativa, mientras paseaba con lentitud la mano sobre el muslo de Dani.

—¿Puedo poner «ocupado» desde ya, por favor? —le susurró al oído. Dejó escapar entre sus labios más aire del necesario, y la piel de Ana se erizó.

Ella se apartó, se puso de pie, y, con un leve movimiento de hombro, dejó caer como por arte de magia el tirante de su pijama. Pasó por detrás de él, le acarició el cuello y salió de la cocina rumbo a la habitación.

—No puedes poner ocupado todo el día… —Se oyó por el pasillo—. Pero, si revisas tu agenda, verás que tienes una cita conmigo de ocho y media a nueve de la mañana. Ya avisé a Emma de que llegarías tarde.

Dani se mordió el labio, apuró su café y fue tras ella. Permaneció unos segundos parado bajo el marco de la puerta de su habitación, contemplándola. Avanzó lentamente y se dejó caer en la cama, donde Ana lo esperaba tumbada. Despacio, recorrió el cuerpo de ella con sus labios. Media hora no sería suficiente, pero, para su sorpresa, en esa ocasión no le importaba retrasarse.



Tras un comienzo de cumpleaños como ese, Dani se fue al trabajo a regañadientes. Ana le pidió que no llevase el coche, así que fue paseando. Nada más atravesar la puerta del estudio, se llevó las manos a la cara y comenzó a reírse. Varios globos de colores con el número treinta decoraban el estudio. En las paredes colgaban carteles de colores con diferentes mensajes que él se tomó con muy buen humor. Algunas de las citas contenidas en las notas decían: «No son canas, es sabiduría», «No escondas tu edad, vívela», «No eres viejo, eres un madurito interesante»… Y así un largo número de frases ingeniosas repartidas por las distintas paredes. Frases que él se había ganado a pulso por haber sido tan coñazo. Todo el mundo se enteraría de su edad ese día, tenía que asumirlo. Emma fue a abrazarlo llorando de la risa.

—No ha sido solo idea mía, de verdad. Lo hicimos entre los tres.

—Me lo merezco. Reconozco que he estado algo pesimista, y que puede que no fuese para tanto. —Abrazó a su hermana mayor.

—Y ahora lo mejor, mi regalo. —Emma le pidió con un gesto que la esperase justo donde estaba y se dirigió hacia la trastienda. Volvió a los pocos segundos con una gran caja—. Felicidades, hermanito.

Dani abrió el paquete y no pudo creer lo que estaban viendo sus ojos: una cámara ***vintage*** de la última feria de antigüedades. Era una pieza de coleccionista.

—Estás loca.

—Dime que no te encanta.

A modo de respuesta, Dani soltó la cámara con cuidado y levantó a Emma del suelo. La abrazó con fuerza y la acribilló a base de besos.



La mañana transcurrió entre felicitaciones telefónicas de cumpleaños y explicaciones a todos los clientes sobre lo traumático que había sido cumplir treinta, y que los globos y los cartelitos eran la venganza de quienes lo habían sufrido de cerca en los últimos días. A cambio, se llevó otras tantas felicitaciones y algunas miradas de reproche de clientes que le doblaban la edad.

A la hora de comer, aparecieron Ana y Sergio con un cargamento de comida de su restaurante hindú favorito. Dani no daba crédito. Cerraron el

estudio un par de horas y fueron a la trastienda para disfrutar de una deliciosa comida y de una agradable conversación. Antes de marcharse, Ana le dijo que luego se pasaría a recogerlo. Y aunque Dani intentó sonsacarle más información, no sirvió de nada.

Según avanzaba la tarde, la curiosidad de Dani iba en aumento. A las siete y media ya no podía más, por lo que llamó a Ana, que le colgó el teléfono sin contestarle y diez minutos después apareció en la tienda.

—Eres muy impaciente. —Apoyó las manos sobre el mostrador y se inclinó para darle un beso.

—Estás preciosa. —Él volvió a besarla.

—Gracias, la ocasión lo merece.

—¿A dónde vamos ahora? —preguntó impaciente.

—No te lo pienso decir. Vamos en taxi, y tú llevarás esto en los ojos. —Sacó un pañuelo de su bolso con cierto misterio.

—¿Qué dices? ¿Quieres que me muera de la intriga?

—Correremos el riesgo.

Cerraron la tienda. Ana le vendó los ojos y le hizo esperar apoyado en la pared, lejos del taxi, mientras que ella le daba la dirección al conductor. Luego fue a buscarlo y lo subió al coche. Dani intentó averiguar el destino, lo que no sabía era que ella ya había aleccionado al taxista para que diese un par de vueltas y así despistarlo. Tras unos diez minutos, llegaron a la dirección indicada. Ana lo cogió de la mano y anduvo junto a él. Empujó un pesado portón que estaba entreabierto y entraron en lo que parecía un restaurante. Una música muy agradable sonaba de fondo. Subieron unas escaleras que a Dani le resultaron familiares, pero no dijo nada. Una vez arriba, ella le pidió que esperase, y comenzó a hacer bastante ruido con su bolso.

—¡Mierda! —refunfuñó, a la vez que rebuscaba en su interior.

—¿Qué pasa? —preguntó él divertido, llevándose las manos a la cara con la intención de quitarse el pañuelo.

—Nada… se me tiene que ocurrir una solución. —Le agarró las manos—. No te destapes los ojos.

—Seguro que si me lo cuentas lo arreglamos entre los dos. Déjame quitarme el pañuelo.

—No. —dijo Ana de manera tajante, y luego volcó el contenido de su bolso en el suelo.

—No suenas muy convincente. Te has dejado las llaves dentro, ¿verdad?

—Vaya sorpresa, ¿cómo sabes que estamos en mi casa?

Dani se desprendió del pañuelo y se agachó junto a ella, que estaba sentada en el suelo rodeada de cientos de objetos inútiles que habían salido de su

bolso. En ese momento estaba concentrada, examinando con detenimiento todas sus pertenencias como si esperase que alguna de ellas fuese a convertirse en llaves de repente.

—He subido esas escaleras cientos de veces. Ya sabes, cómo no tengo ascensor, olvido que prácticamente el resto del mundo sí lo tiene. Además, he notado que la música de ambiente salía de tu bolso, y por el ruido de todas tus cosas al caer al suelo he supuesto que buscabas algo —argumentó Dani, con una sonrisa que daba a entender que no hacía falta ser un genio.

—Si es que no puedo engañarte… —Guardó de nuevo todo en el bolso—. No voy a llamar a un cerrajero —añadió tajante, y se levantó dispuesta a forzar la cerradura con una tarjeta.

—¿Y al propietario?

—No estará en España hasta septiembre, e ir a buscarlo a Perú me va a salir incluso más caro que el cerrajero, ¿o no?

—¿Nadie tiene una copia de la llave?

—Sí, y no.

—Explícate —le pidió él.

—Vas a juzgarme —masculló Ana, mientras intentaba abrir la puerta.

—¿Por qué? No hay nadie en Madrid que tenga copia, ¿verdad?

—No pensé que pudiese pasarme algo así. Debería haber sido más previsora —contestó ella, al tiempo que Dani intentaba ayudarla con la tarjeta —. Mi madre tiene una copia para cuando viene a verme. Víctor tiene otra que le di cuando aún vivía en Madrid, por si la necesitaba, y olvidó devolvérmela. Y yo tengo otro juego dentro de casa que podría haberte dado. Ya lo sé, no hace falta que lo digas. Mi madre vive en Suances y Víctor en Nueva York, no es muy útil que ellos tengan una copia de las llaves.

Dani asintió con la cabeza.

—Vas a tener que llamar al cerrajero —dijo él, dándose por vencido.

—¿No vas a decir nada más? —Ella continuaba manipulando el hueco de la puerta, tratando de que la cerradura cediese.

—¿Para qué? Ya te lo has dicho tú todo. —Dani se apoyó en la pared y la miró de reojo.

De repente, a Ana se le iluminó la cara, se apartó de la puerta y le devolvió una mirada cargada de determinación.

—Miedo me das… ¿Qué se te ha ocurrido ahora?

—Estoy segura de que he dejado el balcón abierto. El de la vecina está justo al lado del mío, y ella casi siempre está en casa… Entraré a mi piso desde el suyo. —Se dirigió con decisión hacia la puerta de su vecina y llamó al timbre.

—Bromeas, ¿verdad? —Dani caminó tras ella—. No está justo al lado, hay

como un metro de alfeizar entre los dos balcones, y es muy estrecho. No vas a pasar por allí. El cerrajero es más barato que un funeral. Yo te invito.

—Por favor, qué exagerado eres. No voy a caerme, y, además, aunque me cayese, solo es un primer piso.

—No te imaginas cómo me tranquilizan tus palabras —contestó él en tono irónico.

—Sí, ¿quién es? —La voz de la vecina, al otro lado de la puerta, interrumpió su ajetreada conversación.

—Soy Ana, su vecina de al lado.

Una viejecita muy agradable, con un gato enroscado entre sus piernas, abrió la puerta.

—¿En qué puedo ayudarte, guapa? Veo que estáis un poco alborotados por aquí.

—Candela, me he dejado las llaves dentro de casa, y creo que podría entrar desde su balcón.

—Pasad, aunque me parece un poco peligroso. Podrías caerte por el alfeizar. ¿Por qué no llamas a un cerrajero? Si quieres, para evitar futuras emergencias, puedes dejarme una copia de las llaves aquí. Casi siempre estoy en casa. —Candela cerró la puerta y les hizo un gesto para que la siguiesen.

Cuando llegaron al balcón, Dani se adelantó y se asomó para evaluar si era posible pasar de uno al otro sin partirse la crisma. La verdad es que no parecía muy complicado. Podría saltar el balcón de Candela y ponerse de pie en un bordillo que estaba por fuera, agarrándose a la barandilla. Después tendría que poner un pie en el alféizar, sin soltar la barandilla con una mano, y con la otra agarrarse al balcón de Ana. No había tanta distancia.

—Lo haré yo —dispuso con semblante serio, y se sentó sobre la barandilla.

—Estás loco —replicó ella, consciente de que a Dani no se le daba muy bien correr riesgos.

Candela decidió quedarse dentro porque, según ella, ya no tenía el corazón para esas emociones.

—Qué pasa, ¿se supone que tú puedes y yo no? —alegó ofendido, mientras Ana lo agarraba por detrás, dificultando que pusiese los pies en el bordillo que bordeaba el balcón por fuera.

—Bueno, digamos que yo he tenido una infancia de pueblo y tú de ciudad, solo eso.

—¡Ahhh! Es verdad, que en el pueblo te pasabas el día saltando balcones… Qué tonto, se me había olvidado.

—Dani, la idea ha sido mía. Deja que lo haga yo.

—Cuanto antes me sueltes, antes acabaremos, de verdad —dijo él con

seguridad, pese al hilo de sudor que resbalaba por su espalda.

Ana cedió y Dani puso los dos pies sobre el bordillo. Aunque a priori le había parecido muy sencillo, la realidad fue muy distinta. Sus brazos se anclaron a la barandilla y se quedó inmóvil. Intentaba estirar la pierna hacia el alféizar, pero como no se atrevía a soltarse del balcón con ninguna de las manos, no llegaba. Sabía que era necesario soltarse, sin embargo, no era capaz. Una oleada de calor le recorría el cuerpo.

—¿Quieres que lo haga yo?

—A pesar de que me encantaría, ahora mismo no puedo moverme ni para atrás ni para adelante. —Intentaba sonar tranquilo, a pesar de la situación.

—Venga, no es tan difícil. Solo tienes que confiar en ti mismo.

Candela se asomaba de vez en cuando y se llevaba las manos al pecho con cierta teatralidad. Estuvo a punto de llamar a los bomberos en varias ocasiones. Estaba segura de que eran ellos los que bajaban a los gatos de los árboles, así que podrían bajar a un chico de un balcón. Ana se lo impidió.

—Tranquila, lo conozco bien. Es algo miedoso, pero no se va a caer —susurró a la viejecita.

—Ana, sabes que te estoy escuchando, ¿verdad? —las interrumpió él. Su voz sonaba más sofocada.

—Perdona —contestó ella en tono dulce mientras le acariciaba el hombro.

—Bueno, tengo que reconocer que, si no quieres llamar a los bomberos, necesito tu ayuda. Creo que no voy a ser capaz de pasar a tu balcón.

Tras varios minutos de tensión, Dani logró darse la vuelta de manera que quedó mirando hacia el interior del balcón de la anciana. Desde esa posición, con mucho esfuerzo y la ayuda de Ana, que no dejó de sujetarlo en ningún momento, pasó una pierna por encima de la barandilla y por fin consiguió volver al interior del balcón.

—Bueno, y ahora, ¿me dejas a mí? —pidió ella, relajada, quitándole así importancia a la cara de susto de Dani.

—Es muy complicado. No vas a poder, pero si quieres intentarlo, adelante —argumentó él, aunque sabía de sobra que ella lo haría sin ningún problema.

En menos de un minuto, y como si llevase practicando toda su vida, Ana consiguió pasar de un balcón al otro con una facilidad asombrosa. Sonrió orgullosa de su logro, y, sin decir nada más, se metió en su casa. Dani entró en casa de Candela. Iba a costarle olvidar el bochornoso espectáculo que acababa de protagonizar.

—Muchas gracias, ha sido usted muy amable —dijo a la anciana muy agradecido—. Siento si la hemos puesto algo nerviosa.

—No te preocupes. Me habéis sacado de mi monotonía, y eso siempre se

agradece. Además, afortunadamente ha salido todo bien —respondió mientras sostenía a su gato en brazos y lo acariciaba—. Tu novia es una chica muy guapa y amable, aunque algo alocada. Tú pareces más sensato que ella, cuídala.

Dani sonrió ante el consejo de Candela.

—Creo que ambos tenemos que cuidarnos el uno al otro.

—Siempre es bueno tener a alguien que te complemente. —La señora perdió la mirada en una de las fotos que tenía en el salón, de una versión algo más joven de ella, junto a un hombre con aspecto de bonachón.

Ana llamó a la puerta y, en cuanto le abrieron, la encontraron alzando las llaves entre sus manos como si hubiese ganado un trofeo.

—Muchísimas gracias. —Sonrió a su vecina.

—No hay de qué. Disfrutad de la velada.

—Y vosotros —concluyó Ana. Dio un impulsivo abrazo a Candela y acarició con ternura al felino.

En cuanto la vecina cerró la puerta, Ana sacó de nuevo el pañuelo del bolso.

—Ahora sí —dijo aliviada. Tapó los ojos de Dani y abrió la puerta de su casa.

Recorrieron el pequeño pasillo disfrutando de la misma música que sonaba antes dentro del bolso de ella. En cuanto llegaron al salón, Ana le quitó el pañuelo y él miró fascinado a su alrededor. El salón estaba decorado con fotos de ellos dos, la mesa estaba adornada con un gusto exquisito, y Ana había preparado su especialidad: *sushi*.

Durante la cena bromearon sobre lo triste que hubiese sido morir con treinta años recién cumplidos, por una caída desde un primer piso. Ana le regaló un fin de semana en Barcelona y varios libros de fotografía, aunque el regalo más importante, sin lugar a duda, fueron las llaves de su casa.

—Eres la persona que quiero que las tenga… y no solo para emergencias. —Las depositó frente a él, sobre la mesa. Él se levantó, la abrazó y comenzó a besarla.

—Lo siento, pero esto tendrá que esperar. —Cortó a medias un beso que prometía mucho más—. ¿Qué crees, que ibas a celebrar los treinta años solo conmigo?

A medianoche la pequeña casa se encontraba inundada de gente, pues todos los amigos de Dani estaban allí, y se quedaron hasta que comenzó a amanecer. Bebieron, se hicieron fotos y rieron, sobre todo rieron.

Candela se arrepintió durante toda la noche de haber dejado a su vecina pasar de un balcón al otro, pero no se quejó por el ruido. Ella también había sido joven.

Los últimos rezagados se fueron a las siete de la mañana y, aunque la noche había sido muy larga, en cuanto Dani cerró la puerta, dejó el sueño a un lado y fue directo hacia Ana para continuar justo por donde lo habían dejado tras la cena.

---- DANI ----

Un día más

Junio — 2009

Aunque solo habían pasado dos años desde aquel día, para Dani, esos momentos agradables pertenecían a otra vida; no eran pocas las ocasiones en las que los sentía como prestados… Sin pretenderlo, una vez más había vuelto atrás en el tiempo, justo a un instante en el que, sin saberlo, todo era perfecto. Los recuerdos le habían visitado durante sus sueños, y ahora, ya despierto, se resistía a dejar de recrearse en ese cumpleaños accidentado a la par que increíble.

Aún no se había atrevido a abrir los ojos. Sin duda, la claridad y la resaca no eran buenos compañeros. Una sensación de calor pegajoso nada agradable le invadía el cuerpo. Mientras tanto, la habitación no paraba de dar vueltas a su alrededor, lo cual le provocaba una horrible sensación de mareo. ¿Dónde estaba? Entreabrió los ojos y miró al techo, era el único punto al que podía mirar sin necesidad de moverse. Sobre su cabeza vio un ventilador que no paraba de dar vueltas y que producía un ruido que con cada segundo que pasaba se le hacía menos soportable.

Intentó ubicarse, pero nada de lo que podía ver desde su posición le resultaba conocido. De repente, sintió una presencia junto a él. Miró de reojo hacia el lado, rogando que no hubiese nadie allí, lo cual no tenía mucho sentido porque aquella no era su habitación. Sus ojos se encontraron con la figura de una chica, que descansaba desnuda en la misma cama que él. ¿Dónde

la había conocido? ¿A qué hora? ¿En qué local? Y lo más importante: ¿quién era y como se llamaba? Intentó reconstruir la noche sin ningún éxito, solo conseguía recordar lo que había pasado hasta las cuatro de la madrugada, momento en el que había conseguido deshacerse de Sergio. El resto de la velada estaba difusa en su mente.

La habitación continuaba dando vueltas, y el ruido de aquel aparato del demonio martilleaba su cabeza. Con sumo cuidado, apoyó un pie en el suelo, como si así pudiese anclarse a él y evitar que la habitación girase. Aunque el anclaje no fue perfecto, y no consiguió el efecto esperado, al menos logró reducir la velocidad de las vueltas que daba la estancia. Su joven compañera se dio la vuelta. Seguía profundamente dormida y, aunque se sintió algo miserable, Dani decidió escabullirse sin despedirse. Con un poco de suerte, no habría caído en el error de darle su número de teléfono. Intentó levantarse con sigilo, pero lo único que consiguió fue caerse de bruces contra el suelo. ¿Por qué había tantos zapatos de tacón repartidos por la habitación? Era imposible no tropezar con ellos. Se incorporó algo dolorido y miró de nuevo hacía la cama, rogando que la chica no se hubiese despertado.

¿Sara, Susana, Sofía…? ¿O su nombre no empezaba por S…? Bueno, daba igual, porque no pensaba volver a verla. Por suerte, a la chica parecía no haberle molestado el ruido del golpe. Dani inspeccionó la habitación en busca de su ropa y demás pertenencias, recopiló todo y abandonó el dormitorio de puntillas. Buscó el baño, se encerró dentro y comenzó a vestirse. La tarea le resultó bastante complicada, pues sentía una mezcla entre borrachera y resaca nada agradable. A duras penas consiguió ponerse su ropa. Se lavó la cara con abundante agua fría, bebió del grifo hasta sentir la boca menos pastosa y se refrescó la nuca. Abrió con sigilo la puerta del baño y, algo más despejado, se dirigió hacia la entrada y salió de aquel piso. Nada más montarse en el ascensor, se preguntó en qué barrio de Madrid se encontraría.

—¡Mierda, el móvil! —refunfuñó justo delante del portal. Rebuscó una y otra vez en sus bolsillos y de pronto se le pasó fugazmente por la cabeza una imagen del teléfono sobre la mesilla—. ¡Joder, soy gilipollas!

Se apoyó contra la pared, todavía dentro del edificio. Necesitaba inventarse algo para poder volver a entrar y no quedar como lo que en realidad era: un cabronazo. Al menos la situación se parecía un poco a aquel cumpleaños tan especial.

Minutos después estaba de vuelta, desayuno en mano. Se paró frente al telefonillo y, tras hacer memoria, llamó al timbre esperando no equivocarse de piso.

—¿Sí? ¿Quién es? —respondió su última conquista con una voz que delataba su mal estado.

—Ho-hola… —titubeó él mientras intentaba recordar sin éxito el nombre de la chica—. Soy yo, Dani.

—Pensé que te habías ido sin despedirte.

—Me desperté y quería prepararme un café, pero no sabía cómo usar tu cafetera, así que decidí bajar a por el desayuno —se excusó, tratando de sonar convincente.

Como respuesta, sonó el telefonillo dándole de nuevo paso al interior del edificio. Dani suspiró aliviado y volvió a subir, cargado con un suculento desayuno y con un objetivo claro.

—Anda, pasa. —La chica le abrió la puerta en ropa interior y con una amplia camiseta blanca.

—Perdona, no quería despertarte, y me parecía feo cogerte las llaves sin avisar. —Se revolvió el pelo y la miró sin verla.

—Lo entiendo, vamos a la cocina. —La chica cogió parte del cargamento.

Sin apenas mediar palabra, pusieron sobre una pequeña mesa los dulces y el café que había comprado Dani.

—Gracias por el desayuno, y felicidades. Ayer me dijiste que hoy es tu cumpleaños. Si se puede saber, ¿cuántos cumples? —preguntó su anfitriona mientras sacaba dos sillas plegables del lavadero y le invitaba a sentarse.

—Gracias. Treinta y dos años —contestó, y tomó asiento.

—¿Tienes algún plan especial para hoy?

—Dormir. Tampoco hay mucho que celebrar… Este año la vida no me ha tratado como esperaba, así que dormir se ha convertido en un buen plan.

—Vaya… —dijo ella.

—Bueno, la verdad es que no tengo mucha hambre —se excusó Dani tras beberse el café—. Antes de irme, ¿podría entrar al baño?

—Sí, claro. Todo tuyo —contestó la chica despreocupada, mojando un bollo en el café.

Él fue directo al dormitorio, pero su memoria fotográfica debía de haberle jugado una mala pasada, porque el móvil no estaba en la mesilla. Desesperado, miró a su alrededor, se tiró al suelo y comenzó a buscar debajo de la cama. Unos pasos interrumpieron su misión, y de la impresión se dio un cabezazo contra el somier. Se incorporó despacio y se masajeó la cabeza, mientras que aquella chica sin nombre lo miraba con una sonrisa indescifrable desde la

puerta.

—¡Qué susto me has dado! Te diría que me he desorientado, pero, dadas las circunstancias, creo que la excusa no iba a colar.

Ella, apoyada en el marco de la puerta, movió la cabeza a ambos lados y le tendió la mano con su móvil.

—No pensabas volver a subir… Tranquilo, yo tampoco tenía intención de volver a verte. Cuando he visto el móvil, he pensado: «¿qué hará para recuperarlo?». Y tengo que decirte que la idea del desayuno ha sido muy creativa, me has parecido muy ingenioso. Como además tenía hambre, pues he decidido aprovechar. Me apunto la técnica, por si alguna vez la necesito. Anda, ten tu teléfono.

—Lo siento… —masculló él avergonzado. Se guardó el móvil y, con la cabeza baja, se marchó del apartamento.



Por fin consiguió abandonar el edificio. Y, como regalo, se llevó consigo una extraña sensación de remordimiento a la vez que de alivio, tras comprobar que la chica pensaba igual que él. ¿Cómo podía haberse convertido en alguien tan despreciable? Suspiró hondo. A pesar del calor, decidió ir dando un paseo hasta su casa; necesitaba despejarse.

En los últimos meses, las noches interminables y los ligues de un solo día se habían convertido en su nueva forma de vida. Aunque una vez pasada la fiesta, el arrepentimiento y la resaca le hacían ver que había tocado fondo, cuando caía la noche, acompañada de cualquier proposición, las buenas intenciones se disipaban. Sin entender muy bien el porqué, siempre terminaba vestido de punta en blanco, dispuesto a arrasar con todo, y haciéndose la falsa promesa de que esa sería la última vez.

Dani paró en un paso de peatones. Al contemplar su reflejo en una marquesina, sintió lástima de sí mismo. Su barba había pasado de estar estudiadamente descuidada, a estar descuidada a secas. El efecto no era ni por asomo el mismo. Las gafas de sol y su camisa hecha un guiñapo, manchada por lo que parecían restos de un cubata y a medio meter en el pantalón, delataban su mal estado. Y, si por fuera iba hecho un auténtico desastre, por dentro no se encontraba mucho mejor. Las punzadas no cesaban de martillearle la cabeza. Dejó de contemplar la deprimente estampa y continuó su camino en cuanto el semáforo le dio paso.

Fue hasta su casa dejándose llevar, como en trance.

En cuanto llegó agradeció, una vez más, que Sergio no estuviese en el piso, de lo contrario habría querido prepararle algún plan especial, y él ya tenía sus propios planes. Se desvistió en su habitación y dejó la ropa tirada de cualquier modo sobre aquel sillón que hacía poco era tan solo el armario auxiliar y que ahora había ascendido a armario principal del dormitorio. Ignoró las llamadas perdidas y los mensajes, y dejó el móvil apagado sobre la mesilla. Cogió su almohada y, en calzoncillos, puso rumbo al salón. Bajó las persianas hasta impedir que entrase la más mínima claridad, encendió la tele, buscó un canal que no tuviese un ruido demasiado molesto y por fin se dispuso a hacer realidad su ansiado plan de cumpleaños. Se desplomó en el sofá y, en pocos minutos, cayó en un profundo y reparador sueño.

Estaba igual que aquel primer día. Llevaba la misma ropa, el mismo peinado y aquella sonrisa radiante que casi nunca la abandonaba. Era preciosa. Su cabello ondulado caía sobre sus hombros y su mirada no había cambiado lo más mínimo. Se acercó a Dani y lo besó. Lo besó de esa manera en la que solo ella sabía hacerlo. Un beso tan apasionado, tan real… Acarició con sus labios su rostro hasta llegar a la oreja, sabía que ese era su punto débil. Jugueteó varios minutos con ella mientras le acariciaba la barba. Lo estaba volviendo loco. Entre caricias le susurró: «te quiero y, aunque estemos lejos, siempre pienso en ti». El momento era ideal. No entendió muy bien que ella le dijese que estaban lejos, pues la tenía sentada encima. Aun así, era perfecto, salvo por unas voces en la lejanía que no parecían pertenecer a ese instante.

—Despierta.

Eso es lo que parecía que decía la voz, aunque no podía entenderla muy bien. Continuó besando a Ana.

—Despierta.

Esa vez la voz se oía alta y clara. De hecho, parecía más cercana. Ana se difuminaba.

—Despierta de una vez.

En esa ocasión, la voz vino acompañada de una sacudida de todo su cuerpo que le hizo apartarse por completo de ella y darse cuenta de que las voces eran reales, y el resto, como siempre, era solo fruto de su imaginación. Lo que le gustaría poder quedarse a vivir en sus sueños…

—No puedo creer que pensaras pasar así tu cumpleaños.

—Joder, intento dormir. Vete a incordiar a otro —contestó Dani con una voz muy poco amigable en cuanto fue consciente de que era Sergio quien hacía

lo posible por reanimarlo.

—Eso ya lo veo. Me había dado cuenta de que despierto no estabas, soy muy observador. —Pasó por alto el mal humor de su compañero de piso.

—¿Qué hora es?

—La hora de intentar hacer algo de provecho con tu vida —espetó su amigo subiendo las persianas.

—Te has propuesto fastidiarme la siesta. Qué más da lo que haga, no tiene que ser un día especial por el simple hecho de cumplir años. No estoy para celebraciones —gruñó, y escondió como un niño pequeño su cabeza bajo la almohada.

—Pues quién lo diría… Anoche eras el puto rey de la fiesta. No puedes seguir así, malviviendo de noche, arrepintiéndote de día y durmiendo para olvidar; o recordar, según se mire —contestó Sergio a la vez que arrancaba a su amigo la almohada de las manos y la lanzaba al otro extremo del salón.

—¿Tú vas a darme consejos? Esto es lo último que me faltaba por oír —protestó Dani indignado mientras se sentaba en el sofá—. ¿Cómo vives tú? ¡Ah, sí! Exactamente de ese modo.

—Así no, amigo. Está bien, tengo que darte la razón en lo relativo a que malvivo de noche, aunque, en mi caso, yo no lo llamaría de ese modo. Y también es cierto que casi todas mis fiestas acaban en buena compañía, muy muy buena compañía… —dijo Sergio, que se acomodó en un sillón frente a Dani—. Tenías que haber conocido a Cristina, ha sido una noche insuperable. No te lo puedo explicar con palabras, tendrías que haber estado allí para saber de qué te hablo. Bueno, mejor no. Pensándolo bien, eso habría sido muy violento. —Sergio hizo el gesto de apartar la idea de un manotazo y sonrió con esa expresión infantil tan engañosa.

—Lo siento, no estoy mentalmente preparado para otro de tus monólogos. ¿Podrías ir por una vez al grano? —interrumpió Dani.

—El caso es que quizás hasta repita con ella. —Sergio ignoró por completo a su amigo—. En fin, que, aunque esos puntos sean ciertos, y a mucha honra, la diferencia entre tú y yo es que este es mi modo de vida, es la solución a mi situación. Mis horarios imposibles me dificultan tener una relación dentro de lo que la sociedad, bastante retrógrada, por cierto —puntualizó moviendo la cabeza arriba y abajo con mucha convicción—, entendería como normal. Además, tampoco tengo ningún interés en esa clase de compromiso. Yo no me arrepiento de nada de lo que hago, soy así porque me gusta ser así. Tú, sin embargo, finges ser algo que no eres. Y aunque me duela decir esto, si no estás hecho de la misma pasta que yo, este modo de vida no es muy recomendable. Llevas meses haciéndote daño, deberías superarlo ya.

—¡¿Superar el qué?! —exclamó Dani bastante alterado.

—¿De verdad me lo preguntas?

—No hay nada que superar, esto no tiene que ver con ella —respondió con la mirada esquiva.

—Necesitas pasar página de una vez.

—¡Que no es por ella! —estalló Dani cansado, deseoso de zanjar esa conversación.

—¿Crees que puedes engañarme?, ¿a mí? ¿Te olvidas de quién soy? —Sergio contempló a su compañero de piso con sus ojos negros abiertos de par en par, mientras soltaba aire con el gesto torcido—. Podrás mentir a otro, pero a mí, amigo… Lo siento, es imposible. Te recuerdo en mi vida desde que tengo uso de razón. Te conozco a la perfección; sé lo que piensas con tan solo intercambiar una mirada de complicidad, casi imperceptible para los demás. Ha sido así desde que teníamos cinco años y, aunque en estos momentos te fastidie lo pesado que puedo llegar a ser, siempre será así. Haré lo que esté en mi mano para que te encuentres mejor, retomes las riendas de tu vida y lo superes de una vez —añadió mientras Dani ponía los ojos en blanco con resignación ante la perorata de su inseparable amigo—. Sí, lo he vuelto a decir: necesitas olvidarla. Si de algo estoy seguro, es de que esta situación es por ella, y no hay más que hablar. Estabas muy enamorado, nunca te he visto así con ninguna otra chica. Pero tuviste la mala suerte de que no salió bien y ella desapareció de la noche a la mañana. Y sé que tú no olvidas algo así en solo seis meses.

—No desapareció, se despidió.

—No me jodas, Dani. ¿Cómo puedes seguir defendiendo lo indefendible? Se marchó de Madrid sin decírtelo. Se fue a vivir a otro puto país… Había quedado contigo para probaros el uno al otro, no sé muy bien el qué, y no apareció. Te dejó tirado sin siquiera tener el valor suficiente para contestarte al móvil y, por si eso fuera poco, aún tuvo la poca vergüenza de escribirte un triste email para disculparse y contarte que estaba en Londres siguiendo su destino. Es una chiflada, así que, por favor, deja de sacar la cara por ella. Sé realista, Ana ha decidido tener una vida lejos de ti. Tú debes hacer lo mismo. Vive un poco, por favor —dijo Sergio, dejando de lado el tacto que había intentado tener hasta el momento.

—¿Has terminado ya? No hacía falta que fueses tan directo. —Dani se rascó la cabeza y miró al suelo mientras contenía las lágrimas de rabia que se empeñaban en escapar de sus ojos una vez más—. Vale, en parte es por ella, pero por otro lado… No es así como se suponía que tenía que ser —añadió, y se quedó callado como si esa confesión lo aclarase todo.

—Por favor, ¿podrías explicarte mejor? Es que me pierdo. —Sergio pasó por alto los ojos vidriosos de su amigo.

—Que no tenía que haber sido así, que yo tenía otros planes para la década de los treinta —contestó entre dientes, casi a la fuerza.

—Ya, y si esos planes hubiesen sido con ella, mejor aún, ¿no?

—Por favor, déjalo ya… —Dani, se secó los ojos empañados.

—Perdón, tienes razón. No seguiré por ahí.

Sergio se sentó en el sofá, a su lado, para continuar la conversación de una manera más amable.

—Con treinta y dos años, yo debería al menos compartir mi vida con una chica, vivir con ella y, quién sabe, tener hijos o estar preparando nuestra boda.

—Gracias por la parte que me toca. Vives conmigo, ¿no es suficiente? —bromeó su amigo con la intención de relajar un poco el ambiente.

—Tú me entiendes… Ya sabes que soy un romántico con un marcado punto retrógrado.

Sergio soltó una sonora carcajada.

—Y lo sé, no tengo perfil de soltero de oro, más bien de solterón. A este paso, tú sentarás la cabeza antes que yo. Me dejarás solo y entonces comenzaré a coleccionar basura, o gatos. No sé por lo que me dará, será cuestión de ver los pros y los contras de cada opción, ya sabes que hacer listas es una de mis especialidades —dijo esbozando una sonrisa triste.

—Venga, para de quejarte como una niñita. —Le acarició la cabeza con fraternidad.

—No seas machista. Puedo ser un solterón con gatos y quejarme como me apetezca —respondió Dani, más relajado.

—Disculpa, no seré yo quien te quite ese derecho. Pero al menos voy a intentar evitar que ese sea tu futuro. Y, por cierto, no vuelvas a decir ni en broma que yo voy a sentar la cabeza.

—Perdón, ha sido una locura sin fundamento alguno, resultado de mi situación actual. Está claro que no pienso con claridad.

—Entonces, ¿me vas a confesar que no la has olvidado? —preguntó Sergio mientras apoyaba su mano sobre el hombro de Dani.

—¿De verdad hace falta que te lo confirme? Sabes de sobra que no la he olvidado. Y, por favor, no la llames chiflada. Solo ha optado por una filosofía de vida…

—Que tú no compartes —interrumpió Sergio—. No vamos a debatir sobre si está chiflada o no, porque podríamos pasarnos horas divagando acerca del destino. Lo único que voy a hacer es proponerte, una vez más, que intentes pasar página.

—Estoy en ello —contestó Dani sin sonar muy convincente.

—Esto no es pasar página, amigo. —Sergio contempló sin ninguna discreción el lamentable aspecto de su compañero de piso—. Me refiero a que necesitas poner orden en tu vida. Vuelve a estar al cien por cien en tu trabajo; a este paso Emma te despedirá, y eso que sois socios además de hermanos… Deja de salir tanto, siempre has sido más de ocasiones concretas. Déjanos las fiestas a los profesionales. Tú necesitas dormir por las noches, y no, no es por la edad, no te me vayas a ofender que nos conocemos. Cuando endereces estos puntos, si quieres conocer a otras chicas hazlo, pero de verdad. Creo que, para conseguir tu objetivo de la familia perfecta, no estás usando la mejor estrategia. Al menos deberías molestarte en recordar el nombre de la chica —añadió en un tono burlón.

Dani iba a contestarle, sin embargo, solo logró hacer un movimiento afirmativo con la cabeza y mostrar una sonrisa desgastada, sin brillo. Los dos apoyaron al unísono sus cabezas en el respaldo del sofá y guardaron unos segundos de silencio.

Dani tomó aire. Asumió que, o hacía lo posible por reponerse cuanto antes, o iba a terminar convirtiéndose en una simple sombra del chico que un día había sido.

—¿Qué te parece si empezamos yendo a comer por mi cumpleaños? —Tras romper el silencio se puso en pie.

—Más bien a cenar, que son las ocho y media de la tarde —respondió Sergio consultando la hora.

—Entonces a cenar. No hay más que hablar —dijo su amigo saliendo del salón.

—Te asearás y te vestirás primero, ¿verdad?

Dani no respondió, se dirigió a la ducha a modo de respuesta.

---- ANA ----

En algún lugar de Londres

Llevo más de quince minutos removiendo mi tercer café de la tarde. Mientras tanto, contemplo a la gente que camina bajo la lluvia a través de una de las ventanas de la minúscula y desierta cafetería en la que me he atrincherado.

Sin querer evitarlo, mi imaginación vuela. Soy toda una experta en inventar historias para cada uno de esos desconocidos. Historias que en ocasiones me han hecho incluso llorar.

¿Cuántas veces habré jugado con él a este juego? Me recreo en una tarde cualquiera, sentados el uno junto al otro, en la terraza de una cafetería. Nos encantaba mirar a la gente y crear una versión feliz y chispeante de sus vidas. La mayoría de las veces nos lanzábamos incluso a dar voz a sus conversaciones. Y siempre acabábamos igual, enredados y riendo a carcajadas. Sí, por aquel entonces, las vivencias que se me pasaban por la cabeza solían hacerme reír, en lugar de emocionarme.

¿Se puede ser incapaz de verbalizar cuando se echa de menos a una persona? Sí, se puede. ¿Qué estará haciendo él ahora? Hoy es su día. ¿Se habrá atrevido a celebrar los treinta y dos, o se habrá puesto en plan melodramático?

Me encantaba cuando se cargaba de argumentos, se agobiaba y empezaba a resoplar. Entonces yo lo tranquilizaba, soy una consejera de diez. Él conseguía ver sus problemas desde otra perspectiva, la mía en versión optimista. La otra jamás se la mostré. De repente, se relajaba, me miraba con esa intensidad tan suya, con sus profundos ojos marrones, se mordía el labio, sonreía o se revolvía el pelo y, justo en ese momento, nuestra atracción explotaba y

cualquier problema se emborronaba. Siento un latigazo de calor, por lo que aparto sus labios y sus manos de mi imaginación. Tal vez no ha habido ningún drama y lo acompaña alguien especial.

¿Por qué narices pienso en eso otra vez?

De vez en cuando, me ronda por la cabeza la idea de que ya no seremos más él y yo. Ya no, yo le puse el punto final.

Si fuese una chica normal, esto no habría pasado. Pero me ha tocado ser como soy, con mis traumas y mis malas maneras para superarlos, y el resultado es justo este: ya no habrá más de él. El estómago se me encoje solo de pensar que, en un futuro hipotético, nos volvamos a encontrar y que ya solo seamos dos desconocidos. Que nos convirtamos en un cruce fugaz de miradas entre la multitud, sin nada más que decirnos, sin sonrisas cómplices, sin más ganas, sin más «nosotros». Qué difícil es alejarlo de mis pensamientos.

Me entra la risa nerviosa cada vez que me recuerdo dándole un mes para superarlo. ¿Se puede ser más cínica? ¿Y yo? ¿Cuántas vidas voy a necesitar para que mi felicidad coja forma lejos de todo?

Un libro olvidado desde hace más de dos horas, abierto junto al café, en plan *atrezzo*, espera una segunda oportunidad. Consigo dejar de pensar y soy consciente de que no sé cuánto rato llevo moviendo la cucharilla dentro del café. La suelto y miro de reojo a la camarera que, para mi sorpresa, suspira aliviada. No sabe que la observo. Doy un sorbo largo a mi bebida y decido tragarla, por no escupirla. Está congelada. Me levanto y me dirijo hacia la barra, a pedirle a la chica del suspiro que lo caliente de nuevo.

El enorme reloj que está justo detrás de ella me sorprende, llevo aquí más tiempo del que pensaba. Necesito animarme como sea. Toda esa teoría de la felicidad no puede ser eso, simple teoría, debe funcionar. Empiezo a reflexionar una vez más acerca de por qué decidí alejarme. No necesito pensar mucho, la verdad. Solo pretendía apartarme de lo que me hacía daño y evitar una recaída en ese puñetero agujero que siento que está escondido en cada esquina, que me acecha para pillarme desprevenida y atraparme de nuevo. Pero no, esta vez no voy a caer. Yo voy a ser más lista que él.

La camarera me devuelve el café e interrumpe mis pensamientos. Que me haga parar de pensar es un gran alivio. Cojo la taza, le doy las gracias con la mejor de mis sonrisas, y en un movimiento automático llevo la bebida a mis labios. Lo que siento debe parecerse bastante a tocar el fuego. Evito gritar, me humedezco los labios con mi propia saliva en busca de algo de alivio y vuelvo a la mesa, dispuesta a retomar la lectura. Tras releer la misma página varias veces, desisto. No me concentro. Vuelvo una vez más a repasar mentalmente mi situación.

Aunque llevo casi seis meses en Londres, y ya había pasado aquí varios veranos antes, no consigo dejar de sentir que esta ciudad es para mí tan solo una extraña. No termino de encajar en ella. No me acostumbro a los escasos días de sol, ni a los largos periodos de lluvia. Vale, soy del norte de España, y no es que el clima allí sea precisamente de sol y suave brisa, más bien, todo lo contrario. Aunque al menos en Cantabria tengo a mi familia, y con ellos, los días de lluvia no importan. En Londres estoy sola, y muchas veces, en estos días grises, siento como si el cielo grisáceo pudiese desplomarse sobre mí.

Tampoco me adapto a la comida de aquí, ¿cómo puedo echar tanto de menos la cocina española? Tendría que haberle hecho caso a mi abuela cada vez que me decía que me metiese con ella en la cocina. Ojalá no hubiese tirado por la vía rápida: vivir de *tuppers* y de comida precocinada. No sé si dedico más tiempo a pensar en ellos, o en la tortilla de patatas y en las croquetas. ¡Dios, creo que estoy salivando!

Y si todo esto no fuese suficiente, también están estos horarios de locura. Sí, los que tienen en el resto de Europa y que van en contra de la cultura española. Aún hay días en los que pretendo cenar en la calle después de las diez, y a veces desayuno a la hora a la que debería comer. Encima, creo que algún día van a atropellarme. Sí, es justo lo que me falta para llenar un poco más mi mochila de problemas. Se me olvida continuamente que los coches circulan al revés, y cuando vas sumergida en tu mundo interior, de nada sirve que en los pasos de peatones te indiquen hacia donde tienes que mirar.

Sin embargo, lo más triste de todo es que aún no he conseguido hacer ni un solo amigo de aquí, y creo que eso es lo primero que debería solucionar. El inglés con el que el paso más tiempo es Peter, mi compañero de trabajo, y, seamos francos, sé que me odia. Al principio me esforzaba, intentaba agradarle, pero no tardé en darme cuenta de que mi intención de ser amigable a él le resultaba insoportable. Lo único que conseguía con mi comportamiento era tensar aún más la situación, así que decidí rendirme, hacer mi trabajo y no pretender ser su amiga. Creo que cambiarlo sería imposible. Él lleva más de doce años en su puesto, y por cómo me recibió cuando Lucía, la dueña, se presentó conmigo en el hotel, su meta debía ser, precisamente, la posición que yo ocupé. Además, es casi diez años mayor que yo, y estoy segura de que no soporta que la niña que hizo prácticas allí durante algunos veranos, y que le preguntaba a él cada dos por tres cómo hacer las cosas, ahora se haya convertido en su jefa. Me ve como su competencia; ya he asumido que su misión es ponerme en evidencia cada vez que cometo un error.

Conozco a Lucía desde pequeña. A pesar de la distancia, es una de las mejores amigas de mi abuela. Y aunque ahora tiene unos setenta años, no los

aparenta. Siempre va vestida de manera impecable: con pantalones de traje que resaltan sus esbeltas piernas y camisas ablusadas que disimulan sus redondeces alrededor de la cintura. Nunca la he visto sin carmín en los labios, o sin máscara en sus pestañas. Una fina línea azul perfila sus ojos azules, que irradian un brillo especial. Y por último su pelo, siempre con su larga melena. Renuncia a cortársela, según ella, como hacen el resto de las mujeres al llegar a cierta edad. Ahora la lleva justo a ras de los hombros, en un color castaño claro que favorece bastante a su tez pálida y al color de sus ojos. Aunque es de Suances, como yo, sus rasgos siempre la han ayudado a parecer una más en Londres.

Es de esas personas a las que les encanta hablar. Creo que sé más detalles de su vida, que de la de mi propia abuela. Conoció a su gran amor hace cuarenta y cinco años, Bastian se llamaba. Un joven y apuesto empresario inglés que disfrutaba de unas vacaciones por las costas del norte de España. Lo suyo fue amor a primera vista; apenas llevaban seis meses de noviazgo cuando se casaron y se marchó a vivir con él a Londres.

Cuarenta y cinco años lleva ya en Inglaterra, más de veinte sin su gran amor. Cuando Bastian cayó enfermo, le propuso vender su pequeño hotel para que, con el dinero que consiguiesen, Lucía pudiese volver a España y tener una vida tranquila. Pero ella se negó en rotundo. No habían podido tener hijos, así que solo estaba en sus manos el conseguir que el hotel que conservaba su marido en las inmediaciones de Hyde Park, perdurase abierto al menos unos años más. Por eso, tras su muerte, Lucía comenzó a ocuparse de la gestión. Ese negocio había sido la segunda pasión de Bastian. En aquel establecimiento había pasado media vida, proporcionando un servicio exquisito y asegurándose de que estuviese impecable, hasta el más mínimo detalle. Y esa se había convertido ahora en la obsesión de su mujer.

Unos días antes de Nochebuena, en casa de mis abuelos, Lucía se me acercó y, con un tono misterioso, me dijo que tenía algo que proponerme. Ya no aguantaba más el ritmo de trabajo, necesitaba aminorarlo, y vender el hotel no era una opción que barajase, al menos por el momento. Buscaba a alguien que la ayudase en su día a día, y había pensado en mí. Al principio me chocó bastante, por mi edad y mi escasa experiencia en el sector. Pero ella continuó hablando, y en cuestión de minutos me tenía casi convencida. Yo ya había trabajado con ella algunos veranos en su hotel. Conocía el negocio, había estudiado para eso y, además, soy políglota. Ella estaba segura de que lo haría genial. Me regaló tantos halagos… Alabó mi disposición, mi capacidad de resolución, mi proactividad, mi inteligencia, mi trato con los clientes… Y lo que más me tocó el corazón fue que me dijo que me consideraba parte de su

familia.

Aquella noche, ya en la cama, me dio por reír. Fui consciente de que acababa de recibir justo la señal que buscaba. Tras el subidón inicial, caí en picado, y también lloré por lo que debía dejar atrás. Una montaña rusa de emociones me acompañó hasta que la noche se convirtió en día. Sin haber pegado ojo, me levanté con la decisión ya tomada. En cuanto fue una hora razonable, llamé a Lucía entusiasmada para decirle que aceptaba, y luego comuniqué en mi empresa que en dos semanas les diría adiós.

A principios de enero puse rumbo a mi nueva vida en Londres, cargada de emoción y de alegría. Ahora, ese despliegue de energía se ha disipado.

Pensé que este modo de vida resultaría más sencillo. Estoy atenta, receptiva, expectante, a la espera, ¿pero de qué? Sé que debo ser paciente, sin embargo, la paciencia nunca ha sido mi fuerte. ¿Y si he seguido una señal equivocada? ¿Y si mi destino y mi felicidad no estaban aquí? ¿Y si esta no es la solución a mis problemas? Aunque necesito dar un paso más, desconozco la dirección.

Cierro el libro y lo guardo en mi bolso. Saco en su lugar un bolígrafo y una pequeña libreta en la cual se supone que debo escribir, tal y como Robert recomienda en sus libros: las señales que me orientan, las sensaciones que obtengo y mi plan de acción.

Salvo la primera hoja, el resto está en blanco. Releo de nuevo lo que escribí, a pesar de que me lo sé de memoria.

Fecha: diciembre de 2008.

Señal: Lucía me hace una propuesta muy interesante. Me ofrece una gran oportunidad laboral en Londres y decido aceptarla.

Sensaciones: incertidumbre, alegría, entusiasmo. Creo que es lo mejor para mí.

Plan de acción: en unas semanas me mudaré a Londres para comenzar esta nueva etapa.

Paso de página, me enfrento a una nueva hoja en blanco. Comienzo a escribir.

Fecha: junio de 2009.

Eso es lo que consigo redactar, así de corrido. Suspiro, me cubro la cara con las manos y un grito de frustración escapa entre mis labios. Cuando

destapo mi cara, los ojos de la camarera me escrutan con descaro. Le sonrío y desvío la mirada. Sin moverme del sitio, contemplo el local en busca de inspiración; ansío encontrar algo que por fin me saque de mi letargo. Deseo que las palabras de Robert sean ciertas: «si deseas algo con todas tus fuerzas, facilitas que suceda». Creo que la frase no es suya, pero motivar, motiva.

De repente, reparo en un pequeño tablón de anuncios que está junto a la entrada de la cafetería. Sin lugar a duda, eso es justo lo que buscaba. Me levanto como hipnotizada, directa a explorarlo. Hay colgados solo dos anuncios: uno, de unas chicas que buscan compañera de piso, y otro de un centro de yoga. Arranco los dos contactos y vuelvo directa a mi mesa. Creo que debo sentirme igual que alguien que acaba de encontrar agua en el desierto. Continúo escribiendo.

> Hoy, tras muchos meses sin recibir señales, he recibido dos de golpe gracias a que abandoné, por un instante, mi actitud negativa. Me mostré receptiva y abrí bien los ojos.
>
> **Señal:** He encontrado un anuncio para compartir piso. Hasta ahora he estado viviendo en casa de Lucía, y aunque estar con ella es hogar, tal vez no es la mejor opción si lo que quiero es conocer gente. Es hora de independizarme y vivir con personas de mi edad, eso me ayudará a relacionarme.
>
> **Sensaciones:** emoción.
>
> **Plan de acción:** encontrar piso antes de un mes.
>
> **Señal:** también había un anuncio de un centro de yoga. Creo que me vendría bien probarlo para despejarme, desconectar y, de paso hacer, algo de ejercicio.
>
> **Sensaciones:** motivación al pensar que puedo sentirme mejor.
>
> **Plan de acción:** ir hoy en busca de información para empezar la próxima semana.

Cierro la libreta y acompaño el gesto con una sonrisa tonta que adorna mis labios. Por primera vez en meses, me siento animada, con nuevos objetivos en el horizonte. Me levanto de la mesa decidida. No vaya a ser que el chute de energía desaparezca, que nos conocemos. Meto todas mis pertenencias en el bolso, me dirijo a la barra para pedir la cuenta, pago y dejo una generosa

propina.

Salgo de la cafetería con el móvil en la mano, dispuesta a llamar a las chicas que buscan compañera de piso, mientras me dirijo hacia el centro de yoga.

---- DANI ----

Cita a ciegas

Diciembre — 2009

—Te lo prometo, esta es la última noche en la que haces de Celestina. Es que no das una, tío. ¡Quién diría que eres mi mejor amigo! —refunfuñó Dani al sentir a Sergio apoyado en el marco de la puerta de su dormitorio.

—Eres tú, que con los años te estás volviendo superexigente. Aún no me puedo creer que no hayas tenido una segunda cita con ninguna. Pero esta, esta va a ser la madre de tus hijos. Es perfecta, guapa, muy agradable, tiene talento… —respondió su amigo entrando en la habitación y acomodándose en la cama.

—Es una desconocida a la que atendiste ayer en urgencias… Ya es la segunda vez que salgo con una paciente tuya. Por favor, deja de hacer campaña en el hospital. Por si no te has dado cuenta, es inapropiado —continuó indignado, a la vez que rebuscaba en el armario un jersey que parecía haber desaparecido.

—Le pones pegas a todo. De verdad, confía en mí. Esta vez tengo una corazonada. ¿Qué buscas?

—¡Esto! —respondió alzando el suéter—. Pensé que se lo había tragado el agujero negro del armario, pero por ahora parece que solo puede con los calcetines.

Se puso el jersey y comenzó su ritual frente al espejo.

—Por cierto, cuando dijiste que tenía que conocer a alguien y que tú me

ayudarías, pensé que te lo ibas a currar un poco más y que me presentarías a chicas de tu entorno.

—No tengo amigas, ni compañeras solteras, a las que pueda presentarte —respondió de manera tajante Sergio.

—Por favor, no seas fantasma. No te has podido liar con todas… —repuso Dani sin saber muy bien si quería escuchar la respuesta.

—Yo no he dicho eso. Sin embargo, o lo he intentado con ellas o con alguna amiga o conocida suya. No me parece lo más correcto tirar la caña y, si no pican, ofrecer a mi mejor amigo a cambio.

—Prefiero no pensar en la reputación que debes de tener en el hospital. Lo de separar trabajo y placer no va contigo, ¿no? —Miró a Sergio a través del espejo con desaprobación.

—Ten en cuenta que paso casi toda mi vida en ese hospital. Si me pongo a separar solo me quedaría con el trabajo, y, aunque me apasiona… Lo siento, pero no es suficiente. Además, tengo justo la reputación que me merezco. —Parecía bastante orgulloso de sus logros—. Venga, date prisa, que no llegas.

—Ya casi estoy.

—Vas a ir a por ella, ¿verdad? Sara es el tipo de chica a la que le gustan esos detalles.

Al oír eso, Dani miró al techo y dejó por unos segundos los ojos en blanco. Tomó aire antes de contestar.

—¿Te tengo que recordar que la conociste ayer? No sabes cómo es.

—Pero parece que es de esa clase.

—Esa clase, ese tipo… ¿Tienes un catálogo? Mejor no contestes. —Hizo un gesto con la mano para que su amigo no respondiese—. Levántate de mi cama y vete a trabajar, que al final el que va a llegar tarde vas a ser tú.

—A sus órdenes. —Sergio se levantó de un salto de la cama—. Mañana me cuentas. De todos modos, si te va mal, me vas diciendo, por si conozco a alguna candidata esta noche —añadió entre risas.

—Puedes esperar sentado —replicó mientras seguía a su compañero de camino a la entrada.

En los últimos meses, Dani había sometido su vida a un cambio radical. Atrás quedaron las noches sin fin y los días de resaca y remordimientos.

Tras su cumpleaños, decidió dar por terminada aquella mala racha, dejar de lamentarse y retomar su vida. El lunes, justo después, cuando llegó al estudio antes que su hermana, esta no daba crédito. Hacía meses que llegaba a media mañana, y la mitad de las veces lo hacía en un estado tan lamentable que Emma lo mandaba a casa sin apenas dirigirle la palabra. Aquel fue el primer día de su nueva vida. Se centró en su trabajo y, en pocos días, volvió a

convertirse la persona organizada que siempre había sido.

Comenzó a quedar de nuevo con sus amigos, los de siempre, y dejó las fiestas para ocasiones puntuales, o para fotografiarlas. Se sentía algo intoxicado por la cantidad de alcohol y de comida basura que había ingerido tras esos meses, así que volvió a su dieta habitual y se apuntó a un gimnasio para eliminar toxinas. Los primeros meses estaba tan obsesionado, que juraba a todo el mundo que su sudor desprendía un intenso hedor etílico. Además de eliminar aquellos aromas que le traían de cabeza, ganó algo de musculatura. Se sentía más fuerte, incluso logró olvidarse de algunos dolores de espalda que le acompañaban desde un tonto accidente que había tenido hacía unos años.

Poco a poco, recobró su autoestima y dejó de recrearse tanto en su pasado y en lo que pudo haber sido. Fue entonces cuando decidió que le apetecía volver a conocer a alguien. Atrás quedaron los ligues nocturnos patrocinados por el efecto del alcohol. Necesitaba volver a tener citas de verdad, de esas en las que él, y solo él, tenía que enfrentarse a una chica. El problema era con quién quedar.

Lo intentó sin éxito en diferentes ocasiones, varias de ellas en el gimnasio. Pero tras mover una pesa algunos minutos frente al espejo, mientras miraba de reojo a alguna chica, sentía que lo único que conseguía era hacer el ridículo, así que decidió abandonar aquella táctica. Según él, también lo había intentado con varias clientas, aunque fue tan sutil que cuando la chica en cuestión se marchaba le decía indignado a su hermana que habían vuelto a pasar de él. Emma comenzaba a reírse y le decía muy seria que aquello no era flirtear, que simplemente había sido educado. Así que, como última opción, recurrió a Sergio, que ya se había ofrecido voluntario en varias ocasiones para ayudarle.

Desde que su amigo se puso al mando, había quedado con algunas chicas con las que no tenía nada en común. Dani estaba convencido de que Sergio no les preguntaba nada sobre sí mismas, por eso aquella sería la última noche que iba a confiar en el criterio de su amigo. La siguiente opción que se planteaba era recurrir a internet, a uno de esos portales de búsqueda de pareja que parecían funcionar tan bien. Pero que consideraba que no iban a encajar con él y con su aversión a las redes sociales.



Salió de casa planteándose si en verdad era necesario meter a la fuerza a una chica en la ecuación para enderezar su vida, quizás debería dejar fluir las cosas de un modo más natural. Cada vez que se exponía a una de esas citas

organizadas, sentía que seguía un guion aburrido de una de esas películas malas de sobremesa. Bajó las escaleras mientras tarareaba sin querer *Una foto en blanco y negro*, del Canto del Loco. Su mente se la jugó y le hizo volver atrás un par de segundos. Para no recrearse en sus recuerdos, cambió rápido de sintonía y comenzó a silbar una canción de esas que solo él conocía.

En el portal, miró el reloj y sonrió, orgulloso de sí mismo, al ver que volvía a ser el chico puntual de siempre. Anduvo unos pocos metros hasta el garaje donde descansaba su amado Beetle. Se subió, arrancó el motor y se dirigió hacia Nuevos Ministerios. A pesar de ser sábado, la noche estaba bastante tranquila. El problema, como siempre, lo tuvo al intentar aparcar. Tras recorrer sin éxito algunas calles de la zona, se dio por vencido y dejó el coche en un *parking*. Una vez en la calle, sacó el móvil, tomó una bocanada de aire fresco y llamó a Sara, con quien ya había hablado por la tarde para concretar la cita, y de primeras le había parecido simpática.

—Diga —contestó la chica desde el otro lado de la línea.

—Soy yo, Dani. Ya estoy en tu barrio, ¿quieres que pase a por ti?

—No esperaba menos. —El tono de su voz no le permitió distinguir si hablaba en serio o no.

—Vale… voy hacia tu portal —respondió apurado, a pesar de que se sentía estúpido por intentar agradar a una desconocida.

—Cuando llegues, llama al telefonillo, que aún no estoy lista.

—Perfecto, ahora nos vemos.

Aceleró el paso hasta alcanzar el portal y, aunque las ganas de conocerla se habían perdido por el camino, llamó al timbre.

—Dame cinco minutos, te abro para que no te quedes helado. Espera en el portal, voy enseguida —respondió la chica algo acelerada, en un tono que a Dani le resultó bastante autoritario.

—Vale, te espero dentro —contestó él mientras empujaba la pesada puerta.

Una vez en el interior del portal, se sentó en un escalón, resignado a afrontar una espera que prometía ser larga.

Casi media hora después, por fin apareció Sara. No podía ser verdad lo que estaba viendo: una rubia voluptuosa en la que jamás se habría fijado. Le hubiese encantado escaquearse, desaparecer de aquel portal. Pensó en fingir una enfermedad, suya o de algún familiar, sin embargo, siempre le había dado mal rollo mentir sobre la salud de la gente. Intentó pensar alguna excusa más, aunque nada creíble pasaba por su cabeza.

¿En serio Sergio pensaba que aquella cita podría salir bien? Había llegado el momento, necesitaba cambiar de amigos. Empezó, incluso, a plantearse que se

estuviese vengando de él por algo que le hubiese hecho, pero ¿qué podía ser? ¿Habría pasado algo en su época de desfase que, dado su estado, ahora no conseguía recordar?

De repente, reparó en que llevaba demasiado tiempo mirando a Sara sin decir nada, lo cual, con seguridad, habría aumentado aún más el ego de aquella rubia, que ya parecía tener su ración correspondiente.

—Dani, ¿verdad? —dijo ella. Se mostraba encantada de haberle dejado sin palabras.

—Sí, claro.

Él se levantó del escalón. Deseaba aclararle por qué se había quedado mudo, pero enseguida consideró que, tal vez, resultaría poco apropiado. Esbozó una sonrisa ante la idea de la posible escena que se crearía si él le confesaba lo que pensaba. Sonrisa que incrementó aún más la autoestima de aquella diva, o estrella del pop frustrada, no sabía muy bien cómo calificarla.

La rubia se aproximó más. Caminaba con una habilidad increíble sobre sus finos y kilométricos tacones; sin ellos debía de quedarse en la mitad de estatura. El vestido que llevaba dejaba poco margen a la imaginación, ajustado a cada centímetro de su curvilíneo cuerpo, con el largo justo para que no se le viese la lencería, si es que ese vestido dejaba espacio para llevarla. Sus pechos, demasiado grandes para ese cuerpo, saludaban a Dani asomando apretados por su generoso escote. Llevaba el abrigo colgado del brazo, seguramente adrede, como parte de su entrada triunfal. La chica le apoyó las manos con suavidad sobre sus hombros y le dio dos besos, uno en cada mejilla, sin apenas rozar su cara.

—Como verás, la espera ha merecido la pena. —Dejó escapar una risita que impidió, de nuevo, distinguir si estaba hablando en serio.

—Encantado —dijo él. Aunque la respuesta no iba muy acorde con lo que ella le había dicho, se negaba a contestarle cualquier cosa que pudiese darle pie a pensar de manera equivocada.

—Igualmente —contestó la chica—. ¿A dónde vamos?

—Eh… —Dani intentó ganar tiempo.

Su cita no pegaba nada en el bar al que él tenía pensado ir. Necesitaba una alternativa, y rápido, pero los locales que se le pasaban por la cabeza, o le parecían algo corrientes para ella y su *look*, o tenían un toque romántico que él quería esquivar.

—¿No has pensado nada? Esta tarde dijiste que te encargabas tú de reservar. —Sara lo escrutaba con la mirada mientras se ponía el abrigo, antes de salir a la calle.

—Sí. Pensaba ir a un bar que está aquí al lado. Tiene tapas de muchos tipos,

cocina de mercado —añadió, con la intención de que sonase algo mejor—, pero no sé si es lo que esperabas… Creí que la cena sería algo más informal —aclaró observando la vestimenta, maquillaje y peinado de su acompañante.

—Bueno, no es lo que había pensado, aunque puede estar bien. —La decepción se percibía en cada una de sus palabras.

—Es que por aquí solo conozco ese sitio, es al que suelo ir con mis amigos —dijo él, evitando proponer otros lugares que conocía. Prefería dejarlo en sus manos.

—Pero esto es más especial. Yo vivo por aquí, déjate llevar. —Sara lo miró de manera provocativa, y acarició su brazo con demasiada confianza.

—De acuerdo, tú dirás —respondió él mientras salían a la calle.

—Tengo el sitio perfecto —repuso ella aferrándose a Dani.

Sus pasos iban acompañados de una conversación sin contenido. Diez minutos después, o una eternidad, según se mire, por fin llegaron al restaurante: italiano, demasiado romántico, demasiado elegante, demasiado TODO. En cuanto entraron, Dani se sintió como en otro planeta. Su jersey, sus pantalones, e incluso sus zapatos supermodernos para él, no encajaban allí. Su estilo estaba fuera de lugar.

Al cruzar la puerta se encontró frente a un pasillo con una larga barra y espejos a ambos lados, que pretendían dotar el espacio de una falsa sensación de amplitud; la forja dorada era la protagonista de una decoración demasiado recargada. En el angosto espacio había más de cincuenta personas. Gente guapa, o que al menos se lo creía; gente que parecía en todo momento posar para una foto, con un aire nada natural. Sara se quitó el abrigo y su *look* dejó de resultar tan deslumbrante para pasar a ser una chica del montón, Dani llegó a pensar que incluso iba discreta.

Los zapatos con tacones kilométricos y los vestidos tipo camiseta parecían el uniforme de las chicas, y las camisas superajustadas, sin duda, eran el último grito entre los chicos. Las copas de vino y de champán flotaban en el ambiente. Una música indescriptible, ultramoderna y, a decir verdad, poco agradable para el que no estuviese en la onda —expresión que no debería usar en ese lugar si no quería dejar claro que era un extraterrestre—, retumbaba en el bar. Cualquier intento de conversación se hacía imposible, aunque en esa ocasión, ese inconveniente resultaba una ventaja.

Sara se abrió paso entre aquella gente *chic* ataviada con la última y más rompedora moda, y consiguió llegar a la puerta entreabierta que se encontraba al final de la barra, donde un camarero detrás de un atril iba dando paso a las reservas. Dani la siguió a pesar de las ganas que tenía de caminar en la dirección opuesta.

—Buenas noches, ¿tendrían una mesa para dos? Venimos sin reserva, pero soy una clienta habitual —explicó ella, y sacó orgullosa una tarjeta dorada que debía ser el *carnet* vip de aquel sitio.

Él respiró con fuerza. «¿Qué narices hago aquí metido?».

El camarero miró al interior de la sala y revolvió en la agenda que tenía en la mesa. Tras unos segundos de hacerse el interesante, cogió la tarjeta de las manos de Sara y la pasó por un escáner. Dani se imaginó que aquella máquina mediría cómo de vip eres, y sonrió para sí. «¿Pasará esta rubia la prueba del medidor o tendremos que irnos por donde hemos venido?».

—Perfecto —concluyó el camarero, y devolvió la valiosa tarjeta a su dueña —. Están de suerte, tenemos una mesa que nos han cancelado en último momento, de la cual podrán disponer en unos quince minutos. Mientras tanto, si les apetece, pueden tomar una consumición como cortesía de la casa.

La cara de emoción de la chica era exagerada. No solo había pasado la prueba del medidor, sino que además la habían invitado a una consumición. Parecía que le hubiese tocado la lotería.

—¡Muchas gracias! —chilló mientras el camarero apuntaba su nombre en una larga lista y le entregaba un cartón, cómo no, dorado; válido por dos consumiciones—. Ya has oído, tenemos mesa —añadió, esta vez dirigiéndose a Dani en un tono que denotaba orgullo.

Después de una minúscula copa de un cóctel que llevaba el nombre impronunciable del restaurante, y de una conversación a gritos sobre cuáles eran los locales más glamurosos de la ciudad, fueron llamados para cenar.

Sara agarró su copa casi vacía, él la imitó y caminó tras ella. Cuando se abrió la puerta pudo descubrir el restaurante, mucho más recargado y brillante; con suelo de espejos en algunas zonas, mesas de forja negra, velas por doquier y una luz tenue que invitaba al romanticismo. Una música empalagosa, que contrastaba por completo con la del bar, invadía toda la estancia. En cuanto se sentaron en el sitio que les indicaron, Dani pudo apreciar que las mesas eran demasiado pequeñas como para ir con alguien con quien no te apetece ni tan siquiera cenar.

La chica cogió la carta y comenzó a enumerarle a Dani las especialidades. Él la escuchaba a medias mientras leía por encima la suya. Una lectura rápida le sirvió para calcular que la cena llegaría a las tres cifras. Resignado, le dijo a su acompañante que pidiese lo que ella quisiera, que para eso era la cliente vip. Añadió una risita muy similar a las de ella para sonar más amigable y ocultar el sarcasmo. Acto seguido le dijo que tenía que ir al baño.



En cuanto logró alcanzar el servicio se sintió en una zona segura, a la cual aquella rubia no tenía acceso. Cogió el móvil y marcó el número que llevaba un largo rato deseoso de marcar.

—Dame detalles, ¿cómo va la gran noche? Te he sorprendido, ¿verdad?

—No te imaginas cuánto. Por cierto, te llamo para decirte que, oficialmente, tú y yo hemos acabado. —Dani se esforzó en no elevar mucho la voz.

—Espero que sea porque me cambias por ella.

—Te aseguro que por eso no es. ¿En qué demonios estabas pensando?

—¿Estás vacilándome? Pues parecía perfecta… No sé qué puede tenerte tan alterado.

—¿Perfecta? Es la *Barbie Malibú* en tamaño real. Creo que incluso anda de puntillas, como la puñetera muñeca.

—Tranquilízate, no es para tanto. Tal vez sea algo presumida, pero tampoco es para ponerse así.

—O no me conoces, cosa que dudo, o no te has molestado en conocerla a ella. Te he hecho algo y esta es tu venganza, ¿verdad? Dime qué es, y acabemos con esto de una vez.

—Eres idiota. —Sergio dejó escapar una carcajada—. Pensé que podríais gustaros.

—¿Desde cuándo me gusta que a las chicas se les olvide ponerse la parte de abajo para salir a la calle?

—No me digas que va sin ropa interior.

—No, eso no lo sé —respondió Dani cada vez más desquiciado.

—Entonces no lleva un vestido tan corto —argumentó su amigo muy serio.

—Voy a ignorar este último comentario, porque está fuera de lugar hasta para ti. ¿De dónde ha salido Sara?

—Tranquilízate… Tengo que confesarte algo: no la conocí en el hospital.

—¿Dónde narices la conociste? —preguntó Dani cada vez más irritado.

—No la conozco.

—¿Cómo dices? —Llenó sus pulmones hasta el límite, por enésima vez en la noche.

—Le conté a Lorena tu situación, ¿te acuerdas de ella? Aquella enfermera de la que te hablé, la que me cae tan bien y con la que nunca he intentado nada. Pues resulta que tenía una amiga que…

—¿Estás de coña? Entonces, ni siquiera la has visto en persona, ¿verdad?

—Ni Lorena a ti, y confió en mi palabra. Me dijo que es una de sus mejores

amigas, habló maravillas de ella. Y me enseñó una foto: iba en vaqueros y con una sudadera, nada excesiva. Yo no sabía que por la noche fuese tan glamurosa. Además, ¿qué hay de malo en un poco de glamur? Te quejas demasiado.

—No es solo eso. Es creída, prepotente y superficial. Lleva una hora hablándome de fiestas, de sitios a los que suele ir… Estoy agotado de la conversación, y eso que aún no hemos pedido la cena.

—Siempre dices que te gusta conocer bien a las chicas con las que sales y tener largas conversaciones contándoos la vida, así que no te quejes.

—Lo que me gusta… No se parece en nada a esta situación.

—Lo sé, discúlpame. No debería fiarme de chicas que intentan buscarles novio a sus amigas.

—No hables así, lo odio. Y, además… ¡Tú haces lo mismo conmigo!

«¿Como puede ser mi mejor amigo?».

—Solo bromeaba. Tío, no rompas conmigo por esto. Te recompensaré —respondió Sergio sin tomarse en serio el berrinche de Dani—. Te dejo, que tengo que trabajar un rato. Me reclaman por megafonía.

—A veces olvido que eres médico. Bueno, ya te contaré cómo acaba la noche.

—Por lo menos date una alegría, que has pasado de un extremo al otro, y ese tampoco era el plan.

—No tienes remedio… Ya hablaremos con más calma.



Salió del baño dispuesto a afrontar la velada de la mejor forma posible. Se guardó el móvil en el bolsillo del pantalón y puso rumbo a la mesa con el propósito de cambiar de actitud el resto de la noche.

—Como tardabas en venir, y has dejado la elección en mis manos, me he tomado la libertad de pedir por ti. Te va a encantar la cena.

—Perfecto. —Dani intentaba adaptarse a aquella incómoda silla de diseño, mientras Sara lo examinaba con la mirada.

—Tu amigo Sergio me comentó que eras fotógrafo y que tienes tu propio estudio.

—Sí, bueno, de mi hermana y mío —la corrigió, sin intención de darle muchos más detalles.

—Fantástico. ¿Y qué tipo de fotos hacéis?

Ante esa pregunta, su respuesta solía ser interminable, con miles de detalles

que la mayoría de las veces resultaban poco interesantes para quien la había formulado. En esta ocasión no fue así.

—De todo: mucho evento de particulares, comuniones, bodas… —respondió de manera escueta.

No tenía intención de contarle que fotografiaba numerosos eventos, que muchas marcas confiaban de manera recurrente en ellos, que trabajaba en estrenos y que conocía a un montón de famosos gracias a su trabajo. Que algunas semanas apenas podía descansar, que su negocio cada vez era más conocido, que le habían hecho reseñas en varias revistas especializadas e incluso alguna entrevista. Que, además de ser su trabajo, era su vida. Que le perdía salir a pasear cámara en mano y fotografiar todo: a la gente, las calles; capturar sentimientos y reflejar la belleza de las ciudades, sus entresijos… Que tenía en mente un proyecto: crear un blog, y que, cuando lo hiciese, cogería prestado como nombre algo que una chica usó una vez para referirse a esas fotos que él hacía a desconocidos. *Instantes robados*.

Estos detalles se los habría dado a otra persona, pero no a ella, quien lo miraba con sus maquilladísimos ojos abiertos de par en par, deseosa de escuchar algo que le hiciese asegurarse de que él estaba a su altura. Rechazaba cada ocasión que le brindaba la conversación para sonar interesante.

—¿Y además de bodas? Sergio me dijo que también trabajabas en multitud de eventos.

—Cada vez menos —mintió—. Algún evento deportivo de poca repercusión y poco más.

—Bueno, no está mal. —Sara se mostró decepcionada—. Pues yo, como te comenté, soy auxiliar de vuelo. Hoy estoy aquí, mañana en Estados Unidos, nunca se sabe. La verdad es que mi vida es bastante apasionante, no puedo quejarme —continuó, dándole a entender que su vida era más interesante.

—Me alegro —respondió él sin mostrar mucho interés—. ¿Y qué estudiaste?

—Turismo y Administración y Dirección de Empresas. Es una carrera conjunta que saqué con bastante esfuerzo, pero conseguí estar entre las primeras de mi promoción —explicó ella mientras se le iluminaban los ojos de felicidad. Parecía que estuviese en medio de una entrevista de trabajo.

—Sí, sé de qué carrera me hablas. Tengo una amiga que estudió lo mismo —contestó Dani refiriéndose a Ana.

—¿Cómo se llama? Tal vez la conozca.

—No creo, es más joven que tú… Disculpa, eso ha sonado fatal. No es que tú seas mayor, no me malinterpretes —intentó reconducir la conversación ante la mirada tensa de su acompañante—. ¿Y por qué azafata? Perdón, auxiliar de

vuelo —se corrigió sobre la marcha, sentía que había metido la pata de nuevo.

—Ignoraré tu comentario sobre mi edad —respondió visiblemente ofendida—. Como te decía, con mis notas podría trabajar donde quisiera. En realidad, estoy sobrecualificada para mi puesto, pero adoro volar, viajar y conocer ciudades nuevas, así que complementé mi formación y, por ahora, me dedico a eso. Aunque, vamos, en cuanto quiera puedo reorientar mi carrera profesional hacia dirección de empresas, ya que además de mi doble titulación poseo un MBA, también con una de las mejores notas de mi promoción. Puede parecer un poco feo que sea yo misma quien lo mencione, pero es que estoy muy orgullosa de mis logros —continuó ella. A Dani le resultaba cada vez más cargante.

—Me alegro de que tengas tantas opciones ante ti. —Necesitaba una excusa para acabar la velada cuanto antes.

Por fin llegó el entrante, un minúsculo plato de *carpaccio*. Dani decidió centrarse en la comida y reducir aún más el ritmo de la conversación, si es que eso era posible.

—Y tú… ¿Qué se estudia para ser fotógrafo? —preguntó ella, con un interés que se notaba fingido.

No quería darle más detalles sobre su vida, sin embargo, y dado que solo estaban dos en la mesa, no le quedaba más remedio que contestar.

—Hay muchas opciones. Puedes hacer un ciclo de FP de Fotografía, o estudiar Audiovisuales y especializarte en Fotografía o Bellas Artes. Hay diferentes alternativas. En mi opinión, lo importante es tener ese algo, y eso no se enseña en las escuelas.

—Y tú, ¿cuál de esas opciones elegiste?

—Bueno, yo… Esto…

Cada vez se sentía más fuera de lugar, con menos ganas de hablar. Deseaba que aquello terminase de una vez.

—Estudié Audiovisuales —mintió de nuevo. No quería darle explicaciones a aquella desconocida.

El resto de la cena transcurrió entre delicados platos de diseño y escasas palabras que no fluían con naturalidad, silencios incómodos y ganas de acabar la cita. Una camarera, vestida como si fuese a salir de cena de gala, iba disponiendo los platos en la mesa y explicaba de manera detallada en qué consistían y cómo debían comerse. Dani no se imaginaba que una conversación sobre un trozo de *pizza* pudiera dar más de sí que la que él le estaba dando a su acompañante esa noche. Por fin, medio siglo después de haberse sentado en esa silla, aquella camarera ataviada con un vestido minúsculo y con unos tacones nada apropiados para ese trabajo, les puso los

postres sobre la diminuta mesa y dejó con discreción una cajita de madera, que debía contener la cuenta.

—Bueno, vamos a ser sinceros, que ya somos mayorcitos. —Sara lo miraba sin pestañear—. No soy lo que esperabas, ¿cierto?

Él suspiró aliviado, se acabó el fingir.

—No quiero sonar brusco, pero… digamos que no eres alguien en quien yo me fijaría. Y no es solo eso, no te lo tomes como algo personal. Este ambiente no encaja conmigo, me siento fuera de lugar desde que atravesamos la puerta del local. —Siempre que había estado en sitios como aquel había sido por trabajo.

—Tú tampoco eres lo que yo esperaba —aclaró ella, casi escupía las palabras.

—Sí, algo he notado —respondió él, y esbozó una ligera sonrisa—. Es lo malo de las citas a ciegas.

—Sí, supongo. —Sara apuró los últimos pedazos de tarta que le quedaban sobre el plato—. De todos modos, ha sido un placer conocerte —concluyó. Se levantó y se puso su abrigo—. Tampoco ha sido una velada tan desastrosa. —Dejó dos besos en el aire antes de girarse para marcharse de allí.

Él se despidió con la mano, sin añadir nada más, y se quedó sentado mirando al vacío mientras terminaba su postre.

La camarera se volvió a acercar, y entonces fue consciente de que Sara se había largado sin pagar su parte, así que le tocaría hacerse cargo de la cuenta completa. Dejó su tarjeta sobre la mesa sin tan siquiera abrir la cajita. La camarera le cobró y él pudo ver la cifra en la pantalla del datáfono. Prefirió ignorarla.

—¿Le apetece algún chupito? —ofreció la chica—. Invita la casa.

—Que sean dos, el de ella y el mío. —Dani señaló la silla vacía—. Me tomaré el suyo a su salud.

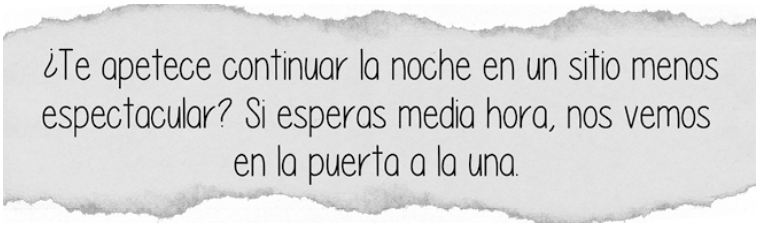
La joven mostró una amplia y sincera sonrisa.

—Cómo no, serán dos. ¿Algo suave o fuerte?

—Fuerte, cuanto más fuerte mejor.

—Sé lo que necesitas —dejó de hablarle de usted y se marchó tras haber recogido los últimos platos que permanecían sobre la mesa.

A los pocos minutos, regresó con dos minúsculos vasos congelados que dispuso sobre la mesa y le sonrío una vez más. Tenía una sonrisa preciosa. Cuando ella se alejó, se dio cuenta de que, junto a los vasos, había dejado un trocito de papel. Lo cogió con curiosidad.



Perplejo, dudó si irse o quedarse. Pero, después de la desastrosa cita de esa noche, sintió que no tenía nada que perder, así que se dispuso a beberse sus chupitos tan lentamente como le fue posible y a esperar media hora más allí.

A la hora citada, y tras más de diez minutos sin ver a la camarera en la sala, abandonó aquel lugar, que se estaba convirtiendo gradualmente en una discoteca.

Tras salir, se encogió dentro de su abrigo y buscó a la joven desconocida entre la gente que charlaba junto a la puerta del restaurante. De repente, una mano tocó su hombro. Dani se sobresaltó y se giró para ver quién era. A primera vista no la reconoció.

—Hola, soy Laura, la camarera; sin mi uniforme. —Sonrió—. Discúlpame por la pérdida de glamur y altura. A pesar de las horas y horas de entrenamiento, no consigo aguantar los tacones fuera de esa sala.

—No lo sientas, mucho mejor así. Ya he tenido suficiente postureo por esta noche. Perdona, no me he presentado, soy Dani. —Le dio dos besos.

—Disculpa lo de la nota. Nunca había hecho algo así, lo prometo. —Ella levantó su mano cómicamente—. Aunque no fue complicado ver que tu cita era un auténtico desastre. Y he pensado que, tal vez, podíamos ir a tomar algo a algún lugar más auténtico.

—Te advierto que lo tienes súper fácil para mejorar mi noche —bromeó él.

—Menos mal, me quitas una gran responsabilidad de encima. Por cierto, ¿te gusta la cerveza?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

—Perdón, perdón, lo estoy haciendo fatal. Olvida que te la he hecho. ¿Y los irlandeses?

—Puestos a elegir, prefiero a las irlandesas. Es solo cuestión de gustos.

Ella comenzó a reírse a carcajadas, mostrando una preciosa y tierna sonrisa.

—Perdón, los *pubs* irlandeses. ¿Te crees muy ingenioso?

—Tengo un máster en ingenio —replicó—. Bueno, ¿a qué esperamos?

Anduvieron durante unos quince minutos hasta llegar al *pub*. Camino al local, Dani se interesó por entender cómo una chica tan sencilla como ella podía trabajar en un lugar como aquel. Como conclusión, obtuvo que pagaban

bien, que recibía muy buenas propinas y que esa experiencia le venía genial para montar su propio restaurante en un corto plazo de tiempo. Su verdadera pasión era la cocina.

Una vez en el *pub* se dispusieron a beberse una pinta de cerveza negra cada uno.

—Y ahora que me has hecho un examen sobre mi vida, es mi turno. —Ella sonrió mientras hacía el gesto de remangarse—. A ver, cómo un chico como tú acaba un sábado en un local como ese, con esa chica tan… ¿Cómo llamarla? ¿Despampanante?

—Una cita a ciegas tiene la culpa. No pienso dejarme embaucar por ninguna más.

—Interesante… ¿Y por qué un chico como tú tiene que recurrir a citas a ciegas? ¿Cómo te dejaste embaucar?

—Mi mejor amigo y sus discursos interminables tienen la culpa. Tiene tanta labia que acaba convenciéndome de lo que él quiera. No recuerdo por qué le dije que sí. Tal vez fue por agotamiento, por no escucharlo más. Es insistente y convincente a partes iguales. Creo que en ese momento decidí que era mejor salir con desconocidas antes que seguir escuchando sus consejos. Al menos ahora podré decirle que yo tenía razón, y que estas citas no suelen salir bien.

—¿Y a qué te dedicas cuando no intentas demostrarle a tu amigo que las citas a ciegas no funcionan? —La sonrisa de Laura era amplia y sincera.

—Soy fotógrafo. Tengo un precioso estudio en el barrio de Salamanca.

—Por la ubicación, supongo que te irá bien.

—No me quejo. Aunque, en realidad, el local era de mi abuelo. Él fue el que consiguió tener un negocio tan bueno como para permitirse comprar el local. Para su decepción, mi padre pasó por completo del mundo de la fotografía y el local estuvo cerrado durante algunos años. Mi abuelo se planteó incluso venderlo, pero, entonces, mi hermana quiso probar suerte y cogió de nuevo las riendas del negocio con tan solo veintidós años. Es una fotógrafa excepcional, no sabes todo lo que ha conseguido en estos años, a pesar de trabajar conmigo —bromeó él.

—Los dos lleváis la fotografía en la sangre. —Laura lo miraba cargada de interés.

—Sí, aunque, al contrario que ella, yo me negaba a verlo.

—¿Por qué? —preguntó sorprendida.

—Siempre he sido muy testarudo, creo que lo heredé de mi padre. Decidí estudiar periodismo. Para sacar algo de dinero, trabajaba como camarero y, en ocasiones, ayudaba a mi hermana con algún reportaje. Sin querer evitarlo, lo ocasional comenzó a hacerse más y más recurrente. A mi hermana le decía que

lo hacía por el dinero; la realidad era bien distinta, lo hacía por necesidad. Siempre había sentido atracción por la fotografía. Cuando comencé a ayudarla, tuve que asumirlo: no podía vivir sin una cámara entre mis manos.

—Una relación parecida a la que tengo yo con la cocina. Supongo que, tras esa revelación, reorientaste tu carrera.

—No, necesité más tiempo. Un día mi abuelo cayó enfermo y, a las pocas semanas, falleció. Aunque ya era mayor y estaba retirado, desde que mi hermana se animó a reabrir el negocio él había estado ayudándola, por decirlo de alguna manera, desde la sombra. Cuando murió, mi hermana se encontró muy sola y desbordada. Un día que estaba con ella en el estudio, me contó de pasada que estaba buscando a alguien que le echase una mano, y me enseñó varios currículos de candidatos para que yo le diese mi opinión. —Dani movió la cabeza a ambos lados y empezó a sonreír—. A los pocos días, estábamos trabajando codo con codo.

—Caíste en su trampa.

—No opuse resistencia alguna. De todos modos, terminé mi carrera e hice mis pinitos como periodista por orgullo propio. Tenía que demostrar que mis cinco años de estudios habían servido para algo.

—Creo que tomaste la decisión correcta.

—Yo también.

—¿Te arrepientes de no haber continuado con tu carrera como periodista?

—No me arrepiento para nada del camino que tomé. Me encanta mi trabajo, y es realmente gratificante ver cómo algo que es tuyo va tirando para adelante. Cuando mi hermana empezó, le resultó muy complicado hacerse un hueco. Tenía que demostrar que el nombre del estudio continuaba siendo sinónimo de calidad. Fue bastante duro… Después, empezó a necesitar ayudantes de manera ocasional; y ahora, años después, tenemos dos fotógrafos contratados. Incluso nos decidimos a comprar un par de furgonetas para poder transportar el material cómodamente; lo de meter todo en los coches resultaba cada vez más complicado…

—Me alegro de que os vaya tan bien. Por la cara que pones cuando hablas de tu negocio, se nota que es tu pasión. Algún día espero poder hablar yo con esas ganas de mi propio restaurante.

—Seguro que lo harás.

—Crucemos los dedos.

Hablaron durante horas. Los echaron del local y buscaron otro.

La noche transcurrió rápidamente, entre copas, risas y música. Apuraron el tiempo hasta que no les quedaron más bares por cerrar. Dani se sentía cómodo, relajado. Nadie lo juzgaba, y, lo que era más importante, no se

juzgaba a sí mismo. Era él de nuevo. Aunque en los últimos meses había recuperado su vida, hacía tiempo que se había perdido a sí mismo en algún lugar del camino. No hubo besos, no hubo sexo. Tenían tiempo.

Ya con el sol buscando su hueco en el cielo, Dani volvió a casa, acompañado de una plácida sonrisa y con la sensación de que el año que estaba a punto de entrar iba a ser mucho mejor que el anterior.

---- ANA ----

La reunión anual

Tras un año sin pisar Madrid, me encuentro de nuevo aquí, en plena Gran Vía. Ahora mismo me enfrento a un remolino de sentimientos, pero no podía quedarme con las ganas de asistir a la conferencia de Robert sobre cómo acercarte más a tu destino. Quiere convertir estos encuentros en una cita anual, para compartir experiencias.

Muchas caras me suenan del año pasado. Todos estamos deseosos de escucharlo, de que continúe inspirándonos y ayudándonos a encontrar nuestro lugar en el mundo. La sala está bastante más llena que la última vez, apenas hay sillas vacías. Robert tiene algo que hace que me sienta segura, arropada. Es capaz de transmitir la sensación de que, pase lo que pase, todo saldrá bien. Y viendo esta multitud, estoy segura de que no soy la única que se siente así.

Llevo semanas preparando mi discurso, sin embargo, los nervios no me abandonan. Estoy sentada en primera fila, en una silla que lleva mi nombre. Las piernas van por libre y no dejan de temblarme. ¿Por qué me habré empeñado en subir ahí a contar mi propia experiencia? Mis ganas de huir aumentan, aunque con la flojera que siento en las piernas, no llegaría muy lejos.

En cuanto recibí el email con la invitación a la conferencia, no tuve dudas. Tenía que asistir como fuese. Además, en el comunicado anunciaban que, en esta ocasión, y como novedad, hablarían también personas que se encontraban en pleno proceso de búsqueda de su destino. Después de enterarme de este cambio con respecto a la conferencia del año pasado, lo tuve claro: necesitaba

contar mi propia experiencia. Estoy orgullosa de mis logros. Quiero compartirlos con gente que piense como yo, y que entiendan de sobra mis decisiones sin juzgarme. Así que, tras varias llamadas al comité organizativo, en las cuales les detallé los motivos que me convertían en la ponente perfecta, conseguí convencerles de que me hiciesen un hueco, a pesar de que, en principio, el listado de ponentes ya estaba cerrado.

Para la ocasión, he elegido un vestido verde con la intención de transmitir esperanza. Quiero dejar a todos los asistentes con un buen sabor de boca y, para conseguirlo, cada detalle suma. Mi melena está brillante, larga y lisa. Hace meses que dejé atrás mis características ondas deshechas, como tantas otras cosas. También me he maquillado con discreción. Quiero estar perfecta, pero sin artificios. A pesar de no haber dejado ningún detalle al azar, no puedo evitar mirarme una y otra vez de arriba a abajo, y colocarme el pelo tras las orejas cada diez segundos. A la vez, repaso mentalmente mi discurso en bucle.

Me sobresalto cuando oigo una voz con acento americano que pronuncia mi nombre, seguido de un fuerte aplauso. Me pongo en pie con mi sonrisa nerviosa. Como era de esperar, las piernas me traicionan, siguen a su ritmo. Tomo unos segundos para calmarme y, cuando recupero la estabilidad, avanzo hasta el escenario. En cuanto subo, le doy la mano al que considero mi mentor, con el que esta misma tarde he tenido el placer de compartir una agradable conversación. Él, tras saludarme, se retira hacia un lateral del escenario y pasa a un segundo plano; me cede el protagonismo y me deja sola ante el público.

—Muchas gracias por la oportunidad que me habéis brindado esta noche —digo al micrófono, buscando el tono de voz apropiado. Una luz cegadora no me permite ver a la multitud del auditorio, y eso me resulta tranquilizador. Poco a poco, recupero el control sobre mi cuerpo—. Estoy realmente agradecida —añado, y le dirijo a Robert la más sincera de mis sonrisas—. Espero que mi relato os sirva para ser valientes a la hora de tomar decisiones y no dejar de hacer cosas por culpa de ese miedo que en ocasiones nos paraliza.

Mi vista se acostumbra al contraste de luces y comienzo a distinguir las caras de los asistentes. Me detengo unos segundos para dirigirles la mirada, con la intención de transmitirles determinación y optimismo… No sé si lo consigo.

Por una vez, me gustaría ser un buen ejemplo de cómo encarar las situaciones. Sonrío, porque si supiesen mi verdad, creo que se levantarían uno por uno, algunos para marcharse y otros con la intención de abrazar y dar consejos a la pobre chica del escenario. Rechazo la idea de desenmascararme y me ciño al guion ya escrito. Tal vez, en próximas ediciones, les sorprenda con la «cara b». Por ahora, tendrán que conformarse con lo que estoy dispuesta a

mostrar.

—Antes de nada, quiero aclarar que yo continúo en mi fase de búsqueda. Es decir, aún no he alcanzado mi objetivo final. Hasta hace un año vivía aquí, en Madrid. Tenía una vida cómoda, sin complicaciones.

Las palabras fluyen entre mis labios mientras imágenes opuestas a mi discurso aparecen sin ser invitadas: las noches eternas, la almohada colmada de lágrimas, las náuseas, el miedo, la angustia… Creo que he permanecido callada durante más tiempo del necesario. Apoyo mis manos sobre el atril, respiro hondo, suelto todo el aire posible y alejo los recuerdos. Muestro la mejor de mis caras, llevo años practicando, y sigo hablando.

—Aun así, me sentía perdida, y gracias a los libros de este gran hombre comprendí que necesitaba cambiar, que esa vida quizás no me pertenecía. Así que, tras asistir el año pasado a esta ponencia, y ver tan de cerca a gente que había dado un giro de ciento ochenta grados a su vida gracias a las señales, y cómo ese cambio les había hecho comenzar a vivir de verdad, tomé la decisión de fijarme en las señales sin dudarlo. Seguirlas y dejar que me guiasen hacia mi destino. —No les miento, solo omito parte de la información—. En ese momento, llevaba un par de años trabajando como recepcionista en un hotel. Un trabajo que al principio me resultaba apasionante, pero que, poco a poco, dejó de suponerme reto alguno. Y, en mi caso, creo que mi felicidad va unida a superarme a mí misma.

»Sabía que esta era una de las cosas que necesitaba cambiar, y, días después de la conferencia, una amiga de mi abuela me hizo una interesante propuesta. Esa era justo la señal que necesitaba: quería que fuese su ayudante en su pequeño hotel de Londres. Apenas hubo lugar a dudas, acepté y, días después, puse rumbo hacia mi nueva vida. Os aclaro que el camino no fue tan bonito como lo imaginé, los comienzos no fueron fáciles. Tardé en hacerme con la ciudad, con la cultura… Con todo. Estuve a punto de tirar la toalla en varias ocasiones y volver. Estaba dejándome llevar por la tristeza y por el pesimismo. Pero os aseguro que, en cuanto me di cuenta de que necesitaba cambiar de actitud, el universo se puso de mi parte y me lanzó una señal en forma de tablón de anuncios.

Continúo contándoles cómo me sentí aquella tarde de junio en Londres. Las palabras salen solas, siento cómo los atrapo con mi relato.

—Gracias a ese día, a ese momento, comprendí que había hecho lo correcto. Lo sé, alguno pensará que no me fui tan lejos, y así es. Sin embargo, era la primera vez que me embarcaba en algo así sola. Siempre he estado demasiado arropada. Para mí ha supuesto un gran reto. Este año, he ganado en valentía e independencia. Gracias a las señales que recibí en junio, me fui a

vivir con otras chicas, comencé a tener amigos. Además, en este trabajo tengo cada día más y más responsabilidades; de hecho, la dueña del hotel ya se ha retirado y me ha nombrado directora del establecimiento. Mi trabajo me encanta, mi vida me gusta tal y como es, y eso me hace feliz. Me atrevería a asegurar que ya no formo parte de ese grupo de personas que solo cree serlo —parafraseo a mi mentor—, y que estoy pasando a ser afortunada, a ser de esas pocas personas que va camino de alcanzar la verdadera felicidad. Aunque una parte muy importante de lo que estoy viviendo se lo debo a mi propio destino, creo que sin esfuerzo y constancia el resultado sería bien diferente. De nada sirve si recibimos una señal, la seguimos y después no la aprovechamos. No os vengáis abajo. En momentos en los que os sintáis perdidos, relajaos y mostraros aún más receptivos. Os aseguro que vuestro destino no os abandonará, y no tardará en enviaros la señal que tanto tiempo lleváis esperando. —Apuro mis últimos minutos emocionada, con un chute de automotivación que ni yo misma esperaba.

Cuando termino mi discurso, recibo una calurosa ovación. Soy la última ponente. No puedo evitar sonreír y sentir un pellizquito al recordar quién fue el que aplaudió con más ganas el año anterior. Cómo lo echo de menos.

En cuanto bajo del escenario, algunos asistentes se me acercan, agradecidos por mis palabras. Me intereso por sus historias, todos tenemos algo único que contar. Tras más de media hora intercambiando impresiones, abandono la sala con un libro nuevo bajo el brazo y muchas ganas de avanzar.

Me dirijo a la cafetería del hotel, compro un sándwich club, un zumo de naranja y subo a la habitación que he reservado para dormir y que he utilizado para ensayar mi discurso durante parte de la tarde. Nada más entrar, dejo mi cena en una bandeja sobre la cama, guardo el libro en mi maleta y voy directa al baño a darme una merecida y relajante ducha. Después de un largo rato bajo el agua, salgo, me seco, me pongo el pijama y voy directa hacia la cama. Cojo mi móvil y marco un número que me sé de memoria y que nunca busco en la agenda. El teléfono da varios tonos antes de escuchar la calidez de su voz al otro lado.

—Hola cariño, ¿ya estás en Madrid?

—Sí, ya estoy en el hotel. —Omito que en realidad llevo en Madrid desde mediodía, y que he asistido a una ponencia. Mi madre no lo comprendería—. Mañana, a las ocho de la mañana, salgo para allá.

—Qué lástima que no hayas podido volar directa hacia Santander. No sabes las ganas que tengo de verte. A mediodía estaré en la estación de tren esperándote.

—Si, debería haber buscado los vuelos con más tiempo. Intenté enlazar con

un tren esta noche desde aquí, pero no salía ninguno a estas horas —miento una vez más, y decido parar con las explicaciones—. Sabes que yo también tengo muchas ganas de verte. —Esto último es cierto. Sin embargo, necesito tiempo antes de llegar a Suances y volver a enfrentarme al remolino de emociones que siempre me espera junto a la puerta de casa.

—Si, ya lo sé. Bueno cariño, no te entretengo más. Descansa del viaje, que te noto agotada.

—Sí, estoy un poco cansada. Voy a cenar algo y me acuesto. Mañana nos vemos.

—Hasta mañana, cielo. Te quiero.

—Y yo a ti.

Cuelgo y suspiro. Siento el peso de cada una de las palabras que permanecen ancladas en mi garganta y que no me atrevo a decir. Esta vez necesito solucionar las cosas yo sola.

Me meto en la cama y enciendo la televisión para tener algún ruido de fondo. Saboreo el sándwich como si fuese un manjar, no me llevaba nada a la boca desde esta mañana, el nudo del estómago no me lo permitía.

Veo la tele un poco más mientras trato de ignorar la necesidad de llamarle. Pensé que estar sin él en Madrid no me supondría ningún problema, pero la realidad es que me está costando horrores. Miró el móvil de reojo, lo cojo y marco su número. Antes de que el teléfono suene, me arrepiento y corto la llamada. Las manos me tiemblan, y yo me rompo. Las lágrimas fluyen a sus anchas. Las dejo caer con total libertad, ayudan a que la presión del pecho no apriete tanto.

Me quedo sin escuchar su voz al otro lado. Sin contarle que estoy aquí y que lo extraño muchísimo. Que siento habernos dado ese final. Que su risa y su mirada me acompañan por las noches, y que me aterra la idea de que algún día sus labios pronuncien la palabra «amor» mirando a otra. Me quedo sin decirle todo eso y mucho más porque, aunque me duela, lo mejor es avanzar y no remover más el pasado.

Apago la luz, me acurruco en la cama y pienso en nosotros hasta que mis pensamientos se nublan y una noche más él vuelve a estar a mi lado.

Fecha: diciembre de 2009.

Señal: He tenido la oportunidad de hablar en la conferencia de Robert. Tras mi exposición, he podido intercambiar impresiones con alguno de los asistentes. Sus palabras me han reconfortado.

Sensaciones: Nervios, emoción, certeza.

Plan de acción: Continuar atenta a todo lo que mi destino tiene preparado para mí. Intentar dejar de perderme en lo que un día fue.

---- ANA ----

¿Disfrutamos de Londres?

Julio — 2010

—¡Ana, despierta! No vas a creerme, nuestro día libre va a salir tal y como queríamos. Contra todo pronóstico, ¡hace un sol de escándalo! —Marta está entusiasmada, abre de par en par las cortinas de mi habitación y da paso a una luz muy poco usual por estos lares—. Venga, espabila, que tenemos que arreglarnos, comenzar el día con un buen desayuno y recorrer la ciudad como auténticas turistas. Hazme al menos una señal, para que sepa que estás despierta. —Me zarandea mientras habla demasiado rápido para mí, que aún no tengo fuerzas ni para incorporarme.

—Aunque no lo parezca, te estoy escuchando —consigo responder por fin con mi mejor voz de ultratumba—. Dame solo unos minutos.

—Te doy veinte para que estés lista. Yo voy a terminar de prepararme —contesta ella ya desde el pasillo, camino hacia su habitación.

Aunque me parece mentira, ya ha pasado un año desde que me fui de casa de Lucía. Cuando comencé a buscar piso, el primero que visité fue el del tablón de anuncios, pero era diminuto, antiguo y pedían un alquiler desorbitado. Así que, tras visitar algunos pisos más de características similares, alejé mis expectativas del centro de la ciudad y, sin darme cuenta, comencé a mirar en las afueras de Londres. Me decanté por Woking, una ciudad situada al suroeste. Y es que, esta casa, no se puede comparar con los pisos que vi en Londres; incluso tiene un pequeño jardín, y las habitaciones son bastante

amplias. La comunicación con la ciudad en tren es buena, por lo que, tras hacer una lista de pros y contras, decidí mudarme aquí.

La verdad es que cada vez paso más tiempo en el hotel, y cuando no trabajo, acabo tan cansada que tampoco suele apetecerme salir hasta tarde. Alejarme de Londres no me supuso un gran problema. Las chicas con las que vivo son agradables. Comparto casa con una francesa, una italiana, una inglesa y una española. Marta, la española, es con la que más me costó encajar. No nos parecemos en nada, y eso ocasionó discusiones continuas durante los primeros meses. Tal vez fueron esas conversaciones, en las que nos dijimos todo lo que pensábamos, las que ayudaron a que, poco a poco, nos llevásemos mejor.

Disfruto de unos minutos más en la cama, mientras mis ojos se acostumbran a la claridad. Luego me levanto y me asomo a la ventana. Un cielo azul, sin nubes, me da los buenos días. Aunque siento un subidón de energía, no me dejaré engañar y cogeré el chubasquero, aquí nunca se sabe.

Me visto a toda prisa con un vaquero corto, zapatillas de tela y un blusón de media manga. Me lavo la cara y me aplico corrector en las ojeras, lo de dormir bien es una batalla que perdí hace años. Un poco de colorete y máscara de pestañas, y el aspecto de zombi queda oculto como cada mañana. Me contemplo unos segundos en el espejo. Veo mis ojos enormes y saltones, o quizás mi cara está demasiado delgada. Oigo en mi cabeza la voz de mi madre diciendo: «deberías comer mejor». Cuánta razón tiene. Pienso en el festín de dulces que voy a darme y me siento menos culpable por mi lamentable alimentación, siempre a deshoras. Tardo apenas unos quince minutos en estar preparada, así que aprovecho que Marta aún no ha terminado para tomarme el primer café del día.

—¿Ya estás lista? —Se asoma a la cocina—. ¿Dónde quedó la chica impuntual que yo conocí? Al final tendrás que esperarme tú a mí, lo siento. Casi he terminado, de verdad —añade mientras vuelve a su habitación.

—Te dije que estoy cambiando. Venga, date prisa, que necesito un buen desayuno antes de poner rumbo a Nothing Hill.

Cinco minutos después, las dos salimos de casa. Sin necesidad de decir nada, en cuanto cerramos la cancela, cruzamos la calle para dirigirnos a una pastelería diminuta y deliciosa situada a escasos metros de nuestra casa. Hace una temperatura bastante agradable, así que aprovechamos y nos sentamos en la terraza, en una mesa en la que el sol da de lleno. Tras un suculento y relajado desayuno, caminamos hasta la estación para coger el tren que nos llevará a Londres.

Cuando llegamos a Waterloo, cruzamos a pie el río Támesis y cogemos el metro hasta Nothing Hill del otro lado. A medida que nos acercamos a nuestro

destino, la aglomeración aumenta. Apenas cabemos en el vagón. Al parecer, no somos las únicas a las que se les ha ocurrido este plan. En cuanto llegamos a la estación, y tal y como las dos esperábamos, la multitud que se amontonaba en el metro decide acompañarnos. Con mucha paciencia, conseguimos salir a la calle. Andamos tan solo unos cinco minutos y nos encontramos en una abarrotada calle Portobello. Siempre que llego a este punto y veo a toda esta gente, me prometo no volver aquí un sábado, pero al final acabo haciéndolo de nuevo, arrastrada por el encanto de este colorido barrio londinense.

En el mercado avanzamos a paso lento, con la sensación de formar parte de una cola interminable. Aun así, conseguimos hacernos hueco y parar en algunos puestos; incluso logramos comprar algo entre tanto barullo. De vez en cuando, para apartarnos de la gente y tomar aire, salimos del mercado y callejeamos por las pintorescas calles de alrededor, aprovechando para entrar en las tiendas de la zona, sentarnos en alguna de las coquetas terrazas y pararnos a fotografiar las coloridas casas victorianas.

Tras una mañana de compras, ponemos rumbo a otro de los mercados más famosos de Londres, sin duda mi favorito: el situado en Camden Town. De nuevo nos montamos en el metro y, tras varios trasbordos, llegamos a Camden. En cuanto salimos a la calle nos encontramos con el inconfundible ambiente alternativo del barrio. Sé que, por muchas veces que venga, nunca dejaré de sorprenderme con la estética de este lugar, donde lo insólito se convierte en cotidiano en cada uno de sus rincones.

Caminamos unos minutos por una de las avenidas principales del barrio, hacia el Lock Market. Una vez más, nos dejamos cautivar por las fachadas de sus edificios, en las que los reclamos publicitarios se unen al punk, a lo gótico. Enormes figuras en tres dimensiones sobresalen de los edificios. Restaurantes y tiendas se reparten a lo largo de toda la calle. La gente del barrio se mezcla con los turistas, sin embargo, su estética los delata.

Una vez en el mercado, vamos directas a buscar una mesa al aire libre donde poder sentarnos a comer. Encontramos hueco en una gran mesa compartida. Vamos a comprar la comida por turnos a algunos de los puestos que inundan el mercado y, tras un rato de espera en diferentes quioscos, por fin podemos sentarnos a disfrutar de nuestra comida de distintas nacionalidades.

Este lugar desprende algo que me encanta. Creo que es la mezcla de su ambiente, del aspecto despreocupado de la gente; del ritmo, tan diferente al del resto de Londres. Durante mis primeros meses aquí, este sitio fue el lugar que elegí para refugiarme de mi soledad. Aquí me sentía acompañada, por una multitud de desconocidos, pero menos sola.

—Había olvidado lo bien que sienta poder disfrutar de un sábado libre, y encima soleado —le digo a Marta, mientras muevo la silla para que los rayos de sol me den de lleno.

—Sí que sienta bien —responde sonriendo—. Qué ganas tengo de que lleguen mis vacaciones. Voy a pasar quince días en Menorca sin moverme de la tumbona. Ya verás, voy a volver negra. La gente de aquí me va a mirar rarísimo. Es que ya no me falta ni un mes. Tú tendrás unas ganas tremendas de que llegue septiembre…

—Sí, aunque no te he contado… He cambiado de planes —contesto, misteriosa.

—¿Ya no vas a ir a Suances?

Está muy intrigada. Soy consciente de que muchas veces la desconcierto. A ella, a mí misma y a cualquiera que se cruce por mi camino.

—Al final no. Pensaba ir, pero desde hace varias semanas veo carteles de la India por todas partes. Tengo ganas de ir desde hace mucho, aunque, por una u otra razón, siempre lo he ido posponiendo… —No me deja continuar.

—¿Te vas a la India? —Me mira, ojiplática.

—¡Síííí! —Creo que he chillado demasiado, por lo que bajo un poco el tono de voz y continúo—: El lunes, cuando tuve yoga, me dieron justo el empujón que necesitaba para decidirme. Al terminar la clase, mi instructora nos dijo que, desde el centro, iban a realizar vacaciones de mente y cuerpo en la India.

—De mente y cuerpo… —repite ella, y arruga con extrañeza el gesto.

—Sí. Son viajes en los que mezclan el yoga con técnicas de meditación y medicina Ayurveba, que consiste en una mezcla de terapias y masajes. Por lo visto, organizan diferentes tipos de viajes: algunos incluyen visitas turísticas, y otros consisten solo en un retiro. Aún no tengo claro qué tipo de viaje voy a escoger, pero, lo que sí sé, es que no voy a dejar escapar esta oportunidad. En septiembre voy a irme diez días a la India. Este lunes pagaré la señal y diseñaré el plan el viaje con ellos. Supongo que ahí me darán más detalles, para que pueda decidirme. —Estoy entusiasmada, llevo una semana que no me lo creo… ¡Me voy sola a la India! Miro a Marta, que sigue con los ojos abiertos de par en par. Como veo que no dice nada, continúo con mi monólogo—: Creo que estas experiencias son supernecesarias, ya que pueden ayudarnos a cambiar el modo en el que vemos las cosas, a conectar mejor con nosotros mismos y con el mundo en general.

Paro unos segundos, como un poco de pollo al curry y me planteo explicarle la teoría de la felicidad de Robert Bliss.

—¿No pensabas contármelo? —interrumpe mis pensamientos y aleja mi intención de darle detalles que no ha pedido.

—Claro que sí. Estaba esperando a tenerlo todo bien atado.

—La verdad es que creo que es un gran viaje, suena genial. Si yo fuese tú, ya que voy, cogería la opción que incluya visitas turísticas —me aconseja más relajada.

—Sí, creo que haré eso. Hay un paquete que incluye cuatro días de excursiones, todo organizado, y luego seis de retiro. Supongo que esa puede ser una buena opción, depende de lo que me cuenten el lunes, y de lo que cueste.

—¿Y qué te ha dicho tu madre?

Doy un largo trago a mi cerveza y la miro de reojo.

—Aún no me he atrevido a contárselo. No se lo va a tomar nada bien. La última vez que estuvimos juntas fue cuando vino a visitarme en abril, ¿te acuerdas? Coincidió con tu viaje a Barcelona, por lo que te quedaste con ganas de conocerla.

—Sí, me hubiese gustado verla.

—¿Te conté lo que pasó? Creo que no —me contesto a mí misma sobre la marcha. Sé de sobra que no le he hablado del tema—. Desde que mi madre vino, la noto preocupada. Creo que piensa que sigo molesta con ella, y cuando le diga que no voy a ir este verano, solo voy a conseguir que se reafirme en ese pensamiento.

—¿Qué ocurrió? —Por su cara, sabe que estoy dando rodeos porque no me apetece explicárselo.

—En realidad, pasaron dos cosas. Tuvimos dos momentos bastante tensos: uno el primer día y otro el último. Vino a pasar cuatro días, pero solo conseguí tres días libres. Me resulta muy complicado coger varios días seguidos, así que el primer día que estuvo aquí tuve que trabajar. No conseguí organizarme de otra manera y, aunque no me lo dijo, yo sé que ella no lo comprendió —me lanzo a contarle—. El caso es que, a la hora que llegaba su vuelo yo no iba a poder ir a recogerla, así que tuvo que ir sola desde el aeropuerto a casa siguiendo las instrucciones que yo le había dado días antes.

—¿Se perdió?

—Qué va. Ya ha visitado la ciudad en varias ocasiones, así que sabe moverse por aquí sin problemas. Cuando llegó a casa, dejó el equipaje y se fue de turismo por Londres. Le dije que saldría sobre las cuatro, y que a esa hora la llamaría para saber dónde estaba. Pero comencé a cerrar temas para poder irme tranquila los tres días y no me di cuenta de que se me había pasado la hora hasta que vi a mi madre en el *hall* del hotel, casi a las siete de la tarde.

Cuando me doy cuenta, estoy justificándome, como hago siempre. Dando argumentos, que me sirven de bálsamo reconfortante. Como una canción

optimista en un día gris plomizo.

Marta mueve la cabeza hacia los lados en un gesto de desaprobación e incomprensión. ¿Si yo no consigo entenderme, cómo voy a pedirle a los demás que lo hagan?

—En ese momento, me sentí fatal. Ella no me echó nada en cara, solo me dijo que había decidido venir a rescatarme. —Vuelvo a recordar su mirada, que contaba otra verdad bien distinta. Su gesto triste, de preocupación, o tal vez decepción. Esto prefiero no mencionarlo—. Le pedí disculpas un montón de veces mientras íbamos en el tren de vuelta a casa. Ella insistió en que no estaba enfadada.

No le cuento que, con los ojos nublados, me pidió que no me aislase, que no me encerrase de nuevo en mi mundo justo cuando lo que yo intentaba era huir de él. Que me rogó que no continuase alejándome. Tampoco le digo que sus consejos me resultaron tan familiares que un escalofrío recorrió mi cuerpo de los pies a la cabeza, y que tuve ganas de bajarme de aquel tren y dejarla allí sin mirar atrás. Prefiero contarle una versión más amable.

—Sin embargo, me recriminó que trabajara tanto. Mi madre no entiende cómo es la vida aquí, y sé que yo no puedo hacer que lo comprenda, así que intenté quitarle importancia para no alargar una conversación en la que yo sabía que no íbamos a llegar a ninguna conclusión. Después de eso, pasamos unos días geniales, pero el último día, cuando estábamos comiendo en el aeropuerto, justo antes de que ella cogiese su vuelo de vuelta, me dijo que tenía que contarme algo. —Resoplo al recordarlo.

—¿Qué te contó?

—Que llevaba desde febrero viviendo con Carlos. Dejó la noticia bomba para el final. Yo aluciné.

—¿Quién es Carlos? ¿Su novio? Nunca me has hablado de él. —Marta no da crédito a lo que le estoy contando.

—Lo sé, perdona. Supongo que, de manera inconsciente, prefiero fingir que no existe. Es absurdo, tal vez infantil, pero no consigo asimilar que mi madre tiene pareja, y menos aún que vive con él.

—¿Cuánto tiempo llevan juntos? —Marta no sale del asombro, yo tampoco.

—Me enteré justo en las navidades que me vine a vivir a Londres. Me lo contó durante esas vacaciones. Resulta que llevaba quedando con él más de seis meses, aunque no quiso contármelo hasta que la relación se fue poniendo más seria. Así que, está con él desde hace unos… dos años. Al parecer, no era suficiente. Como pasaban todos los días de la casa de uno a la del otro, tomaron la decisión de irse a vivir juntos. Y, por si esto fuera poco, como

nuestra casa es más grande que el apartamento de Carlos, decidieron vivir allí.

—Por lo que veo no te lo tomaste nada bien.

—No pudo sentarme peor. Una parte de mí no quería montar una escena porque mi madre se iba ese mismo día, y, por otro lado, no podía controlarme. Acabé mordiéndome la lengua y diciéndole lo que pensaba solo a medias. De todos modos, ella sabe que me molestó más de lo que yo le hice ver, me conoce demasiado bien. Ahora pensará que no quiero ir porque él está allí, y, Marta, te aseguro que no es por eso. —En parte sí, pero no voy a reconocerlo —. Le diré que venga ella unos días en octubre, y que yo iré en Navidad. Cruzaré los dedos para que la conversación fluya sin que ninguna de las dos explote.

—Quizás me estoy metiendo donde no me llaman… ¿Por qué te molesta tanto? Tú no estás allí y… No sé, creo que a mí me tranquilizaría saber que mi madre no está sola.

—No te lo sé explicar, no puedo soportarlo. Mi madre nunca ha estado sola. Siempre ha sido muy sociable. Tiene un montón de amigas y, además, están allí mis abuelos y mi tía. Tal vez por eso nunca me plantee que tuviese la necesidad de meter a nadie más en su vida. Siempre imaginé que, cuando estuviese con ella, íbamos a ser solo ella y yo. Creo que lo que más me molesta es justo eso, que no me lo esperaba para nada. Nunca pensé que quisiese otra cosa. Supongo que con el tiempo lo asimilaré.

—Seguro que sí, hay veces que nos cuesta acostumbrarnos a los cambios. El tiempo nos ayuda a adaptarnos a cualquier situación. Ya verás cómo dentro de poco acabarás riéndote al recordar cómo te lo tomaste.

—Eso espero. ¿Has terminado de comer? ¿Seguimos con las compras? —digo, zanjando así una conversación que me resulta muy incómoda. Creo que sé mejor que nadie lo complicado que puede resultar seguir viviendo cuando tu mundo cambia. Adaptarse nunca es sencillo.

—Sí, estoy lista para continuar —dice Marta al tiempo que se pone en pie y comienza a recoger la mesa.

El resto de la tarde lo pasamos visitando muchos de los puestos de los mercados de la zona, hasta que decidimos no gastar ni una libra más.

Salimos dispuestas a volver a casa, pero se me ocurre hacer antes una última parada, y sé que Marta no rechazará mi propuesta, porque subir a Primrose Hill a contemplar las increíbles vistas que la colina ofrece de Londres siempre es un buen plan. Paseamos tranquilamente por el Regent's Canal y dejamos atrás el ambiente bullicioso y extravagante de Camden. Continuamos hasta llegar a Regent Park y cruzamos para adentrarnos en Primrose Hill. Luego caminamos hasta llegar al punto más alto y nos sentamos en el césped a

descansar y contemplar la ciudad, que luce radiante.

Algo más de una hora después, y tras una amena conversación, cuando el sol ya se está escondiendo, decidimos poner rumbo de vuelta a casa agotadas, felices y cargadas de bolsas.

Fecha: julio de 2010.

Señal: Llevo días recibiendo señales que me invitan a viajar a la India.

Sensaciones: Entusiasmo, muchas ganas de descubrir ese país de contrastes.

Plan de acción: Reservar mi viaje, aprovechar esta oportunidad única y dejar a un lado los remordimientos.

---- DANI ----

Nuevos planes

Septiembre — 2010

—¿Te lo has pensado bien? Aún estás a tiempo de cambiar de idea. —Sergio se detuvo en seco en mitad del pasillo, impidiendo avanzar a Dani.

—No es por nada, pero creo que ya deberías haberlo asumido. Nuestra convivencia ha terminado. Perdón, ha sonado muy brusco. No te lo tomes como algo personal; no es por ti, es por mí —bromeó Dani.

—Y lo dices así de tranquilo…, sin un titubeo en tus palabras, sin derramar ni una lagrimita ni nada. Pues que sepas que pierdes con el cambio, nunca encontrarás a nadie como yo —añadió su amigo en tono desafiante.

—Te aseguro que no es mi intención. Con uno como tú, tengo más que suficiente… Perdón, quería decir que eres irremplazable. —Una sonrisa se escapó entre sus labios.

—Con que eso es lo que piensas… Perfecto, parece que soy yo el único que sufre con este gran cambio. —Sergio dotó a sus palabras del dramatismo característico de sus discursos, siempre tan exagerado.

—Vale, tú ganas. Mantengamos de nuevo esta conversación. —Dani tornó los ojos y dejó en el suelo la pesada caja que sostenía en sus brazos—. Pero no te enrolles mucho que, por si no te acuerdas, Laura está esperándonos abajo, con una furgoneta aparcada en doble fila.

—Pues que espere —replicó Sergio con cierta chulería—. Una vez que salgas de esta casa con esa caja, te va a tener todo el tiempo que quiera con

ella, así que, porque espere un poquito, no le va a pasar nada de nada. Además, tú y yo no hemos hablado aún de lo realmente importante.

—Sorpréndeme, ¿qué es lo realmente importante? —Impaciente, Dani se cruzó de brazos frente a su amigo.

—Pues… ¿qué va a ser? Los términos de tu custodia, por supuesto. Aún no sé ni qué días te toca conmigo.

—Joder, por un momento incluso he pensado que ibas a hablarme de algo serio de verdad. Te acuerdas de que estaré solo a media hora de aquí andando, ¿no? De todos modos, tranquilo. Puedo garantizarte que seguirá habiendo fútbol, *pizzas* y cervezas. Tú y yo, a solas.

—Perfecto, justo lo que me faltaba. He pasado a ser el otro… —Cada vez estaba más en su papel—. Más te vale, porque estoy seguro de que Laura te pondrá impedimentos para disfrutar de cualquiera de esas cosas. Ya revisaré con ella lo de la custodia, porque con tu palabra no voy a ninguna parte.

—Estás muy equivocado. Le gustan las tres cosas, y mi palabra es más que suficiente.

—Qué inocente eres, me encanta la seguridad que desprendes. Aunque yo no me fiaría lo más mínimo. Seguro que es una tapadera, al principio todos sabemos ser muy complacientes… ¿Te doy un consejo? ¡Ándate con ojo!

—¿Hablas en serio? —Dani comenzaba a desesperarse.

—Sí y no. Es que, en fin… Me cuesta decir esto, y no quiero ponerme en plan cursi, pero, tío, te voy a echar de menos. Sé que dar este paso es muy importante para ti. Por un lado, me siento feliz y orgulloso de que vuelvas a ser tú, y… —tomó aire para dar un poco de emoción a sus palabras— por otro lado, pienso que nada va a volver a ser lo mismo. Me cuesta asumir que ha llegado tu momento de independizarte, que necesitas tu espacio… —añadió en tono teatral, intentando ocultar que de verdad sentía que poco a poco perdería a su amigo—. Además, por tu culpa, voy a tener que hacer más guardias para poder pagar el alquiler yo solo.

—Tenías que cargarte un momento tan tierno… Si no tienes nada más que decir, ¿podemos salir del pasillo y bajar estas últimas cajas?

—¿Lo ves?, me pongo sensible y ni siquiera eres capaz de decir que tú también me vas a echar de menos. Ya verás, cuando quieras ver una película de acción y acabes tragándote un pastelazo romántico de esos que llevan el paquete de pañuelos incorporado; o cuando quieras hacer una cena en plan gordos, con sus grasas saturadas, y ella te convenza para cenar verduritas; o cuando no entienda tus cambios de humor y se quede pegada a ti, justo en esos momentos en los que es mejor correr en la otra dirección, y encima de que no te deje tu espacio, te pregunte una y otra vez «¿en qué piensas?», «¿qué

te pasa?» —Aunque daba la impresión de que ya había terminado, continuó—: Entonces me echarás de menos y pensarás: «si estuviese con Sergio, no habría acabado entre pañuelos cuando solo quería poner mi mente en blanco y disfrutar de un buen tiroteo y de explosiones gratuitas con una protagonista que siempre va con una vestimenta nada apropiada para enfrentarse al fin del mundo, y que encima la hace un auténtico cañonazo. Si estuviese con él, no habría tenido que simular que las acelgas rehogadas son mi plato favorito». Y lo más importante: «él me habría dejado solo cuando necesito estarlo».

—Ensayas tus discursos, ¿verdad? ¿Lo tienes escrito por algún lado? Ojalá pudiese llegar algún día a hablar como tú lo haces, es alucinante.

—Muchas gracias, por fin algún piropo. Pero no interrumpas, que hay más… También me echarás de menos cuando te des cuenta de que vives en un piso de chica, con sus flores y su color rosa en alguna pared…

—¡Para, por favor, para! No sé con qué clase de chicas has salido, pero si esa es tu experiencia, o la visión que tienes de una mujer, entiendo que prefieras estar soltero. De verdad, lo tuyo es preocupante —interrumpió Dani, y puso fin a una retahíla de contras que prometía ser infinita—. Mira el lado positivo, ahora puedes aprovechar para hacer más fiestas de esas que tanto te gustan. Aquí, en plan bar clandestino, sin tener que soportarme —añadió mientras cogía de nuevo la caja y le hacía un gesto a Sergio para que lo imitase.

Su compañero obedeció a regañadientes y cargó con la última caja que había en el pasillo. A pesar del peso, y de tener que bajar cuatro pisos a pie, nada le impidió continuar con sus historias.

—Aguantar tus quejas era parte de la gracia. Ahora le va a faltar esa chispa a mis eventos. No sé si me veré con fuerzas para poder volver a organizar alguno más.

—¡Venga ya! Si te he escuchado esta mañana hablar por teléfono… Estabas organizando una fiesta justo para esta noche.

—Por favor, esa no cuenta. Está claro que necesito ahogar mis penas en el alcohol, no ves que me has abandonado… —respondió dramatizando aún más, si es que eso era posible.

—Qué cara tienes, de verdad.

—Bueno, llegamos al portal, ahí está tu nueva vida. —Sergio señaló hacia la furgoneta.

—Tranquilo, no pienso vivir ahí. Te acuerdas de que he alquilado un piso, ¿verdad?

—Qué idiota eres. Gracias por hacerme reír en estos momentos.

Los dos avanzaron hasta el vehículo. Laura recolocaba los bultos para asegurar que hubiese espacio suficiente para las últimas cajas.

—¿Por qué habéis tardado tanto? Pensé que al final te habías arrepentido —bromeó ella mientras los dos dejaban su cargamento en el interior de la furgoneta.

—Tranquila, tiene las cosas muy claras. Lo he puesto a prueba arriba, y, aun sin estar tú allí, me has ganado por goleada. —Pasó por alto la mirada de incredulidad de Dani.

—Me alegro —respondió ella, y rodeó a Dani con un brazo por la cintura.

—En fin, parejita, no os entretengo más. Disfrutad de vuestro nidito de amor, que yo voy a pensar cómo sacarle más partido a mi pisito de soltero. —Sergio le dio dos besos a Laura y abrazó a su amigo—. ¿De verdad que no necesitáis que os acompañe?

—No, tranquilo, esto podemos subirlo entre los dos sin problemas. Te damos el resto del día libre. —Volvió a abrazar a su casi hermano.

Laura se montó en la furgoneta y los dejó de nuevo unos minutos a solas. Cuando Dani subió, tenía los ojos algo vidriosos.

—Bueno, ya puedes arrancar. Parece que se ha quedado tranquilo —dijo en un tono algo paternal.

—No tienes que hacerte el duro, sé que te da mucha pena separarte de él. Es normal.

—Sí, sí que me da pena. Ya te conté que lo conozco desde preescolar, desde el primer momento nos hicimos inseparables. Y aunque estos diez años de convivencia han tenido sus más y sus menos, nos han unido mucho más. —Se secó con discreción un par de lágrimas que se escaparon sin permiso—. Pero eso no quiere decir que hoy no sea un día muy especial para mí —añadió, dándole a Laura un beso suave en la mejilla—. Estoy muy feliz.

—Y yo. Tengo muchísimas ganas de llegar a casa. ¿Te has dado cuenta de lo bien que suena? A casa, nuestra casa.

—Sí que suena bien. —Saboreó las palabras de ella.

—Y tranquilo, conociéndoos a los dos, estoy segura de que no va a cambiar nada entre vosotros.

Tras un breve viaje, se encontraron en su nuevo barrio. No podían creerse que el día hubiese llegado, por fin iban a vivir juntos de verdad.



Desde aquella noche de diciembre, se hicieron inseparables. Laura era increíble, optimista, de una alegría contagiosa. Con ella no había dramas, ni idas y venidas sin sentido. Ella era estabilidad, calma. La tranquilidad que él

necesitaba.

Después de su primer encuentro fortuito, comenzaron a quedar casi a diario, y eso que sus horarios eran difíciles de cuadrar. No habían sido pocas las noches en las que sus citas comenzaban a la una de la madrugada, con Dani esperándola en la puerta de aquel restaurante que nunca habría imaginado que visitaría con tanta frecuencia; aunque en la mayoría de las ocasiones se negaba a atravesar la puerta. Desde allí, casi siempre ponían rumbo a la taberna irlandesa, que se había convertido en uno de sus sitios predilectos, y tras una buena pinta y una conversación de lo más amena, solían acabar la velada en la casa de uno de los dos. Además, si sus agendas se lo permitían, también compartían la mañana.

Los días que Dani se sentía agotado y no se veía capaz de acostarse a las tres de la mañana y luego madrugar, era Laura la que se presentaba en su estudio por la mañana, cargada con un buen desayuno. Incluso atravesaba Madrid para ir a verlo si estaba haciendo algún reportaje, aunque solo fuese para pasar con él quince minutos.

Disfrutaban mucho del tiempo que pasaban juntos, pero los dos estaban cansados de tener que adaptarse a los horarios laborales del otro. Así que, en junio, tras seis meses de encuentros, la mayoría de las veces a deshoras, decidieron que la mejor solución, y lo más práctico, era irse a vivir juntos.

Además, y en parte gracias a que Dani la animaba continuamente, Laura había decidido adelantar sus planes de tener su propio restaurante; su objetivo era abrirlo a principios del próximo año. Ya tenía un fabuloso local escogido en Chueca, solo necesitaba llegar a un acuerdo en cuanto al precio del alquiler. Cuando tuviese eso cerrado, se pondría manos a la obra para conseguir abrir al público en la fecha prevista. Ella sabía que, como lo consiguiese, o vivían bajo el mismo techo, o pasar un rato juntos sí que iba a convertirse en una auténtica misión imposible.

Desde el mismo día en el que decidieron compartir algo más que trocitos de sus vidas, se pusieron a buscar piso. Los dos estaban acostumbrados a vivir en el centro, así que no querían renunciar a eso. Además, así ambos estarían más cerca del trabajo.

Estaban algo cansados de vivir en pisos antiguos, así que buscaron algo que estuviese más a menos reformado. Otra cosa que tenían clara es que no querían un piso amueblado, pues la mayoría de las veces los propietarios se dedicaban a amontonar los muebles que ya no querían en su casa y los llenaban de figuritas horribles con las que nunca decorarían su propio hogar. Aunque ellos consideraban que no pedían unos requisitos muy exigentes, tardaron casi tres meses en encontrar, por casualidad, un piso que encajaba

con lo que buscaban.

El piso estaba situado en la calle Ponzano, muy cerca de la parada de metro Iglesias, y a un corto paseo de la calle Fuencarral, zona que les encantaba a los dos. Lo encontraron un caluroso día de agosto, en el que consideraron que visitar pisos era un plan perfecto. Se vinieron arriba y organizaron seis visitas en la misma jornada, cada cual peor que la anterior. Vieron varias casas de los horrores, y nunca mejor dicho. Descubrieron que se puede considerar habitación a una despensa, que la frase «con muchas opciones» no era siempre positiva. Que las habitaciones sin ventana parecían estar de moda, y que no tenía por qué significar lo mismo «recién reformado» para todo el mundo. Visitaron incluso un piso con todas las habitaciones contiguas, incluyendo el baño. Menos mal que al menos tuvieron la consideración de que fuese la última estancia de la casa, evitando así que se convirtiese en un sitio de tránsito obligatorio.

Tras un largo día, en el que los ánimos y el optimismo con el que empezaron por la mañana se habían disipado por completo, pusieron rumbo al coche de Laura, el cual habían dejado aparcado en la calle Ponzano. Por el camino iban hablando en un tono algo elevado debido a lo indignados que estaban. No entendían que hubiese gente que mostrase con orgullo pisos en un estado tan lamentable.

Se encontraban a pocos pasos del coche cuando un hombre interrumpió educadamente su acalorada conversación. Tras presentarse, les dijo que acababa de terminar de preparar un apartamento para alquilarlo y que si estaban interesados podía enseñárselo. Les contó que el piso tenía dos habitaciones bastante grandes, con pequeños balcones exteriores que hacían que la vivienda fuese muy luminosa. El salón era también amplio y la cocina estaba integrada en el salón, dando aún mayor sensación de amplitud. El baño también estaba sin estrenar. Al oír la descripción, un cruce de miradas fue suficiente para decirse el uno al otro que no tenían nada que perder, así que acompañaron a aquel desconocido hacia un portal a escasos metros de donde se encontraban. La entrada al edificio estaba anticuada y descuidada, lo cual no dio muy buena impresión a ninguno de los dos. Aun así, continuaron con aquella visita inesperada.

En cuanto atravesaron la puerta de la vivienda, comprobaron que el propietario no les había mentido lo más mínimo. El piso era aún mejor de lo que él había descrito. Era perfecto y, además, tenía algo que Dani no había incluido en su lista de requisitos inicial, aunque sin lugar a duda era bastante importante: el piso contaba con ascensor. Después de diez años de subir y bajar escaleras, ese detalle fue clave para tomar la decisión. Por su lado, Laura

lo hubiese cogido igual, así fuese un octavo sin ascensor. Para ella fue un flechazo. El precio era algo más elevado de lo que tenían pensado gastar, pero estaba dentro de lo razonable.

Tras la visita, solo necesitaron una conversación de cinco minutos a solas para darse cuenta de que aquel piso no tenía ni un contra, y que la lista de pros era interminable. Así que llamaron por teléfono al propietario para comunicarle que estaban interesados, antes de que se le ocurriese publicarlo en algún portal de alquiler.

Les dieron las llaves a mediados de septiembre. Los dos se cogieron una semana de vacaciones para recibir los muebles y colocar y trasladar todas sus pertenencias con calma. Ninguno quería darse una paliza. Preferían disfrutar de la mudanza, si es que eso era posible.

Gracias a la organización de Dani, tenían encargados todos los muebles desde hacía varias semanas, asegurándose así de que estarían listos en la fecha indicada. Habían conseguido comprar lo necesario en tan solo un fin de semana. Los dos eran igual de prácticos y tenían un gusto bastante similar, por lo que no necesitaron perder más tiempo del necesario y se evitaron las peleas absurdas que muchas parejas tienen en las tiendas de muebles. Cuando tuvieron colocado todo el mobiliario en el piso, y la mayoría de sus pertenencias, pudieron respirar tranquilos al comprobar que habían conseguido el aspecto de hogar cálido que los dos buscaban.

En cuanto subiesen las últimas cajas que tenían en la furgoneta estarían viviendo juntos oficialmente.



Dedicaron toda la tarde a desembalar y ordenar los últimos paquetes al son de la música que sonaba en la radio. A eso de las nueve de la noche, sin poder creerlo, por fin habían terminado. Dani cogió la cámara y comenzó a fotografiar cada rincón del piso, convencido de que nunca volvería a estar tan ordenado como en ese momento. Parecía una casa de revista de decoración. El salón había quedado perfecto: una gran mesa comedor de cristal con sillas blancas, situada junto a la barra americana, invitaba a disfrutar allí de comidas y cenas con largas sobremesas. Ya se imaginaba cocinando con Laura. Bueno, más bien haciendo de pinche, mientras disfrutaban de la compañía de sus amigos. Pero, sin lugar a duda, su parte favorita del salón era el enorme sofá que habían colocado en la zona más cercana a la ventana, donde podrían disfrutar de una buena película en la televisión gigante que invadía media

pared. Soltó la cámara y se derrumbó agotado en el sofá. Desde allí llamó a Laura, que estaba en la habitación en ese momento.

—Dime. —Se asomó al salón con la ilusión dibujada en la mirada.

—¿Te apetece noche de sofá y peli en nuestra casa?

—La verdad es que tu propuesta suena genial, en especial lo de «en nuestra casa» —respondió Laura, sentándose a su lado y acurrucándose bajo su brazo.

—¿Pedimos unas *pizzas*?

—Me parece perfecto —contestó ella, cada vez más cerca—. Aunque, quizás, antes podríamos estrenar la cama.

—Tu propuesta no suena nada mal —respondió Dani, dándole un beso lento.

Laura sonrió y se puso de pie. Estaba radiante. Le tendió su mano, él se la sujetó y se levantó del sofá. Sus sonrisas se cruzaron y Dani se abrazó a ella con fuerza, con el firme propósito de no volver a perderse.

---- ANA ----

Un poco de orden

Enero — 2011

Aún siento las consecuencias de las celebraciones navideñas; la sensación de resaca se resiste a abandonarme. Fiestas, alcohol, comida en exceso, intensas jornadas de trabajo y pocas horas de sueño. La cafeína y los analgésicos han sido mis compañeros inseparables durante estas últimas semanas. A pesar del estrés y del agotamiento acumulado, no me quejo. Tengo que reconocer que estoy inmersa en una maravillosa locura.

Por fin le he dado un nuevo giro a mi vida y siento que estoy mucho más cerca de mi meta. Tras dos años de entregarme en cuerpo y alma al establecimiento de Lucía, hace apenas unos meses tomé la decisión de dar un paso más y dejar mi puesto para comenzar a trabajar como jefa de recepción en un conocido hotel de cinco estrellas situado en el centro de Londres. Aún sigo flipando, y mucho.

El hotel es una pasada: un edificio impresionante situado junto a Trafalgar Square. Los primeros días me daba algo de vértigo, me sentía como una intrusa al atravesar sus puertas, una impostora que no merecía estar allí. Pero, en cuestión de días, esos pensamientos desaparecieron y comencé a sentirme más segura.

El puesto supone un gran salto para mí. La empresa es una multinacional enorme, y ofrece unas posibilidades de desarrollo infinitas. Así que, a pesar del aprecio que siento por Lucía, y de lo agradecida que estaré siempre con ella

por la oportunidad que me brindó, y la confianza que depositó en mí, acepté la oferta.



Volví de la India con energías renovadas. Me sentía fuerte, más segura de mí misma.

A los pocos días de regresar, me comenzaron a llegar más ofertas de empleo por email de las que suelo recibir, así que, siguiendo mi instinto, consideré que era una señal que no debía dejar pasar. En octubre me puse manos a la obra, actualicé mi currículo y comencé a inscribirme en todas las ofertas que me resultaban atractivas y que encajaban con mi perfil.

Nada me cuadraba del todo, hasta que a principios de noviembre recibí un correo con una que me conquistó. El puesto era de jefa de recepción, con posibilidades reales de promoción a subdirectora a corto plazo. En cuanto la leí, me invadió una risa nerviosa; aquella era mi oportunidad, parecía que llevase mi nombre puesto. Saqué mi libreta y, sin dudarlo, apunté aquello como una señal más hacia mi felicidad.

No había echado la solicitud para el puesto y ya me visualizaba: yo, como directora de hotel; en aperturas de nuevos establecimientos; viajando por el mundo; conociendo otras culturas…

Desde que leí aquel correo, lo tuve claro: aquel puesto tenía que ser mío.

Puse todo de mi parte para hacer campaña a favor de mi candidatura: fui al hotel, a entregar mi currículo en mano; lo envié a diferentes direcciones de correo; llamé varias veces para informarme sobre los avances del proceso, siempre mostrando mi interés e intentando no parecer insistente o ansiosa por conseguir el puesto. En cada llamada que hice, o cada email que envié, aproveché para demostrar de una forma u otra mi profesionalidad y mis habilidades comunicativas.

Estudié mi estrategia al milímetro. Y funcionó.

Funcionó tanto, que fue el propio director del hotel quien me entrevistó en persona mientras cenábamos. Tal vez él trate a cada uno de sus candidatos del mismo modo, y siempre encargue a su secretaria que realice reservas en bonitos restaurantes para que las entrevistas tengan lugar en un ambiente mucho más agradable que el que puede brindarte un frío despacho. Seguro que es su técnica para que los candidatos se muestren más relajados, más auténticos. Aunque a mí, ese gesto, me hizo sentir especial.

No sé por qué, pero, durante el proceso, en ningún momento sentí que yo

fuese solo una candidata más. Sabía que esa era mi oportunidad, los demás no tenían nada que hacer. Era mi destino único, mi traje hecho a medida. Esa seguridad me ayudó, y la entrevista salió tal y como yo había imaginado.

Encajamos a la perfección. Durante toda la conversación, tuve la sensación de que cada respuesta que daba era justo la que él quería escuchar. Me mostré decidida, profesional, resolutiva, educada y cercana. No era momento de dejar salir ninguna de mis innumerables debilidades. Me aseguré de mostrarme enérgica y cargada de entusiasmo.

Sin duda, mi experiencia fue una baza que jugó a mi favor. Dejé la guinda perfecta para el final, cuando le demostré que lo que ponía en mi currículo era cierto, que de verdad hablo tres idiomas —español, inglés y francés—, y que me defiendo bastante bien con el italiano y el alemán. Si no fuese por mi padre y su pasión contagiosa por los idiomas, esto no sería posible. Hablamos durante más de dos horas, en las cuales estuve imparable. Me había preparado la entrevista a conciencia con un único objetivo: asegurarme de que aquel hombre saliese del restaurante convencido de que yo era su mejor opción; mejor dicho, su única opción.

Y así fue. Un par de días después, recibí la llamada de recursos humanos que esperaba. El puesto era mío.

Con el cambio, apenas conseguí tomarme un respiro entre un trabajo y el otro. Lo justo para acudir a mi cita anual en Madrid y pasar unos días con mi madre antes de las vacaciones de Navidad. A ella le hubiese encantado venirse conmigo esos días, pero la convencí para que no lo hiciera; lo último que necesitaba era tenerla por aquí cuestionándome una vez más mi ritmo de vida.

Ahora que han finalizado las fiestas y la ocupación del hotel se ha reducido, puedo disfrutar de los días libres que no he podido coger durante dos semanas cargadas de jornadas interminables.



Por fin, una noche de descanso de verdad. Miro el reloj y me sorprendo, he dormido casi once horas seguidas, y sin pastillas. Creo que uno de los mayores placeres de la vida es despertarse descansada y sin el molesto ruido del despertador de fondo. Remoloneo bajo el edredón un buen rato y me levanto sin prisas. Descorro las cortinas. No hay sol, y las nubes amenazan con un gran diluvio. Aunque llevamos unos días de mucho frío, abro las ventanas de par en par. La habitación necesita una bocanada de aire fresco.

Observo el dormitorio con detenimiento y, sobre la marcha, decido que ha

llegado el momento de limpiarlo y ordenarlo. No recuerdo cuando lo hice por última vez.

Mi ropa está amontonada sobre el escritorio de la habitación y las estanterías están abarrotadas de cosas; necesito deshacerme de muchas reliquias. Una pila de libros a medio leer descansa sobre mi mesilla, por no hablar de la fina capa de polvo que cubre con sutileza cada mueble del dormitorio. En el suelo veo incluso restos de maquillaje. Me agacho a limpiarlo con la mano y reparo en un conjunto de lencería que descansa bajo mi cama, el cual me arrancó un desconocido una noche de borrachera en la que me dejé llevar. Hace tiempo que esa es la única clase de intimidad que me permito. Recuerdo que ni siquiera cambié las sábanas después de aquel encuentro y se me revuelve el estómago. Me llegan imágenes en forma de *flashes*: su mirada oscura, sus pectorales, yo apretándolo contra mí… Pasión momentánea, acompañada de necesidad.

Me pongo de pie y decido tomarme un café antes de comenzar. Salgo de mi habitación y cierro la puerta tras de mí.

Después de desayunar con calma, vuelvo a la habitación con las pilas cargadas. Cierro la ventana, pongo música y comienzo con la limpieza. Recojo todo lo que tengo tirado por el suelo, cambio las sábanas y echo a lavar la ropa que estaba sobre el escritorio.

Abro el armario para ordenarlo y decido que es el momento ideal para revisar todo mi vestuario y dar aquello que lleva varias temporadas esperando una oportunidad que nunca llega. Dispongo sobre la cama las prendas con las que solía vestir hace apenas un par de años y que ya no uso. Tras un análisis exhaustivo de cada prenda, y algún momento de debilidad en el que estoy a punto de volver a colocar de nuevo todo en el interior del armario, lo consigo. Soy fuerte y lleno dos enormes bolsas de ropa; más tarde las llevaré a la iglesia que está al final de la calle.

Limpio el polvo que descansaba sobre los muebles y me entrego a fondo con el suelo. Cuando acabo, tengo sobre la cama un montón de cosas que he ido quitando de las estanterías. Las inspecciono y decido qué merece seguir formando parte de mi vida y qué no.

Un par de tazas que, sin pensarlo dos veces, llevo a la cocina, las lavo y las dejo allí para usarlas. Cinco botellas de cerveza vacías que van directas a la basura; no consigo recordar en qué momento decidí que eran un buen elemento decorativo. Un gorro de San Patrick, negro y verde, que guardo por si me viene bien para algún disfraz. Portarretratos vacíos; los compré hace ya casi un año con la idea de poner fotos en ellos y aún no he encontrado el momento de buscarlas. Sé de sobra cuáles quiero poner y dónde las tengo

guardadas, pero una parte de mí se resiste a abrir esa caja. En su interior, los recuerdos se amontonan esperando a ser destapados. Lo bueno y lo malo, en un minúsculo espacio. Mis lágrimas, incontrolables. Permanezco unos segundos absorta mientras contemplo uno de los marcos sin alma y una oleada de tristeza me inunda sin avisar, como lo hace siempre.

Doy vueltas sobre mí misma, miro cada rincón del dormitorio y, entonces, reparo en algo: ahora mismo este cuarto no tiene nada de mí, podría ser la habitación de cualquiera. Puede que lo que voy a hacer afloje una vez más el nudo de mi garganta. Es el momento, necesito llenar los marcos con recuerdos, antes de que yo termine también vacía. Me estremezco e intento apartar ese pensamiento fugaz que de vez en cuando me visita.

Salgo de la habitación, cojo una escalera y vuelvo con ella. La pongo frente al armario, la abro con cuidado de no golpear nada, respiro hondo y, como si fuese a emprender la mayor de las proezas, subo a ella decidida. Una vez más, voy a enfrentarme a mi pasado. Aunque me fallan las piernas, sigo adelante con mi propósito. Abro las puertas del altillo y me encuentro frente a otro montón de reliquias. A primera vista no veo la caja, así que asumo que estará colocada al fondo. Decido acabar con este desorden, de esa manera tendré algo más de tiempo antes de reencontrarme con mis temores… ¿He dicho temores? Quería decir recuerdos.

Saco las cosas y las lanzo sobre el colchón hasta que el altillo está casi vacío. Me inclino hacia adelante y alcanzo la caja de lata que aún permanece en el fondo; la cojo con sumo cuidado y bajo las escaleras como si cargase con un tesoro. La dejo sobre la almohada y contemplo con cierta incredulidad todas las bolsas y carpetas que ahora se amontan sobre mi cama. No comprendo cómo podían caber ahí arriba.

Antes de ordenar todo esto, necesito otro café. En apenas unos minutos, estoy de vuelta con una taza humeante entre las manos, y un analgésico para intentar paliar el martilleo que ha aparecido en mi cabeza.

Decido comenzar por la bolsa más abultada. Está llena de disfraces de fiestas de Halloween y otras ocasiones. Recuerdo la fiesta pirata, cuando despedimos a Marta hace unos meses porque volvía a Menorca. Muchos acaban marchándose, y yo voy acumulando fiestas de despedidas a mis espaldas. Por unos minutos, me considero más fuerte, la resistencia. Después me desinflo y la sensación de orgullo desaparece, es algo que me ocurre con frecuencia. Tengo que reconocer que la echo de menos, en cuanto pueda iré a verla a su isla.

Saco todos los trajes y los doblo de manera ordenada. Consigo que apenas ocupen la mitad del espacio; los devuelvo a su bolsa y al altillo. Continúo

abriendo bolsas; todas me llevan a recuerdos recientes, como si no hubiese vivido antes. Vuelvo a estremecerme. ¿Estoy haciendo lo correcto? Respiro hondo, alejo esos pensamientos y me centro en los resultados. Ahora mismo los momentos buenos tienen mayor protagonismo que los malos. Si los pudiese poner sobre una balanza, estoy segura de que vería que mi estrategia está siendo un éxito rotundo.

Subo la mitad de las cosas de nuevo al altillo y la otra mitad va directa a la basura.

Contemplo mi cama ya vacía, a excepción de la caja de lata que me desafía sobre la almohada. Respiro hondo, la cojo entre mis manos temblorosas y la suelto. Salgo de la habitación, hago un par de respiraciones profundas en el salón y vuelvo a entrar con determinación. Un puñado de fotos no pueden ser más fuertes que yo a estas alturas. Sujeto la caja de nuevo, y, tras repetirme varias veces lo fuerte que soy, decido abrirla con mucho cuidado, mientras espero a que lleguen las lágrimas. Al contemplar su interior me sorprendo. Esto es nuevo. Mis ojos se humedecen, pero, a la vez, una sonrisa infantil se dibuja en mi cara. Fotos, cartas y otros recuerdos… Me invade una paz que no esperaba, la sensación de hogar me arropa.

Aprovecho que estoy sola y me voy con mi tesoro al salón. Me acomodo en el sofá y, como si de un ritual se tratase, saco cada uno de los sobres que hay en su interior. Los coloco en la mesa, delante de mí, y los ordeno según la fecha que pone en su exterior.

Luego vacío cada uno de ellos. Tengo fotos de mis padres siendo tan solo unos críos, fotos del día en que nací… Sus caras son un contraste de emociones: ilusión y pánico a partes iguales. Me encanta ver estas imágenes, desprenden tanta ternura… Mi madre siempre me cuenta que fui un bebe muy feliz, que contagiaba mi alegría a quien tuviese cerca. Podían pasarse horas contemplándome, y viendo las fotos, tengo que decir que lo entiendo perfectamente, porque era una monada.

Avanzo entre mis primeros meses de vida y por fin encuentro lo que buscaba, una de mis fotos favoritas. Nos la hizo mi abuela en la playa. Siempre que la contemplo siento una dulzura especial. Yo tendría un año recién cumplido, y mis padres eran dos jóvenes que apenas alcanzaban la veintena. Aunque nadie me lo haya confesado jamás, no hace falta, sé que fui el resultado de un descuido. En la imagen, los tres estamos sobre una toalla y parece que no hay nadie más en la playa. Estoy de pie entre los dos. Mi madre sentada me sujeta por la espalda para que no me caiga, y mientras, yo, con cara de traviesa, achucho con mis dos pequeñas manos la cara de mi padre, que me está sacando la lengua en ese momento. Mis ojos continúan empañados, pero

las lágrimas se resisten a caer. La aparto para colocarla luego en uno de mis marcos vacíos, y sigo disfrutando de mi infancia.

Viajes. Mi primer descenso por el río Sella. La primera vez que visité los Picos de Europa. Cuando mis padres me descubrieron Londres, París, Roma…, con mi padre ejerciendo como guía turístico. Era a lo que se dedicaba en Cantabria, mientras estudiaba su carrera a ratos. Estas fotos están cargadas de primeras veces y de mariposas en el estómago. Lo recuerdo todo como si hubiese sido ayer. La emoción con la que viví cada uno de esos momentos se ve reflejada en mi cara, en cada imagen.

Continúo recordando: cumpleaños con mis amigos del colegio, alrededor de una tarta, en el pequeño patio de casa; mi primera comunión; navidades… Bailando con mi padre en el salón una tarde de domingo cualquiera, mientras que él disfrutaba de una copa de vino.

Un remolino de emociones me invade, el nudo de la garganta estalla y rompo a llorar. No puedo controlarlo, lo echo tanto de menos… Entre lágrimas, siento la necesidad de hacer algo que no me he atrevido a volver a hacer: poner su música. Sus discos de vinilo, y su tocadiscos, llevan demasiado tiempo cogiendo polvo en la buhardilla. Hace años que volver a escucharlos se convirtió en algo impensable.

Me levanto, voy a mi habitación y apago la música que seguía sonando. Cojo mi móvil y busco en internet una de las canciones que tantas veces bailamos juntos: *Like a Virgin*, de Madonna. Contemplo la pantalla un rato antes de decidirme a darle al *play*. En cuanto suenan los primeros acordes, las lágrimas reducen su ritmo y, en su lugar, una tierna sonrisa invade mi cara. Por unos instantes, la niña que un día fui, a la que aparté hace tanto tiempo, empieza a reclamar su espacio. Me presta su alegría, su luz, su vitalidad y, sobre todo, su facilidad para ser feliz.

Mi mente vuela a cuando apenas tenía siete años. Me veo agarrada a la mano de mi padre, dando vueltas sin parar justo antes de caer al suelo mareada y riéndome a carcajadas. Él se dejaba caer a mi lado contagiándose de mi risa. Cuántas tardes pasamos así, entre libros, música y risas. Por un instante, vuelvo a sentirlo a mi lado. Llevo el café a la cocina, abro una botella de vino tinto y me sirvo una copa. Vuelvo al salón, pongo la canción desde el principio y, como en trance, bailo una vez más.

Brindo por él y le prometo que haré lo que sea necesario para ser feliz.

La canción se acaba y le sigue otra. Dejo que la música continúe mientras me pierdo entre mis recuerdos. Faltan apenas un par de sobres para mis quince años, y siento un pellizco dentro, muy hondo. Que duele demasiado. ¿Cómo un instante puede derrumbarlo todo? Me muerdo el labio. Las fuerzas me

fallan, pero sigo avanzando. Me centro en la foto que tengo entre mis manos: un primer plano de Víctor, él siempre ha estado ahí. Tengo fotos con él de momentos a los que mi memoria no alcanza. En pañales, con cuatro años y un horrible corte de pelo hecho por nosotros mismos. Los ojos se me empañan de nuevo y me doy cuenta de que llevo cuatro años sin verlo, ¿cómo es posible? En cuanto me asiente más en el trabajo tengo que conseguir unos días libres y organizar un viaje juntos. La última vez que hablamos fue hace ya un par de meses y él no estaba pasando su mejor momento. Soy un desastre.

Voy por mis catorce años: adolescencia, exceso de maquillaje y ganas de crecer a toda velocidad. No puedo parar de reírme al contemplar una foto con mi primer novio. Nos creíamos los reyes del mundo, que lo nuestro duraría para siempre. Sin embargo, tras un par de besos y dos meses de relación, nos odiábamos a muerte. Una carcajada me sorprende al recordar cómo, meses después, Víctor y yo decidimos que, tal vez, podíamos ser algo más que amigos. Nuestro experimento duró una larga semana… Fue larguísima, de verdad, porque desde el primer momento supimos que había sido una idea horrible, pero no nos atrevíamos a confesárnoslo el uno al otro. Pasamos toda la semana evitándonos, hasta que un día nos encontramos en la calle frente a frente, después de habernos puesto mil excusas por teléfono para no vernos. Al encontrarnos, nos dio por reírnos a carcajadas, nos abrazamos y decidimos que, contra todo pronóstico, y a pesar de que nuestros amigos nos habían animado para que estuviésemos juntos, lo nuestro era solo amistad.

Y me enfrento a mis quince. Las primeras imágenes son del campamento de surf, ¿cuánto hace que no subo a una tabla? Era una de mis pasiones, y no sé si ahora sería capaz de hacerlo. Otra lágrima se empeña en caer, la atrapo al vuelo. Fotos del final del campamento, risas, abrazos y la promesa de reencontrarnos todos al año siguiente. Ese recuerdo feliz, irremediablemente se entremezcla con el día siguiente: 30 de agosto, y ese puto instante que cambió mi vida. Intento apartar los pensamientos que me torturan desde entonces, porque si todo hubiese pasado un par de minutos después, o unos minutos antes, estoy convencida de que el desenlace habría sido bien distinto.

La culpa vuelve como una oleada, imparable. Me aferro a cientos de conversaciones que me ayudan a tirarla a una papelera que debe de estar a rebosar de pensamientos negativos. No sé cómo vaciarla.

En los años siguientes, las fotos comienzan a escasear. La alegría contagiosa de las imágenes anteriores se desvanece y cobran protagonismo la tristeza y la ausencia. Por fin, los dieciocho años. Y con ellos, tras año y medio de sombras, y otro tanto de encerrarme en mí misma y enfocarme en mis estudios como vía de escape, un atisbo de esperanza, de ganas, de hacer planes, de volver a

sonreír. Fue el momento de mi graduación. Fotos con mi madre, con los padres de Víctor, con él y con el resto de nuestros amigos y compañeros.

Llego a los diecinueve, y, con ellos, el primer año de los dos en Madrid. Ahora sé que lo que necesitaba era salir de Suances: tener nuevas metas. El cambio de aires me vino genial. Poco a poco volví a ser yo de nuevo, con heridas y aprendizajes, pero con ganas y energía. Durante el primer curso compartí piso con Víctor y con dos chicas más con las que acabamos fatal. De esos años, la mayoría de las fotos son de fiestas. Tengo montones de fotos con Clara, ¿qué será de ella? Fuimos las mejores amigas durante toda la carrera, y ahora ya nada…

No sé si guardarlo todo y cerrar la caja de una vez. No quiero seguir planteándome cosas, y sé lo que viene ahora: mi graduación. Qué gran día. Bandas, flores, una cena interminable, felicidad e incertidumbre, y un sobre lleno de fotos. Y, aunque lo mejor de aquel día no está en ninguna de estas imágenes, no me hace falta verlo para recordarlo con todo lujo de detalles.

Yo me había ofrecido voluntaria para coordinar la ceremonia de graduación, así que tenía que estar en el auditorio unas dos horas antes que los demás. Me encontraba en medio del escenario, revisando que todo estuviese perfecto cuando, de repente, lo vi entrar en el auditorio. En ese instante, todo lo demás se detuvo. Él se dirigía hacia mí con paso decidido, cargado con su equipo con tanta soltura que parecía no llevar nada. Atractivo, alto, delgado, con el pelo perfectamente despeinado y una barba de pocos días que lo hacía irresistible. Aún no sé por qué fue, pero me quedé embelesada. Sentí una punzada en algún lugar indefinido entre el pecho y el estómago, y justo en ese instante lo supe: ese desconocido tenía que formar parte de mi vida.

—Perdona, ¿eres Ana? —Nada más alcanzar el escenario, interrumpió mis pensamientos y mostró su as bajo la manga: su irresistible sonrisa. Podría quedarme a vivir en esos labios.

Asentí y él continuó hablando.

—Soy Daniel, el fotógrafo. Sé que esperabas a Emma. Es mi hermana, pero le ha resultado imposible venir por un tema personal, así que hoy me encargaré yo de la graduación. Luego vendrá mi ayudante. Espero que no te moleste el cambio, sé lo que pueden fastidiar los contratiempos. De todos modos, te aseguro que estáis en buenas manos.

—Tranquilo, no me molesta para nada el cambio. —Creo que respondí

algo parecido; un calor repentino no me dejaba pensar con claridad.

—¿Te ocurre algo?, ¿te encuentras bien? —Ladeó la cara y su mirada chocolate me atrapó.

—No te preocupes, solo estoy un poco mareada. Llevo un día de locos. —Comencé a abanicarme con un papel que tenía en la mano.

—Bueno, tranquila. Seguro que todo sale bien. Por mi parte, tengo todo bajo control, así que un problema menos —dijo él, invitándome a que continuase con lo que estuviese haciendo.

Creo que sonreí y asentí, mientras lo contemplaba y me seguía abanicando.

—Ya he trabajado más veces aquí. Voy colocando los focos y demás… —insistió al ver que yo no me movía.

Volví a sonreír a modo de respuesta y él me devolvió el gesto. ¡Joder, qué sonrisa! Entonces me dirigí hacia la salida. No me giré, pero sentí cómo su mirada me acompañaba.

Durante toda la ceremonia fui incapaz de dejar de observarle, como quien contempla una obra de arte. Él estaba tan volcado en su trabajo que ni siquiera se percató de mi mirada, que no dejaba de seguirle. Cuando finalizó la ceremonia, hizo varias fotos de grupos, y al concluir con su trabajo se acercó a mí.

—Enhorabuena, ya estáis graduados —dijo con una sonrisa—. Bueno, yo me marcho ya. En una semana, tal y como hemos quedado, os llevaremos las fotos a la universidad.

—Vale, muchas gracias.

—Ten, mi tarjeta. Supongo que ya tendrás la de mi hermana. Pero, bueno, por si acaso. Por si te surge algo… Es decir, por si necesitas más copias, o alguna menos. En fin, esa clase de cosas. —La seguridad lo abandonó por unos instantes y su tono, algo nervioso, me pareció adorable.

—Sí, la guardaré. Nunca se sabe —contesté yo, y metí la tarjeta en mi minúsculo bolso.

—Disfrutad de la noche. —En ese instante lo hizo una vez más, sonrió de esa forma tierna y canalla a la vez, y yo me perdí del todo.

Cargó con su material y se marchó. Yo permanecí allí clavada, viendo cómo se alejaba, hasta que Clara me arrancó de mi trance.

—Sí, el fotógrafo está muy, pero que muy bien. Sin embargo, ahora tenemos una fiesta por delante que llevamos meses preparando. No te preocupes, ya se nos ocurrirá algo para que vuelvas a verlo.

—Eso no lo dudes.

La ternura me invade, aunque enseguida se mezcla con el miedo que cubría los últimos meses que pasé cerca de él. A pesar de este lío de emociones, continúo.

En casi todas las fotos de los tres años siguientes está él. El cosquilleo del primer día vuelve, otra lágrima que cae. Vaya día llevo… Conservo todas las fotos del taller de fotografía al que me apunté con Clara para volver a verlo. Siendo sincera, no recuerdo casi nada de la teoría, a pesar de que él la explicaba con toda la pasión que se puede poner en algo. Sin embargo, yo tenía cosas mejores que hacer…, como mirarle embobada, perderme en sus ojos, en su pelo revuelto, en su sonrisa… Pues eso, que no me enteré de nada. Aunque logré mi propósito, que poco tenía que ver con aprender a hacer buenas fotos.

Busco sin éxito una foto de un álbum que Dani nos hizo a mí y a mis compañeras de la universidad como regalo de despedida para Andrea, una amiga colombiana que se volvía a su casa tras finalizar la carrera. Todavía recuerdo lo que nos reímos posando en diferentes rincones de Madrid. Estoy segura de que me quedé con alguna copia, pero no hay ni rastro de ella. Tendré que conformarme con conservarlo en mi memoria. A cambio, me encuentro con una foto que saqué de mi cartera justo el día en el que tomé la decisión de venirme a Londres.

La foto de nuestra primera cita.

Mi mirada y su sonrisa gamberra. En el dorso, su firma y tres simples palabras capaces de mover el mundo.

Por fin, Nosotros.

Breve, directo. Sin artificios.

No sé cuánto rato me paso mirándola antes de continuar. A pesar de que solo estuvimos juntos un año y medio, exprimimos el tiempo al máximo. Creo que, debido a mis temores y demás circunstancias personales, siempre supe que nuestra relación terminaría prematuramente, y por eso aproveché cada segundo a su lado. Es una lástima que se disfrute más de las cosas cuando sabes que tienen fecha de caducidad, pero, al menos en mi caso, es así.

Me entran unas ganas irrefrenables de volver a verlo. Es otro sentimiento

con el que convivo, y que hago como que ignoro. La próxima vez que vaya a Madrid, me armaré de valor e iré a hablar con él. Se merece una explicación. Además…, necesito tenerlo cerca de nuevo.

Tras varias horas recordando una vida lejana, aparto varias fotos: la de mis padres conmigo de bebé, una con mis abuelos, una de la Playa de la Concha, la última foto que me tomé con Víctor y algunas fotos de ciudades y paisajes. Voy a la habitación y por fin lleno esos marcos de vida. Vuelvo a ordenar cada uno de los sobres, los meto de nuevo en la caja y, con mucho cuidado, la devuelvo a su lugar.

Contemplo mi habitación ordenada, ahora un poco más mía. Por unos segundos siento el aroma a sal de Suances. Cojo mi portátil, me tumbo en la cama y me dispongo a llamar por videoconferencia a mi madre y después a Víctor. Hoy necesito sentirlos cerca.

---- DANI ----

Una propuesta inesperada

Septiembre — 2011

Besos, caricias y un susurro de feliz cumpleaños.

Dani dejó en la mesilla una humeante taza de té de vainilla, que envolvió de un dulce aroma el dormitorio en cuestión de segundos.

Laura se aferró a uno de sus besos y lo atrajo hacia ella, invitándolo, sin éxito, a que volviese de nuevo a su lado, entre las sábanas.

—Lo siento, cariño. Aunque me encantaría quedarme, no puedo. Tengo que irme. —Intentó zafarse de sus brazos, pero ella no le dejaba marcharse.

Él le regaló un beso más —largo, con un toque de café— y, con delicadeza, se apartó de ella y logró ponerse en pie.

—Llama a alguno de tus secuaces para que te cubran —bromeó Laura, adornando su sugerencia con una expresión de pena exagerada que le recordaba a esos peluches de cachorritos, tristes y adorables.

—Laura, por favor, no insistas más. —Iba a repetir una vez más sus argumentos, sin embargo, ella lo interrumpió imitando su voz.

—Es uno de nuestros clientes más importantes. La modelo solo quiere que la fotografíe yo. Confían en mí. Yo sé lo que necesitan, y no voy a dejarlo en manos de nadie más. No puedo permitirme perder a un cliente de tal envergadura.

—Muy graciosa, yo no hablo así. —Dani puso los ojos en blanco—. Te prometo que te compensaré.

—Más te vale —refunfuñó la joven, y se sentó en la cama.

—Eso no lo dudes. No me entretengo más, luego te veo —dijo él ya desde el pasillo, sin ver su cara de decepción.

Laura cogió la taza de té y saboreó la bebida a pequeños tragos, con una calma que no solía permitirse.

Tras darle demasiadas vueltas a la cabeza, decidió arreglarse y salir a la calle. No tenía ningún plan hasta las doce y media, y no iba a quedarse en casa lamentándose toda la mañana.

En apenas veinte minutos, salía por la puerta. Para la ocasión, había escogido su vestido favorito —rojo, largo y de corte camisero—, acompañado de unas sandalias planas que le permitiesen patearse las calles sin ningún problema. Su melena recogida en una larga coleta dejaba despejada su cara, resaltando así la belleza de sus facciones.

Nada más salir de casa, fue hacia una cafetería situada en la calle Santa Engracia, a escasos metros de su portal, la cual visitaba con asiduidad.

—Buenos días. ¿Café cortado y media barrita integral con aceite? —preguntó la camarera nada más verla aparecer, dirigiéndose ya hacia la cafetera.

—No. Hoy he venido a jugar. Me vas a poner ese trozo de tarta de chocolate que me estaba llamando desde la puerta, un capuchino y un zumo de naranja.

—Eso suena, y sabe, mucho mejor. Sobre todo, para golosas empedernidas como yo —contestó la camarera con una sonrisa cómplice.

—Entonces somos del mismo club. Esperaré en la terraza, hoy hace un día estupendo.

—Veo que esta mañana no tienes prisa. Aprovecha, te saco el desayuno ahora mismo.

Laura sonrió a modo de respuesta y se dirigió a la terraza. Unos minutos después, ya estaba disfrutando del suave chocolate de la tarta mientras veía a la gente pasar, envuelta en su rutina diaria.

Mentalmente echó cuentas, y salvo los domingos por la tarde y los lunes —en los que el restaurante permanecía cerrado por descanso del personal—, llevaba sin cogerse un solo día de vacaciones desde principios de junio, cuando juntó cuatro días para irse con Dani a Ibiza. Desde que abrió el restaurante, en diciembre del año anterior, trabajaba de media unas catorce horas diarias, e incluso en los días en los que no abrían dedicaba algo de tiempo a revisar temas pendientes, probar nuevas creaciones y hacer pedidos.

Cuando se planteó montar su propio negocio, sabía que sería duro, pero no pensó que lo sería tanto. Estaba renunciando a más cosas de las previstas. En sus planes, había considerado que al principio apenas obtendría ganancias y

que el restaurante crecería poco a poco, lo que le dejaría tiempo para disfrutar de su nueva vida con Dani. Sin embargo, nada salió según lo previsto, y tan solo nueve meses después de la apertura, se encontraba desbordada intentando abarcarlo todo.

El restaurante iba mucho mejor de lo que ella jamás había imaginado. Sus originales platos siempre dejaban a sus clientes con ganas de más. El boca a boca, varias reseñas en blogs especializados y las redes sociales se encargaron de que, en apenas cuatro meses, el local se convirtiese en uno de los restaurantes más recomendados de Chueca. Sabía que parte de la clave del éxito estaba en que ella lo gestionaba todo directamente, y aunque su negocio le proporcionaba mucha satisfacción, había llegado el momento de que continuase funcionando sin que ella estuviese allí tanto tiempo. Adoraba su trabajo, pero no quería que tanta dedicación le pasase factura a su vida privada.

Tras plantearse que tenía que reducir el ritmo, y decidir que iba a hacerlo, se sintió más animada; incluso comenzó a olvidar que estaba algo molesta con Dani.

Cuando terminó el desayuno, dejó el importe de la cuenta y una generosa propina en la mesa. Se despidió con un gesto de la camarera y puso rumbo a la calle Fuencarral con el objetivo de visitar todas las tiendas que le diese tiempo antes de su cita.

Con la excusa de que era su cumpleaños, y de que había trabajado muy duro durante el último año, dejó la tarjeta tiritando sin remordimientos. A pesar de que las temperaturas eran más propias de un día veraniego, el otoño estaba a la vuelta de la esquina, por lo que no pudo evitar hacerse con algunas prendas de la nueva temporada: un par de camisas, un jersey de hilo, un chubasquero, un vestido con manga francesa y unas bonitas botas de caña alta.

Pasadas las doce, anduvo entre las callejuelas de Chueca hasta llegar al centro de belleza, situado en la misma calle que su restaurante. Aquel centro se había convertido en los últimos meses en un local que visitaba con bastante frecuencia, sobre todo cuando se sentía sobrepasada y necesitaba relajarse. Atravesar la puerta era suficiente para comenzar a encontrarse mejor de manera casi instantánea. La iluminación, la decoración y la suave música invitaban al relax. Rara vez te hacían esperar si ibas con cita, y si por algún casual iban con algo de retraso, no importaba, la cómoda sala de espera y las infusiones y pastelitos que te ofrecían, hacían que incluso ese rato resultase agradable. Laura había probado casi toda la carta de servicios, y esa mañana se autorregalaría sus dos tratamientos favoritos.

Nada más entrar en el establecimiento, la recepcionista salió a su encuentro para darle dos besos y desearle un feliz cumpleaños. Acto seguido, le cogió

todas las bolsas y se las guardó en una consigna. La acompañó a la sala de espera, ya que llegaba unos minutos antes de lo previsto, y la obsequió con un zumo y una caja de bombones como detalle especial por su cumpleaños. Laura agradeció el gesto y se sentó en un cómodo sillón, a degustar alguno de los bombones y tomarse su bebida.

Unos minutos después, la recepcionista la acompañó hasta la cabina donde iban a realizarle el tratamiento. Sin necesidad de que le diesen instrucciones, se desvistió y se puso la minúscula ropa interior de papel que encontró sobre la camilla. Se tumbó boca abajo y pulsó el botón que estaba a su derecha, ya estaba lista para su masaje relajante. Su masajista entró, moduló el volumen de la música y la intensidad de luz, y, tras una breve conversación para conocer si sentía alguna dolencia específica, comenzó a masajearla en silencio.

Después de un agradable masaje, la empleada se despidió y, en su lugar, entró una esteticista a realizarle una envoltura en chocolate. Con suaves movimientos, le extendió la agradable mezcla por todo el cuerpo. A continuación, la cubrió con una especie de *film* transparente y la dejó sola un rato para que el tratamiento hiciese su efecto. Transcurrido el tiempo necesario, la esteticista volvió, quitó la envoltura y retiró gran parte de la mezcla del cuerpo de Laura. Luego la acompañó a una ducha y la dejó sola para que se retirase los restos y se vistiese tranquilamente.

Tras la agradable experiencia, salió del centro de belleza sintiéndose renovada y con la mente más despejada. Estaba lista para seguir disfrutando de su día.

Anduvo escasos metros hasta llegar a su restaurante, saludó a su equipo y se asomó al reservado para asegurarse de que no faltase detalle. Su cara se iluminó al ver que todo estaba mejor de lo previsto, incluso lo habían decorado con globos y un cartel felicitándola. La mesa estaba perfecta, y unos centros de flores frescas daban justo el toque de color que a ella le gustaba. Volvió sobre sus pasos y les dio las gracias a todos por haberse tomado tantas molestias. Fue al almacén a guardar sus compras y después se dirigió a la mesa para esperar a sus invitados. Nada más tomar asiento, una de las camareras le sirvió una copa de cava rosado para hacerle más agradable la espera.

Laura le dio un sorbo y lo saboreó despacio. En ese momento miró su reloj y se dio cuenta de que, al menos Dani, debería estar ya allí. Sacó su móvil del bolso con la intención de llamarlo y se encontró con un mensaje suyo, avisándola de que el reportaje había comenzado después de lo previsto y que llegaría con un poco de retraso. Suspiró resignada. Iba a responderle, pero llegaron los primeros invitados.

Guardó el teléfono y saludó a Emma, la hermana de Dani, y a Marcos, su

marido. Ella lucía una enorme barriga, propia de su estado. Parecía que iba a estallar en cualquier momento, apenas le quedaban unas semanas para el gran día. Intercambiaron besos y se sentaron a esperar al resto, mientras que Laura se interesaba por cómo le iba la recta final del embarazo y Emma, encantada, le daba detalles de los últimos días.

No tardaron en unirse María y Alba, dos amigas de Laura de la escuela de hostelería que habían montado juntas un restaurante, y con las que solía quedar para darse consejos, compartir proveedores e intercambiar ideas. Las tres se pusieron al día hasta que llegaron Pablo y Javier, los dos hermanos de Laura; eran gemelos idénticos, y apenas se llevaban un año con su hermana mayor. Nada más verla la envolvieron en piropos, después se presentaron al resto de los invitados. Por último, llegó Sergio y saludó a todos con su envidiable simpatía.

Cada uno de ellos preguntó por Dani y la cumpleañera lo excusó, mientras miraba de reojo el enorme reloj que decoraba la pared. Al ver que no llegaba, y que tras varios intentos no le respondía al teléfono, Laura decidió pedir los entrantes y las bebidas.

Cuando ya habían empezado con el aperitivo, una hora después de lo previsto, apareció Dani muy apurado. Pidió disculpas y le echó la culpa a una modelo con aires de grandeza que había llegado a la sesión de fotos casi dos horas tarde. Fue directo a abrazar a su novia y a darle un enorme ramo de rosas. A pesar de las explicaciones y del regalo, ella seguía resentida, pero decidió dejarlo pasar por el momento.

La sobremesa se alargó entre copas y risas. A mitad de la tarde hicieron ronda de regalos, lo que hizo que Laura se arrepintiera de haberse comprado tantas cosas por la mañana. Entre sus adquisiciones y los regalos, tendría que deshacerse de algunas prendas de su armario para dar cabida a las nuevas. Todo era precioso, no pensaba devolver nada.

A última hora, repitieron de nuevo postres a modo de merienda, y a eso de las ocho los invitados fueron marchándose hasta dejar sola a la pareja.

—Creo que es hora de irnos a casa, ¿o te apetece hacer algo más? Tú decides, es tu día —dijo él sentado junto a ella, acariciándole el pelo.

—Mejor vámonos ya. Mañana me espera un duro día de trabajo, tenemos bastantes reservas —respondió ella mientras ojeaba la agenda en su móvil.

—Pues no hay más que hablar —contestó él poniéndose en pie—. Podemos ver una película en casa, si quieres.

Laura asintió a modo de respuesta y se levantó tras él, sin apartar la mirada de la pantalla. Caminaron hacia el coche sin apenas intercambiar palabra. Solo entonces, y a pesar de que no le apetecía nada discutir, Dani asumió que tenían

un tema pendiente. Que, en cualquier momento, el incómodo silencio daría paso a una conversación aún menos agradable. Llegaron al coche y dejaron todas las bolsas en los asientos traseros. De vuelta a casa, la música llenó el espacio, ajena a la tensión que se había creado entre ellos.

Ella se refugió en su teléfono, a la vez que él esperaba poder posponer la conversación hasta llegar a casa. Hacía tiempo que se había propuesto evitar las escenas en público.

—¿No vas a disculparte? —preguntó Laura nada más salir del coche.

—Supongo que será por lo de esta mañana… Ya te dije que era inamovible. Lo siento, de verdad.

—¿Cómo que supones? Claro que es por eso. Bueno, no es solo por eso. Sabes que llevo meses sin tomarme un solo día entero libre, y para uno que me cojo, tú no eres capaz de hacer lo mismo. He intentado no darle importancia durante toda la mañana, pero es que encima has llegado tarde. Tú no eres así. —La decepción acompañaba cada una de sus palabras. Atravesaron el portal y se montaron en el ascensor.

—Joder, Laura, no podía cambiarlo —le respondió Dani hastiado—. Últimamente tú eres la que tiene más obligaciones. Soy yo el que siempre me adapto, no deberías echarme nada en cara. Siento mucho que justo haya coincidido con el día de tu cumpleaños. Y lo de llegar tarde no ha dependido de mí. Pensaba ir a recogerte al centro de belleza, pero la modelo se retrasó y no me quedó otra que aguantarme, porque lo que no podía era hacer mi trabajo rápido y mal para estar a la hora. Tú eres igual de perfeccionista que yo, así que, por favor, te pido que lo entiendas —contestó él entrando por fin en su piso.

—Creo que debemos replantearnos nuestras prioridades, yo incluida. Llevamos meses casi sin vernos… Lo sé, en parte la culpa es mía y de mi restaurante, aunque tú también tienes la agenda cada vez más apretada. Si queremos que esto funcione, tenemos que delegar más y conseguir tiempo para nosotros. Yo voy a poner todo lo que pueda de mi parte, necesito que tú decidas si quieres lo mismo. —Dejó sus bolsas en la entrada, avanzó por el pasillo sin mirarlo y entró en el dormitorio.

—Claro que quiero lo mismo que tú, ¿cómo puedes dudarlo? Me encanta estar contigo. Haré lo que esté en mi mano para conseguir pasar más tiempo juntos y que esas dudas desaparezcan de tu cabeza. —Dani la alcanzó y la abrazó tiernamente.

—Tengo miedo de perder lo que tenemos. —Laura se refugió en su pecho.

—No digas tonterías, sabes que te quiero.

—Y yo a ti, pero siento que, poco a poco, algo se está rompiendo… ¿Tú no

lo notas? Aunque vivimos juntos, te siento lejos. Adoro mi trabajo, sin embargo, necesito más de esto, más de nosotros. —Ella se limpió las lágrimas que escaparon de sus ojos.

—Laura, ¿quieres casarte conmigo? —Las palabras salieron sin que lo planeara.

Los dos permanecieron unos segundos en silencio, mientras se sostenían la mirada y todo a su alrededor daba vueltas. Finalmente, Laura comenzó a sonreír y Dani le devolvió el gesto.

—¿Hablas en serio? —La incredulidad se dibujaba en su cara.

—¿Esa es tu respuesta? Los dos queremos más, ¿por qué no hacerlo? ¿Por qué permanecer más tiempo estancados? —Él se revolvió el pelo y la miró con su mejor cara de niño bueno.

—¿Estás seguro? No quiero que sea una idea fugaz, fruto de un arrebato, y que mañana te levantes y cambies de idea.

—No voy a arrepentirme. ¿Vas a responderme, o tengo que pedírtelo de rodillas? —dijo arrodillándose—. ¿Laura, quieres casarte conmigo?

—Sí, claro que quiero. —Se le escapó la risa y se tapó la cara con las manos.

Él se incorporó, acarició su rostro y la besó.

Dani sintió alivio y calma. Con una sola pregunta, había logrado deshacerse, al menos por el momento, del peso que últimamente sentía sobre sus hombros. No se veía capaz de soportar que su mundo se derrumbara de nuevo.

---- DANI ----

Procrastinación

Diciembre — 2011

Sonó el despertador y no pudo evitar retrasarlo diez minutos más. Siempre lo programaba con tiempo de sobra para permitirse remolonear un poco en la cama. Aunque Laura le decía que era un mal hábito, para él se había convertido en un ritual casi necesario para comenzar bien el día. Tras esos últimos minutos acurrucado bajo el cálido nórdico, se levantó sigiloso y cerró la puerta de la habitación tras de sí intentando no hacer ruido, como si el molesto sonido de dos alarmas consecutivas no hubiese despertado a Laura.

Fue directo al baño, donde ya tenía preparada su indumentaria para ir al gimnasio, se aseó rápido y se vistió con su ropa de entrenamiento. Se paró frente al espejo para colocarse el pelo con movimientos casi automáticos, mientras se preguntaba cómo podía haber vivido hasta hacía poco más de dos años sin hacer ejercicio de manera habitual. Bueno, mejor dicho, sin hacer nada de deporte.

Desde que había comenzado a entrenar se sentía mucho mejor, lo notaba hasta en su estado de ánimo. Tanto era así, que lo había integrado en su rutina diaria. Solía descansar únicamente un par de días por semana. Fue a la cocina, se tomó un café rápido, cogió una bolsa de deporte que tenía preparada en la puerta con su ropa limpia y sus enseres de aseo, y se marchó.

Fue hasta el garaje a por su coche y puso rumbo a su estudio. Durante todo el trayecto, fue repasando lo que tenía pendiente por hacer y que, sí o sí,

necesitaba poner al día a lo largo de la semana. Su hermana iba a ir a visitarlo el viernes y tenía que demostrarle que podía confiar en él.

Desde que Emma se había cogido unos meses de baja por su reciente maternidad, Dani le había impedido que dedicase un solo minuto al negocio. Al principio, ella intentó convencerlo de que podría ir adelantando por lo menos el papeleo, pero se negó y le prometió que él y su equipo se harían cargo del trabajo administrativo, que tenía todo bajo control.

Ahora, varios meses después, tenía que reconocer que había hecho esa promesa desde el desconocimiento, sin ser consciente de todo lo que la palabra abarcaba. Con lo organizado que se había considerado siempre, se estaba dando cuenta de que tal vez no lo era tanto, y que sin duda su hermana, que nunca había alardeado de esa cualidad, le ganaba por goleada. Le daba muchísima pereza el trabajo que era necesario realizar para tener toda la información actualizada en los sistemas. Datos de clientes, facturas, recibos… Tenía un montón de papeles amontonados sobre la mesa de su hermana, que se iban multiplicando exponencialmente día tras día.

Llevaba semanas posponiendo el trabajo, así que esa mañana se había castigado a sí mismo y le había pasado los reportajes que tenía, y un par de visitas a clientes, a dos de sus empleados. No había excusas que valiesen, el plan era claro: trabajaría hasta la hora que hiciese falta para intentar quitarse, en un día, todo el papeleo pendiente. Aunque le daba la impresión de que le llevaría casi toda la semana, prefería pensar en positivo, para no desmotivarse.



Nada más aparcar el coche, salió del garaje y pasó de largo la tienda para dirigirse al gimnasio, que se encontraba algo más adelante, en la misma calle. Antes de ponerse manos a la obra con el trabajo administrativo, necesitaba despejarse.

Tras una clase de *spinning* y hacer algunos ejercicios de fuerza, se dio una ducha y salió con las pilas más cargadas. Después se dirigió a una cafetería y disfrutó de un desayuno monumental, con huevos revueltos y beicon incluidos, mientras ojeaba la prensa. Cuando se le agotaron las excusas, se dirigió a la tienda, sintiéndose bastante lleno. Tal vez aquel homenaje no había sido una buena idea si lo que pretendía era pasar la mañana entre papeles.

Sin pretenderlo, llegó media hora más tarde de lo previsto; sus empleados estaban a punto de marcharse. Miró el reloj sin entender muy bien cómo se le había ido la hora de esa manera, les pidió disculpas por el retraso y, antes de

que se fueran, revisó con ellos sus agendas, tal y como habían quedado el día anterior. Aprovechó para darles de nuevo algunos consejos sobre cómo tratar a los diferentes clientes. Después de tantos años, ya sabía perfectamente lo que le gustaba a cada uno y lo que no soportaban.

En cuanto se quedó solo, puso la radio para hacer la mañana algo más amena y sentirse acompañado. Se dirigió sin titubeos a la mesa que su hermana tenía en la trastienda, cogió el portátil y lo puso sobre el mostrador. Mientras se encendía, volvió a por la montaña de papeles. Tendría que trabajar en la mesa de la entrada, aunque resultase más incómodo, pues no quería cerrar la tienda, ni tampoco dejarla abierta si él estaba en la parte de atrás.

Una vez frente al ordenador, y acompañado de un montón de documentos, tomó aire, se remangó el jersey y se sentó en un taburete alto. Ya no tenía escapatoria, había llegado el momento de poner orden.

Comenzó el trabajo sin ningún entusiasmo, ordenando los papeles por tipología mientras se lamentaba de no haber ido haciendo al menos esa simple tarea a diario, en lugar de haberlos ido amontonando a conciencia. Estaba seguro de que no le habría quitado apenas tiempo. Suspiró profundamente, arrepintiéndose de su comportamiento, y se prometió que, desde ese mismo instante y hasta que su hermana se incorporase, iba a llevar todo al día.

Tras dos horas haciendo diferentes montones de papeles y archivándolos en sus correspondientes carpetas, comenzó a grabar en el ordenador las fichas de los nuevos clientes, actualizó las tarifas en la web de cara al siguiente año y se aseguró de que todas las facturas que tenía archivadas estuviesen grabadas en el ordenador y enviadas a la asesoría que les llevaba las finanzas. En contra de lo que él mismo había pronosticado, apenas le interrumpieron en toda la mañana, solo entraron un par de clientes para pedir presupuestos. Había dejado el teléfono descolgado adrede con el contestador automático activado, no pensaba contestar hasta última hora de la tarde. Teniendo en cuenta lo productiva que le había resultado la mañana, tal vez solo necesitaría un par de días más para tenerlo todo hecho.

Llevaba más de cuatro horas de trabajo, se había levantado solo un par de veces a lo largo de la mañana. Se puso en pie y fue consciente de que le dolía todo el cuerpo, en especial la espalda. Se estiró un poco y decidió que había llegado el momento de darse un descanso y salir a comer.

Se dirigió a la trastienda a recoger sus cosas y escuchó el sonido de la puerta. Puso los ojos en blanco y suspiró al recordar que había olvidado por completo cerrar la tienda a las dos. Ahora tendría que atender a quien hubiese entrado, así que volvió sobre sus pasos. Estaba atravesando la puerta que separaba las dos estancias cuando la vio de espaldas. A pesar de su nuevo corte

de pelo a ras de los hombros, y un abrigo bastante más formal de los que solía vestir, lo supo. Era ella. Se quedó apoyado en el marco de la puerta sin saber muy bien qué decir, esperando a que Ana diese el siguiente paso.

---- ANA ----

Volver a verte

Los nervios no me han abandonado durante todo el camino. Nada más atravesar la puerta, no puedo evitar contemplar las obras de arte que invaden las paredes. La de horas que pasé hace años viendo sus fotos… Sé que su arte innato nunca dejará de impresionarme. Es asombroso lo que puede hacer con una cámara, lo que es capaz de transmitir sin esfuerzo aparente. Lo recuerdo fotografiándome, una mañana cualquiera; su energía, su sonrisa, sus ganas…, y el corazón se me acelera.

Me encuentro de frente con una fotografía que me trae miles de recuerdos y, una vez más, el tiempo se detiene. Tengo ante mí a la imponente Playa de los Tres Hermanos, con sus formaciones rocosas descansando sobre la fina arena, tan característica de las playas del Algarve portugués. Al fondo aguas cristalinas, y, por si eso no era suficiente, la puesta de sol.

Sonrío. Yo estaba justo a su lado cuando tomó esa foto. Fue el primer viaje que hicimos juntos, a los pocos meses de empezar a salir. Dormimos en un pequeño hotel, en un pueblo del que no consigo recordar el nombre. El establecimiento contaba con un gran patio con suelo empedrado. Las buganvillas trepaban por todas partes y llenaban cada rincón de color, y, además, teníamos una piscina prácticamente privada. Fue como un sueño. Desde allí visitamos las principales playas del Algarve, disfrutamos de largos paseos en canoa, y los dos quedamos prendados de este tesoro que ahora tengo ante mí, y que esconde la interminable Playa de Alvor.

Aunque todo suena muy idílico, reconozco que cuando Dani tomó esa foto,

yo estaba suplicándole que soltase la cámara de una vez. Menos mal que no me hizo caso, porque el resultado es impresionante. En ese viaje, se sinceró conmigo y me confesó algo que yo ignoraba: viajar con un fotógrafo puede llegar a ser una verdadera tortura, aunque te garantice las mejores fotos que puedas imaginarte.

—Por lo que veo, estas muy, pero que muy concentrada. —Su voz… Mi corazón da un vuelco.

—Me has asustado. —Me giro despacio, necesito ganar unos segundos.

Cuando lo veo, algo dentro de mí se rompe. Intento disimularlo, aunque soy consciente de que el color de mis mejillas debe de estar aumentando por segundos. Le sonrío y, sin poder evitarlo, esa ternura que solo sé regalarle a él se refleja en mi mirada. Me acerco hasta tenerlo justo enfrente, a escasos centímetros de mí. Me observa entornando los ojos, con una sonrisa gamberra de medio lado. Está guapísimo, como siempre. Continúa sin moverse, apoyado sobre la pared, cruzado de brazos. Debe de llevar ahí un rato, sin querer sacarme de mi trance.

—Lo entiendo, la foto tiene una luz especial. Solo necesité un par de horas para dar con lo que estaba buscando. Mi acompañante estaba entusiasmada, tendrías que haberla visto…

Lo que he echado de menos esa sonrisa.

—Estoy segura de que estaría encantada. Tiene que ser maravilloso viajar con un fotógrafo —ironizo. Tengo la sensación de que el tiempo no ha pasado.

—No sabes lo que me alegra que estés aquí —me dice, y mi corazón desbocado se relaja. Al menos no me ha dado una patada en el culo por ser una niñata, empezamos bien.

—Tenía muchas ganas de verte. —Una bocanada de aire contenido sale de mis pulmones. Por ahora consigo articular de forma correcta las palabras—. He venido a mi cita anual con Robert Bliss y he pensado que, esta vez, tenía que verte. Por lo que veo, por aquí todo sigue como siempre. —Recorro el estudio con la mirada, invadida por una inesperada oleada de nostalgia.

—¿Has venido todos los años? ¿Por qué no me lo dijiste? —me pregunta con un asombro que no consigo interpretar. No sé si le molesta más que no le haya avisado las otras veces, o que siga asistiendo a las ponencias. Prefiero no preguntar y quedarme con la duda.

—No consideré que fuese oportuno después de lo mal que hice las cosas. Pero creo que nos lo debía a los dos. —Me sorprendo a mí misma por mi ataque de sinceridad.

—Bueno, ¿no me vas a dar dos besos? —me interrumpe. Creo que por

ahora prefiere no hablar del tema.

Me acerco un poco más a él, le doy dos besos demasiado apretados y lo abrazo, buscando el refugio que abandoné hace años. Él hace lo propio y envuelve mi cuerpo entre sus brazos. Su aroma reaviva recuerdos y sentimientos a una velocidad que da vértigo. El refugio de su cuerpo y su ternura siempre son hogar. Tras un largo abrazo con sabor a disculpa, me aparto y le agarro los antebrazos mientras lo miro con descaro de arriba abajo.

—Estás mucho más fuerte. ¿Qué ha pasado con el chico delgado, alérgico a la actividad física, que yo conocí? No puedes negar que esto es trabajo de gimnasio. —Intento cortar la tensión del abrazo y mis ganas de abalanzarme sobre él. Si supiese la cantidad de pensamientos que se cruzan a toda velocidad por mi cabeza, fliparía.

—Sí, ahora hago ejercicio. Empecé hace tiempo y, aunque te cueste creerlo, ahora no puedo pasar más de dos días seguidos sin entrenar. ¿Qué te parece? —responde divertido, señalándose de arriba abajo.

—Alucinante, no tengo palabras. La verdad es que no te imagino en el gimnasio, pero, viendo los resultados, no me queda otra que creerte.

—Ahora déjame que te examine yo a ti. —Es su turno—. Nuevo corte de pelo y peinado, ropa muy diferente a la que solías vestir… Te veo más mayor. No me malinterpretes, quiero decir más mujer. Creo que poco queda de la chica que yo conocí. Eso sí, te veo incluso más delgada, espero que estés comiendo bien.

—Aquella chica sigue existiendo, pero no puedo negarte que he madurado a la fuerza. En cuanto llegué a Londres, empecé a hacerme mayor. Y lo del peso es culpa de mi ritmo de vida; aunque no lo parezca, como perfectamente. —Me defiendo como puedo, no sé con qué fin. Quiero que sepa que, a pesar de todo, sigo siendo la chica de la que él se enamoró.

—Debes cuidarte. —Siempre tan paternal.

—Lo intento. Oye, ¿y tú hermana? —Cambio de tema de manera descarada —. ¿No está por aquí? Tenía ganas de verla.

—Está de baja por maternidad.

—¿En serio? Parece que fue ayer cuando fuimos a su boda. ¡Cómo pasa el tiempo!

—No me recuerdes aquel día, tuvimos que volver a rastras al hotel por culpa de tus chupitos. —Me acusa con el dedo.

—Perdona, ¿mis chupitos? No es por nada, pero no recuerdo haberte apuntado con una pistola. —Otra vez esa química en el aire.

—Aunque eso no fue lo peor. Aluciné cuando te vi llegar en bici a la iglesia con tu vestido largo. —Me regala otra de sus irresistibles sonrisas.

—Ya te dije que no pensé que tus primos se fuesen a ir en serio sin mí. Solo me entretuve un poco. Y el taxista del pueblo tenía invitados más importantes a los que dar prioridad, así que coger la bici de la recepcionista del hotel era la única alternativa que me quedaba. Fue un detalle por su parte ofrecérmela.

Se me escapa la risa y, como siempre, se la contagio.

—Lo importante es que lo pasamos genial —continúa recordando—. Aún tengo en algún sitio el video del momento «concierto improvisado». Menos mal que a esas horas los invitados que pudieron disfrutar de nuestra gran actuación estaban igual o más perjudicados que nosotros…

—Eso lo había olvidado. —Finjo que no lo recuerdo.

—Pues déjame que te refresque la memoria: tú y yo, de pie sobre la barra; ante nosotros unos cincuenta invitados escuchando cómo destrozábamos una de mis baladas favoritas para dedicársela a los novios. ¿Te suena? —bromea él.

—Ahora que lo dices, puede ser. —Sabe de sobra que lo recuerdo—. A pesar de todo, fue una boda preciosa. Bueno, y, ¿cómo está tu hermana? ¿Ha tenido un niño o una niña?

—Mi hermana está genial, encantada. Les ha costado bastante conseguirlo, así que ahora están superfelices. Y mi sobrina es una niña, se llama Carla. Es así, y a mí se me cae la baba —contesta mientras me enseña en su móvil algunas fotos de la pequeña.

—Es preciosa. —Siento rabia por no poder disfrutar con él de ese momento. Una parte irracional de mí siente que esa pequeña también es mi sobrina.

—Lo sé —responde Dani mirando embobado la pantalla de su teléfono.

—¿Tienes hueco en tu apretada agenda para comer conmigo? Me encantaría seguir disfrutando de esta agradable conversación —le pregunto esperando que la respuesta sea un sí.

—Eso siempre.

Respiro, aliviada.

—Podríamos ir al mexicano que tanto nos gustaba.

—Ahora es una ferretería. Pero podemos probar, quién sabe —dice él. Coge su abrigo y me sigue hacia a la puerta.

—Eres muy gracioso… ¿Por qué lo han cerrado? La comida estaba deliciosa.

—Tenían un montón de clientes tan recurrentes como tú. —Comienza a reírse. Como siga haciéndolo de esa forma, no respondo.

—Entonces el local estaría siempre lleno. —Le devuelvo la sonrisa—. Bueno, pues tú dirás. Me dejaré llevar.

—¿Te apetecen unas tapas y unas cañas?

—¿Eso qué es? —bromeo entre risas—. Vengo de una ciudad gris en la que esa es una costumbre desconocida. Puede ser interesante.

—Entonces, conozco el sitio perfecto. Te va a encantar.

—De eso estoy segura.

Caminamos solo cinco minutos y llegamos a un pequeño bar en el que hay cuatro mesas y una barra. Solo una de las mesas está libre. El camarero saluda a Dani y le indica que podemos sentarnos sin problema. Nos acomodamos y apenas un minuto después se encuentra junto a nosotros para tomarnos nota.

—¿Qué tal, Dani? Hace semanas que no te dejas ver por aquí, estás desaparecido.

—Lo sé, llevo meses sin comer cerca de la tienda. Tenemos mucho trabajo, voy de reportaje en reportaje. Hay días que ni puedo pasar por el local, es una auténtica locura. Hoy que ha venido una vieja amiga a visitarme, he aprovechado para impresionarla con vuestra cocina.

El «vieja amiga» se me atraganta. No sé por qué, pero que se refiera a mí usando esas palabras, me resulta escaso, vacío. Se queda cojo por todos lados. Aunque, ¿qué pretendo que le cuente al camarero? La verdad es que es mejor que no se ponga a dar detalles.

Resoplo y hago un esfuerzo sobrehumano para frenar mis pensamientos, que siempre aparecen en el momento menos oportuno. Qué paciencia debo tener conmigo misma.

—Pues no os defraudaremos. ¿Sabéis ya lo que va a ser? —Nos mira a los dos, y sus ojos, que esperan una respuesta, me ayudan a volver a la Tierra.

—Lo dejo en tus manos —le digo a Dani.

—Pues entonces nos vas a poner las sugerencias de la casa y dos jarras de cerveza.

—La mejor elección, sin duda —responde el camarero, y se dirige a la cocina para indicarles la comanda.

—Por lo que veo, este parece tu nuevo local favorito.

—Sí. A veces venimos, y otras nos llevan la comida a la tienda. Parte de su negocio es ese, dar de comer a casi todos los que trabajamos por aquí. Pero ahora, sin mi hermana al mando, se me ha complicado bastante la agenda.

—Os va muy bien, ¿verdad?

—No podemos quejarnos. En los últimos años el volumen de trabajo ha crecido muchísimo. Aunque la tienda siga prácticamente igual, poco queda del negocio que tú conociste. Tenemos ya cuatro empleados, cada vez impartimos más talleres y tenemos más empresas como clientes fijos que nos contratan para sus campañas y eventos. Durante los últimos meses, mi hermana y yo decidimos organizar dos comidas a la semana a modo de reunión para

ponernos al día, porque si no lo hacíamos así podíamos pasarnos semanas enteras sin vernos.

—No sabes cuánto me alegro. Os lo merecéis. Vuestro abuelo estaría muy orgulloso de vosotros.

El camarero se acerca y nos deja sobre la mesa la bebida y dos pinchos de tortilla de patata a medio cuajar; casi se me cae una lágrima de la emoción.

—Soy incapaz de que me quede así, está deliciosa. Solo por esto, ha merecido la pena venir a verte. —Cierro los ojos para saborear la tortilla de un modo exagerado.

—Solo por dejar de ordenar el papeleo, merece la pena comer contigo —responde él, tan rápido como siempre.

—Como te dije antes, nos debía a los dos este momento. —Tomo aire y lo suelto de manera pausada. Acompaño la respiración con un movimiento disimulado de mis manos bajo la mesa.

Él se echa un poco hacia adelante, se apoya sobre sus antebrazos, arquea una ceja y espera a que yo prosiga.

—Y, aunque antes no he continuado, tengo que hacerlo. Te mereces una disculpa. De verdad que lo siento, si pudiese volver atrás actuaría de otro modo. Habría hablado contigo antes de irme. Ahora, viéndolo con perspectiva, sé que fui una egoísta. En más de una ocasión pensé en llamarte, pero merecías que te pidiese disculpas mirándote a los ojos.

—Ahora que te tengo enfrente me doy cuenta de que, sin saberlo, te perdoné hace ya mucho tiempo. —Sus palabras son como un bálsamo—. De todas formas, ya que estás aquí, voy a ser sincero contigo. —Se pone recto, noto la tensión en sus hombros. Se humedece los labios y continúa—: Lo pasé realmente mal. Aquello me dejó hecho una auténtica mierda, no te lo voy a negar. Que te fueses rompió mis esquemas, y toqué fondo. Si me hubieses visto no me habrías reconocido, incluso a mí me costaba hacerlo.

—De verdad que lo siento. —Muevo la cabeza hacia los lados y me planteo contarle la verdad.

—Tranquila, que la historia acaba bien. —Suaviza el tono y su dulce mirada consigue calmarme—. Tuve unos meses de vida nocturna, de desfases, de conquistas de una sola noche que prefiero borrar de mi mente, y como sabes tengo bastante tendencia al dramatismo. Aquello fue un cóctel explosivo. Me pasaba los días arrepintiéndome de mis noches sin fin. Me sentía despreciable, aunque no intentaba remediarlo. Durante ese tiempo, la persona a la que más fallé fue a Emma. Menos mal que es mi hermana y supo entenderme, cubrirme ante los clientes y perdonarme a pesar de mi pasotismo. Y quien más me ayudó, aunque te cueste creerlo, fue Sergio. Él me hizo reaccionar, me

empujó para que saliese del hoyo en el que me estaba metiendo. —Dani para de hablar, y como no digo nada, continúa—: Ana, de todo se saca algo positivo. Incluso creo que debería darte las gracias.

—¿A mí? ¿Por qué? Te hice mucho daño.

—Porque esa experiencia me ayudó a dejar de ser tan idealista, tan organizado… A asumir que la vida no sale siempre como uno espera, y que cuando eso pasa hay que aceptarlo y buscar otro camino. Ahora soy menos controlador, intento vivir sin replantearme cualquier tontería mil quinientas veces. Ahora saltaría de un balcón al otro sin dudarlo. —Sonríe.

Asiento, segura de que podría hacerlo.

—Después de esos meses reaccioné y resurgí mucho mejor que antes. Más fuerte, capaz de afrontar las situaciones complicadas sin volverme loco. ¿Sabes una de las cosas en las que he cambiado? Ahora odio discutir en la calle, ni siquiera subo la voz. Llevo todo este tiempo sin montar una escena en público. —Lo noto sereno, sincero.

—¿En serio? Si eso era parte de tu encanto… —bromeo, e intento esbozar, sin mucho éxito, una sonrisa—. Siento lo que te hice pasar. Al menos ahora sé que mi comportamiento inmaduro te ha aportado algo.

—Sí, tranquila. Como te he dicho, he ganado confianza. Soy menos dramático, ya no me tomo cualquier minucia a la tremenda. A Laura la pongo de los nervios cuando inicia una discusión por algún motivo y no consigue ni siquiera que yo alce la voz.

—¿Quién es Laura? —le pregunto, aunque no quiero conocer la respuesta.

—Mi prometida —contesta con total naturalidad.

Decir que el corazón me da un vuelco, es quedarme muy corta. Creo que ha frenado en seco. Me falta el aire, mi cara debe de ser un cuadro. Las palabras «prometida» y «vieja amiga» colisionan en mi cabeza. Él no lo nota, está buscando alguna foto en su móvil; yo intento reponerme rápido.

—¿Te casas? —pregunto lo obvio, con intención de fingir entusiasmo. No sé si lo logro.

El estómago me da una punzada, entonces soy consciente de que han pasado tres años. El tiempo no se ha detenido, ha seguido su rumbo. La burbuja en la que llevo metida desde que lo vi estalla y vuelvo a la realidad.

—Sí, mira, es ella —dice él, mostrando una amplia sonrisa, mientras me enseña una foto de ellos dos.

Cojo el móvil y contemplo la imagen unos segundos, intentando que lo que siento en este momento se quede dentro de mí. Él me escruta con la mirada, y aunque noto un fogonazo que me sube por la espalda, y un nudo en la garganta que aprieta demasiado, logro disimularlo. Le tiendo el brazo y le

devuelvo el teléfono con el gesto más sereno que consigo esbozar. De puertas hacia fuera, reboso calma y felicidad.

—Se os ve muy bien juntos. Me alegro por vosotros, ¡enhorabuena! —Me siento como un loro repitiendo una retahíla de palabras aprendidas sin llegar a comprender su significado—. ¿Cuándo es la boda?

A pesar de que me cuesta un mundo, consigo regalarle una sonrisa. Por mucho que me duela, me tranquiliza saber que él está bien, que es feliz.

De un plumazo, desaparecen todas las dudas que me han asaltado desde que cruzamos de nuevo nuestras miradas. Mi sitio sigue estando a kilómetros de aquí.

—En septiembre del próximo año.

—¿Y cuándo la conociste? —Me encuentro en medio de un interrogatorio del que no sé cómo salir.

—Hace dos años. A finales del año pasado comenzamos a vivir juntos, y nos prometimos hace unos meses. Ella es cocinera, tiene su propio restaurante en Chueca.

—Me alegro mucho, de verdad —repito, a pesar de las ganas que tengo de echarme a llorar.

—Gracias. Bueno, ¿y tú qué? ¿Cómo te va la vida en Londres?

Agradezco que cambie de tema, aunque el nombre de ella sigue retumbando por todas partes.

—Me va bastante bien, no puedo quejarme. Estuve dos años trabajando en el hotel de Lucía. Como te dije por email, me ofreció irme a trabajar con ella, y como sabes adoro ese hotel, así que no lo pensé dos veces y acepté. En ese momento necesitaba un cambio en mi vida, no me sentía bien. Y aunque los primeros meses fueron duros, no tardé en cogerle gusto a Londres. Trabajar con Lucía fue increíble. Me dio mucha autonomía y aprendí muchísimo. Gracias a esa experiencia pude cambiar de trabajo hace un año.

Me encantaría continuar, sincerarme. Sin embargo, después de su noticia, no es el momento indicado para hacerlo. Mi oportunidad ya pasó hace demasiado tiempo.

—¿Y por qué cambiaste de trabajo? Estabas a gusto, ¿no?

—Sí, pero sabes que soy un culo inquieto. Necesitaba nuevos retos, así que cuando surgió la oportunidad no la dejé escapar y comencé a trabajar como jefa de recepción en un hotel de cinco estrellas, situado en el centro de la ciudad. Mucho trabajo y poco tiempo para lo demás, aunque estoy encantada. Ahora mismo estoy de vacaciones. Cuando vuelva a Londres estaré allí quince días, y después de nuevo a hacer las maletas. —Recobro algo de entusiasmo.

—¿Te vuelves?

—No, me voy a París como subdirectora de un hotel de la misma cadena. Me han ascendido.

—¡Enhorabuena! Suena genial. —Sus ojos se iluminan.

—Gracias, la verdad es que estoy aterrada. Hice un trabajo similar en el hotel de Lucía, solo que ese tenía apenas veinte habitaciones, este hotel tiene más de trescientas. Tan solo de pensarlo me pongo histérica. Además, ahora hablo muy poco en francés. Espero volver a tener un buen nivel enseguida, o no sé qué va a ser de mí. —Me llevo las manos a la cara, me horroriza no cumplir con las expectativas.

—Lo harás genial, ya verás. Si la empresa ha confiado en ti, tú también deberías hacerlo, ¿no crees? —Me aparta las manos de la cara y no me gusta nada lo que siento cuando me toca. Bueno, en realidad me gusta demasiado, y ese es justo el problema.

—¿Siempre sabes qué decir? —Ladeo la cabeza e intento disimular que el simple roce de su piel sigue alterando mis pulsaciones.

—Si te dijese que no, estaría mintiéndote —responde sonriendo, mientras se hace el interesante.

Su mirada, su sonrisa, el nombre de Laura danzando por mi cabeza… Me obligo a parar de recrearme.



Hablamos durante horas, aunque apenas me parecen unos minutos. Intentamos ponernos al día de nuestras vidas, de las de nuestras familias y amigos, recordando de vez en cuando de manera inevitable momentos compartidos en un tiempo que ahora parece tan lejano. A pesar de su noticia bomba, pasamos un rato de lo más agradable, hasta que miro el reloj y me sobresalto.

—Dani, ¿son las seis? —le pregunto cerciorándome de que estoy viendo bien la hora.

Él mira su teléfono, sorprendido, y asiente con la cabeza.

—Debería estar ya en Gran Vía, en la conferencia.

—¿A qué hora empieza?

—A las ocho, pero no voy como asistente. Participo, soy ponente. Tengo el privilegio de poder contar mi propia experiencia, y tenemos que hacer una especie de ensayo general primero, el cual empieza justo ahora —hablo de manera acelerada mientras me envuelvo en mi abrigo y rebusco la cartera en mi bolso—. Igual que tú has cambiado, yo también. Ahora detesto ser

impuntual.

—Tranquila, yo te acerco. Tengo el coche en un aparcamiento aquí enfrente, en diez minutos estamos en la Gran Vía.

—No hace falta, cojo un taxi.

—No seas cabezota. Después de esta larga sobremesa lo que menos me apetece es rodearme otra vez de papeles. Me vendrá bien dar un paseo con el coche antes de retomar un rato más mi maravilloso trabajo —me dice poniéndose en pie.

—Está bien, si es por hacerte un favor… —le respondo, queriendo apurar al máximo los minutos que nos quedan hasta volver a decirnos adiós.

Insisto en invitarle a comer y, como me conoce, me deja ganar sin poner muchos impedimentos; sabe que es una batalla perdida. Pago la cuenta y salimos a la calle camino al garaje.

—Aún conservas el Beetle… Adoro este coche, el tiempo no pasa por él.

—Me resisto a cambiarlo. Ya sabes, soy un nostálgico —contesta, a la vez que nos montamos en el coche.

—¿También sigues usando agendas de papel?

Una carcajada limpia se le escapa, y me regala una mirada intensa, fugaz. De las de antes.

—Me lo preguntas como si fuesen manías de anciano. Sí, las sigo usando, pero he de confesarte que he caído en el uso de la tecnología. Mi cabeza ya no es la que era, no viene nada mal que él móvil me recuerde mis eventos. Aun así, sigo apuntando bastantes cosas al modo tradicional. No renunciaré a ese placer por nada del mundo.

—Yo también apunto las cosas importantes en una libreta; la verdad es que le he cogido el gusto. Aunque en el trabajo el móvil es el que me informa de todo lo que tengo programado para cada día, temo cada vez que la lucecita blanca comienza a parpadear —confieso, sintiendo un poco de estrés solo de pensarlo.

Salimos del *parking* y ponemos rumbo a la Gran Vía, y, efectivamente, en apenas diez minutos llegamos a mi destino.

—Me alegro de que hayas venido a verme —dice mientras me da dos tiernos besos de despedida, que yo le devuelvo con demasiada intensidad.

—Y yo de haberlo hecho —reconozco, antes de bajarme del coche.

—Ana, ¿has dicho que esta noche vas a contar tu experiencia? —pregunta de pronto—. ¿Eso quiere decir que ya has alcanzado tu felicidad?

—Creo que voy por el buen camino, y eso también merece la pena compartirlo —le respondo ya desde la calle. No ha sonado tan convincente como me hubiese gustado.

—Me alegro de que seas feliz.

Le regalo una última sonrisa antes de cerrar la puerta del coche. Me doy la vuelta y camino hacia el edificio. No vuelvo a girarme, pero sé que él no se ha ido aún, que continúa inmóvil, viendo cómo me alejo de nuevo.

Fecha: diciembre de 2011.

Señal: Hoy me he reencontrado con él, con el chico que un día removió mi mundo. Me he disculpado por como actué años atrás. He podido comprobar que él está bien, que es feliz.

Sensaciones: Orgullo por haber logrado dar un paso que era necesario. Al verlo, sentimientos enterrados han vuelto de golpe, pero tras una larga conversación con él, sé que los dos estamos donde debemos.

Plan de acción: Apartar la nostalgia y continuar por mi camino.

---- ANA ----

El día antes de la boda

Septiembre — 2012

El vuelo desde París ha sido horrible. Apenas despegamos, comenzaron las turbulencias. Al principio fueron como un leve balanceo, pero, en cuestión de minutos, cogieron un ritmo nada agradable. Durante todo el trayecto, todos los pasajeros nos hemos aferrado instintivamente, y en reiteradas ocasiones, a los brazos de los asientos en busca de una falsa sensación de seguridad. A pesar de los mensajes con los que la tripulación pretendía tranquilizarnos, el miedo se ha respirado en el ambiente hasta que el avión ha aterrizado en Barajas, momento en el que una sincera y sonora ovación ha inundado el interior del avión.

Este comienzo de vacaciones, junto con el molesto dolor de cabeza que me acompaña desde hace varias semanas, son señales innegables de que debo dar media vuelta. Me apetece tan poco asistir a la boda… He apurado hasta el día antes para desentenderme por completo de los últimos preparativos y, aunque motivos no me faltan para comportarme de este modo, sé que tengo que guardármelos. Me pese o no, debo acudir y mostrar la mejor de mis caras. Es un día demasiado especial, no tengo derecho a estropearlo.

Tras una larga espera atrapada entre el resto de los pasajeros en el estrecho pasillo del avión, por fin consigo salir. Me dirijo a recoger mi equipaje y me toca esperar algo más de media hora hasta que por fin veo mi pesada maleta. La rescato de la cinta con bastante esfuerzo y me dirijo arrastrándola hacia la

puerta de salida.

Espero que Víctor haya llegado a tiempo. Hace años que no lo veo, me aterra que estar con él ya no sea como antes, que no sepamos ser nosotros. Antes de pasar al otro lado freno en seco, mi corazón parece dar brincos desacompasados. Tomo aire lentamente, llenando a tope los pulmones, y lo dejo escapar despacio, como un susurro entre mis labios. Repito el ejercicio varias veces, mientras me llevo algún que otro golpe de la gente acelerada que intenta esquivarme. Consigo aliviar un poco la presión que siento en el pecho desde hace varias semanas, y aminorar de paso el ritmo de los latidos de mi corazón. Un poco más decidida, atravieso la puerta de salida. Nada más salir al *hall*, busco a mi amigo entre la multitud sin ningún éxito. Algo decepcionada, empiezo a rebuscar mi móvil en el bolso cuando, de pronto, siento una presencia tras de mí.

—¿Es usted doña Ana Martínez?

Es su voz. Mis ojos se humedecen.

—¡Víctor! —Suelto mi equipaje, me giro y nos abrazamos con fuerza—. Pensé que no habías llegado. Déjame que te mire. Estás tan impresionante como siempre.

Siendo objetiva, solo hace falta echarle un vistazo para darte cuenta de que lo de este chico no es normal. Es de los que consigue que la gente —sí, digo gente, decir chicas sería mentir— se gire para mirarlo. Alto, de cuerpo atlético, con un halo de elegancia natural y con una cara de facciones perfectas, rasgos marcados, labios carnosos y una mirada azul intenso que hipnotiza.

—Tú tampoco estás nada mal. Ya te dije que ese nuevo corte de pelo te favorecía. Aunque ahora, viéndote de cerca, quizás diría que te hace un poco más mayor, ¿no crees?

—Qué malo eres. Mi imagen ayuda a que me tomen en serio. Además, debo dar ejemplo.

—¿Cómo que te tienen que tomar en serio y que tienes que dar ejemplo? ¿Quién eres y qué has hecho con mi amiga?

—Tranquilo, sigo siendo la de siempre, pero más mayor —le contesto, retocándome mi media melena.

Víctor coge mi maleta y me abraza por los hombros con el otro brazo mientras nos dirigimos a su coche.

—¿Estás preparada para el gran día?

—Sigo sin estarlo. Muchas gracias por acompañarme, de verdad. Sé que te lo he dicho como unas mil veces, pero te necesito allí. Creo que no podría hacer esto sola. Además, necesito que me vigiles. Sabes que soy demasiado expresiva, y que mis sentimientos pueden traicionarme… En cuanto veas que

pongo alguna cara fuera de lugar o que digo algo inapropiado, tienes permiso para actuar con la mayor rapidez posible.

—Tranquila, niña. Estaré alerta, y actuaré con los pisotones e interrupciones necesarios para que tu comportamiento sea el correcto.

—Eres un sol.

—Además, ¿cómo iba a perderme la boda de tu madre, y la oportunidad de pasar unos días contigo en Suances después de tanto tiempo?

—Solo con escuchar que es la boda de mi madre, se me revuelve el estómago y me retumban las sienes. —Me meto los dedos en la boca y simulo que vomito. Víctor me mira con desaprobación y me arrepiento del gesto de inmediato—. Lo sé, se supone que debería de estar contenta por ella… Esto va a ser un auténtico desastre —me lamento mordiéndome el labio.

—No seas tan exagerada, todo saldrá genial. Será una boda preciosa, y tú te portarás como la hija que tu madre espera que seas. Ya verás como al final no es para tanto —intenta tranquilizarme, al tiempo que se para en el *parking* junto a un coche que puede acabar en el desguace en cualquier momento—. Este es mi coche —añade. Con cierta dificultad, abre el maletero, que parece haberse quedado atascado.

—¿Se supone que esto nos va a llevar hasta Suances? —Señalo el vehículo con incredulidad.

—Me lo ha dejado un amigo, así que no nos vamos a poner quisquillosos. Y si no llegamos, siempre quedarán las grúas.

—No sabes lo tranquila que me dejas… Debería haber volado directa a Santander —le chincho mientras sigo contemplando el vehículo.

—¿Y perdernos este reencuentro? Sabes que los dos lo necesitábamos. La próxima vez, tendré en cuenta tus gustos y te recogeré en limusina.

—Muy gracioso.

Los dos nos montamos en el coche y ponemos rumbo a Cantabria, tenemos por delante cuatro horas para ponernos al día. A pesar de que en los últimos meses, con el tema de la boda y la vuelta de Víctor a Madrid, hemos hablado varias veces, aún tenemos mucho que contarnos.

Como hemos hecho desde niños, decidimos establecer turnos para hablar; es la única forma de terminar los temas sin interrumpirnos el uno al otro. Comienzo yo y, sin darme cuenta, me paso casi dos horas hablando sin parar y sin dejar que Víctor apenas abra la boca. Le cuento con todo lujo de detalles mi nueva filosofía de vida, aunque ya se la he explicado en versión resumida por teléfono. No sé por qué, siente mucha curiosidad al respecto. Le explico cómo las señales me han llevado hasta París como subdirectora de un céntrico hotel de cinco estrellas, y que, sin ellas, no habría llegado hasta donde estoy

hoy.

Dudo si hacerlo, pero al final también le hablo de mi reencuentro con Dani. No consigo entender por qué hasta ahora no he sido capaz de hablarlo con nadie.

—Fue el año pasado, en diciembre —le explico—. Llevaba varios días pensando en él y, justo cuando llegué a Madrid, escuché en la radio del taxi una canción que me recordó a aquella noche de fin de año… Fue la última canción que bailamos juntos. —Guardo unos segundos de silencio, buscando unas palabras que no consigo encontrar, y luego, como si nada, continúo con mi historia—: Tras dejar la maleta, fui a verlo a su tienda sin pensármelo dos veces. Lo pillé allí, por casualidad también. Por lo visto llevaba semanas casi sin parar por el estudio, y justo ese día se lo había tomado para hacer trabajo administrativo. ¿No te parece una extraña coincidencia? —El destino y sus caprichos—. ¿Sabes? Verlo después de tanto tiempo revolvió un poco viejos sentimientos. Pero también me ayudó a cerrar correctamente esa etapa de mi vida. Me había comportado como una cría con él, y no se lo merecía. También se casa este mes —digo casi de pasada, dejando escapar por primera vez algo que me quema por dentro.

—¿En serio? Me alegro por él. Es un buen chico, se lo merece —responde Víctor, sin añadir nada más. Creo que espera que monte un numerito, que le aclare qué ocurrió. Sin embargo, no pienso darle ese gusto, al menos por ahora.

Me quedo mirando por la ventana, pensativa, y retiro con la máxima discreción posible una lágrima que resbala por mi mejilla. Antes de que Víctor tenga la oportunidad de hacerme alguna pregunta más sobre mis sentimientos, yo, que lo conozco de sobra, me adelanto y cambio de tema.

—Sigo sin comprender lo de mi madre. Lo pasamos tan mal las dos… Yo pienso en mi padre a diario, no sé cómo ella puede estar preparada para rehacer así su vida. Ya vivía con él, ¿por qué casarse?

—Ana, tú madre se merece ser feliz, sabes que para ella fueron unos años muy duros. Tú misma me contabas cómo durante el día se hacía la fuerte, cómo te animaba, cómo te ayudaba a continuar adelante, mientras que por la noche la escuchabas llorar cuando pensaba que no podías oírla. Fue un duro golpe para las dos. Que haya decidido continuar con su vida no quiere decir que haya olvidado a tu padre; ni siquiera te lo plantees —me dice, y aunque no tengo pruebas de que lo que dice sea cierto, sus palabras me tranquilizan.

—Tienes razón, se merece poder compartir su vida con alguien. Mejor vamos a dejar este tema. Además, creo que ya he hablado durante la mitad del viaje. Es tu turno, te cedo mi sitio.

Paramos unos minutos en una gasolinera, estiramos las piernas, compramos agua y un par de chocolatinas, y me pongo yo al volante.

Víctor se acomoda en el asiento del copiloto, suspira y, antes de que yo arranque, comienza a relatar sus últimos años, dándome todos esos detalles que no ha querido compartir por teléfono. Me recuerda cómo se sintió durante su minuto de gloria, cuando consiguió llegar a lo más alto en pleno Broadway.

Ya han pasado algunos años desde aquello. Tras mucho esfuerzo, lo logró: su primer papel principal. Aquellos meses fueron únicos… Sabía que sería muy difícil volver a sentir esa sensación, pero no pensaba renunciar a intentarlo de nuevo.

Tras el éxito y los aplausos de un público entregado noche tras noche, llegó aquel fatídico día en el que un estúpido tropiezo hizo que se cayese en plena actuación. En ese instante, aunque el dolor era insoportable, sacó fuerzas de la flaqueza e hizo lo que consideró que tenía que hacer: continuar hasta el final de la función.

Esa misma noche, horas después, tras terminar su actuación y acudir a urgencias, supo que se había roto completamente uno de los ligamentos de la rodilla, y que el otro estaba a punto de hacerlo. Esa caída, y el posterior sobreesfuerzo, hicieron que tuviese que pasar por quirófano y apartase de los escenarios durante más de medio año. Cuando volvió a incorporarse, tras una dolorosa recuperación y un gran trabajo de rehabilitación, su papel ya estaba en manos de otro. Además, durante los primeros meses, él ya no bailaba como antes. Le costaba seguir el ritmo en los ensayos, por lo que poco a poco lo fueron apartando.

Entonces se vio obligado a retomar el mundo de las audiciones, pero solo consiguió papeles insignificantes que no le motivaban en absoluto y tampoco le permitían cubrir sus gastos. Así que, tras un año intentando remontar sin éxito su carrera, se puso en contacto con algunos amigos de la facultad que también habían gozado de unos días de gloria y que, al igual que él, ya no se encontraban en su mejor momento, y decidieron montar una escuela de teatro en Madrid. Faltaban apenas tres semanas para abrir la academia, y por ello ahora, más que nunca, necesitaba unos días de desconexión.

Los ojos se me empañan de nuevo. Sé todo lo que Víctor luchó para llegar a Broadway, actuar es su pasión.

—Siento no haber estado muy presente durante estos últimos años.

—No te culpo. Yo también he estado desconectado, autocompadeciéndome de mi mala suerte. También te he descuidado.

Pasa a contarme algunas anécdotas que le han ocurrido en diferentes audiciones y consigue que cambie las lágrimas por las risas. De repente, reparo

en que la angustia y el dolor de cabeza que llevaban días acompañándome han desaparecido.

Pasadas las ocho de la tarde, y casi sin darnos cuenta, llegamos a Suances. Ya está anocheciendo.

No necesitamos decirnos nada, una mirada es más que suficiente. Continúo por la carretera hasta el final del pueblo y aparco antes de llegar al faro.

En cuanto los dos bajamos del coche, inconscientemente y al unísono, tomamos una gran bocanada de este aire con aroma a sal que tanto anhelamos. Caminamos unos metros y nos apoyamos sobre la barandilla del paseo. En silencio, disfrutamos una vez más de nuestra puesta de sol, la misma que tantas veces hemos compartido.

Permanecemos allí, casi inmóviles, hasta que el sol se funde en el mar en calma.

—Bueno, vamos para casa —dice Víctor, dirigiéndose de nuevo al coche.

Unos minutos después, nos encontramos frente a mi casa, que está situada bastante cerca de la Playa de la Concha. Es una vivienda pequeña, pero con un encanto especial. Estoy deseando tumbarme en la hamaca que tengo en el patio, mecerme suavemente y dormirme con el arrullo de las olas de fondo. Estoy segura de que eso borrará de un plumazo todos mis males.

—¿Quieres pasar? —pregunto a Víctor mientras sacamos el equipaje del maletero.

—No, mejor me voy ya. Mis padres me están esperando, y como entre en tu casa tu madre no me dejará ir tan fácilmente.

—Tienes razón —le contesto sonriendo—. Mañana nos vemos, a ver qué tal sale todo.

—Bien, saldrá bien. Estaré allí antes de la una.

—Perfecto. Deséame suerte —le digo a la vez que me alejo y me despido con la mano.

---- ANA ----

Otro chupito más

Camino hasta mi casa mientras me preparo para la oleada de nostalgia que sé que me espera al otro lado de la puerta. Una música demasiado fuerte, y que viene del interior, aleja mis pensamientos. Saco mis llaves del bolso sin saber muy bien qué voy a encontrarme al entrar.

Nada más abrir, cinco mujeres bastante afectadas por el efecto del alcohol gritan al unísono.

—¡Sorpresa!

Mis planes de descanso tendrán que esperar.

—¡Bienvenida a nuestra noche de chicas, cariño! —grita mi madre mientras se dirige hacia mí con los brazos abiertos de par en par.

Comienzo a reírme ante el espectáculo y abrazo a mi madre con todas mis fuerzas.

—Las chicas nos han preparado una fiesta sorpresa. Llevamos toda la tarde esperándote, así que, jovencita, vas a tener que beber rápido para ponerte a nuestra altura —me dice apuntándome con el dedo.

Alucino, creo que no estoy preparada para esto.

Mi madre está muy desfasada, y va vestida perfecta para la ocasión. Lleva un ajustado vestido negro que marca su esbelta figura y unos tacones de aguja que tiemblan con cada paso que da. Para completar el *look*, lleva sobre el hombro una banda rosa fucsia en la que pone: «La novia más *sexy*», y su cabello está adornado con una diadema coronada con un ridículo pene. Por si esto no fuera suficiente, el cuarteto que la acompaña no se encuentra en mejor estado

que ella. Todas van vestidas de blanco, con bonitos vestidos vaporosos y bandas a juego en las que pone cuál es su parentesco con «La novia más *sexy*» y con la misma horrible diadema en sus cabezas.

Vale, creo que debo relajarme y dejar de parecer la más adulta de todas ellas, y eso que soy la más joven con diferencia…

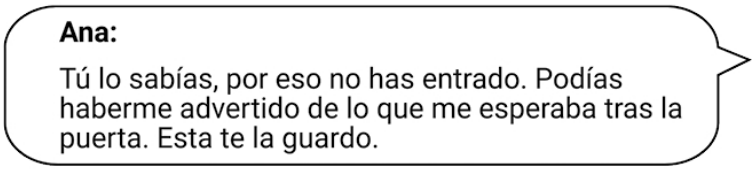
El grupo está compuesto por mi abuela María; mi tía Sofía; Carla, la madre de Víctor; y Cristina, la amiga y socia de mi madre, con la que tiene desde hace años una tienda de moda y complementos en el centro del pueblo. Que yo recuerde, nunca las he visto en este estado, aunque tengo que reconocer que están muy graciosas.

Por lo que veo en el salón, deduzco que han estado bebiendo, jugando al Monopoly, bebiendo, cantando en un karaoke improvisado y bebiendo. No estoy segura del orden exacto, pero tengo claro que beber, han bebido, y demasiado.

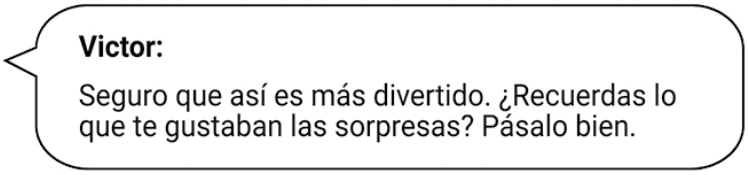
Comienzo a intercambiar besos y abrazos con cada una de ellas mientras mi madre dispara fotos para inmortalizar el momento.

—Ahora, ve a vestirte —me ordena mi tía, con ese tono autoritario que tanto la caracteriza—. Tienes tu modelo sobre tu cama. Venga, date prisa, que hemos reservado en un restaurante del puerto en media hora. Y maquíllate, que se te ve paliducha.

Actuó como una niña buena y obediente sin atreverme a rechistar. Sé de sobra cómo se las gasta esta mujer si le llevas la contraria. En cuanto llego a mi cuarto, saco mi móvil del bolso y mando un mensaje de texto a Víctor.



Lo sé, suena un poco a berrinche infantil, pero tenía que hacerlo. Su respuesta no tarda en llegar.



Iba a contestarle de nuevo, entonces escucho cómo me reclaman a gritos desde abajo. No hay tiempo que perder, o estas locas subirán a vestirme ellas mismas. Dejo el móvil, cojo la ropa de la cama y me visto tan rápido como puedo. Abro mi maleta y saco mi estuche de chapa y pintura. Luego, me siento frente al tocador.

El espejo me devuelve una imagen peor de lo que esperaba. Mi tía no mentía, tengo una cara horrible; aunque tampoco me sorprende, amanezco muchos días en este estado. Me pongo manos a la obra: una ampolla efecto *flash*, una buena capa de maquillaje, corrector, polvos de sol e iluminador. Abuso un poco del lápiz de ojos, de las sombras y del rímel y se obra el milagro. Soy experta en ocultar al mundo mis malas noches.

Cuando termino, me detengo delante de un gran espejo que tengo desde niña en la entrada de mi habitación y me observo de arriba abajo. Para mí han elegido un vestido blanco, entallado, igual que el de mi madre, y unos zapatos negros de tacón de aguja demasiado altos incluso para mí, que uso *estilettos* a diario. Espero no tropezarme y abrirme la cabeza.

Coloco sobre mi hombro una banda rosa en la que pone «Hija de la novia más *sexy*», vuelvo al tocador a por una barra de labios, e inundo mis labios de color rosa fucsia. Me hacía falta. Sacudo mi cabeza hacia abajo y hacia arriba varias veces para dar más volumen a mi pelo. Muy a mi pesar, me corono con la diademita del ridículo pene y salgo de mi habitación. Bajo las escaleras con menos dificultad de la que prometían esos taconazos, y todas, desde la entrada, me piropean. Me siento como una reina por unos segundos.

Salimos a la calle rumbo al restaurante, que, afortunadamente, se encuentra solo a unos diez minutos de mi casa. Por el camino, todas, excepto yo, van cantando canciones que han debido de estar ensayando y que acompañan con absurdas coreografías. Aunque casi todo el pueblo conoce a mi madre, a ella no parece importarle ser el centro de todas las miradas; va saludando a la gente y lanzándoles besos.

Estoy fuera de lugar, la vergüenza se apodera de mí.

Mi tía, que está en todo, parece leerme la mente y saca una petaca de su bolso, la cual me ofrece sin mediar palabra, con una mirada directa que parece decirme «tú lo necesitas más que yo». La cojo sin dudar, la abro y le pego un largo trago sin saber qué narices estoy bebiendo. Siento un fuerte calor invadiendo mi garganta y no puedo evitar arrugar el gesto.

—Tía, ¿esto qué es? —Instintivamente escupo en el suelo, aunque ya no sirve de mucho. Creo que sigo con la cara arrugada.

—Vodka con limón. No puede estar tan fuerte. A ver, déjame que pruebe.

—Me imita y toma un trago, que escupe de inmediato—. Ups…, creo que olvidé añadir el limón.

Comienza a reírse histérica y todas la acompañan con las risas. Acto seguido, se retan a beber sin escupirlo. Observo con ternura a estas cinco mujeres que me han visto crecer, y voy animándome. Saco una cámara del bolso e inmortalizo el momento. He de reconocer que son únicas, y que soy muy afortunada de tenerlas en mi vida.

Llegamos al restaurante y nos encontramos con un rincón del salón decorado con globos y guirnaldas. Un camarero nos acompaña hasta allí. Miro a mi madre, se le sale la felicidad del cuerpo.

La cena se convierte en una sucesión de especialidades del restaurante acompañadas con diferentes vinos. No necesito mucho tiempo para empezar a gritar como ellas y a reírme incluso más. Mi mente se dispersa e intento sin éxito recordar la última vez que disfruté de esta forma. Doy un manotazo a esos pensamientos y me propongo aprovechar el momento sin hurgar en mis recuerdos.

Embarco a mi madre en las pruebas típicas de una despedida de soltera. Al principio finge que le da vergüenza y se resiste un poco, pero en cuestión de minutos entra de pleno en mis juegos. Sus brazos se llenan de felicitaciones por escrito de casi todos los allí presentes. Sale a la calle a pedir besos a diez personas diferentes y se fotografía con otros tantos; sus risas lo invaden todo. Mi madre vuelve, orgullosa de haber superado los retos a pesar de su supuesta timidez. La premiamos con un minúsculo conjunto de lencería que yo jamás le habría comprado. Como guinda del pastel, y como no podía ser de otro modo, aparece un camarero con una tarta de chocolate negro con forma fálica y otro con champán y seis copas. Disfrutamos de la exquisita tarta y brindamos una y otra vez.

Tras una larga cena, mi abuela es la primera en levantarse. Se despide de todas y a mí me da un achuchón especial, de los que vienen cargados de hogar y calma. Son ya más de las doce, y mañana quiere estar decente. Nos pide que no nos entretengamos mucho, no vaya a ser que se nos peguen las sábanas. Adoro su tierna forma de echar reprimendas. A pesar de su consejo, hacemos oídos sordos y continuamos en un pequeño *pub*, donde bailamos al menos un par de horas más, momento en el que decidimos, de manera unánime, que debemos irnos cada una a su casa si queremos poder asistir a la boda mañana.

De vuelta a casa, mi madre y yo no podemos evitar caminar descalzas por la playa. Sentir la fría arena bajo mis pies, me da la vida. Tras un breve paseo, tratamos de calzarnos de nuevo los tacones, pero el dolor es insoportable, por lo que decidimos continuar con los zapatos en la mano, intentando no

hacernos daño. Nuestras risas retumban en la calle desierta. Nos apoyamos la una sobre la otra y avanzamos como podemos mientras contenemos las carcajadas. Nos miramos con los ojos brillantes, cargados de complicidad; ni el tiempo, ni la distancia, han logrado borrarla.

En cuanto llegamos a casa, subimos las escaleras y, antes de irnos cada una a nuestro cuarto, nos damos un largo abrazo. En silencio me acurruco entre sus brazos, respirando su aroma.

---- ANA ----

El gran día

A las nueve de la mañana comienza a sonar un molesto ruido que no tardo mucho en reconocer: el despertador del móvil. Toco a tientas donde se supone que está la mesilla, pero allí no hay nada. Necesito unos segundos para recordar que no estoy en Francia, sino en la casa de mi madre. Giro hacia el otro lado y, ahora sí, doy con el móvil y apago la alarma. Me siento como impulsada por un resorte. Sé que, como no me incorpore con rapidez, volveré a dormirme.

Nada más sentarme, el dolor de cabeza reaparece como una oleada. Llevo mis manos a las sienes y las masajeo despacio. ¿Por qué siempre termino bebiendo chupitos? Justo lo que me faltaba hoy, pasar el día con resaca. Apoyo la cabeza en el cabecero de la cama y resoplo con fuerza mientras lucho por abrir los ojos. Tras unos minutos intentando de manera inútil aliviar el dolor con las manos, me levanto dispuesta a cambiar de actitud. ¡Ya! Subo la persiana y un sol radiante me ciega, no hay ni una sola nube. Al menos, por esa parte, el día será perfecto.

Tras asomarme unos segundos al balcón, y sentir la brisa y el aroma a mar, me encuentro algo mejor. Salgo de mi habitación y voy a buscar a mi madre a la suya. El dormitorio ya está recogido. Un bonito traje blanco de chaqueta y pantalón descansa sobre la cama; sin embargo, no hay ni rastro de ella.

Antes de bajar, decido meterme en la ducha para despejarme un poco. Sentir el agua caer sobre mi cabeza mejora algo mi estado, aunque sé que la resaca tardará un buen rato en desaparecer.

Tras el baño, me pongo una vieja camiseta que utilizo como camisón y bajo las escaleras descalza, directa a la cocina a ponerme un café.

—Buenos días, cariño. —Escucho la voz de mi madre desde el pequeño aseo de la planta baja.

—¿Te estas peinando tú sola? ¿No has contratado a nadie para que te ayude?

—Es una boda informal, sé lo que quiero hacerme. Me las apaño sola sin problemas. —Hace un gesto con la mano restándole importancia—. Tienes café recién hecho en la mesita de la cocina. Ve preparando dos, ahora voy a acompañarte.

Sirvo dos tazas enormes de café con leche, saco unas galletas y me siento en un taburete en la cocina. Mi madre aparece con su media melena peinada con unas ondas sueltas que le sientan genial, y se acomoda junto a mí con su imborrable sonrisa.

—¿A qué hora te has levantado, mamá?

—A las ocho ya estaba metida en la ducha. No he dormido muy bien, la verdad. Ya no estoy acostumbrada a trasnochar.

—Pero si estás llena de energía… Mírame a mí, estoy destrozada y tengo dieciocho años menos que tú. Debería ser yo la que estuviese más espabilada, y no al revés. No sé cómo lo haces, de verdad.

—Cada uno es como es, y en esto tú has salido a tu padre. Siempre estaba agotado después de una fiesta, decía que era porque salíamos poco y que si no practicas no tienes fondo. Aunque yo destrozaba sus teorías, salía tan poco como él y al día siguiente podía levantarme a primera hora para ir a recogerte a casa de los abuelos y estar contigo todo el día sin problemas. Él tampoco comprendía cómo podía con todo.

—¿Aún piensas en papá? —Me arrepiento de la pregunta nada más formularla y arrugo el gesto—. Perdona, no sé por qué he preguntado eso. —Desvío la mirada a la mesa unos segundos y tomo aire.

—Claro que pienso en él, cariño —responde con calma, como si hubiese estado esperando algo así. Me levanta la barbilla con delicadeza para que la mire a los ojos y deje de perderme entre los cuadros del mantel. Sostiene mi mano y sigue hablando—: Lo hago continuamente, ¿cómo no hacerlo? Fue mi gran amor, mi todo. Pero ya no está. Las dos lo pasamos realmente mal. Fueron unos años muy duros, me costó muchísimo asumir que se había ido de repente y que no iba a volver. No pienses que estoy haciendo borrón y cuenta nueva, simplemente he decidido permitirme vivir.

»Un día apareció Carlos en la tienda y, tras demasiadas visitas, accedí a tener una cita con él. Me gustaba de verdad, no tenía ningún motivo para no darle

una oportunidad. Él consiguió volver a hacerme sentir cosas que creí que ya habían desaparecido de mi vida. —Hace una parada en su discurso y continúa, con los ojos vidriosos—: Ana, las dos nos merecemos continuar viviendo en lugar de dejar pasar los días sin vivirlos. Ten claro que tu padre siempre estará presente. Nada, ni nadie, va a hacer que lo olvide. Te conozco y sé que, aunque no me lo hayas dicho, eso te preocupa mucho. Sé que es difícil para ti; no sabes cuánto significa para mí que hoy estés aquí conmigo. —Me abraza tiernamente —. Bueno, no vamos a ponernos sentimentales, hoy es un día para disfrutar —añade mientras se pone de nuevo de pie—. Vamos a arreglarnos, que en menos de hora y media tenemos que estar saliendo por esa puerta.

—Es verdad, no hay tiempo que perder —respondo, sin poder ocultar la emoción en mi voz.

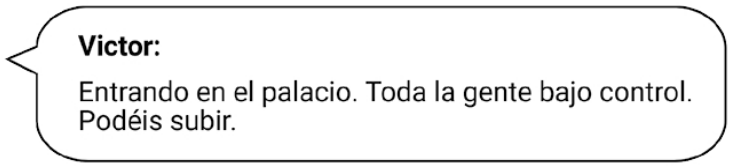
Me levanto y cojo las tazas para lavarlas. Le doy la espalda a mi madre para evitar que vea las lágrimas que caen a sus anchas por mis mejillas.



A las once y cuarto las dos estamos listas, esperando en el salón. Mi madre está preciosa con su traje blanco y una blusa color rosa claro, a juego con los zapatos. Yo llevo un vestido *midi*, tipo kimono, en azul celeste, y unas sandalias de color malva a juego con mi bolso. A pesar de que ambas intentamos fingir calma, un remolino de nervios nos acompaña.

Por fin suena el timbre de la entrada, mis abuelos vienen a recogernos. Aunque mi madre no para de insistir en que la boda es informal, ella y Carlos han querido mantener algunas tradiciones, como no verse antes de la ceremonia. Mi abuelo me funde entre sus brazos nada más verme y luego se dirige hacia mi madre, rebosando orgullo. Mi abuela nos regala otro de sus achuchones y un montón de cumplidos. Nos tomamos varias fotos con la novia y después ponemos rumbo a Santander, donde tendrá lugar la celebración.

A las doce y media, paramos en el paseo marítimo, junto a la Playa del Sardinero, para dar un paseo mientras hacemos tiempo; la novia se niega a llegar antes que el novio. Víctor comienza a enviarme mensajes informándome de cómo van las cosas en la península de la Magdalena, escenario inigualable que los novios han escogido para llevar a cabo la ceremonia civil. A escasos minutos de la una, recibo el mensaje que estaba esperando:



Unos minutos después, mi abuela y yo entramos en el impresionante salón decorado para la ocasión. Nos acercamos a besar al novio y nos sentamos en dos asientos reservados para nosotras en primera fila. Justo detrás de mí, está sentado Víctor. No sé qué haría hoy sin él.

En cuanto tomamos asiento, comienza a sonar el Canon en Re mayor, de Pachelbel. Todos los invitados vuelven su vista hacia la puerta de entrada de la sala, donde instantes después aparece mi madre agarrada del brazo de mi abuelo. Su sonrisa y su felicidad invaden el espacio; está radiante. Se dirigen hacia el novio, que la sigue con la mirada iluminada. Cuando lo alcanza, se dan un suave beso en la mejilla y el concejal comienza con la ceremonia.

No sé cómo explicar la mezcla de sentimientos que se arremolinan en mi interior: nostalgia; rabia porque las cosas sean así, por todo lo ocurrido; y también, contra todo pronóstico, la emoción tiene cabida. Vivo la ceremonia intentando no evadirme, pero es imposible. Los veo sonreír e imagino a Dani haciendo lo mismo, regalando su preciosa sonrisa y todo lo demás a otra. El nudo en mi pecho vuelve a retorcerse de manera despiadada. Por un momento, nada tiene sentido. El aire no me llega a los pulmones como debería, y tengo que recordarme como respirar pausadamente. Al menos creo que mi gesto permanece inalterable.

De repente me sobresalto. La mano de Víctor sobre mi hombro; su voz, un susurro junto a mi oído recordándome que todo va a salir bien. Al fin consigo encontrar un poco de calma y no explotar en ese instante.

Cuando finaliza la ceremonia, aparto los pensamientos de un plumazo. Los novios se besan y todos los invitados salimos a esperarlos a la puerta. Mi tía Sofía comienza a repartir pétalos de rosas entre los asistentes. En cuanto los novios salen del palacio, una lluvia de flores cae sobre ellos y la treintena de invitados comienza a rodearlos y a abrazarlos. El ambiente se carga de felicitaciones y de buenas palabras. Yo me sorprendo alegrándome de corazón por ellos.

Me guardo un puesto en segunda fila, contemplando al resto de invitados y a los novios como si estuviese viendo una película, hasta que mi mirada y la de mi madre se cruzan. Le sonrío, nos acercamos la una a la otra y nos abrazamos con todas nuestras ganas. Hago lo que puedo para no romperme; me siento

perdida.

Tras saludar a familiares y amigos a los que llevaba un tiempo sin ver, ponemos rumbo de nuevo a la Playa del Sardinero, a un bonito restaurante con aire marinero situado en el paseo marítimo. Allí han reservado un pequeño salón con vistas al mar. Por lo visto, fue el lugar que eligieron para su primera cita, y en aquella playa fue donde se besaron por primera vez. Mi madre me contó hace poco que siempre tuvieron claro que, si celebraban su unión, sería allí.

Comemos por encima de nuestras posibilidades, al menos yo. Pierdo la cuenta de las veces que me han ofrecido llenar mi copa de vino y cuantas veces lo he rechazado. Hoy soy incapaz de tomar una sola gota de alcohol. La comida se alarga y algunos invitados acaban incluso bailando entre las mesas. Siento que la fiesta está yendo mejor de lo que esperaba, y aunque no he preparado nada, me armo de valor y decido dedicarle unas palabras a mi madre. Ella se lo merece. Por más que me resulte muy duro, debo hacerlo. Me pongo en pie y golpeo tímidamente mi copa vacía con el tenedor como he visto hacer cientos de veces en las películas, pero el ruido no surte ningún efecto, así que Víctor decide acompañarme con un molesto silbido que consigue que todos se giren hacia nosotros.

—Ana tiene algo que decir —añade en tono solemne—. Le cedo la palabra. —Me mira, me guiña un ojo y aprieta suavemente mi mano para darme fuerzas.

—Antes de nada, me gustaría aprovechar este día tan especial para darte las gracias, mamá. Por ser tú, y por estar siempre ahí. Cerca o lejos siempre has sido mi pilar. Gracias, y mil veces gracias. Por ser fuerte, por enseñarme a luchar, a sonreír. Por compartir tu alegría y buscar siempre el lado positivo a todo. Por saber arrancarme una sonrisa, incluso en los peores días. Eres la mejor madre que puedo tener. Sé que llegué a este mundo por sorpresa, aunque tú nunca me lo reconozcas —bromeo—. Puse tu vida del revés y te hice crecer de golpe. Sin embargo, siempre me has dado lo mejor de ti: tu paciencia, tu calma, tu amor. Te quiero, Mamá.

Mi madre se enjuga las lágrimas y se dirige hacia mí, pero yo le hago un gesto con la mano para que espere.

—Aún no he terminado, no va a haber solo palabras para ti. Carlos, también tengo que darte las gracias a ti. He de ser sincera, cuando apareciste de repente me pilló por sorpresa, no lo vi venir. Sé que no te he dado la oportunidad que te mereces, pero me tranquiliza saber que, aunque no hayamos comenzado con buen pie, tenemos mucho tiempo por delante para conocernos mejor. Aun así, estoy segura de algo: eres un buen hombre. Mi

madre sabe elegir bien sus compañías, y si te ha escogido a ti para compartir su vida, entonces puedo estar tranquila. Gracias por hacerla feliz cada día, y por cuidarla. Has hecho que sea ella otra vez, la auténtica. Gracias por hacer que deslumbre de nuevo. ¡Ah! Mamá, cuida tú también de él. —Les sonrío a los dos—. Os deseo lo mejor y… ¡qué vivan los novios! —grito, y contagio a los demás mientras elevo mi copa que, a mitad del discurso, Víctor ha llenado con disimulo.

Todos los invitados se unen a este último brindis. Mi madre y Carlos se acercan hacia mí y me abrazan emocionados.



La fiesta continúa un rato más hasta que, poco a poco, los asistentes van despidiéndose. Los últimos en quedarnos somos mi madre, Carlos, Víctor y yo.

Nos despedimos junto al coche de Carlos, lo tienen preparado con el equipaje desde ayer por la mañana. No quieren perder ni un minuto, así que, aunque ya es algo tarde, se van directos a Madrid a pasar su primera noche como marido y mujer. Esto no lo digo yo, lo dicen ellos llenándose la boca con sus nuevos títulos: marido y mujer. ¿Cuánto tardaré en acostumbrarme a que mi madre ahora tenga otro marido?

Reconozco que, al principio, me molesto que los planes de mi madre fuesen irse justo hoy; luego pensé en lo incómodo que sería compartir unos días con los recién casados y me di cuenta de que, en realidad, estaba haciéndome un favor. Tras esta primera noche en Madrid, mañana cogerán un avión con destino a Cuba, donde pasarán diez días.

Pierdo la cuenta de los abrazos que me da mi madre antes de marcharse. Prácticamente tengo que meterla en el coche a la fuerza. Víctor y yo permanecemos inmóviles, viéndolos alejarse mientras nos despedimos de ellos con la mano. En cuanto desaparecen, le propongo dar un paseo por la playa antes de volver a Suances. Necesito digerir lo vivido hoy, un paseo juntos es justo lo que necesito.

—La boda ha sido preciosa —dice Víctor—. Y tú has estado genial.

—Ella se lo merece. Tenías razón. Esta mañana estuvimos charlando; hablamos de mi padre, y de lo que aún significa él para ella. Escucharla me hizo sentir como una niña pequeña por haberme planteado que mi madre podía haber dejado de pensar en él. Ha sido una conversación breve, pero muy reconfortante. Como ella misma me ha dicho, ha escogido vivir la vida en lugar de dejarla pasar.

—Me alegro de que hayáis hablado. —Víctor me cobija con ternura bajo su brazo.

Antes de que la conversación se ponga complicada, cambio de tema con la maestría que me caracteriza.

—Bueno, ¿y ahora qué? Nos quedan cinco días de vacaciones por delante. Hasta el viernes por la tarde no cojo mi vuelo de vuelta, y con el lío de la boda no hemos planeado nada de nada.

—No lo habrás planeado tú… —replica mi amigo—. Yo he preparado unos días que nos van a hacer retroceder a los fines de semana de nuestra infancia. Lo mejor que podemos hacer ahora es irnos a casa y descansar, que mañana a las nueve y media pasaré a recogerte.

—¿En serio? ¿Qué nos has preparado? —Los ojos se me salen de las órbitas.

—Mañana lo verás. No pienso desvelarte nada.

—Siempre tan misterioso —refunfuño—. Bueno, entonces volvamos. Aún siento las consecuencias de todo lo que bebí ayer. Hoy no he probado ni gota de alcohol, así que llevo yo el coche.

Conduzco de vuelta a Suances, con música de fondo y silencio entre los dos. Aunque no me lo diga, sé que me está dejando este espacio para ordenar mis ideas. La de conflictos internos que he resuelto recorriendo kilómetros… Aparco el coche a medio camino de la casa de los dos. Víctor me sonríe, como si no quisiera hablarme para no interrumpir mis pensamientos.

—¡Gracias por todo! —se me escapa de nuevo, nada más bajarme del coche.

—No hay de que, ya lo sabes. Y ahora, hazme el favor de frenar esa cabeza y descansa, ¿vale? —Me coge de ambos brazos y me zarandea con ternura.

Este chico me conoce demasiado.

—Lo intentaré. —Le sonrío y giro en dirección a mi casa.

—¡Ana! —grita cuando ya estamos alejándonos—. Prepara una bolsa con una muda, un bañador, zapatillas de deporte y un pijama.

—¿Un pijama? —Lo miro incrédula.

—Mañana dormimos fuera —responde con una sonrisa misteriosa, y se da la vuelta en dirección a su casa.

—¡Vale! —le grito entusiasmada—. Hasta mañana.



Nada más atravesar la puerta, el peso invisible que llevo soportando todo el día

empieza a aligerarse, aunque sé que necesito hacer algo más para que el nudo que llevo dentro se afloje. Cierro la puerta, dejo caer el bolso en el banco que hay en el recibidor y me descalzo; mis pies lo agradecen. Me desvisto y meto mi ropa en el cesto de la ropa sucia. Desnuda, subo las escaleras, voy directa al baño, me desmaquillo y me meto en la ducha. Apoyo las manos en la pared y dejo caer el agua caliente sobre mis hombros. Ahí es cuando rompo a llorar. Por la tensión contenida, por ser incapaz de borrar el recuerdo de nuestro reencuentro, por imaginarlo con ella… A medida que las lágrimas se escapan, me siento algo más relajada.

Tras la ducha, me visto con ropa cómoda. Bajo al salón y enciendo una lámpara de lectura. Cojo una fina manta que descansa sobre el sofá, abro las puertas acristaladas que dan paso al patio y voy directa a la hamaca. Me tumbo sin encender la luz del patio y me arropo, es suficiente con la tenue luz que se cuela desde el salón. Comienzo a sentir la brisa, el sonido de las olas de fondo, y, poco a poco, bajan las revoluciones de mi cabeza hasta quedarme dormida.

En algún momento de la noche, me despierto y decido continuar descansando en mi cama.

---- ANA ----

Recuerdos

A las nueve y media, el sonido del claxon del viejo coche me reclama. Apenas unos segundos después, saludo a Víctor, que me mira atónito desde la calle. Mi nueva puntualidad sorprende a todo el que de verdad me conoce.

No sé si es por el sueño reparador, por el sabor a hogar o por tenerlo cerca de nuevo, pero me he levantado más animada. Me enfrento al maletero, forcejeo hasta que cede y guardo mi mochila en el interior. Abro la puerta y me siento en el asiento del copiloto.

—Buenos días — saludo, y le doy un beso en la mejilla.

—Alucinante, no me has dejado disfrutar de mi larga espera.

—No es tan bonito como parece. Lo confieso, no me ha dado tiempo a desayunar. Me he quedado dormida. Creo que he estado retrasando la alarma mientras soñaba. Me he despertado a las nueve de milagro, y se me ha ido el tiempo quitándome legañas y preparando la mochila. Así que, esta chica superpuntual necesita un café con urgencia.

—La perfección no existe. —Comienza a reírse—. Yo tampoco he desayunado, vamos a por nuestra primera parada.

Nos dirigimos hacia uno de mis lugares favoritos de Suances, donde las vistas son inigualables. Ver desde aquí el atardecer…, eso es pura magia.

El sitio, como no podía ser de otro modo, es un hotel. Pero no uno cualquiera, es un castillo situado en un acantilado sobre la playa de los locos, *mi playa*. La sensación de poder disfrutar en esta terraza de un suculento desayuno, con este espectáculo ante mis ojos, es algo de otro mundo.

—Mira qué cantidad de surfistas. —Señalo hacia la playa, donde una veintena de personas esperan sobre sus tablas a la siguiente ola—. Les da igual que el día esté aún algo fresco.

—Nosotros solíamos estar entre ellos, lloviese o hiciese solazo.

—Cierto… —Vuelve la melancolía, demasiadas cosas apartadas por el camino.

—No te preocupes, niña. Habrá tiempo para todo. —Su mirada es retadora.

—¡Estás de coña! —Me atraganto con el café—. Hace años que no me subo a una tabla. —Se me acelera el pulso solo de pensarlo.

—Tranquila, yo he seguido practicando por los dos. De todos modos, seguro que no te has olvidado de nada. Además, no te preocupes, el plan de hoy y de mañana no es ese. Te doy dos días para que te mentalices.

Terminamos el desayuno, damos un breve paseo y nos subimos de nuevo en el coche, con rumbo a la segunda parada. Atravesamos buena parte de Cantabria mientras escuchamos los grandes éxitos de nuestra adolescencia y de nuestros años universitarios. Cantamos con todas nuestras ganas; mejor dicho, Víctor hace maravillas con ese vozarrón que mantiene oculto y yo destrozo cada una de las canciones, consiguiendo hacerle reír a carcajadas. Sigue sin creerse que yo pueda cantar tan mal.

Nada más adentrarnos en esta estrecha carretera rodeada de árboles, montañas y magia, se disipan mis dudas. Nos dirigimos al teleférico de Fuente Dé. Hoy me van a acabar doliendo los ojos de contemplar tanta belleza. La de veces que habré hecho de niña este recorrido, y la de años que llevo sin subir a los picos…

Aparcamos junto al teleférico. Compramos nuestros *tickets* y, tras una breve espera, atravesamos el manto de nubes, lo dejamos atrás. El sol nos espera en la cumbre. Allí paseamos, disfrutamos del aire fresco y de las increíbles vistas.



A la hora de comer, bajamos y nos dirigimos hacia Potes, un precioso pueblo escondido entre las montañas. Comemos en un pequeño asador; sin prisas, compartiendo historias y recuerdos. Víctor comienza a hablarme de Aurora, la chica que se fue con él a Nueva York. Por su cara, sé que va a desvelarme cosas que desconozco.

—Al principio nuestra relación era PERFECTA. ¿Recuerdas cuando hablábamos por teléfono al poco de irme a Nueva York e intentabas que la

conversación no girase en torno a ella? Lo sé, era algo imposible; y yo, insoportable. Pero es que… Aurora era espectacular. Lo fue hasta que mi trabajo ganó terreno, absorbió mi tiempo y algo comenzó a cambiar en ella. Y, aun así, seguía fascinándome.

—Me contaste que dejó de confiar en ti.

Víctor se ríe sarcásticamente.

—¿Eso te dije? Venga, voy a sincerarme y a contarte los detalles turbios que en aquel momento no compartí contigo porque no lo veía tan grave. —Veo cómo coge aire antes de continuar—. Aurora comenzó a controlarme más de lo que yo consideraba normal en ella. A dónde iba, con quién; de dónde venía; por qué vestía de un modo u otro… Revisaba mi móvil, y no te creas que lo hacía a escondidas, yo mismo se lo permitía. ¿Y sabes lo peor? —No le respondo, sé que no espera que lo haga–. Que al principio no le di importancia. Bromeaba con ella cuando se ponía así. Me halagaba, me hacía sentir importante, el centro de su mundo. Hasta que comenzó a ir a más: interrogatorios interminables, broncas cada vez más frecuentes por tonterías o, peor aún, por historias que solo habían pasado en su imaginación.

»Las discusiones siempre seguían el mismo patrón. Ella se encendía muchísimo. Gritaba, lloraba, me decía que la estaba volviendo loca, que ella no era así, que yo la convertía en su peor versión, pero que no podía vivir sin mí. En medio de su discurso, algo le hacía clic y, en cuestión de segundos, su rabia daba paso a una pasión desenfrenada. Convertía los gritos en besos cargados de ansia, en mordidas, en gemidos… Me devoraba arrepentida. Me hacía y se dejaba hacer. El sexo salvaje y sin medidas era su forma de pedir disculpas. Yo permitía que pasase, la perdonaba y ella se calmaba, hasta su siguiente ida de olla.

—Sabes que eso es maltrato, ¿verdad? —Estoy alucinando. Víctor asiente con los ojos vidriosos.

—Su obsesión principal era que mi fama fuese acompañada de infidelidades, cosa que nunca ocurrió. No hace falta que nadie me diga que aquella era una relación tóxica. Sin embargo, había algo en ella que no me permitía dar el paso; me sentía atrapado. Su sonrisa, su magnetismo, su sensualidad, aquella mirada que me hipnotizaba… Aún se me eriza la piel. —Pierde la mirada en algún lugar al que no alcanzo—. Hasta que un día pasó…

—¿Le echaste huevos?

—No exactamente. Pero hubo huevos, y no fueron los míos.

—Eso no suena nada bien —lo interrumpo. Él continúa, ajeno a mi comentario.

—Un día, cegada por su propia paranoia, decidió liarse con un tío; supongo

que para vengarse de algo que jamás tuvo lugar. El día anterior habíamos tenido una bronca monumental, que terminó con el sexo más brutal que puedas imaginarte. No voy a entrar en detalles…

—No es necesario. —Le pongo una mano frente a su boca para impedir que lo haga.

—Me pasé la mañana con un calentón impresionante. Me venían *flashes* de la noche anterior y mis ganas de más aumentaban de manera descontrolada, así que decidí que tenía que volver antes a casa. Necesitaba más de ella: su olor, sus labios, sus pechos… Me inventé que estaba malo y me fui en mitad del ensayo, directo a casa.

»Nada más entrar, lo supe. Escuché su respiración entrecortada, el placer escapándose entre sus labios. Aunque podía haber salido de allí y llamarla por teléfono, decidí caminar hacia el cuarto. —En un acto reflejo, me llevo la mano a la boca—. No me vieron, no me sintieron. Sus respiraciones y sus jadeos lo ocupaban todo. Permanecí junto a la puerta sin saber qué hacer, qué decir; viendo cómo se follaba a otro tío en mi cama. Hasta que reaccioné, entré en la habitación y le pregunté gritando qué coño estaba haciendo, aunque era obvio… A esas alturas un «esto no es lo que parece» no hubiese servido de mucho.

Escucho atenta, no me atrevo a interrumpirle.

—Entonces se separaron. Ella permaneció inmóvil en la cama y él salió por patas con su ropa entre las manos. Muy de película. Después de presenciar esa escena, de verla desear a otro, yo también debí salir corriendo. —Suspira antes de continuar—: Aurora rompió a llorar, yo la miré con desprecio. Sin decirle nada, me giré dispuesto a marcharme, pero flaqueé y la esperé en el salón mientras ella se duchaba, mientras cambiaba las sábanas… No sé cuánto tiempo pasó, cuando se sentó a mi lado aún lloraba. Y olía a mi perfume, su forma de decirme que nos pertenecíamos el uno al otro. La escuché sin mirarla, mientras me juraba y perjuraba que esa era la primera vez. Que se sentía muy sola, que yo nunca estaba, que no iba a volver a pasar, y no sé cuántas justificaciones más. Sentí rabia, pena y culpa, así que intenté perdonarla.

—¿En serio? ¿No fue suficiente con eso? ¿Qué más necesitabas? —Me indigno. Si hubiese estado yo allí, le habría hecho ver las cosas con objetividad. Pero claro, yo no estaba, ni estuve durante años. Ni siquiera sé si estoy ahora… Le hago un gesto con la mano, dándole a entender que no tiene que responderme y que continúe.

—Tranquila, aunque puse todo de mi parte, al final abrí los ojos, me cansé, y la dejé.

—No irás a alardear de que la dejaste tú a ella, ¿verdad? —Empiezo a reírme con amargura, por no llorar.

—Ya sé lo que piensas: que debería haberla dejado en el momento uno. No fui capaz de hacerlo, ya te lo dije antes; con ella estaba como en trance… Bueno, déjame seguir. Al final decidí cortar la relación porque Aurora continuó con sus paranoias. En su realidad, ella era la víctima. Me echaba en cara que yo la estaba convirtiendo en alguien horrible, que la había arrastrado a serme infiel… En fin, una situación tan surrealista que me superó. Ella hizo sus maletas y se volvió a Madrid. De vez en cuando, desde que también estoy allí, pienso en llamarla, en quedar con ella, en ver si está bien. Me preocupó que cambiase tanto. No sé si ahora, con el tiempo y la distancia de por medio, podría hacerle ver cómo fueron en realidad las cosas.

—Si crees que debes hablar con ella, entonces hazlo. Quizás siga pensando igual, o tal vez no y te escuche. Por cómo lo cuentas, esta historia aún te quema. Si sientes que, de algún modo, esa etapa sigue abierta, debes cerrarla como se merece. Si no lo haces, puedes pasarte el presente recreándote en el pasado, y eso solo te impedirá avanzar.

—¿Eso es tuyo o de uno de los libros de tu amigo Robert?

—Digamos que me ha inspirado. —Qué buena soy dando lecciones a los demás, consigo sonar hasta convincente.



Charlamos y paseamos buena parte de la tarde, hasta que Víctor vuelve a dar un aire de misterio a nuestro viaje. Toca subirnos al coche para poner rumbo a la siguiente etapa.

Bordeamos la costa en dirección a Asturias, y a última hora de la tarde llegamos a Arriondas.

—¿Vamos a hacer el descenso del Sella? —pregunto emocionada. ¡Este chico sabe cómo revolverme por dentro!

—¿Acaso lo dudabas?

Damos un paseo y cenamos en un pequeño bar. Algo cansados, nos vamos a dormir temprano a un alojamiento rural al que solíamos ir de pequeños con nuestros padres.

A la mañana siguiente me levanto como nueva. Nos vestimos y bajamos a desayunar al comedor. Nos servimos de casi todo lo que hay en el ***buffet***, necesitamos energía. Con las pilas ya cargadas, nos montamos de nuevo en el coche y ponemos rumbo al Sella. Las nubes del día anterior han desaparecido

y han dado paso a un cielo despejado en el que se puede contemplar el sol.

Llegamos al punto de inicio del descenso, nos embadurnamos de crema y recogemos la piragua y los chalecos. Un monitor nos da unas pautas básicas y nosotros lo escuchamos muy atentos, a pesar de que no es nuestra primera vez. En pocos minutos, estamos en la canoa. Remamos algo desincronizados hasta que conseguimos coger el ritmo. Cada poco tiempo, paramos a darnos algún chapuzón.

Hace un día espectacular. Las risas a carcajadas ocupan gran parte de la jornada; volvemos a ser dos niños.

Tardamos medio día en poner fin a nuestro recorrido en canoa. Cuando acabamos estamos hambrientos, y nos zampamos unos bocadillos enormes en Llovio. Tras la comida, nos acercan en una furgoneta hasta Arriondas.

Durante el camino, el cielo comienza a oscurecerse, y, nada más bajarnos del vehículo, una lluvia torrencial empieza a caer. Corremos hacia el coche, en apenas unos metros nos calamos. Ya es media tarde y no parece que el manto de agua vaya a cesar. Viendo el panorama, decidimos quedarnos una noche más; el coche no nos da la confianza suficiente para ponernos en carretera.

Conseguimos una habitación en el alojamiento donde dormimos ayer. La energía con la que comenzamos el día nos ha abandonado, así que decidimos cenar en el dormitorio.

Pedimos unas *pizzas* y, mientras yo me ducho, Víctor se hace con un cargamento de chuches y chocolate. Cómo sabe lo que me gusta.

En cuanto llega la cena nos acomodamos en una de las camas, buscamos algo que ver en la tele y nos encontramos con *Casablanca*, que acaba de comenzar. Víctor me pone ojitos, mejor dicho, ojazos y me convence sin ningún esfuerzo. El cine clásico es una de sus pasiones y yo hace mucho tiempo que me deje contagiar.

Mientras disfrutamos de la cena y de la película comentando cada escena, no puedo evitar preguntarme cómo un momento tan simple puede resultar a la vez tan especial.



Tras una noche en la que la lluvia no ha parado de repiquetear en los cristales, nos levantamos. El cielo continúa cubierto, pero parece darnos una tregua. Nos vestimos, bajamos a desayunar y nos montamos en el coche.

Volvemos a recorrer de nuevo la carretera que bordea la costa y hacemos varias paradas para visitar, una vez más, los pueblos que tantas veces

recorrimos durante nuestra infancia: San Vicente de la Barquera, Comillas y Santillana del Mar. Paseando por estas calles me siento liberada. Me doy cuenta de que incluso esa sombra que me persigue, y que me paso el día esquivando, ha debido quedarse en París.

Cuando llegamos a Suances, vamos directos a casa de Víctor, donde nos esperan sus padres y mis abuelos; esta noche toca barbacoa. Aprovechamos para enseñarles todas las fotos que nos hemos tomado en estos días, charlamos y reímos hasta la madrugada.

Mis abuelos insisten en que me vaya a dormir con ellos y yo no me resisto, hace años que no lo hago. Volver a dormir en el que un día fue el cuarto de mi madre, y que prácticamente continúa igual, me llena de ternura. Fotos de mis padres pinchadas con chinchetas sobre un corcho, sus diplomas en la pared, algún dibujo enmarcado… Esta casa, este dormitorio, es hogar.

Por la mañana me despierto con un aroma a bizcocho que alimenta. No sé qué hora es, pero voy directa a la cocina. Allí encuentro a mis abuelos ya desayunando. Me inundan de besos y me uno a ellos en un desayuno sin prisas.

A media mañana me llama Víctor, cumpliendo su amenaza hoy nos toca volver a surfear. No sé si podré, aun así, allá que voy. Paso por mi casa y rescato mi vieja tabla de surf y un neopreno que, dadas mis medidas y mi peso actual, me entra sin problemas. Limpio la tabla, la examino en busca de alguna excusa que me impida subirme a ella de nuevo. El sonido del viejo claxon irrumpe mis pensamientos. Me pongo una sudadera y un *short*, meto mis cosas en una mochila y voy hacia al coche.

Mi amigo se ríe nada más ver mi cara.

Nos dirigimos a la Playa de los Locos y, en cuestión de minutos, Víctor ya está sobre una ola. Yo en cambio necesito espacio y tiempo; él me lo da sin necesidad de pedírselo. Me siento en la orilla, junto a la tabla, observando el mar, las corrientes y hacia dónde van las olas.

Inmóvil, en una posición que cualquiera consideraría relajada, lucho contra mi pulso, el cual se dispara, contra la ansiedad y la culpa que vuelven de golpe.

Me levanto y continúo con la vista fija en el oleaje unos minutos, mientras que las imágenes vuelven a mi mente una vez más, en un bucle macabro del que no consigo salir. Víctor me dedica una mirada de preocupación. Antes de que salga del agua, le hago un gesto con la mano pidiéndole que se quede donde está.

Necesito parar de pensar, y creo que la única forma de lograrlo es haciendo algo que requiera de toda mi atención.

Tomo aire varias veces y, con la tabla en la mano, comienzo a andar y me meto en el agua. Cuando esta me cubre por la cintura, me tumbo sobre la

tabla, cojo impulso y comienzo a remar contra las olas. Paso así un rato, sin atreverme aún a ponerme de pie, al tiempo que intento apartar el nubarrón de mi cabeza y me concentro en todos los buenos momentos que compartí con mi padre aquí, en este mismo lugar. Una sonrisa se dibuja en mi cara y Víctor, que parece estar dentro de mi cabeza, me grita a pleno pulmón, dándome ánimos.

Desde aquel día no he conseguido volver a subirme a una tabla.

En un movimiento rápido pongo mis manos sobre la tabla, y en un salto estoy de pie, con los hombros hacia adelante y las rodillas flexionadas. A pesar de que no he olvidado la técnica, apenas tardo unos segundos en caer al agua. Víctor se acerca sin necesidad de palabras. Su mirada me invita a intentarlo de nuevo y yo me pico y vuelvo a tumbarme sobre la tabla. Remo con fuerza y otra vez trato de saltar y guardar el equilibrio, hasta que por fin consigo coger mi primera ola. De repente, es como si nunca hubiese dejado de hacerlo.

Tardo poco en recuperar la confianza en mí misma. Quizás sea el subidón de adrenalina, pero me siento poderosa sobre las olas. Libre. Si caigo, vuelvo a subirme a la tabla y a intentarlo de nuevo. ¿Por qué no será la vida así de sencilla?



Pasamos los dos días que nos quedan entre olas, paseando por Suances y viendo pelis clásicas en el proyector que los padres de Víctor tienen en su jardín. El jueves, a última hora de la tarde, me despido de mi playa, de la tabla y de las olas. Lo hago sin dramas, porque esta vez es solo un «hasta pronto».

Esa noche decidimos cenar en mi casa. Estamos agotados, y la idea de salir a un restaurante ya la habíamos descartado. Mañana nos toca volver a Madrid y yo de allí me voy directa a París, así que nos espera una cena con un telón de fondo algo tristón. Mi tía y mis abuelos vienen a despedirse. Saben de sobra que mañana iré a darles un último achuchón, antes de volver a poner kilómetros de por medio; aun así, insisten en traernos la cena y tomarse con nosotros un aperitivo.

Mi tía aprovecha para darme un par de consejos, sonando, sin pretenderlo, tan mandona como siempre. Sé que no lo hace con maldad. Ella es así, y la quiero tal cual es, pero a veces el decir las cosas de esa manera, a bocajarro y sin pensarlas, puede resultar doloroso. De todas formas, la dejo opinar sobre mi alimentación, mi peso, mis ojeras y el nivel de vida estresante que ella supone que llevo. Solo me lleva doce años y se considera un poco mi hermana

mayor; quizás por eso siempre he sido víctima de sus consejos. Mi tía habla y yo asiento, casi sin escucharla, mientras pienso que mañana ya no estaré aquí, y que ella no verá qué hago con sus consejos. Eso sí, aunque la oigo en la lejanía, la moral me la daña un poco.

Antes de las diez, deciden marcharse y, aunque los quiero mucho, lo agradezco. No necesito que nadie me diga lo que tengo que hacer.

Una vez nos quedamos Víctor y yo a solas, tomo aire, cojo las empanadas y la tortilla de mi abuela y nos trasladamos del salón a la mesa que tenemos en el patio. Mientras cenamos, arreglamos nuestro mundo, hacemos mil planes que en nuestra imaginación quedan perfectos.

Tras la cena, me tumbo en mi hamaca y él se acomoda en un mullido sillón justo enfrente de mí. Noto que está inquieto. En su mirada veo que la paz que se respira en el ambiente va a resquebrajarse de un segundo a otro. No tengo ganas de que me den más consejos, de reproches, pero él tiene tantos motivos… Llevo esperando esa mirada intensa desde nuestro reencuentro. Sabía que tarde o temprano tendría algo que decirme. Suspiro y me dispongo a escucharle. Aunque aún no ha abierto la boca, sé que no tardará en hacerlo.

—Ana, desde antes de ir a por ti al aeropuerto tenía pensado hablar contigo en este viaje de un tema que me preocupa. Sin embargo, para poder disfrutar de este tiempo que tanto nos hacían falta a los dos, me prometí a mí mismo no decirte nada hasta el último día.

—Qué serio te has puesto. Si tan importante es, tenías que habérmelo dicho antes —le respondo, como si lo que fuese a decirme no pudiese afectarme. Me incorporo y me siento en la hamaca a modo de columpio para poder mirarle de frente—. ¿Qué te preocupa? —Ahora intento hacerme la madura.

—Tú, me preocupas tú. —Empieza fuerte. Parece que se lleva lo de decir las cosas sin rodeos—. Durante estos días he escuchado tus teorías, tus razonamientos, las justificaciones a tu comportamiento…, pero, Ana, arriesgándome a que me odies durante unos meses y tenga que arrastrarme para que vuelvas a dirigirme la palabra, voy a hacerlo. Voy a ser sincero.

—¿Yo te preocupo? Explícate mejor… —Creo que he gritado un poco. Mis ojos se humedecen y una presión conocida me oprime el pecho. Me propongo no estallar, al menos por ahora.

—¿Recuerdas nuestro pacto de sinceridad? ¿Qué edad tendríamos?, ¿ocho años? —Asiento, lo recuerdo perfectamente—. Siempre debemos decirnos la verdad, aconsejarnos sin medias tintas… Y lo más importante, aunque no estés de acuerdo con lo que te diga, debes escucharme e intentar no interrumpirme. Ya sabes, fue un pacto que sellamos con un apretón de manos llenas de saliva. Incluso hicimos un contrato con dos copias que recoge una a

una todas las cláusulas. Yo aún conservo el mío, y estoy seguro de que tú también tienes el tuyo.

Vuelvo a asentir. Intenta ganar tiempo y que yo me relaje. Logra justo lo contrario.

—Sigue, por favor —le pido.

—Allá voy. —Su seriedad impone—. Cualquiera que te conozca bien lo sabe: no estás bien. Eres una maestra en disimular, y quizás puedas engañar a otros, pero no a mí.

—Víctor… —gimoteo como una niña pequeña mientras busco unas palabras que no encuentro. Me ignora y continúa.

—Las capas de maquillaje no consiguen borrar por completo tus malas noches. Los analgésicos, a modo de caramelos, no van a alejar tus miedos de un plumazo, y la cabeza va a seguir bombardeándote. La ropa ancha no puede ocultar que apenas comes; tú tía también se ha dado cuenta, Ana. Tu vida no es tan maravillosa como quieres hacernos creer a todos.

Pongo mis ojos en blanco. Me gustaría defenderme, pero me encuentro desarmada, y él continúa hablando.

—Creo que la vida que llevas no te hace tan feliz. Además, esa «filosofía de vida» que has decidido seguir es una farsa. Lo sabes, ¿no?

Ha entrado a matar.

—¡Claro que soy feliz! Me dedico a lo que me gusta, estoy conociendo otras ciudades, gente nueva. Mi vida me satisface… —Intento sonar calmada, convincente, segura de mí misma y de cada una de mis decisiones.

—Niña, perdona si soy demasiado directo, contigo no voy a andarme por las ramas. Aunque te he escuchado con paciencia durante estos días, no he llegado a darte mi opinión porque sabía que no sería de tu agrado. Yo no creo en la teoría del destino y las señales que te guían…

Quiero interrumpirle, pero él continúa hablando. Víctor es de los que, si no lo suelta, revienta.

—Tú tomas las decisiones que más te convienen, solo que te respaldas en decir que hay algo mágico que te guía en esa dirección. Es normal que si, por ejemplo, piensas todo el tiempo en desarrollar tu carrera profesional en un entorno multinacional, prestes más atención a aquello que te conduzca a eso y dejes de ver otras señales, si quieres llamarlas así, que puedan llevarte hacia otro sentido. —Habla de manera directa y pausada. Usa las palabras justas. Conociéndole, seguro que lo ha estado ensayando—. No creo que haya un destino único para nadie. Y, en caso de que existiese…, ¿y si te estás equivocando de camino? ¿Nunca te has parado a pensarlo? ¿Y sí estás dejando pasar señales? Tu destino, ese que dices que te dará la felicidad plena, ¿te desea

la soledad? Eso es lo que tú quieres, y no alcanzo a entender el porqué. ¿Qué te ha pasado, Ana?

—No estoy sola. Aunque ahora estéis más lejos, os tengo a vosotros. —Me refugio en algo que sé que es mentira—. Y, además, a pesar de que me imagines desolada, vagando por las calles de París, tengo amigos. —Esto no es cierto, pero me niego a darle más alas a su discurso—. Los hice en Londres, y ahora estoy haciendo lo mismo en París. ¿Por qué piensas que quiero una vida alejada del resto? —Intento no alterarme, no me sale.

—¿De verdad me lo preguntas? —Veo su nuez moverse hacia arriba y hacia abajo, y sé que tardaré poco en desmoronarme—. Tras la marcha de tu padre, te alejaste de todo, te encerraste en tu mundo. Hasta a mí me resultaba casi imposible acercarme a ti. Fueron unos años difíciles, creo que no hace falta que entre en más detalles. Y ahora, aunque sea de otro modo, estás construyendo de nuevo un muro entre tú y el resto del mundo. Y no sé si el motivo de que actúes así es porque has sufrido una recaída. Me preocupas mucho, solo quiero ayudarte.

—Mi padre no se marchó —interrumpo de nuevo, rompiendo nuestro pacto—. Ya sé que suelo usar expresiones como se marchó o se fue, pero vamos a ser claros, ya no somos unos niños, ni necesitamos endulzar las cosas. Mi padre murió con apenas treinta y cinco años, a punto de hacer realidad su sueño de ser profesor de Historia del Arte, yendo a firmar su contrato de trabajo a Santander. Falleció de repente, de manera injusta, en un absurdo accidente de coche provocado por un borracho que decidió que podía conducir a pesar de haber bebido. Y por más que hayan pasado quince años, vuelvo a revivir todo lo que sentí con mayor frecuencia de la que me gustaría, y eso me atormenta.

—No hace falta que sigas.

Desoigo su consejo.

—Nunca me he sentido con fuerzas suficientes para contarte todos los detalles. Es curioso, porque lo recuerdo con total claridad, y a la vez borroso; como si no me hubiese ocurrido a mí. Me cuesta un mundo expresarlo con palabras. —Me rompo, pero, a pesar de mis lágrimas, necesito continuar, desahogarme. Llevo demasiado tiempo sin permitírmelo—. Cada vez que recuerdo que iba a acompañarle y en el último momento decidí quedarme a surfear, un desagradable escalofrío recorre mi cuerpo. Por mi culpa, salió de aquí más tarde de lo esperado; un minuto de más, o de menos, habría cambiado su suerte. Mientras él perdía la vida, atrapado entre un amasijo de hierros, yo conseguía hacer mi primer tubo con los ojos abiertos, envuelta de agua en movimiento, y lograba salir de aquel pasillo de agua sin caer de mi

tabla. Tras esa proeza, llegué a la orilla eufórica, no podía parar de saltar, de reír… Mis carcajadas aún me atormentan, porque sé que, mientras yo reía, él estaba agonizando.

—No te hagas esto.

Sigo hablando con lágrimas en los ojos. Él se sienta a mi lado.

—Recogí mis cosas, pletórica. Necesitaba volver a casa, contárselo a mi madre y a mi padre. El subidón se esfumó en cuanto llegué. Mi madre salía a buscarme con la cara desencajada. En ese momento supe que algo terrible había ocurrido. Ella lloraba y hablaba en un tono tan bajo que casi no podía escucharla. Hasta que comenzó a chillar y me abrazó con fuerza. Yo no podía creerlo, tardé meses en hacerlo.

»La gente hablaba de lo entera que estuve en el tanatorio, en el entierro, durante las primeras semanas de duelo… Y es que lo peor estaba aún por llegar; cada uno tenemos nuestros tiempos. Un día, de repente, me di cuenta de que aquello había ocurrido, que era real, que jamás volvería a ver a mi padre. —Me seco las lágrimas y sigo hablando—: Nunca volveríamos a surfear juntos, ni compartiríamos más tardes descubriendo ciudades sin movernos del sofá. Tampoco volvería a abrazarlo, ni a verlo sonreír. Ya nunca tendría más de él. Ese día comencé a caer en picado. Mi mundo se derrumbó por completo, y no había palabras de consuelo, ni gestos, que pudiesen aliviar lo que yo sentía por dentro. Como tú has dicho, lo pasé fatal. Me convertí en alguien que no quiero volver a ser. Me da pánico volver a ese hoyo, sentir de nuevo que no debo seguir aquí y no ser capaz de salir. Creo que no podría superar otro golpe como ese. —Víctor me envuelve bajo su brazo y me habla con calma.

—Al escucharte hablar, creo que has creado una vida a tu medida, con la intención de evitar una recaída… Tal vez alejarte no es la mejor de las opciones. Quizás estando lejos piensas menos en la gente que te importa, pero, si algo malo nos ocurriese, siento decirte que creo que te afectaría igual que si estuvieses aquí, y que no tiene por qué repetirse lo que te pasó. Si actúas así por miedo a que te vuelva a ocurrir, creo que estás siendo muy drástica.

—Víctor, ya estuve a punto de hundirme de nuevo hace cinco años —le digo, mirándolo con seriedad. Espero a que asimile lo que acabo de confesarle, sé que no va a tardar en encajar todas las piezas del puzle.

—Por eso dejaste a Dani. —Resopla y se lleva las manos a la cabeza—. ¿Cómo no me he dado cuenta antes?

—Sí, fue por eso. Pero él no lo sabe —respondo a la vez que me enjugo las lágrimas.

—¿Por qué no me lo contaste? Me dijiste que estabas bien.

—No quería preocupar a nadie.

—Aunque Dani tuvo un accidente de tráfico, salió ileso. Deberías habérnoslo contado, tal vez te habríamos ayudado a verlo desde otra perspectiva.

—¿Otra perspectiva? No te culpo por creer que eso habría servido de algo, sin embargo, no es tan sencillo. ¿Y si él hubiese muerto también? ¿Sabes lo que habría pasado entonces? Que yo no lo habría superado.

—Ana… —No sé qué va a decir, no le dejo continuar.

—Aquel día, cuando me llamó, venía de vuelta de un viaje con Sergio. Escapada de chicos para celebrar el fin del verano. Llevaba anunciándomelo tres meses muy emocionado, ya lo conoces. Iban a Lisboa en el coche de Sergio. Si hubiesen cogido un vuelo, nada de aquello habría pasado —continúo a media voz—. Cuando me contó lo del accidente, aunque me dijo que estaba bien y que solo me había llamado porque llegarían un día después de lo previsto, comencé a temblar. Lo sé, no le pasó nada. Pero el coche quedó siniestro total, fue un milagro que apenas se hiciesen algunos rasguños y lesiones sin importancia. —Paro unos segundos, antes de continuar.

»Pensé que no iría a más. Dejé pasar unos meses y… ocurrió justo lo contrario. La ansiedad, la tristeza, el miedo y la inseguridad fueron ganando terreno. Nunca fui capaz de contarle por todo lo que pasé cuando murió mi padre, ni tampoco lo que viví durante esos meses. Por un lado, no dejaba de pensar que él podría haber muerto, y por otro me hizo revivir con demasiada intensidad lo de mi padre. Como si no hubiese pasado el tiempo, como si mi esfuerzo no hubiese servido de nada. Me sentía volver a caer al vacío en el que ya había estado hacía años; necesitaba alejarme de ahí. Protegerme de mis miedos.

—¿Y sirvió de algo apartarlo de tu lado? —pregunta, serio.

—Al principio no. Yo pensaba que el dolor desaparecería de la noche a la mañana, que bastaría con alejarme de él. Sin embargo, no resultó tan fácil. Le quería y, como ya sabes, seguimos viéndonos. De vez en cuando las nubes volvían a cubrirme. Retomé mis visitas al psicólogo y al psiquiatra, y me prescribieron de nuevo antidepresivos. Volver a la casilla de salida fue lo que hizo que me replantease mi vida.

»Entonces, una mañana de domingo paseando por el rastro, un libro sobre la felicidad cayó en mis manos. Lo compré porque no perdía nada, y aunque al principio fui bastante escéptica, ese libro me salvó. Lo creas o no, algo cambió y poco a poco comencé a sentirme mejor. Tenía en mis manos la clave para ser realmente feliz, el destino podía cambiar mi suerte.

—Deberías habérmelo contado… ¿Tú madre tampoco lo sabe?

—No, ni debe saberlo. Llevo cuatro años bien, con algunas malas noches y

algún ataque de ansiedad por el camino, no voy a negártelo. Sin embargo, poner distancia fue mi salvación. No hay necesidad de preocuparla ahora por algo que ya pasó, que logré resolver a tiempo.

Víctor me abraza de nuevo y permanecemos así, en silencio, hasta que él decide interrumpir el momento.

—¿Estás segura de que estás bien?

Quizás las lágrimas restan realismo a mi discurso.

—Sí, te lo prometo. Estoy satisfecha con la vida que llevo. He conseguido llenarla de más momentos buenos que malos. No creo que el no depender de la gente que me rodea para ser feliz sea algo negativo. Mis señales me llevan a ser feliz con mi autorrealización, y a mí me funciona. En estos años he aprendido a no hundirme cuando me siento sola, a no frustrarme con mis fracasos y a disfrutar con mis superaciones.

—Pero, Ana…

—Víctor, debes respetar mi forma de vida porque, aunque tú no lo veas, me hace bien.

—Me da igual en lo que creas. —Por su gesto, parece que se ha rendido—. Si quieres creer en el destino, hazlo, siempre que de verdad te ayude a estar bien. Eso sí, voy a pedirte algo: por favor, no nos apartes; tenernos cerca siempre te ha venido bien. Eres una persona cariñosa, sociable, familiar, dicharachera… Disfrutas al estar rodeada de gente. No te olvides de quién eres. —Sus ojos destilan preocupación—. Ahora que voy a estar en Madrid, que estoy aterrado con mis nuevos planes, necesito tener a mi amiga conmigo. ¿Estarás ahí para ayudarme a levantarme si me caigo?

—Eso no lo dudes.

—Eres una de las personas más alegres que conozco. No dejes que tu brillo se apague. Estés donde estés, sal a la calle, haz amigos de verdad, comparte tu vida. Y si sientes miedo, no te lo calles, cuéntamelo al menos a mí. Te ayudaré a salir de cualquier hoyo, por más profundo que sea… Y ahora, ¿me odias por haberte revuelto tanto por dentro?

—No podría odiarte nunca. Me ha venido muy bien abrirme así, sin medias tintas. Además, estos días que hemos pasado juntos han sido terapéuticos. Te aseguro que no necesitaré ninguna señal para ir a visitarte a Madrid.

Nos abrazamos de nuevo y continuamos charlando un rato largo. Ya entrada la madrugada, Víctor se levanta para marcharse.

—Mañana estaré aquí a las diez.

—Muchas gracias por todo.

Me cuelgo de su cuello y le doy un beso apretado en la mejilla. Él me envuelve de ternura.

—No hay de qué, niña.

Fecha: septiembre de 2012.

Señal: Víctor ha preparado unos días para recordar nuestro pasado y nuestra amistad. Hemos compartido muy buenas conversaciones y hemos pasado unos días maravillosos.

Sensaciones: Alegría, calma, paz, hogar.

Plan de acción: No volver a alejarme de él.

---- DANI ----

Cosas por decir

Diciembre — 2012

—Gracias por haber venido… Aunque me dijiste que lo harías, no las tenía todas conmigo.

Dani se mostró inseguro y algo nervioso en cuanto tuvo a Laura frente a la mesa en la que llevaba esperándola más de quince minutos. Hacía cinco meses que no la veía.

Apuró el té que le quedaba en la taza, necesitaba aliviar la sequedad de la garganta. Se levantó, se acercó a ella antes de que se sentase y se dieron dos besos que resultaron tanto o incluso más fríos que aquel gélido día de diciembre.

—¿Por qué iba a decirte que no? —contestó ella con un gesto cargado de indiferencia.

Tras ese escaso intercambio de palabras, los dos se sentaron de nuevo en aquella cafetería que tiempo atrás se había convertido en su refugio.

El local, cercano al restaurante de Laura, era un acogedor rincón en el que parecía haberse detenido el tiempo hacía más de cincuenta años. Los sillones orejeros, las mesitas con falda de camilla y las pequeñas lámparas sobre antiguos aparadores, desprendían una sensación de hogar, haciéndote sentir igual que en casa de tus abuelos. La música suave invitaba a pasar allí largas tardes, con aroma a bizcocho casero, magdalenas y café recién hecho.

Entre esas paredes habían compartido risas, alegrías y emoción. Allí habían

concretado muchos de los detalles de una boda que nunca llegó a celebrarse. A pesar de todas las horas vividas en aquel rincón, ahora parecía algo muy lejano, como de otra vida. Reencontrarse en ese lugar fue más incómodo de lo esperado.

—¿Quieres tomar algo? —ofreció Dani rompiendo el silencio.

—Un té negro estaría bien —respondió ella con la mirada huidiza.

Él se levantó y fue a pedir las bebidas, antes de enfrentarse a una conversación que se adivinaba más tensa de lo que había imaginado en un principio. Mientras esperaba apoyado en la barra, lo sintió de nuevo, el pinchazo de culpa en la boca del estómago; el mismo que le había acompañado durante meses. Su mente volvió una vez más a la noche en la cual las dudas ganaron la batalla y decidió que la estabilidad que tanto ansiaba no era motivo suficiente para dar un paso más.

Recogió las infusiones que le tendió el camarero, tomo aire y volvió a la mesa.

—Aquí lo tienes. Con una nube de leche, como a ti te gusta. —Dejó una taza frente a ella y otra frente a su silla. Le regaló una sonrisa sin respuesta y volvió a tomar asiento.

—¿De qué querías hablar? —Ella se cruzó de brazos y lo miró con desgana.

—Me hubiese gustado explicarme mejor por teléfono —aclaró él—. Pero fuiste tan breve, que no me diste opción.

—Estoy hasta arriba en el restaurante, ya sabes que diciembre es un mes fuerte. Y como me dejaste claro que lo que querías era quedar, tampoco vi la necesidad de contarnos nada más por teléfono. Perdona si me ves algo seria, es que me sorprendió que quisieras hablar conmigo. Además, tengo tanto trabajo que me ha costado un mundo hacer un hueco para poder venir hasta aquí. Dispongo, como mucho, de media hora, así que perdona si sueno brusca. ¿Podemos ir al grano, por favor? —Con cada una de sus palabras dejaba escapar la rabia que había guardado durante los últimos meses.

—Pues quería hablar de todo, y a la vez de nada en especial. —Se encogió de hombros algo incómodo, mientras buscaba cómo continuar—. Hace apenas cinco meses compartíamos nuestras vidas, y hace tres podríamos haber dado un paso más. Ya sé que decidimos no continuar, y sigo pensando que fue lo correcto. No me malinterpretes, no es mi intención remover las cosas, pero pasar de vivir juntos a no saber nada el uno del otro… Me resulta surrealista. —Laura lo observaba con la incredulidad dibujada en su rostro—. Lo siento, cuando terminamos pensé que seguiríamos en contacto. Yo nunca he sido capaz de cortar una relación de un plumazo, ya sea amistosa o romántica. Es

muy duro no saber nada de ti. Sigues siendo muy importante para mí. —Esperaba una respuesta que no llegó, así que decidió continuar.

»Hace poco leí una crítica buenísima de tu restaurante en uno de los blogs gastronómicos de los que me hiciste fiel seguidor. Hablaban maravillas de tu cocina, y sentí unas ganas locas de felicitarte; no concibo que no pueda hacerlo. De verdad, te mereces eso y mucho más —añadió, orgulloso de ella —. Así que, resumiendo, que ya sabes que me enrollo demasiado, solo quería saber de ti. Felicitarte. Verte.

—Gracias… —Permaneció callada unos segundos, suspiró y relajó un poco el gesto—. La verdad es que el restaurante va genial, no puedo quejarme. Estoy pensando incluso en abrir otro.

—¿Otro restaurante? Eso suena genial, me alegro mucho. ¿Y ya sabes en qué zona?

—Por ahora estoy buscando un local por la Latina, a ver si encuentro algo que me cuadre… —Parecía que iba a continuar, sin embargo, dio un sorbo a su té y no añadió nada más.

—Espero que encuentres el local perfecto, y que yo tenga el privilegio de poder disfrutar de tus nuevas propuestas gastronómicas.

—Y tú…, ¿qué tal todo? —preguntó Laura, con la clara intención de cambiar de tema.

—Bien. Ahora estoy buscando piso, mientras tanto vivo con mis padres. Me apetecía pasar una temporada con ellos. ¿Tú sigues en el apartamento?

—Ya no. Estuve un mes allí, pero, entre el alquiler y las facturas, gastaba demasiado. Así que decidí mudarme.

—Qué lástima, ese piso estaba genial. Pensaba que seguirías allí. ¿A dónde te mudaste?

—A la vuelta de mi restaurante. Encontré un pequeño apartamento con mucho encanto, me viene genial la ubicación. Puedo irme a descansar media hora y volver sin perder tiempo en desplazarme.

—Me alegra ver que estás bien. Acabamos de manera precipitada… De repente yo me marché, y luego desaparecimos el uno de la vida del otro. Ya sé que me dijiste que tú me llamarías, que respetase tus tiempos. Perdóname, no he sido capaz de esperar más. Necesitaba saber cómo te encontrabas, decirte que puedes contar conmigo para cualquier cosa. Aunque suene un poco a tópico, sabes que lo digo de verdad.

Dani tendió su brazo sobre la mesa con la intención de romper el muro invisible que se había levantado entre ellos. Necesitaba sostener su mano, reconfortarla de alguna manera. Laura movió la cabeza a ambos lados con escepticismo y se apartó, marcando su espacio.

—Gracias, pero yo prefiero dejar las cosas tal y como están. No soy como tú. Cuando termino una relación, necesito cerrarla. Creo que mantener el contacto sería un error, ya que puede hacernos retroceder a alguno de los dos, y eso no nos permitiría seguir con nuestras vidas. Lo siento, Dani, Si he venido hoy, es porque aquella noche los dos estábamos muy nerviosos, y nos merecíamos una conversación más relajada para zanjar las cosas del todo. —Ella suspiró y dio un sorbo a su bebida antes de continuar—. Yo quería más de nosotros y tú no supiste dárnoslo, hasta tal punto que te rendiste. Si ahora pretendes que sea tu amiga, perdóname, la verdad es que no puedo. No porque no quiera, sino porque sé que no debo. Sería conformarnos con las migajas de lo que un día construimos, tener el recuerdo constante de lo que pudimos llegar a ser. Además, tampoco sabría cómo serlo, porque nosotros nunca hemos sido solo amigos. Nuestra amistad no funcionaría.

Él se echó hacia atrás sobre el respaldo de la silla, fijó su mirada en el techo y resopló. Tensó sus hombros, se cruzó de brazos y la miró fijamente.

—Lo entiendo —contestó sorprendiéndola—. Tienes razón. Seguir en contacto puede complicar y estropear aún más las cosas. A pesar de que me va a costar, creo que mantener la distancia será lo más apropiado —añadió. Prefería no contarle que él había pasado por eso antes. Apenas le había hablado de su relación con Ana cuando aún estaban juntos, ahora no era el momento de hacerlo—. Será difícil, pero nos ayudará a pasar página y a que los dos podamos continuar con nuestras vidas sin dramas de por medio. Solo déjame que insista en algo: aunque no volvamos a saber nada el uno del otro por mucho tiempo, si algún día necesitas algo, por muy ridículo que te parezca, no dudes en contar conmigo. Siempre estaré dispuesto a ayudarte. —Ella asintió.

—En fin, ahora debo volver a mi locura de vida. —Los ojos de Laura brillaban demasiado.

—No te quito más tiempo. —Sabía que no volvería a verla, a no ser que fuese por casualidad.

Ella se levantó y él la imitó. Ambos se acercaron y se dieron un abrazo sincero, con el que, sin necesidad de palabras, se despidieron, con casi toda seguridad para siempre.

—Espero que te vaya todo genial —añadió Laura. Se separó de él y, tras unos segundos mirándose, dio por finalizado el encuentro—. Debo irme.

—Espero que seas muy feliz —se despidió Dani.

Volvió a sentarse y contempló por la ventana cómo ella se alejaba y se perdía entre la multitud. Cogió el té, aún templado e intacto, y se dispuso a saborearlo mientras se hundía en sus pensamientos. Apenas se permitió unos

minutos para recrearse en lo que pudo ser y no fue. Apuró su bebida, dejó sobre la mesa importe de sobra para pagar la cuenta y se dispuso a aprovechar la tarde libre que se había concedido, la cual pensaba que iba a pasar acompañado de Laura.

En cuanto salió de la cafetería, decidió ultimar sus compras navideñas; necesitaba distraerse. Callejeó durante varias horas por Chueca y Malasaña. Le encantaba visitar los pequeños establecimientos que no pertenecían a ninguna multinacional, en los cuales el trato continuaba siendo cercano. Sentía que conservaban un encanto especial, y en muchos casos podía encontrar auténticos tesoros. Entre compra y compra, se concedió un pedazo de tarta de zanahoria que no le defraudó lo más mínimo, y también aprovechó para fotografiar el ambiente navideño.

Cuando terminó, cargado de bolsas y orgulloso de todas sus adquisiciones, se dirigió de nuevo a Chueca a recoger su Beattle, que milagrosamente había conseguido aparcar en la calle. Repartió el cargamento en el asiento trasero, se sentó e intentó arrancar el coche sin éxito. Hizo varios intentos más antes de estallar de rabia. Aunque se había propuesto mantener una actitud positiva toda la tarde, esa era la gota que faltaba para colmar el vaso. Dio un puñetazo en el salpicadero y se hizo algo de daño en la mano. Un par de lágrimas se escaparon de sus ojos, dejando así salir parte de la frustración que sentía.

Su vida se había vuelto a desmoronar. Estaba molesto, molesto consigo mismo por haberse permitido creer que la quería; enfadado porque sabía que Laura sí que le había querido y él no había sido capaz de corresponderle como se merecía, a pesar de lo fácil y agradable que había sido estar con ella. ¿Por qué tenía que ser tan complicado? ¿Y si se hubiesen casado? Tal vez habría llegado a amarla de verdad. ¡No, porque los sentimientos no son así de simples y moldeables!

Tras unos minutos encerrado en el coche, cargado de rabia y de pensamientos que lo bombardeaban, levantó la cabeza del volante y vio un cartel en una farola en el cual no había reparado antes. Aquel gran gurú tenía la cita anual con sus fieles seguidores en menos de dos horas, justo a escasos metros de donde él se encontraba. Se apartó las lágrimas de la cara y una idea disparatada de que el destino podía estar lanzándole alguna señal, pasó por su mente de manera fugaz.

Empezó a plantearse si debía asistir. Aunque no fuese el mejor momento, necesitaba volver a verla.

De sobra sabía que aquella visita inesperada, hacía ya un año, había sido el detonante para que su aparente estabilidad se tambalease. Los primeros días tras el reencuentro prefirió no dar importancia al cosquilleo que se había

instalado en su estómago, ni a la sonrisa tonta que se escapaba entre sus labios sin motivo aparente. Tampoco quiso reconocer que se pasaba el día recreándose en la conversación que habían mantenido, reviviendo aquel abrazo y su aroma dulce.

Puso todo de su parte para convencerse de que tan solo eran recuerdos y nostalgia que a veces pueden confundirse con otros sentimientos. Estuvo meses sin darle la importancia que merecía, hasta que un día la intensidad fue demasiado fuerte y empezó a anhelar una relación que le hiciese sentir de aquel modo. En aquel instante, fue consciente de que quizás no debía seguir adelante con sus planes.

La oleada de recuerdos le erizó la piel. Echó las dudas a un lado y decidió asistir a la reunión.

Buscó el número de su seguro para ver si una grúa podía ir a recoger su coche y llevarlo a su taller de confianza. Le dijeron que tardarían una hora, lo cual era perfecto. Llegaría a tiempo. Recogió las bolsas que había dejado en el asiento y las metió en el maletero. Dejaría todo allí e iría al día siguiente con su padre a recogerlo. Había visitado en tantas ocasiones aquel taller, que el dueño ya era casi como de la familia. Sabía que podía confiar en que todas sus adquisiciones estarían a buen recaudo.

Cerró su preciado coche y llamó al taller para contarles que el vehículo no arrancaba y que, en un rato, una grúa se lo llevaría. Después se dispuso a esperar. Anduvo calle arriba y calle abajo lo que le pareció una eternidad, hasta que al fin vio aparecer una grúa. Miró el reloj y, por increíble que le pareciese, había transcurrido justo una hora, tal y como le habían prometido. Se acercó a su coche, saludó al conductor y, tras rellenar varios papeles para dar parte al seguro, contempló cómo enganchaban su vehículo y cómo este desaparecía en la lejanía. No pudo evitar llamar de nuevo al taller para informar de que su coche ya iba de camino y para pedirles que, por favor, le avisasen cuando lo recibiesen.

Miró de nuevo el reloj, tenía justo quince minutos para llegar a la conferencia. No podía creerse que estuviese dispuesto a volver a tragarse aquel montón de patrañas voluntariamente. Sin permitirse planteárselo de nuevo, aceleró el paso rumbo al mismo hotel en el que, año tras año, aquel hombre reunía a sus seguidores.



Cruzó la puerta del establecimiento justo a tiempo. Siguiendo las indicaciones

de varios carteles, cogió un ascensor, que compartió con una decena de personas, hasta la última planta del edificio. Para su asombro, cuando se abrieron las puertas se encontró ante un *hall* abarrotado de gente.

Un par de azafatas regulaban la entrada a una sala mientras pedían a los allí presentes que se pusieran en fila para que pudiesen entrar en orden.

Dani se colocó al final de aquella gente, que aguardaba con paciencia en una fila que hacía eses invadiendo el recibidor. Tras unos quince minutos de espera, durante los cuales estuvo tentado en varias ocasiones a salir de allí, por fin consiguió entrar, y no pudo evitar volver a sorprenderse. El espacio en cuestión era un salón de actos enorme y precioso, con unas increíbles vistas a la Gran Vía. Esa vez apenas había sillas vacías, y el aforo era mucho mayor. Por mucho que le pesase a Dani, tenía que reconocerle el mérito a aquel hombre, era un *crack* en su trabajo.

Mientras las azafatas cerraban la sala y los últimos asistentes tomaban asiento, intentó, sin éxito, buscar a Ana, antes de que apagasen las luces. Finalmente se vio obligado a hacer lo propio y sentarse, ya que era el único que continuaba de pie. Justo en el momento en el que se sentó en la última fila, las luces se apagaron y dos grandes focos se encendieron, iluminando el escenario.

Seguro que ella saldría a contar su experiencia, como el año anterior. Ya hablarían a la salida, la espera merecería la pena.

---- ANA ----

A contrarreloj

Las enormes agujas doradas que decoran la pared de mi pequeño despacho avanzan sin piedad, los minutos parecen volar. Alterno la mirada entre la pantalla de mi móvil y la puerta entreabierta. El director de la farmacéutica sigue sin aparecer. ¿Por qué narices me comprometí a recibirlo? Miro al techo, respiro hondo y continúo repasando con Cloe, la directora de eventos, el programa del congreso de farmacéuticos que albergará el hotel desde esta noche.

Mi mente se dispersa. Me imagino dejando de ser subdirectora y dirigiendo un hotel de cinco estrellas como este. De hecho, me encantaría que fuese este. No es que quiera quitarme a mi jefe del medio, es que este hotel es una pasada, y adoro París. Además. sé que mi nombre está en mente del comité ejecutivo para futuras oportunidades. Cuando me llamaron para comunicármelo, sentí tal chute de motivación que comencé a dar más de mí, incluso cuando ya creía que eso era imposible. Así que, aquí estoy, en días como hoy, demostrando no sé qué, ni a quién.

Perderé el vuelo y no podré asistir a la ponencia.

Mi estómago se encoje y siento una oleada de impotencia. Tengo ganas de darme cabezazos contra la mesa, pero decido que no es buena idea. Las palabras de Clara, a quien el destino ha vuelto a cruzar en mi camino hace poco más de un mes, retumban en mi cabeza, aconsejándome coger el día libre. A veces pienso que, si fuese capaz de hacer caso a los consejos de la gente, tal vez me iría un poco mejor.

Cloe me saca de mis pensamientos y me pide, por favor, que deje de dar golpecitos rítmicos con el boli sobre la mesa y que pare de mover las piernas, porque tiembla todo. Freno en seco, tomo aire de nuevo, le sonrío y seguimos. Me planteo salir corriendo. Ella sola puede recibir al presidente y a su asistente, explicarles los diferentes servicios que están a su disposición, mostrarles las instalaciones y asegurarse de que todo está según lo acordado, pero yo me comprometí. Ojalá probase a decir no de vez en cuando, para variar.

Necesito estar en el aeropuerto Charles de Gaulle en poco más de una hora, y tardo en llegar aproximadamente una hora en transporte público, algo menos en taxi, dependiendo del tráfico. Me quedo como ida, haciendo cálculos mentales, cuando mi móvil comienza a vibrar sobre la mesa. Descuelgo y, al otro lado, me habla el asistente personal del presidente de la farmacéutica. Tras una breve conversación, cuelgo el teléfono y pongo a Cloe al tanto.

—Eran los de la farmacéutica. Acaban de llegar al aeropuerto desde Londres y, aunque tienen un coche que les está esperando, en el mejor de los casos tardarán media hora en llegar. Así que, sintiéndolo mucho, voy a tener que marcharme. Ya les he dicho que los recibirás tú, y que te quedarás, tal y como habíamos hablado, hasta que lleguen los asistentes. Serán en total en un par de horas. Espero que no te importe. Si pudiese me quedaría, pero, como tarde un poco más, voy a perder el vuelo. De hecho, ya voy a contrarreloj —hablo deprisa, mientras recojo algunas cosas de mi mesa.

—Claro que no me importa. Deberías haberte ido hace ya un rato, confío en que llegues al aeropuerto sin problemas.

—Eso espero. Si surge cualquier cosa, sabes que puedes contactar conmigo. Mi móvil siempre está operativo, disponible las veinticuatro horas del día.

—No va a surgir nada. Venga, corre, que al final se te hace tarde. Yo te dejo, voy a la recepción a revisar por enésima vez que todas las habitaciones estén listas y correctamente asignadas, no quiero imprevistos de última hora. Por cierto, ¿quieres que les diga que te pidan un taxi?

—Sí, por favor. No tardo nada en salir.

Cloe me sonríe y abandona el despacho.

Miro de nuevo qué hora es. Suspiro, cada vez veo más complicado que pueda llegar a tiempo. Me quito los tacones y los dejo bajo mi mesa, saco de mi maleta unas zapatillas de deporte y me pongo más cómoda, preparada para echar a correr. No quiero imaginarme el cuadro de ir a toda prisa con los tacones y arrastrando la maleta. Saco la ropa que quiero ponerme para la ponencia para cambiarme en el aseo del avión, y la meto en el enorme bolso que siempre me acompaña en los viajes, y que en ocasiones llevo más lleno que la propia maleta.

Una vez con el abrigo puesto, recojo todos mis bártulos y abandono el despacho, que está situado junto a la recepción. Me despido apresuradamente de los recepcionistas y de Cloe, no sin antes recordarles, una vez más, que pueden llamarme si es necesario. Recorro a toda prisa el impresionante *hall* de la entrada acompañada del traqueteo de las ruedas de mi maleta, que no dan abasto.

Atravieso la puerta y, nada más salir, el botones me indica que el taxi está esperándome. Le sonrió a modo de agradecimiento. Él me ayuda a colocar mi equipaje en el maletero y me abre la puerta del vehículo, como acostumbra a hacer en su trabajo con todos los clientes. Le doy las gracias, me acomodo y respiro aliviada; por unos segundos siento que tengo la situación bajo control.

—Buenas tardes, me dirijo al aeropuerto de Charles de Gaulle. Supongo que no habrá problemas para estar allí en menos de una hora, ¿verdad?

El taxista me mira con una cara que deja entrever que las noticias no son buenas.

—Siento decirle que ha habido un accidente y está ocasionando bastantes retenciones. No puedo asegurarle que vayamos a poder estar allí en una hora. Si le digo la verdad, hace un momento el tráfico apenas se movía.

No puedo creer lo que estoy oyendo, tengo que asistir a la ponencia. ¿Cómo he podido entretenerme tanto? En el fondo me lo merezco, por apurar hasta el último minuto.

Suspiro hondo mientras pienso cómo puedo ganar tiempo. Podría hacer parte del recorrido en taxi y otra parte en tren, pero calculo que tardaría lo mismo. La voz del taxista interrumpe mis pensamientos.

—¿Qué quiere que hagamos? ¿Lo intentamos?

—Sí, creo que ya no tengo otra opción.

—De acuerdo.

—Por favor, vaya lo más rápido que pueda. Es muy importante para mí no perder este vuelo —le suplico sin pensar, como si él tuviese el poder de desatascar el tráfico.

Me mira a través del espejo. Parece que va a decirme algo, pero al final se contiene. Mejor así.

Acelera y pone rumbo al aeropuerto.

Por el camino, aprovecho para enviar algunos correos de trabajo que tenía pendientes y hacer algunas llamadas para así dejar todo cerrado. Cuando termino, han pasado cuarenta y cinco minutos. Le pregunto al taxista si tardaremos mucho más y me responde que al menos veinte minutos. Respiro profundamente un par de veces para liberar parte del estrés que se está apoderando de mí. En cuanto me siento algo menos agobiada, decido realizar

una última llamada.

—Hola, niña, ¿estás ya en el aeropuerto? —responde Víctor. Se oye griterío de fondo.

—No, aún voy de camino, pero creo que lograré llegar a tiempo.

—Al final Clara no ha conseguido días libres, ¿verdad? —Los gritos de fondo ganan protagonismo y la voz de Víctor se hace casi inaudible.

—Qué va, le ha resultado imposible. Tiene que organizar muchas fiestas para la semana de Navidad, apenas quedan días y aún tiene demasiados temas pendientes, así que se ha quedado con las ganas. Ayer cené con ella y me dijo que está deseando verte, y que le debemos un viaje a Suances. También me dijo que te prepares para cuando vengas a vernos en marzo, que va a ser un fin de semana inolvidable.

—Miedo me da. La llamaré mañana. No he querido insistir más esta semana para que se viniese porque ya me dijo que estaba haciendo todo lo posible, y la vi bastante agobiada.

—Sí, llámala. Sabes que le gustará hablar contigo.

—Bueno, y tú, ¿a qué hora llegabas?

—Sobre las siete. Tengo el tiempo justo para coger un taxi y llegar a la ponencia.

—Siento no poder ir a recogerte.

—No te preocupes, sé que estás muy ocupado.

—Ni te lo imaginas. Ahora mismo tengo a un montón de niños de los nervios, repasando sus frases una y otra vez mientras esperan ansiosos a que dé comienzo la función de navidad.

—Sí, los llevo oyendo alto y claro desde que has descolgado el teléfono… —respondo entre risas—. Siento perdérmelo; el año que viene me organizo mejor y voy sin falta.

—Eso me lo apunto —contesta un poco escéptico—. Bueno, guapa, tengo que dejarte, que la actriz principal de una de las obras está teniendo un ataque de pánico escénico y necesita mi ayuda.

—Pobrecita. Vale, pues ya no te entretengo más. Cuando acabe la ponencia te llamo y me dices por dónde andas.

—Sí, hombre, solo faltaría. A las diez estoy en Gran Vía, te recojo y te vienes a cenar con mis socios.

—No hace falta que vengas a por mí, bastante es que vayas a acogerme esta noche en tu casa.

—Me da igual que no haga falta. Lo hacemos así, no hay más que hablar.

—Vale. Eres más cabezota que yo, sé que no te voy a hacer cambiar de idea. Te veo en un rato. Mucha mierda.

—Eso seguro. Esto está lleno de padres, abuelos y tíos. Lo hagan mejor o peor, les va a encantar, va a ser un éxito rotundo. Bueno, ahora sí que te dejo, que la crisis de mi actriz se está poniendo seria.

—Corre, ve a calmarla. Un beso.

—Besos. Luego nos vemos.

Tras colgar el teléfono, comienzo a agobiarme de nuevo. Estamos cerca del aeropuerto, aunque yo debería de estar ya haciendo cola para subirme al avión, y aún me falta llegar, pasar los controles, encontrar mi puerta de embarque y, si el avión no se ha ido, subirme en él. Complicado, pero no imposible. Voy a intentar ser positiva.



Tras casi hora y cuarto de viaje, llegamos a mi terminal. Pago al taxista y bajo del coche tan rápido como puedo. El conductor me ayuda a sacar el equipaje del maletero, y yo vuelvo a cargar con todas mis pertenencias. Me despido y echo a correr. Entro en el aeropuerto y voy hacia los controles. En cuanto llego a la interminable cola de gente, toda mi energía positiva me abandona sin decirme un mísero «ahí te quedas».

Voy a perder el vuelo.

Intento, sin éxito alguno, convencer a los que están delante de mí para que me dejen pasar, pero tras recibir un par de malas miradas y contestaciones algo fuera de lugar, decido aguardar mi turno calladita.

Tras una larga espera, por fin consigo alcanzar los dichosos controles. Como no podía ser de otra manera, y aunque me he quitado todo lo metálico que llevaba encima, en cuanto cruzo el arco de seguridad, comienza a pitar. Suspiro por enésima vez y me dirijo resignada hacia una chica de seguridad para que me cacheen. Tras examinarme de arriba abajo, por fin me dejan pasar.

Rescato todas mis pertenencias, las cuales me esperan al final de la cinta. Guardo mi cadena, los pendientes y pulseras en el bolsillo del abrigo, me pongo mis zapatillas y voy directa a una de las pantallas del aeropuerto. Busco mi vuelo tan rápido como puedo y… Perfecto, sale de la otra punta de la terminal. Al menos las puertas siguen abiertas…

Esta vez no corro, vuelo. Mi corazón late desbocado, el calor es asfixiante y me sobran todos los bártulos que llevo encima. La maleta va a trompicones, yo apresuro aún más el ritmo hasta que por fin alcanzo la puerta de embarque.

Ya no hay nadie haciendo cola, solo veo a una azafata que está revisando la lista de pasajeros sobre un mostrador. Aunque me temo lo peor, me hago la

loca. Saco mi pasaporte, mi billete y los pongo junto a la azafata.

—Buenas tardes. —Le muestro la mejor de mis sonrisas mientras, con disimulo, aparto con la mano unas gotas de sudor de mi frente.

—Buenas tardes. Siento decirle que las puertas ya han sido cerradas, el avión está a punto de arrancar para tomar posición en pista para el despegue. Tendrá que coger otro vuelo. —Me mira, me regala una sonrisa vacía, y, sin mostrar ni pizca de empatía, me devuelve mi documentación.

—Pero ese era mi vuelo. —No doy crédito, aunque sé que me lo tengo merecido.

—De verdad que lo siento, pero ya no puede subir al avión —repite como un robot.

Mis ojos comienzan a ponerse vidriosos, mucho estaban tardando. Me planteo intentar convencerla, cuando tras los cristales veo que el avión ha comenzado a moverse. Ya no puedo hacer nada más.

—Ya lo veo —le respondo sin mirarla, mientras guardo mis cosas en el bolso.

Cabizbaja, giro sobre mis pasos, y un par de lágrimas, fruto de la impotencia, se deslizan por mis mejillas. Me seco la cara y, esta vez a un paso bastante más lento, recorro la zona de embarque para dirigirme a la salida. Una vez fuera, me dirijo a los mostradores para ver cuál es el siguiente vuelo que puedo coger. Me ofrecen varias alternativas y me decanto por un vuelo directo a Santander mañana a primera hora. Pasaré la noche en un hotel cercano al aeropuerto, así no correré el riesgo de pillar de nuevo un atasco y volver a quedarme en tierra. Prefiero no pensar en lo cara que me va a salir la gracia.

Tras comprar el billete, vuelvo a llamar a Víctor para contarle mis novedades, pero no contesta. Debe de estar en plena actuación, así que le dejo un mensaje de voz.

—Víctor, soy Ana. Al final perdí el vuelo. He comprado otro billete para mañana a Santander. Llámame cuando acabe la función y te cuento mejor. Chao.

Salgo del aeropuerto, dispuesta a alejar la frustración que me invade, y me aferro a una de las frases que me sirven de mantra: «todo ocurre por algo».

---- ANA ----

Navidades en marzo

Marzo — 2013

Parece que el buen tiempo va a acompañarnos durante todo el fin de semana. El sol no tiene pensado abandonar París durante los próximos días, lo cual es una noticia fantástica después de varias semanas en las que apenas se ha atrevido a dar la cara.

Clara y yo empujamos a Víctor a la calle bien temprano, guiadas por una fuerza invisible. Tenemos que aprovechar el sol, ya que por aquí escasea. Caminamos apenas unos metros y alcanzamos la Place du Tertre, más conocida como la Plaza de los Artistas; para mí es, sin duda, el corazón de Montmartre. Como no podía ser de otro modo, está a rebosar de gente. Nos entretenemos viendo alguna de las obras de los artistas que inundan la plaza, hasta que recordamos que nuestro objetivo era desayunar. Buscamos alguna mesa libre y por suerte encontramos una que justo acaba de quedarse vacía en una de las coquetas cafeterías situada en las inmediaciones de la plaza. Por fin pedimos tres cafés con leche y tres creps completos, bien cargados de chocolate.

Este pintoresco barrio se convirtió hace más de dos años en el nuevo hogar de Clara. Una amiga de su madre tenía aquí un apartamento de dos habitaciones y se lo alquilaba por un precio casi simbólico en comparación con las cantidades desorbitadas que suelen pedir en París. Desde el primer día que recorrió estas calles, se enamoró del barrio, del ambiente bohemio que se

respira en cada esquina… Aunque está inundado de turistas, para ella no supone ningún inconveniente, lo considera parte del encanto de este lugar.

Cuando me encontré con ella por casualidad en una cafetería, el pasado noviembre, no podía creérmelo. Yo estaba allí, haciendo entrevistas a algunos candidatos para trabajar como recepcionista en el hotel. Justo cuando terminé, me pareció verla entrar en el local. Como si mi mirada estuviese dándole un golpecito en el hombro, se giró hacia mí y permanecimos observándonos unos segundos con nuestra mejor cara de incredulidad, hasta que ella rompió el momento de incertidumbre gritando mi nombre. Sonreí y me levanté. Ella se acercó a mí y, sin mediar palabra, nos fundimos en un abrazo apretado.

A aquel encuentro le siguieron muchos más, y, en cuestión de días, volvimos a ser las grandes amigas que habíamos sido en nuestros años universitarios. Apenas unas semanas después, Clara me propuso que viviéramos juntas y yo me di cuenta de que era justo lo que necesitaba. Estaba cansada del minúsculo estudio en el que vivía a las afueras de París y, además, sabía que su compañía me iba a venir genial. Así que decidimos que, en enero, justo cuando vencía mi contrato de arrendamiento, me mudaría con ella. Solo había un problema: Clara tenía que invitar a su compañera de piso a que se marchase… Pensó en mil historias, pero antes de encontrar la excusa perfecta, la suerte se puso de su parte y fue su compañera la que le dijo que se mudaba con su novio. Así que, tal y como habíamos planeado, dejé mi piso —por llamarlo de algún modo— y me mudé con mi amiga a principios de año.

—¡Este fin de semana va a ser espectacular! —afirma Clara, con la intención de repasar una vez más su *planning*. Entonces, frena en seco—. Ya lo sé, me pongo algo intensa. Vaya caras, podríais disimular un poquito.

Víctor y yo cruzamos nuestras miradas y estallamos en una sonora carcajada. Ella se cruza de brazos y nos mira con seriedad fingida, esperando a que se nos pase el ataque. A veces, los dos juntos podemos resultar algo agotadores para el resto de la humanidad.

—Venga, que lo estás deseando. Cuéntanos todo lo que tienes preparado, que a lo mejor se nos ha olvidado algo. —Víctor le regala una sonrisa provocadora, para no variar.

—Que sí, que ya lo pillo. Podéis respirar tranquilos, solo diré que tengo muchísimas ganas de que venga mi hermana esta noche, ya sabéis que ella está encantada de poder compartir nuestra celebración con vosotros.

Ambas estudiaron turismo. Clara, que es la menor, iba conmigo a clase, y desde el primer día encajamos; fue como un flechazo. Yo iba super agobiada porque, para variar, llegaba tarde, y encima me tropecé en las escaleras. Ella se agachó junto a mí, preocupada, y allí nos quedamos, sentadas en un escalón,

hasta que yo me tranquilicé. Sentimos que estábamos a gusto juntas desde el primer momento.

Nos perdimos la primera clase, pero no nos preocupó. Esperamos a la siguiente sentadas en un banco, contándonos la vida. Desde aquel día en que la escuché hablar de su familia, supe que lo suyo por su hermana mayor, Sandra, era pura admiración, y el tiempo me dio la razón.

Un curso después, cuando su hermana terminó la carrera y se marchó a vivir a Estados Unidos, Clara lo pasó bastante mal. Al principio intentaban hablar a diario, sin embargo, acabaron reduciéndolo a una cita fija semanal, que las dos incluían en sus agendas para tomárselo en serio.

Sandra había vuelto a Europa hacía un año, ahora era directora de un hotel en Berlín. A pesar de encontrarse bastante más cerca la una de la otra, podían contarse con los dedos de una mano las veces que se habían visto en el último año. Al igual que en años anteriores, no habían logrado coincidir en navidades, motivo por el cual, cuatro años atrás, decidieron crear una nueva tradición: celebrar las navidades juntas fuese el mes que fuese. Este es el fin de semana que las dos tienen fijado en sus agendas desde hace casi medio año para el evento.

En cuanto Clara me invitó a su celebración tardía, me pareció un planazo. Tardé poco más de cinco minutos en contárselo a Víctor, que no dudó en autoinvitarse y se reservó el fin de semana porque sabía que si no venía acabaría arrepintiéndose.

Y es que Clara es única organizando fiestas, tanto, que se dedica a ello; trabaja como organizadora de eventos. Cuando se mudó a París, comenzó a trabajar para una empresa, aunque su objetivo siempre fue montar su propio negocio. Lo tenía todo planificado: trabajaría unos tres años por cuenta ajena y, en cuanto se diese a conocer y hubiese conseguido hacer contactos, se iría de la compañía para establecerse por su cuenta. Y así lo hizo.

Cuando comunicó en la empresa que se marchaba y les explicó sus planes, intentaron convencerla de que se quedara ofreciéndole un atractivo paquete salarial. Sin embargo, ella se mantuvo firme, no se echó atrás. Y cumpliendo con los temores de sus jefes, no se marchó sola, sino que se llevó consigo parte de la clientela de la compañía que quería continuar trabajando con ella, pues no había ninguna cláusula que se lo impidiese. Entre su cartera de clientes se encuentran hoteles, locales y restaurantes de moda, y también algunas de las familias más adineradas de París. Saben que para Clara no hay límites, que puede organizar cualquier tipo de evento, asesorarlos en todo lo que necesiten, proponer las ideas más originales y encargarse de buscar a los proveedores. Con ese historial, tenemos garantizadas las mejores navidades que podamos

imaginarnos, aunque estemos en marzo.

El plan para el fin de semana es completísimo.

Comenzamos esta misma noche celebrando la Nochebuena. Cenaremos los cuatro en el apartamento una deliciosa cena preparada por Clara. Su buena mano con la cocina y sus dotes como coctelera son garantía de éxito.

Mañana pasaremos el día paseando por la ciudad y por la noche celebraremos Nochevieja. Esta, sin duda, es la mejor parte. Clara ha logrado convencer a los dueños de uno de los locales de moda de la ciudad, que estaban buscando temática para organizar una fiesta este sábado, de que el fin de año es un tema fantástico. Argumentó que estaba segura de que sería un buen reclamo para atraer a un gran número de personas con ganas de arreglarse, disfrutar de una cena de gala y de una noche mágica con sus amigos bailando hasta el amanecer. Les detalló la puesta en escena, cómo decoraría cada rincón… Les dio todo lujo de detalles hasta convencerlos por completo de que era una opción increíble para celebrar el décimo aniversario de su local. Una forma única de cerrar la primera década y dar lugar a una nueva. Por supuesto, además de conseguir que organizasen la fiesta de sus sueños, la obsequiaron con cuatro entradas para que pudiese disfrutar del evento de primera mano.

Tras la fiesta, que finalizará al alba, nos llevará a disfrutar de unos deliciosos *croissants* en la que para ella es la mejor cafetería de París. Después nos dejará descansar hasta la hora de comer. Saldremos a almorzar por Montmarte, y por la tarde acompañaremos a Víctor y a Sandra al aeropuerto.

Ahora es viernes por la mañana, y tengo las pilas cargadas. No sé en qué lamentable estado llegaré al domingo.



Tras nuestro relajado desayuno, nos dirigimos al Sacré Coeur a sentarnos en sus escalinatas y disfrutar de las bellas vistas de la ciudad mientras recordamos viejas anécdotas.

Después de una agradable conversación, ponemos rumbo al Barrio Latino. Paseamos sin prisas, saboreamos la ciudad y disfrutamos del agradable e inusual clima. No puedo evitarlo y, cada dos por tres, les cuento alguna historia del rincón menos pensado. Ellos no se quejan y me miran sin pestañear, sé que están disfrutando con mi clase magistral. Esta ciudad está llena de historias increíbles, y a mí se me escapan sin pretenderlo.

Antes de llegar a nuestro destino, hacemos una parada casi obligatoria en la

Île de la Cité para admirar una vez más la impresionante Catedral de Notre Dame. Luego nos dirigimos a un pequeño restaurante que solemos frecuentar Clara y yo, el cual ofrece una deliciosa comida francesa.

Nos damos un gran homenaje y pedimos una buena taza de café para poder continuar con nuestros planes.

—Chicos, tengo que abandonaros —nos informa Clara en un tono bastante teatral mientras salimos del local.

—Quédate, podemos pedir cualquier cosa para cenar. No tienes por qué pasarte toda la tarde metida en la cocina. —La agarro del brazo y espero ansiosa su reacción.

—¿Cualquier cosa? Ana, estás bromeando, ¿verdad? ¿En Nochebuena tu madre te prepara cualquier cosa? Tenéis que probar mis especialidades: sopa de marisco, mi solomillo al horno con manzana confitada y *foie*, y como colofón mi más que conocido *coulant* de chocolate.

—Quieres que reventemos, ¿verdad? —contesta Víctor, que siempre está cuidando su imagen, sobre todo ahora que se está haciendo un nombre con su escuela y que ha decidido retomar la dura vida de hacer *castings*.

—La semana que viene te matas en el gimnasio y lo compensas —responde ella desafiante, mientras lo examina de arriba abajo sin molestarse en disimular.

—Pues nos vamos contigo y te ayudamos —digo, sacándola un poco más de quicio.

—Ni se os ocurra. Es mi cena y sois mis invitados. Dejadme ejercer como anfitriona. Bueno, os dejo ya. Mi hermana llegará al piso sobre las ocho y la cena empezará a las nueve. Por favor, venid con tiempo suficiente para arreglaros.

—¿Arreglarnos? —La estoy poniendo de los nervios. Puede que acabe pegándome, pero no puedo evitarlo.

—Sí, Ana. Aunque sea marzo y haga veinte grados, hoy celebramos la Nochebuena y hay que cenar presentables. Veo que aún no te crees que es Navidad, pero, amiga, te aseguro que esta noche sentirás su magia —me reta. Suena bastante amenazadora, así que es el momento de dejar de hacerme la graciosa.

—Estamos impacientes —añade Víctor conciliador—. No te preocupes, que antes de las ocho estaremos en el piso, así recibiremos a tu hermana y tendremos tiempo para arreglarnos.

—Perfecto. No me entretengo más, que si no me va a resultar imposible cumplir con mi planificación. Nos vemos en un rato —nos dice alejándose.



Víctor y yo callejeamos sin rumbo fijo, hablando de todo y de nada. Mientras tanto, busco la manera de sacarle un tema al que llevo dándole vueltas desde ayer.

—Ana, eres muy poco discreta. ¿Se puede saber qué quieres decirme? Me estás poniendo de los nervios. —Interrumpe de sopetón mis pensamientos.

—¿Yo? ¿Por qué me lo preguntas? —Me llevo la mano al pecho en un gesto demasiado artificial.

—Porque te conozco. Y, además, eres muy descarada. Me miras, parece que vas a hablar, te quedas callada y, de repente, me cuentas cualquier tontería para ganar tiempo. Se nota perfectamente que no era lo que querías decirme por el tono de voz que pones. Haces lo mismo desde que tengo uso de razón.

—Es verdad, lo hago. —Comienzo a reírme a carcajadas—. No pensé que se notase tanto.

—Ahora que te he pillado, ¿vas a decirme qué quieres? —Se cruza de brazos y me mira con sus intensos ojos azules.

—Vale, voy a ser directa —añado un poco más calmada—. ¿Piensas intentar algo con Clara? Sabes que la química que existía entre vosotros en los últimos años de universidad sigue estando ahí, ¿verdad? Yo me di cuenta en cuanto os vi anoche juntos, cuando fuimos a recogerte al aeropuerto. Deberíais hacer algo, hacéis tan buena pareja…

—No digas tonterías, ese barco ya zarpó. —Se pone muy serio.

—Venga ya, necesito que me expliques el porqué. —Me paro en seco y ahora soy yo la que se cruza de brazos.

—Pues porque sí. —Se revuelve el pelo con una mano y continúa andando. Voy detrás de él, la conversación no ha acabado.

—Si piensas que me voy a conformar con eso como explicación, es que no me conoces tanto como presumes. —Me pongo a su altura y lo miro muy seria, aunque sé que tiene motivos de sobra para dejarlo pasar.

—Vale, ¿qué quieres? ¿Qué te refresque un poco la memoria? Estás aburrida y te apetece reírte un rato, ¿verdad? Pues venga, amiga, recapitulemos.

No me da tiempo ni a abrir la boca, continúa hablando.

—Yo estuve muy colado por ella… ¿hace cuánto?, ¿ocho años? Por aquel entonces, estaba con su gran amor argentino, que solo con hablar con ese fabuloso acento ya tenía todo el trabajo hecho, y a mí me cerraba todas las puertas posibles. Después lo dejó y yo continué, si no recuerdo mal, exactamente igual; es decir, enamoradísimo de ella, y eso que coincidíamos

poco. Sin embargo, como has dicho, yo notaba que había química entre nosotros. Tonteábamos cada vez que nos veíamos, y era un juego recíproco. Entonces me decidí a dar el paso, pero ella fue más rápida que yo y cambió al argentino por un italiano. La chica es muy de acentos, cosa contra los que uno, por mucho que quiera, no puede competir. Fue ahí cuando decidí dejar de hacer el gilipollas bebiendo los vientos por ella y empecé a buscar más peces en el mar. Justo cuando tomé esa decisión, conocí a Aurora en clases de canto, o tal vez la conocí y tomé esa decisión, el orden no lo tengo claro. El caso es que empezamos a salir.

Aunque conozco de sobra la historia, lo escucho atentamente. No puedo evitar recordar la de noches que Víctor me hizo pasar en vela intentando averiguar por qué Clara jugaba con él de ese modo, mientras me suplicaba que ni se me ocurriese contarle lo que sentía. Yo no lo decepcioné y nunca le insinué lo más mínimo a mi amiga. Ojalá no hubiese sido tal leal.

—Recuerdo perfectamente el día en el que las presentaste.

—Como para olvidarlo… —Ahora quien se ríe es él—. Era tu cumpleaños y allí coincidimos los cuatro: el italiano, Clara, Aurora y un servidor. Aún tengo grabada a fuego la mirada de perplejidad de Clara cuando las presenté.

Estallo en carcajadas mientras Víctor intenta mantener la compostura. Me dedica una mirada que pretende ser seria y yo trato de cortar en seco.

—En cuanto me vio solo, me abordó y me lanzó «La Pregunta», sin ningún tipo de rodeos.

—¿Pero tú no eras gay? —decimos los dos al unísono.

Llegados a este punto, no logro parar de reírme. Seco mis lágrimas mientras le hago gestos a Víctor para que continúe hablando. Cuánto echaba de menos estos momentos juntos. Él ignora mi ataque de risa y continúa como si nada.

—Ana, ¿lo entiendes ahora? Me estás pidiendo que intente algo con una persona que pensó durante varios años que yo era gay.

—Eso no es más que un detalle sin importancia, una anécdota graciosa que compartir con vuestros nietos —contesto, intentando recobrar la compostura.

—A nuestros nietos… Podrías reorientar tu carrera a guionista, porque, niña, te montas cada peli…

Lo ignoro. Yo ya veo a sus hijos y nietos, todos guapísimos, como ellos dos.

—Lo importante es —continúo con mis argumentos— que cuando te marchaste con Aurora a Nueva York, ella me hizo una confesión, y es que nunca se había planteado tener nada contigo porque pensaba que, al ser artista y estar tan bueno, tenías que ser homosexual; pero que, de haberlo sabido, tal vez…

—Menudo cliché. A ver si ahora uno no va a poder ser actor, heterosexual

y preocuparse por su físico —repone él, contagiado de mi risa—. Bueno, que cuando ella te dijo aquello ya era tarde. Yo, por aquel entonces, ya me había ido y estaba muy enamorado de Aurora, y ahora han pasado muchos años. No te voy a negar que la atracción sigue ahí, pero intentar algo con ella no entra en mis planes.

—Pues yo creo que sí.

—A ver si vas a saber ahora tú mejor que yo cuáles son mis planes. —Pone los ojos en blanco y suspira exageradamente.

—¿Quieres que te explique por qué sé que está en tus planes? —Paso por alto la expresión de su cara, su respiración sobreactuada y su tonillo de voz.

—Por favor, ilústrame con tu sabiduría. —Se rinde, sabe que no le queda otra que escucharme.

—Pues, a ver… Tras tener un montón de interesantes conversaciones conmigo cuando estuvimos de vacaciones, te decidiste a dar el gran paso. —Ahora soy yo la del tono teatral y los gestos exagerados.

—¿De qué narices hablas ahora? —pregunta Víctor. Está muy perdido, lo noto en su cara.

—Quedaste con Aurora y conseguiste cerrar de verdad ese capítulo de tu vida que aún arrastrabas. Ella te reconoció justo lo que necesitabas escuchar: que la razón se le nubló, que los celos la cegaron y que acabó haciéndote daño ella a ti, y no al revés. Esa conversación hizo que tú te sintieses mejor, te liberaste de una losa que llevabas años arrastrando. Aunque no lo sepas, esa conversación hizo que volvieses a estar preparado para comenzar otra relación.

—¿Puedes decirme qué tiene que ver todo eso con Clara? —Como siga mirándome así, se le salen los ojazos de la cara.

—Ahora lo entenderás. —Hago una pausa antes de proseguir—. Entonces, días después, yo me encontré con Clara por casualidad en una cafetería y, cómo no, enseguida te llamé para contártelo y te puse al día de su vida. Entre otros detalles, te dejé caer que ella estaba soltera. Y tú no tardaste ni dos días en llamarla. Desde aquel momento, creo que hablas más con ella que conmigo. ¿Y ahora qué?, ¿intentas conquistarla o son cosas mías porque tengo mucha imaginación?

—No intento nada, Ana. Solo somos amigos —responde con una expresión de sorpresa que no puede ocultar. Lo he pillado, pero bien pillado.

—Víctor, por favor, vosotros nunca fuisteis amigos cercanos. Erais mis amigos, coincidíais a veces y tonteabais. Ya está. Nunca habéis tenido una relación tan estrecha como la que tenéis ahora mismo.

—Vale, puede que tengas algo de razón.

—¡Aja! ¿No ves como no puedes negarlo, nene? Mis argumentos son

aplastantes —digo triunfal—. Además, déjame que te diga algo: por si no te has dado cuenta, yo tenía razón; hasta que no cerrases el capítulo anterior, no ibas a estar preparado para abrir el siguiente.

—No digas tonterías. Retomamos el contacto en cuanto me hablaste de ella. No tiene nada que ver con ningún capítulo cerrado y otro abierto. Fue una casualidad que, justo cuando hablé con Aurora, Clara reapareciese; si hubiese sido al revés, también habría querido llamarla. —Se empieza a desesperar. Sabe por dónde van los tiros; me encanta ponerlo nervioso.

—Llámalo como quieras. Casualidad, destino… —Aleteo mis pestañas y muevo la cabeza de manera rítmica hacia ambos lados, al son de mis palabras.

—Por favor, no empieces con tus teorías. —Se tapa la cara con ambas manos y me mira entre los dedos. Lo ignoro y continúo hablando.

—Mira, me da igual que me creas o no. El destino te está lanzando señales porque estabas preparado. Y aunque no creas en todas estas teorías que, según tú, son absurdas, estás siguiendo las señales. En fin, esto acabará como tenga que acabar. Solo tu destino lo sabe —le digo como colofón.

—¿Has terminado ya, diosa de la sabiduría? —Sus ojos me suplican que pare.

—No sin antes decirte que lo intentes. No tienes nada que perder.

—Mucho alcohol necesitaría yo para intentar algo con ella.

—O sea, que no dices que no, ¿eh? Me gusta; ese es mi chico. —Sonrío orgullosa.

—Qué pesada eres, de verdad. No vayas a hacer nada este fin de semana para propiciar que pase algo, ¿vale? Recuerda que llevábamos años sin vernos y que, como ya te he dicho al principio, no entra en mis planes —recalca estas últimas palabras con lentitud; las imagino subrayadas y en negrita.

—Tranquilo, no voy a drogarte. Lo que tenga que pasar, pasará. Ya eres mayorcito, confío en ti.

—Ana, me encanta verte así. —Ahora es él quien me sorprende.

—Así, ¿cómo?

—Con los ojos brillantes. Feliz. Sin parar de reír —aclara con la más sincera de sus sonrisas.

—Tenerte más cerca, haber recuperado mi amistad con Clara, un trabajo que adoro y esta ciudad… —respondo abriendo bien los brazos—. Me sobran los motivos para sonreír.

—Entonces… —Me mira dubitativo—. ¿Puedo suponer que te estás relajando un poquito con el tema de las señales?

—Víctooorrr… —alargo la «o» y la «r» todo lo que puedo—. No estropees este momento, que era perfecto.

—Necesito saberlo.

—Vale, pues siento decepcionarte. Pero si lo piensas bien, encontrarme con Clara, así de casualidad, en París, ¿qué puede ser…? Pues una puñetera señal del destino. No me lo niegues.

—¡Venga ya! Los dos sabíamos que podía vivir aquí. Su Facebook parece un puto anuncio de París. Te la encontraste porque las dos estabais en la misma ciudad, esas cosas pasan. Joder, la que te ha dado con el destino. Tienes que meterlo hasta en la sopa. Te pareces a mi madre con el ajo. Qué pesadez.

Estallo en carcajadas.

—Tú sabes que estás muy mal, ¿verdad?

—Le dijo la sartén al cazo… Bueno, ¿y qué pinta Clara en tu destino?

—Pues mira, quizás, y solo quizás, tenías razón en que estaba muy enfocada en mi trabajo, y ahora, con Clara, intento balancear un poco más mi vida. Pero eso no quita que pueda seguir luchando para alcanzar mi objetivo. Estoy segura de que mi vida tiene un destino para mí, y conociendo las herramientas necesarias para alcanzarlo, no voy a dejarlo escapar. Sería absurdo.

—Sabes que, muy a tu pesar, seguiré sacándote el tema de vez en cuando, ¿verdad?

—Sí, tranquilo. Conozco lo pesado que puedes llegar a ser.

—Mira quién va a hablar, mi celestina favorita. Bueno, si me permites, como soy tan pesado, déjame que te cuente mi opinión con respecto a la felicidad. Si te molestas cada año en ir a Madrid a escuchar al tal Robert, puedes escucharme a mi medio minuto.

—Por supuesto que sí —digo intrigada.

—Pues allá voy. Yo creo que eso del destino único no existe. De primera mano puedo asegurarte que a una misma persona le pueden producir felicidad cosas muy diferentes. Yo jamás pensé que nada pudiese hacerme tan feliz como actuar en Broadway. Estuve años preparándome para trabajar en musicales, era mi sueño desde niño. Nunca me planteé otra opción, pero resulta que la había. Tendrías que verme ahora cuando doy clases a mis alumnos y cuando los veo actuar. Soy igual de feliz que antes. Me siento orgulloso de ellos, para mí es genial poder compartir todo lo que he aprendido y vivido con niños o adultos que están siguiendo un sueño. Con esto quiero pedirte que no te obsesiones con que solo hay un destino para ti, porque puede que alcances tu objetivo y te haga sentir como esperabas, o tal vez no. Y si esto último ocurriese, recuerda mi historia, y que siempre hay otras alternativas. ¿Lo harás?

—Sí, te lo prometo —contesto escuetamente.

Estoy segura de que su destino era montar su propia academia, y que todo

lo vivido era solo parte del camino para alcanzar su meta. Se lo diría, pero, conociéndonos, acabaríamos enzarzados en una conversación en la cual no llegaríamos a ninguna conclusión.



Deambulamos por las calles de París un par de horas más, hasta que decidimos coger el metro para no llegar tarde a la cena. Poco después de las ocho, entramos en el apartamento. Saludamos calurosamente a Sandra, que ya ha llegado, y tras una breve conversación, seguimos las instrucciones de Clara y vamos directos a arreglarnos sin asomarnos al salón, que está misteriosamente cerrado.

En menos de una hora, los tres estamos preparados para la ocasión. Yo llevo un pantalón *palazzo* satinado en color berenjena y un *body* negro de terciopelo. Aunque haya chinchado tanto a Clara con el tema, en realidad me tomo muy en serio esta Navidad tardía. Sandra ha escogido un vestido largo estampado y Víctor va impecable sin esfuerzo, como siempre; le sale así, de forma natural. Pantalón chino *beige* claro y camisa blanca, no necesita más.

En cuanto Clara y él se cruzan, sus miradas se buscan y se enganchan. Ella está guapísima con un vestido *midi* color rojo y rubor natural a juego sobre sus mejillas. Creo que de este fin de semana no pasa, estoy tan nerviosa que parece que me vaya a ocurrir a mí.

Intentamos, sin éxito, ayudarla en la cocina, pero ella se niega y nos obsequia con una tabla de quesos franceses y tres copas de vino para que la acompañemos, mientras termina de preparar unos canapés y va y viene del salón a la cocina. Hasta que, por fin, nos comunica desde el salón que ya podemos pasar.

Cuando los tres atravesamos la puerta, no damos crédito a lo que ha preparado. Mis ganas de bromear se esfuman. Tal y como ella nos había avisado, en esta habitación no hay dudas, es Navidad. No falta detalle. No tengo ni idea de dónde ha sacado el tiempo para hacerlo. Conociéndola, estoy segura de que ha contado con la ayuda de alguno de sus proveedores. Ante nuestras caras de incredulidad, Clara suelta una risa pícara, y antes de que preguntemos, nos dice que tiene sus recursos y nos deja con la intriga de cómo narices ha podido montar este tinglado.

Junto al sofá hay un precioso árbol de Navidad. Parece sacado de una

revista de decoración, rodeado de regalos envueltos de una forma alucinante. Puede que a mí se me dé demasiado mal envolver regalos, por eso me quedo embobada mirando los paquetes. Cuatro calcetines rojos con nuestros nombres cuelgan de la pared, rebosantes de golosinas y chocolates. Junto al árbol, en una mesita, hay un pequeño portal de Belén al que no le falta detalle. Algunas guirnaldas plateadas y rojas decoran la pared. Un rincón está preparado como *photocall*, incluyendo un saco rojo cargado de atrezo navideño.

La mesa de comedor está extendida, resultando así más amplia, vestida con un precioso mantel plateado con servilletas a juego salpicadas con un sutil bordado en forma de copos de nieve. Una lujosa vajilla, que yo que vivo aquí no he visto en estos meses, y que espero que Clara no haya comprado para la ocasión, destaca sobre la mantelería. Las copas y las velas dan un toque íntimo. Como colofón, de fondo suenan villancicos de Michael Buble, haciendo aún más navideño el ambiente, si es que eso es posible. Por un momento, olvido que en realidad la noche del veinticuatro de diciembre quedó atrás hace meses.

Tras una larga y deliciosa cena repleta de risas y anécdotas, tomamos algunas copas con dulces navideños.

Luego nos engalanamos, completando nuestros *outfits* con los complementos navideños que estaban dentro del saco. Yo parezco un muestrario, pero no me importa. Sin exagerar, nos hacemos unas doscientas fotos en el *photocall*. Tras nuestro momento de creernos modelos, intercambiamos nuestros regalos. Hay varios detalles para cada uno de nosotros.

Continuamos la noche entre bebidas, risas y bailes hasta altas horas de la madrugada. Ya con algunas copas de más, Víctor intenta enseñarnos, sin mucho éxito, parte de la coreografía de uno de los musicales en los que trabajó. Yo pensaba que mis dotes como bailarina eran buenas, pero resulta que no. Joder, cómo se mueve este chaval, es imposible de imitar. Tras varios tropezones y no lograr coger el ritmo ni de coña, acabo en el suelo y me llevo a Sandra por delante. Clara se aparta para no acompañarnos. Entre carcajadas nos dice que ya no puede más, que se va a la cama, y nos recomienda que no nos entretengamos mucho más para que podamos hacer todo lo que tiene planeado para el sábado. Nos miramos y, siendo conscientes de que llegados a este punto la cosa solo puede ir a peor, Víctor apaga la música, nos tiende la mano, nos levantamos del suelo y como tres pollitos vamos tras ella y nos acostamos sin rechistar.

---- ANA ----

Nochevieja

Debe de ser de día. Unos villancicos mucho más movidos que los de ayer retumban en el piso e impiden que nadie continúe durmiendo. Consulto el reloj y compruebo que apenas son las diez de la mañana. Me cubro la cara con la almohada para amortiguar el ruido; no hemos descansado ni cinco horas. Intento volver a conciliar el sueño, pero Víctor, que comparte habitación conmigo, ve mis intenciones, se levanta de un salto de la cama —siempre he envidiado su energía a primera hora del día— y, sin previo aviso, sube el estor haciendo todo el ruido posible. La claridad entra a raudales por la ventana y, por si eso no fuese lo suficiente molesto, mi amigo me arrebata la almohada de las manos. Es oficial, el dormir se ha terminado.

—Venga, arriba, que parece que Clara intenta despertarnos. —Se despereza y se revuelve el pelo con las manos.

—No me digas…, no me había dado cuenta —refunfuño mientras me incorporo y me froto los ojos.

Salimos de la habitación sin saber muy bien qué vamos a encontrarnos. El olor a chocolate nos guía hacia la cocina, donde las dos hermanas están preparando gofres y manteniendo una conversación de lo más animada. Parece que en esta casa yo soy la única que necesita dormir.

—¿De dónde sacáis esa vitalidad? —Vuelvo a frotarme los ojos y voy directa a la cafetera.

—Buenos días, chicos. Creíamos que íbamos a tener que entrar a despertaros. Habéis llegado en el momento justo —contesta Clara con una

gran sonrisa, colocando el último gofre sobre la mesa.

Sirvo café para todos y me acoplo en un hueco de la cocina a disfrutar de un delicioso gofre con chocolate, fresas y plátano.

—¡Qué semana de gimnasio y dieta me espera! —exclama Víctor, mientras mira hacia arriba y voltea los ojos.

—No seas dramático, sabes que estás genial. Además, cuando estés machacándote en el gimnasio, piensa en lo bien que lo pasamos en este momento y te darás cuenta de que mereció la pena —argumenta Clara.

—Eso es cierto —repone él. Se mete en la boca un enorme trozo de gofre y le empieza a chorrear chocolate por el labio.

—Ahora mismo eres el prototipo de chico saludable. El chocolate goteándote demuestra que te tomas tu figura muy, pero que muy en serio. —Comienzo a reírme a carcajadas.

—Muy graciosa. Por tu ingenio veo que ya te has espabilado —me responde limpiándose la boca.



Tras el desayuno, nos vestimos y salimos a recorrer París. Pasamos el día paseando con calma, disfrutando, una vez más, de la majestuosidad que desprende esta ciudad en cada uno de sus rincones.

Me quedo embelesada contemplando el Petit y el Grand Palais. Paseamos por las afueras del museo del Louvre y no me puedo resistir a contarles algo de historia de cada uno de los edificios que visitamos. Comemos por la zona y después ponemos rumbo a la Torre Eiffel como auténticos turistas. Aprovechamos el buen tiempo para subir hasta lo más alto y disfrutar de las vistas de la ciudad. Aunque lo estamos pasando genial, sabemos lo que nos espera esta noche, así que decidimos volver al piso a descansar un rato.

En cuanto llegamos nos acomodamos en el salón y, sin habérnoslo propuesto, nos quedamos todos dormidos. Nosotras tres acabamos amontonadas de cualquier manera sobre el sofá, apoyadas las unas sobre las otras, y Víctor en un sillón en una postura casi imposible.

De repente, los gritos de Clara nos despiertan. No sé cuánto tiempo hemos dormido, pero solo falta algo más de una hora para la cena. Nos levantamos rápidamente. No hay tiempo que perder.

Entramos las tres juntas al baño y comenzamos un trabajo de maquillaje y peluquería en cadena a una velocidad asombrosa. Contra todo pronóstico, y

para asombro de Víctor, en menos de media hora salimos las tres envueltas en toallas, ya maquilladas y peinadas. Sin intercambiar palabra, él entra a la carrera a darse una ducha y a afeitarse; apenas tarda diez minutos. Al terminar se dirige al salón, donde ha colocado su vestimenta, para dejar que yo me arregle sola en la habitación.

En menos de una hora los cuatro estamos ataviados con nuestras mejores galas. Parece que las chicas nos hemos puesto de acuerdo: las tres vestidas en colores oscuros, con vestidos entallados y tacones altos. Víctor, por su parte, luce un traje que resalta su impresionante físico y que debe de haberle costado un pastizal. Vuelvo a cazar al vuelo el cruce de miradas, fugaz pero intenso, y sonrío para mí misma.

Quince minutos antes de la cena, nos encontramos en la calle esperando un taxi que Clara ha reservado mientras se arreglaba. El coche no tarda en llegar, y en apenas veinte minutos nos deja en la puerta del club con vistas al Sena, donde celebraremos nuestro año nuevo particular. Los cuatro, con Clara a la cabeza, nos saltamos la cola bajo la mirada amenazadora de los que aguardan su turno. Víctor agacha la cabeza avergonzado, yo, en cambio, enseguida me meto en mi papel de vip. Clara avanza de manera firme, ajena a los comentarios. Muestra nuestras invitaciones a los de seguridad y estos, al ver que es la organizadora del evento, nos dejan pasar sin ningún impedimento.

Al atravesar la entrada descubrimos una gran sala preparada para el posterior baile, donde unas azafatas nos recogen las entradas y nos explican que la cena tendrá lugar en el salón de arriba. Un camarero nos acompaña hasta un precioso comedor situado en la parte superior. El salón está lleno de mesas, con gente deseosa de recibir el nuevo año ficticio, lo cual es un gran alivio para Clara, que, a pesar de haber vendido su idea con gran convicción, no las tenía todas consigo. Menos mal que siempre hay gente para todo. Es uno de sus argumentos cada vez que organiza un evento, y los años no hacen nada más que demostrarle que tiene razón.

El camarero nos guía hasta nuestra mesa, situada junto a una barandilla con vistas a la pista de abajo. Los cuatro tomamos asiento y esperamos a que el resto de los asistentes terminen de ocupar sus sitios. Mientras miramos a unos y a otros, saboreamos una copa de vino; la noche promete. Clara aprovecha la espera para ir a ver a los propietarios y a una chica de su equipo. Intercambia impresiones con ellos y, orgullosa del resultado y cargada de halagos, vuelve a la mesa con una amplia sonrisa.

En cuanto todos los asistentes están sentados en su sitio, el personal baja ligeramente las luces. Las velas en las mesas, y en diferentes rincones del salón, dan al ambiente un toque mágico. Un despliegue de camareros comienza a

colocar los platos sobre las mesas con una destreza y rapidez pasmosas. Se mueven al unísono, guiados por el *maître*, como si de una coreografía se tratase. La cena consiste en un menú degustación donde cada plato, por increíble que parezca, está aún más exquisito que el anterior. Mientras saboreamos las sorprendentes propuestas culinarias, disfrutamos de música en directo. No puedo evitar mirar a Clara con orgullo, aunque ella ni se inmuta porque está mirando embobada hacia otro lugar, el cual tiene nombre propio.

Tras la cena, nos invitan a bajar a la sala donde tendrá lugar el baile. Nosotros ocupamos un reservado. Es como un pequeño escenario, algo elevado, con taburetes, una mesa con bebidas, golosinas y espacio para bailar. Desde aquí podemos verlo todo.

Después de algo menos de una hora allí, el *DJ* anuncia que en diez minutos tendrá lugar el brindis de medianoche. De nuevo, un batallón de camareros se despliega y, en apenas cinco minutos, consiguen que a nadie le falte su copa de champán y una enorme bolsa de cotillón.

Pocos segundos antes de las doce, todos los invitados, al unísono y a voz en grito, hacemos una cuenta atrás para acabar alzando las copas y brindando, deseándonos un feliz año nuevo y una nueva década para el local. El ambiente es tan perfecto que todos parecemos olvidar que en realidad no es 31 de diciembre.

Los cuatro nos ataviamos con el contenido del cotillón para continuar disfrutando de la fiesta, y no somos los únicos en hacerlo. Todos los aquí presentes se engalanan con sombreros de lentejuelas que combinan a la perfección con unas enormes boas de plumas. Algunos no dudan en ponerse también narices de payaso y antifaces con purpurina; el ambiente es cada vez más festivo y divertido. Nosotros bailamos, reímos y coreamos alguna de las canciones. La noche es perfecta.

Sandra aprovecha la altura a la que nos encontramos para ver si encuentra a alguien que le llame la atención. Tras un análisis exhaustivo del mercado, se decide a dar el siguiente paso. Se baja de la plataforma, arrastra con ella a Clara, y se dirige hacia un chico guapísimo que la mira con discreción desde la barra.

—¿No te preocupa que ella también conozca a alguien? —le pregunto a Víctor, provocándolo.

—Niña, qué pesada eres. Te dije que eso ya es agua pasada —responde. Sus ojos la siguen en la lejanía—. Aunque no puedo negarte que hoy está increíble. Y no me refiero a su belleza; es algo más, la energía que desprende, su entusiasmo… Está radiante.

—Clara piensa lo mismo de ti —le aseguro, apoyándome en la barandilla

del reservado como si estuviese asomada desde un balcón.

—¿Te lo ha dicho ella? —Incredulidad e interés se entremezclan en su pregunta.

—No ha hecho falta, me lo han dicho sus ojos. —Me tomo unos segundos y continúo—: Tienes que dar un paso más. Siempre muestras una seguridad envidiable en todo lo que haces; sin embargo, esa confianza en ti mismo se desmorona ante una chica. Sé que te han hecho daño, pero no siempre va a ser igual. Debes darte una oportunidad.

Víctor va a responderme, justo en ese momento Clara reaparece.

—Creo que ya somos tres, o cinco si mi hermana decide traerse a su nueva conquista.

Los tres miramos hacia la barra, donde Sandra está coqueteando con un chico con todo el descaro del que dispone.

—¿He interrumpido algo? —pregunta Clara. Parece que siente las palabras flotando en el aire.

—Qué va —respondo—. Filosofábamos, sabes que nos encanta.

—No tenéis remedio.

Clara nos sonríe y mueve la cabeza a ambos lados. Me coge de la mano, invitándome a bailar con ella, y Víctor se une a nosotras. Nos pasamos así varias horas, recreando coreografías de nuestras fiestas universitarias.

De repente, cuando estamos dándolo todo sobre la pista de baile, comienzan a sonar los primeros acordes de una canción olvidada que fue éxito de un solo verano. Clara empieza a bailar como loca; esta canción le recuerda a su último año en Madrid. Víctor se une a su coreografía con tanta motivación que ninguno de los dos se da cuenta de que yo, al contrario que ellos, he frenado en seco, copa en mano, mientras una sensación extraña me recorre de los pies a la cabeza.

La memoria me la juega una vez más, y sin remilgos retrocede en el tiempo. Hacía años que no escuchaba esta canción que acompañó a un torpe aunque inolvidable baile. El beso, nuestro primer beso; un momento que siempre llevaré tatuado. El estómago me da un vuelco, siento como me alejo de todo. Veo a Víctor y a Clara bailando en la lejanía.

La música retumba en mi cabeza. Necesito aire fresco, salir a la calle, respirar profundamente y dejar de escuchar esta canción que remueve todo lo que fue y pudo seguir siendo, pero no lo fue más. De repente me inundan imágenes de sus besos, sus caricias, su sonrisa infinita, su mirada profunda. Recuerdo la sensación en mi piel ante su roce, la electricidad. Su voz, sus te quiero y los míos… Las horas entre las sábanas, los paseos por Madrid, sus abrazos, la complicidad. Promesas apiladas sin cumplir… Su accidente, mi

miedo, mi culpa.

—Vuelvo enseguida, tengo mucho calor. Creo que tanto alcohol me está sentando mal, voy a la puerta a tomar aire —me excuso a voz en grito, y sueno más angustiada de lo que me hubiese gustado.

—¿Te acompañamos? —pregunta Víctor agarrándome tiernamente el brazo—. ¿Te encuentras bien?

—Sí, no os preocupéis, quedaros aquí. Serán solo cinco minutos, si necesito algo os llamo al móvil. —No quiero que venga, necesito estar sola. La cabeza me va a estallar y el pecho me oprime cada vez más.

Víctor me mira. No parece muy convencido, pero al final me deja ir sin insistir más, y justo cuando voy a bajar del escenario… No puede ser, creo ver a Dani en la lejanía. Se me está yendo la cabeza.

Lo veo al fondo, entre sombreros, boas y antifaces. Destaca entre la multitud justo porque no lleva ninguno de esos complementos. ¿Es real o tan solo un espejismo? Está parado, con la mirada perdida, ajeno al baile, a la música, a la fiesta, como si no perteneciese a este lugar. Me apoyo en la barandilla y continúo observándolo. Agudizo mi vista todo lo que puedo, hasta que gira la cabeza hacia mi dirección y nuestras miradas se cruzan apenas un segundo, el tiempo justo para que casi todas mis dudas se desvanezcan. Tiene que ser él. Y aunque estoy convencida, su presencia aquí no tiene ningún sentido, así que la mejor forma de salir de dudas es ir a comprobarlo.

Cojo mis cosas, bajo los escalones y, nada más ponerme a la altura de los demás invitados, lo pierdo de vista. Mi altura no es de mucha ayuda, de nada me sirven estos tacones imposibles que llevo puestos. Intento ganar unos centímetros poniéndome de puntillas, pero ni con esas. No me queda otra que confiar en mi buena orientación. Me hago hueco entre la multitud y en apenas un minuto llego justo al lugar donde él estaba. Aquí no hay nadie que se le parezca lo más mínimo. ¿Lo habré confundido? Reanudo el paso, me escurro entre la gente y, sin parar de mirar hacia los lados, avanzo hacia la puerta del local con la esperanza de encontrarlo allí.

Me pongo mi abrigo y salgo decidida. Nada más atravesar la puerta dejo que el aire gélido de la madrugada parisina invada mis pulmones y lo suelto despacio, mientras lo busco con la mirada. En la salida solo se encuentran los encargados de seguridad y algunos chicos que están fumando en la calle. Me acerco al grupo y los miro, por si alguno se parece a él. Nada. ¿Seguirá dentro? Me planteo entrar de nuevo, ¿y si no ha salido?

Me doy la vuelta decidida a volver al interior del local y freno en seco. Ha sido esa canción, me ha hecho confundir cosas; eso y el exceso de alcohol. Muy a mi pesar, reacciono y las pulsaciones van volviendo a la calma. Oigo la

música que proviene de dentro, demasiado alta para mi estado de ánimo. Prefiero quedarme unos minutos fuera, necesito aire, despejarme y pensar con claridad. Camino unos metros para alejarme un poco del grupo que está hablando animadamente en la puerta. Me apoyo sobre la pared y se me escapan algunas lágrimas.

A pesar del tiempo, él y todo lo que se quedó en el aire siguen ocupando demasiado espacio. Me enjugo las lágrimas y, justo enfrente, veo un taxi parado y a Dani montándose. Intento agudizar la vista, aunque la oscuridad impide que me asegure de si estoy en lo cierto. Me dispongo a cruzar cuando el vehículo arranca. Atravieso la carretera, acompañada del sonido de mis tacones sobre el asfalto. Me paro en medio y muevo los brazos hacia los lados, pero no consigo llamar la atención del taxista ni de él. El vehículo se aleja, ajeno a mi numerito. Yo permanezco parada, viéndolo perderse en la lejanía.

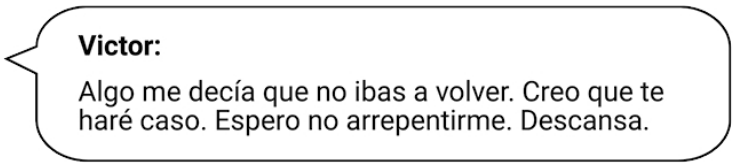
Unos gritos me sacan de mi trance y reclaman mi atención. Uno de los porteros me pide que vuelva a la acera bastante alarmado. Le hago un gesto con la mano, con el que intento transmitirle tranquilidad, y obedezco. Estoy agotada, frustrada, mil recuerdos se amontonan… No puedo más. Las lágrimas que habían cesado cogen ritmo de nuevo.

Una ráfaga de aire gélido me golpea y comienzo a temblar. Me apoyo de nuevo sobre la pared del local, alejada de la puerta y de las miradas que me siguen. Los ignoro e intento relajarme. El latido de mi corazón me retumba en las sienes. Fuera Dani o no, necesito verlo; nuestra última conversación nunca me abandona. Él buscando la foto de ella, él alejado de mí y de mis miedos… ¿No era justo lo que yo necesitaba?

Doy la fiesta por terminada. Pienso en Clara y en Víctor solos, tal vez es su momento. No necesito más argumentos, por lo que decido marcharme. Llamo a un taxi, que tarda en llegar cinco minutos que se me hacen eternos. Subo al vehículo y escribo un mensaje a Víctor.

Ana:
Me encuentro peor. He cogido un taxi, cuando esté en casa os aviso. No se te ocurra venir y aprovecha la noche. Te aseguro que no tienes nada que perder.

En cuestión de segundos recibo su respuesta:



Una leve sonrisa se dibuja en mi rostro.

Durante el trayecto recuerdo parte del último libro de Robert Bliss, en el que hablaba de las señales con diferente frecuencia. Venía a decir que, por un lado, están las que recibes con más fuerza, y por otro las que te llegan con menor intensidad, o de manera menos recurrente. Estas segundas pueden ser meras distracciones, pero hay veces que no es así, por lo que recomendaba no perderlas de vista, ya que en algunas ocasiones se comienzan a percibir con mayor intensidad, y en ese caso puede que estuviésemos tomando un «rumbo puente» y tengamos que reorientarnos. También explicaba que el «rumbo puente» es aquel al que te han llevado tus señales iniciales, y que posiblemente las señales nuevas no las habrías recibido si no hubieses tomado el camino inicial. Es decir, para llegar a la felicidad, puede que el camino tenga muchas curvas, y que sea necesario dar una serie de pasos para estar justo en el lugar preciso para recibir las nuevas señales, aunque a priori estas no parezcan tener relación entre sí.

Cuando lo leí me resultó muy lioso, no me vi reflejada en lo que explicaba. Siempre me siento muy identificada con sus libros, sin embargo, en esa ocasión me decepcionó. En ese momento tenía claro que mis señales nunca habían sido contradictorias, mi camino no tenía distracciones. Pero ¿y si yo no me las había permitido? ¿Y si llevo todos estos años dejando pasar cosas? ¿Y si Víctor, como casi siempre, tiene razón?

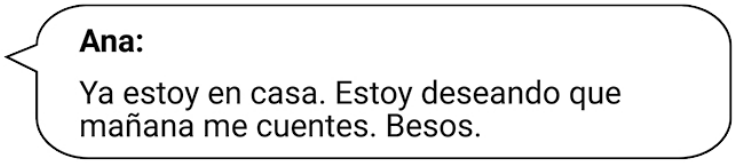
Robert hablaba de una sensación de incertidumbre, de tomar decisiones, de replantearnos los aspectos de nuestra vida presente, de pensar con objetividad…

Me recuesto sobre el respaldo del asiento, cierro los ojos y, por primera vez, aparece ante mí un pensamiento con tal claridad que me asusta. Podría dejarlo pasar, me aterra pensar que pueda ser real; sin embargo, ahí está, enfrente de mí, pavoneándose. Lo encaro y lo dejo fluir, sin filtros. No intento que se apague, no lo alejo.

«¿Estoy siguiendo mi destino o simplemente huyo de mis miedos?».

Un frenazo y la voz del taxista me rescatan de mis pensamientos, aunque el nudo que va desde la boca de mi estómago hasta mi garganta no desaparece. Pago el viaje y me bajo del vehículo. Me siento agotada. Abro el portal y, nada

más atravesarlo, escribo a Víctor de nuevo.



A pesar del frío, subo acalorada. Nada más entrar en el piso, voy directa a mi habitación. Dejo el abrigo y el bolso sobre una silla y abro el primer cajón de mi mesilla. Saco la pequeña libreta que me acompaña desde hace años. La abro y apunto lo ocurrido.

Fecha: marzo de 2013.

¿Señal?: Una vieja canción ha removido en mí sentimientos que llevo años… ¿evitando? Por si eso fuese poco, me ha parecido verlo. Es demasiado tarde para considerarlo una señal, porque él está justo donde yo quería que estuviese: lejos. Pero creo que debo de escribirlo porque lo que he sentido esta noche me ha hecho dejar de pensar, de razonar.

Sensaciones: ~~Amor.~~ ~~Dudas.~~ Nostalgia.

Plan de acción: No hay plan. Es tarde para volver a lo que un día yo misma aparté.

---- ANA ----

Recordando los años universitarios

Junio — 2013

—¡Clara, espabila! —amenazo desde la puerta mirando el reloj—. Como sigas así no llegamos, y lo que más me fastidia es que no va a creerse que no ha sido por mí.

—Relájate, vamos bien de tiempo, llegamos de sobra —responde con toda su parsimonia mientras sale del piso tranquila, sin acelerar el paso—. Estás de los nervios, ¿puedes tranquilizarte un poco? ¿Qué te pasa?

—Pues no sé… Hace años que no la vemos, y no sabemos si seguirá igual o si habrá cambiado. Tengo muchas ganas de verla, pero hasta que no estemos con ella, no me relajaré. No puedo evitarlo —respondo acelerada, y nos montamos en el ascensor.

—Creo que no debes preocuparte. Y si ha cambiado, pues disfrutamos del día en el parque y ya está. Para bien o para mal, es solo un día.

Salimos a la calle y nos montamos en el taxi que previamente hemos reservado. Nos espera una divertida jornada por delante.

Hace unas semanas, Andrea nos llamó por teléfono. A pesar de que durante nuestros años universitarios éramos íntimas, el tiempo y la distancia no han jugado a nuestro favor; llevábamos años sin hablar con ella. Cuando Andrea decidió volverse a Colombia, nos fuimos distanciando poco a poco. Lo que sabemos de su vida es gracias a lo que comparte en sus redes sociales; a parte de algunos me gusta y algún comentario ocasional, poco o nada nos une ya a ella.

La llamada nos pilló a las dos por sorpresa. Nos contó que tenía un viaje organizado por Europa con sus amigos y su novio, aunque no iban a pasar por

París porque todos lo conocían ya. De todas formas, si nosotras estábamos disponibles, quería organizarse para venir a vernos. Al parecer, desde que vio fotos de las dos juntas en Facebook, le entraron unas ganas increíbles de estar con nosotras. Así que, tras decidir entre las tres que día nos venía mejor, Andrea se organizó: viajaría desde Bruselas hasta París en tren a primera hora de la mañana y volvería a unirse a sus amigos al día siguiente a mediodía, en Ámsterdam. Iba a ser una visita exprés, pero quería hacerlo. Solo nos puso un requisito: teníamos que pasar el día en Disneyland Paris. Aunque al principio fuimos un poco reacias a la idea de nuestra vieja amiga y le propusimos otras alternativas, terminamos flaqueando y, al final, cedimos. Sabíamos que en el fondo no nos arrepentiríamos.



A las ocho de la mañana, justo a tiempo, llegamos a la estación de París Norte. Caminamos apresuradas hacia la salida en la que nos encontraremos con Andrea. No tardamos en verla aparecer a lo lejos entre la multitud, por lo que aceleramos el paso. En cuanto la alcanzamos, las tres nos abrazamos y la euforia se apodera de nosotras. Comenzamos a hablar a la vez, de manera atropellada, sin apenas poder escucharnos las unas a las otras, subiendo cada vez más la voz. Nos separamos, nos piropeamos y nos volvemos a abrazar dando saltos. Tras este momento de vuelta a los años universitarios, decidimos dirigirnos a una cafetería cercana para desayunar y ponernos al día.

La primera en tomar la palabra es ella.

Resulta que después de haber trabajado durante varios años en una agencia de viajes, ahora está en otra que organiza viajes exclusivos y a medida para un perfil de cliente muy exigente y de alto poder adquisitivo. Ella es la encargada de diseñar viajes en Estados Unidos, y con escucharla hablar unos segundos sabes que ama su trabajo. Nos cuenta que la empresa es reconocida por ofrecer las mejores experiencias y la máxima calidad en todos sus productos.

Flipamos bastante cuando nos cuenta que cada diseñador de viajes —así es como los llaman— tiene entre sus funciones la obligación de visitar en persona los diferentes establecimientos, para así poder dar su opinión de primera mano. Sin lugar a duda, ese es el mayor atractivo de su trabajo: poder disfrutar de viajes que no podría permitirse de otra forma, y que encima le paguen por ello. Cada vez que un proveedor ofrece un nuevo viaje idílico a cualquier punto de los Estados Unidos, Andrea suele ser la encargada de ir en

persona a disfrutar de la experiencia y, a partir de ahí, confecciona con el proveedor los paquetes turísticos que cree que mejor se adaptarán a las necesidades y gustos de sus clientes. Supongo que no pensaba pasarse tanto rato hablando de su trabajo, pero es que entre las dos la acribillamos a preguntas. Le pedimos que cambie de tema cuando nos ha dado, por petición nuestra, todo lujo de detalles sobre su última experiencia en Los Ángeles. ¡Ya hemos sentido demasiada envidia por hoy!

Nos confirma lo que ya sabíamos gracias a su perfil de Facebook, que sigue con Raúl, su novio desde tercero de carrera. Recordamos entre risas cómo lo conocimos. Fue una noche de jueves, en una fiesta que organizaba la facultad de económicas, en una cervecería que se encontraba en la ciudad universitaria y que nosotras solíamos frecuentar muy a menudo. Él era estudiante de empresariales, y uno de los organizadores de aquel evento. En cuanto nos vio entrar en el local, se acercó a nosotras, dispuesto a contarnos cómo funcionaba su fiesta. Obviamente, esa explicación no era necesaria. Después, continuó dándonos conversación y nos invitó a varias rondas de chupitos. Pasado un rato, decidió poner distancia y se marchó con su grupo de amigos; sin embargo, no nos quitaba los ojos de encima. En ese momento supimos que tantas atenciones no eran desinteresadas, una de nosotras tenía la culpa, pero ¿cuál?

El chaval era simpático, aunque lo de ligar se le daba regular. Ninguna de las tres sabíamos a ciencia cierta cuál de nosotras le gustaba. A Clara y a mí nos dio bastante igual, porque no nos habíamos fijado en él de ese modo; por otro lado, Andrea parecía intrigada. Sin dudarlo dos veces, se acercó de nuevo a él y le preguntó si era así siempre, o si alguna de nosotras le atraía. El chico se puso rojo como un tomate, no sabía dónde meterse. A media voz, le contestó que siempre intentaba ser agradable, pero que ella le parecía especial. Y fue de ese modo, una tarde tonta de jueves, entre risas, cervezas, música y chupitos, cómo comenzó una historia que ya dura casi diez años.

Él siempre la ha apoyado en todo, incluso cuando a ella le surgió una oportunidad en Cali. Los dos habían terminado la carrera y estaban planeando una vida juntos en Madrid, así que Andrea iba a rechazar la oferta, a pesar de ser muy interesante. En cuanto él se enteró, la animó a que aceptase. Se iría con ella. Desde entonces viven allí los dos.

Tras saber un poco más de su vida, continúa Clara, que comienza también hablando de su trabajo. Capta por completo la atención de nuestra amiga, que no para de lanzarle preguntas. Después, en un tono misterioso, le cuenta que está pensando en volverse a Madrid, aunque sabe que es muy arriesgado. En París ya tiene una buena cartera de clientes y proveedores, y allí tendrá que

empezar desde cero. Aun así, cree que, a través de algunos contactos, puede ir haciendo clientela y encontrar nuevos proveedores de confianza. A modo de prueba, se va a ir un par de semanas a visitar posibles clientes y ofrecerles sus servicios.

Cada vez que recuerdo sus planes, un pinchacito de nostalgia me acompaña. ¿Se puede echar de menos a alguien que todavía no se ha marchado?

Andrea no tarda en apreciar el brillo en la mirada de Clara, así que, sin rodeos, le pregunta que quién es él. Me recuerda a una canción de Perales y me río sola. Ellas me miran con perplejidad, sin entender nada, y yo les pido que continúen restándole importancia con la mano.

Clara se ilumina cuando deja salir el nombre entre sus labios: Víctor. Como nota aclaratoria, añade «Víctor, el de Ana». Me hace mucha gracia porque lo hace siempre, pero es entonces cuando Andrea se da cuenta de quién se trata y la felicita. Clara le cuenta que llevan muy poco tiempo para estar planteándose estas cosas —apenas tres meses—, sin embargo, siente que debe intentarlo.

En cuanto él reapareció en su vida, ella supo que, tarde o temprano, acabaría pasando algo. Entre ellos siempre existió esa conexión, pero nunca era el momento oportuno. Además, que ella estuviese un tiempo pensando que él era gay no ayudó demasiado. Se habían reencontrado en el momento justo; los dos habían compartido sus vidas con otras personas, habían madurado y sabían lo que querían y lo que no.

Antes de que Andrea se lo pregunte, le explica cómo comenzó todo. En marzo, en una fiesta. Omite que fue en una celebración de año nuevo, supongo que para no desviarse de la historia. Ese detalle despertaría mil preguntas en Andrea. Bueno, en ella y en cualquier persona. Le cuenta que se quedaron los dos solos, bailando. Que el espacio entre ellos era muy escaso, que los roces fortuitos pasaron a caricias… Ninguno de los dos decía nada. Víctor se acercó aún más a ella y entonces apareció su hermana, que llevaba horas tonteando con un tío. Sandra ni siquiera reparó en que hubiese interrumpido algo. Llegó acalorada, enfadada con aquel chaval que hacía apenas unas horas era un simple desconocido y al que, entre otras lindezas, catalogó de pijo prepotente. En ese momento los tres decidieron marcharse juntos y dar la fiesta por terminada. Clara solo tenía una cosa en mente en ese instante: cuando estuviese a solas con su hermana iba a matarla.

Estaban esperando un taxi, algo cabizbajos, cuando el ligue de Sandra apareció de nuevo. La apartó un poco y, tras hablar unos minutos con ella, la convenció para que pasase con él el resto de la noche. Sandra les pidió disculpas y, sin más, los dejó plantados en la parada. Cuando bebía se convertía en una egoísta insoportable.

Clara recuerda que el viaje de vuelta a casa fue de lo más tenso. El momento había pasado. Apenas intercambiaron un par de palabras vacías, mientras que el silencio estaba cargado de todo lo que en realidad querían decirse. Subieron a casa intentando aligerar algo la tensión que se respiraba entre los dos, hablando de lo bien que se lo habían pasado y de que tenían que repetir más veces. Al entrar en el piso, y antes de dirigirse cada uno a su habitación, se dieron las buenas noches, quizás en un tono demasiado cordial. Y justo cuando iban a darse la espalda, Clara acortó la distancia que había entre ellos y lo besó. Lo que comenzó como un tímido beso fue cogiendo más fuerza, una cosa llevó a la otra y acabaron pasando la noche en su habitación. Desde aquel momento, y aunque ella aún no es capaz de comprender muy bien lo que le ocurre, no consigue dejar de pensar en él.

No he hablado tanto de Víctor en mi vida. Cualquier cosa que le cuentes le recuerda a él; es insoportablemente tierna. En cuanto se descuida, una sonrisa bobalicona se dibuja en su cara. A veces siento que tengo una hija adolescente. Se pasa el día enganchada al teléfono, haciendo planes y riéndose por nada. Nunca la había visto así de entregada a la causa.

Sin poder evitarlo, pienso en cuando yo estuve así, en ese momento de mi vida en el que yo también me sentía especial. Recuerdo mi sonrisa, las ganas, los instantes en los que habría dado cualquier cosa por detener el tiempo. ¿Seré capaz de volver alguna vez a ese punto? El miedo hace acto de presencia y las pocas ganas desaparecen de un plumazo. Además, ¿con quién lo haría? Empiezo a recordar mis encuentros de los últimos años; deprimente es quedarse corta. Demasiados chicos carentes de significado. Alguno despuntó y consiguió permanecer entre mis contactos un par de semanas. Más interés del esperado por cualquiera de las partes. Un «ahí te quedas» y un gesto rápido y los elimino de mi agenda justo antes de que algún sentimiento florezca. Sencillo, rápido e indoloro.

Mi vida íntima después de él se resume en una lista de nombres, donde las caras se mezclan y los momentos se confunden. Como nexo común: la necesidad. Me encuentro sumida en mis pensamientos cuando me doy cuenta de que me toca hablar.

Tomo la palabra y pongo a Andrea al día desde que ella se marchó de Madrid. Le cuento a medias lo que pasó con Dani y que decidí marcharme para dejar de hacerle daño y pasar página. Miento de nuevo mientras pienso que todo sería mucho más sencillo si mi explicación cutre fuese cierta. Omito lo mío con el destino. No quiero entrar en tanto detalle, estoy cansada de sentirme juzgada. Después le hablo sobre mis años en Londres y de cómo mi esfuerzo me trajo a París como subdirectora de un hotel espectacular. Culmino

mi discurso diciéndole que después de todos estos años siento que estoy encontrando mi lugar. Hasta hace poco, cada vez que decía frases como esta sentía que eran ciertas.



Pasamos el día cargado de confesiones a medias, al menos por mi parte. Recordando nuestros años compartidos y poniéndonos al día después de tanto tiempo, a la vez que disfrutamos como niñas de Disneyland Paris.

Durante toda la jornada nos acompaña la magia contagiosa que invade cada rincón, esa que te transporta a otro mundo, al de tu más tierna infancia, al de las princesas, al de las aventuras… Al de los cuentos cargados de adversidades, pero con la promesa de un final feliz.

No nos dejamos ni un rincón del parque sin visitar. Como si fuésemos tres niñas, perseguimos a cada uno de los personajes que nos cruzamos por nuestro camino con un claro objetivo: conseguir el mayor número de instantáneas. Nos montamos en todas las atracciones posibles, gritamos como locas al sentirnos caer en picado en cada una de las montañas rusas del parque, nos compramos complementos y disfrutamos del desfile.

Pasamos un día inolvidable.



Ahora, en el tren de vuelta a casa, estamos agotadas después de tantas emociones. Parecemos resacosas. Alejarse de la magia y volver a la realidad es muy duro. Aprovechamos la vuelta para hacernos más fotos, luciendo nuestras orejas de Minnie y otras de Mickey con el sombrero de mago (no sé por qué, pero las dos nos parecieron indispensables). Tras la sesión improvisada de *selfies*, nos apretujamos las tres para ver en la pequeña pantalla de la cámara de Andrea todas las instantáneas que nos hemos hecho a lo largo del día.

—Creo que lo de salir de fiesta va a estar complicado —dice Andrea con la cabeza apoyada sobre mi hombro mientras va pasando las fotos.

—¿Tú crees? —Soy todo ironía, estoy destrozada.

—Yo sí podría. —Clara nos desafía. Por muy agotada que esté, nunca puede reconocerlo. Siempre tiene que continuar hasta el final, aunque se le

cierren los ojos y no consiga retener los bostezos. La de bares que hemos cerrado por su culpa.

—Pues conmigo no cuentes —la contradigo. Su tono desafiante esta vez me resbala.

—¿Os acordáis de los jueves que salíamos de fiesta? Llegábamos a casa de día, nos dábamos una ducha rápida, nos tomábamos una taza de café y estábamos listas para ir a clase sin dormir. Qué locura. En fin, ya no somos aquellas estudiantes —responde Andrea moviendo la cabeza y mordiéndose el labio.

—Me parece imposible hacer eso ahora. Es como si hubiese ocurrido en otra vida. En Londres lo hice alguna vez y pude comprobar que ya no era la de antes; las consecuencias eran demoledoras. —Puede sonar dramático, pero es la verdad.

—Vale, ancianas mías, nos iremos para casa como señoras bien. Eso sí, os prohíbo que os vayáis directas a la cama. Andrea, has venido solo un día, así que tenemos que aprovechar la noche, aunque sea en casa —dice Clara con ese entusiasmo que solo en contadas ocasiones la abandona—. Ahora, en cuanto lleguemos, nos damos una ducha y nos ponemos cómodas. Podemos preparar *pizzas* y mojitos. ¿Qué me decís?

—Que tu oferta suena genial y que es lo máximo a lo que podemos aspirar con la paliza que llevamos encima —respondo con resignación. Me encantaría tener las fuerzas necesarias para poder salir a darlo todo.

---- ANA ----

Confidencias

A pesar del cansancio, en cuanto entramos en casa decidimos que lo mejor es organizarnos, y rápido. Mientras una se ducha, las otras vamos preparando las pizzas. En poco más de media hora estamos las tres en pijama, sentadas en el sofá disfrutando de la cena. Cuando terminamos, Andrea se pone en plan misterioso.

—Chicas, tengo que confesaros algo. No os lo he contado todo. Antes de comenzar el viaje con mis amigos, estuve con Raúl una semana en Madrid.

—¿Y eso? —preguntamos al unísono.

—Pues… Porque Raúl y yo nos vamos a casar.

—¡¡Enhorabuena!! —volvemos a decir a la vez. Nos levantamos de un salto y la abrazamos.

—¿Por qué no nos lo has contado antes? —¿Cómo puede haberse guardado una noticia como esta durante todo el día?

—Estaba esperando el momento perfecto. —Sonríe.

—¿Cómo te lo pidió? ¿Por qué habéis ido a Madrid? Perdón por hacer tantas preguntas —dice Clara de manera atropellada—. Me estoy emocionando. Continúa, por favor.

—Qué dulce eres. —Andrea la abraza de nuevo y comienza a emocionarse ella también.

—Venga, Andrea, que me tienes en ascuas —interrumpo, intentando que el ambiente no siga tan sensiblero.

Volvemos a sentarnos y ella sigue hablando.

—Voy a comenzar por cómo me lo pidió. —Coge aire—. Fue en octubre, cuando fuimos a pasar unos días a Nueva York. Yo tenía que probar cómo era la estancia en un par de hoteles y realizar algunas excursiones para ver si los incluíamos entre nuestra oferta en esa ciudad. Pregunté a mis jefes si podía ir acompañada y me dijeron que por supuesto; es lo bueno de que siempre quieran agradarte —dice entre risas.

—Eres una suertuda.

—No puedo quejarme. El viaje fue mágico, lo pasamos genial. Aunque los dos conocíamos la ciudad porque ya habíamos ido por separado, disfrutamos muchísimo redescubriéndola juntos. Tras cinco días increíbles que jamás podríamos habernos permitido con nuestro salario, Raúl se empeñó en invitarme a cenar la última noche a un lujoso restaurante situado cerca de Central Park. Cuando ya estábamos en la calle, con tiempo más que de sobra para llegar al restaurante y tomarnos algo antes de la cena, me propuso dar un paseo por el parque. Lo vi con tantas ganas de ir que fui incapaz de decirle que no, a pesar de que nuestra indumentaria no era la más apropiada. Así que, allá que fuimos. Tendríais que habernos visto… Yo con un ajustado minivestido, taconazos y abrigo de pelito, agarrada del brazo de Raúl para no abrirme la cabeza. Él en traje, sin corbata; parecíamos sacados de un anuncio.

—Vaya panorama —dice Clara imaginándose la situación a la perfección.

—Espera, que ahora viene lo mejor. No llevábamos andando ni cinco minutos, cuando me dijo que me veía algo incómoda.

—Qué observador —digo yo entre risas.

—Sí, sí, no se le escapa una. Según él, estaba de suerte porque tenía la solución perfecta. En ese momento me quedé parada mirándolo, sin entender nada. Lo notaba nervioso y no lograba saber por qué. Iba a preguntarle qué le pasaba cuando, de repente, como si estuviésemos en una película de estas empalagosas cargadas de tópicos, apareció junto a nosotros uno de esos carros de caballos que tienen ese toque hortera y tan pasado de moda, pero que, aun así, a todos nos gustaría montarnos en uno de ellos.

—¿Y qué pasó? —pregunta Clara cada vez más intrigada.

—Cuando vi el carro no sabía si matarlo o comérmelo a besos. Mi parte romántica ganó la batalla y me decanté por la segunda opción. Le seguí el rollo y nos subimos. En el asiento me esperaba una rosa roja. El momento, el entorno…, me resultaba tan cursi, tan poco propio de él, que empecé a ponerme de los nervios yo también solo de pensar que podía querer proponerme algo. Y acerté de pleno. El carro se paró junto a uno de los lagos del parque y, mientras disfrutábamos de las vistas que hay desde allí, me pidió matrimonio… y le dije que sí, sin dudarlo.

En ese momento, las dos reparamos en el anillo en el dedo de Andrea.

—¿Lleva ahí puesto desde esta mañana? —le pregunto, sin entender cómo es que ninguna de las dos lo hemos visto.

—Sí —contesta ella—. Pensé en esconderlo para no tener que contarlo de cualquier manera si lo descubríais. Luego decidí poner los brillitos para dentro y no os habéis dado ni cuenta de que era un anillo especial.

—Pues ha funcionado —añade Clara—. Y tengo que decirte algo: por muy cursi que te resulte tu historia, Raúl es un romántico.

—No, no es romántico para nada. Ha sido lo más sorprendente que ha hecho desde que lo conozco. Estoy convencida de que fueron mis hermanas las que le obligaron a que lo hiciese así. Raúl lo niega, pero estoy segura de que, si hubiese dependido de él, me lo habría pedido en una hamburguesería, hamburguesa en mano. Aunque no quiera reconocerlo, seguro que tuvo asesoramiento —responde entre risas.

—Fuese como fuese, lo hizo, y ahora estáis prometidos. Esta noticia se merece un brindis.

Clara va directa a la cocina, coge tres copas y una botella de champán que le sobró de la celebración de la Navidad tardía. La descorcha con gran habilidad y brindamos por Andrea y, según Clara, por el amor.

—Ahora tienes que contarnos qué hacíais en Madrid —la interrogo.

—Es verdad, que me liais con el alcohol y me pierdo —contesta nuestra amiga mientras rellena las copas de las tres—. Hicimos muchas cosas. El caso es que vamos a casarnos en mayo del próximo año en Colombia, y queremos hacer otra fiesta en junio en Madrid. Cada uno quería celebrarlo en su tierra, así que decidimos casarnos dos veces. Fuimos a Madrid a buscar un sitio donde celebrarlo, por ahora tenemos varias opciones. Lo que haremos allí será una ceremonia de confirmación de votos y un cóctel, y por supuesto habrá barra libre. No hace falta que os diga que estáis invitadas a la boda que queráis ir, solas o con acompañante. En unos meses os enviaré las invitaciones.

Volvemos a fundirnos en un abrazo y a chocar nuestras copas, es momento de otro brindis.

—Ya sé que hemos perdido el contacto, pero, chicas, quiero que sepáis que sois muy importantes para mí, y me encantaría poder compartir ese día con vosotras. —Nos abraza de nuevo y hunde la cabeza entre las dos.

—Allí estaremos —responde Clara por las dos mientras yo permanezco callada. No tengo ni idea de donde estaré en un año, no quiero prometer algo que no sé si voy a poder cumplir.

—Eso espero.

—Clara, creo que nos merecemos esos mojitos. —Cambio de tema,

evitando así tener que contestar a Andrea. Creo que no se ha notado.

—Marchando.

Clara se dirige a la cocina a preparar esa bebida que siempre le queda mejor que a nadie.

A los pocos minutos reaparece en el salón con una bandeja cargada con tres enormes vasos.

—Aquí están —dice orgullosa de su creación, y nos da uno a cada una.

—Muchas gracias —contestamos al unísono.

—Le estaba contando a Ana que los días que hemos pasado en Madrid me han hecho retroceder a nuestros años universitarios. Esa ciudad tiene algo que siempre te hace querer volver.

—¿Y no os lo habéis planteado? —pregunta Clara—. Al fin y al cabo, Raúl es de allí. ¿Nunca te ha dicho si le gustaría volver?

—Voy a tener que contaros la otra cosa que hicimos en Madrid. No quería hablar de ello para no gafarlo, esperemos que no se estropee por mi culpa. Raúl fue a hacer una entrevista a una multinacional del sector del gran consumo, como os diga la empresa me mata. El caso es que es una gran oportunidad para él. El puesto es en el departamento de ***marketing*** como responsable de una de las marcas más importantes de la compañía, así que, si deciden contratarlo, nos volveríamos a Madrid en poco más de un mes. A él le encantaría volver y yo adoro la ciudad. Como ya sabéis, tengo familia que vive allí, y creo que a mis padres, dentro de algunos años, no les importaría irse también para allá. Pero bueno, no voy a montarme la película cuando aún no le han dicho nada.

—Seguro que tiene suerte. Y entonces tú, ¿tendrías que dejar el trabajo?

—Mis jefes están muy contentos conmigo. Les planteé la situación en la que estaba, por si tenía alguna posibilidad de moverme a la agencia que la empresa tiene en Madrid, y me dijeron que a pesar de que les daba muchísima pena que me fuese, si llegase ese momento, harían lo posible por buscarme un hueco allí. Como veis, son todo planes en el aire, aunque no puedo evitar sentir un hormigueo en el estómago. Espero que al final salga bien, porque si no, me voy a llevar una gran decepción.

—Esperemos que sí —la anima Clara—, y más te vale tenernos informadas de lo que vaya ocurriendo.

—¿Os imagináis que las tres acabásemos de nuevo en Madrid? —Andrea está cada vez más entusiasmada.

—Sería genial —contesta Clara.

—En mi caso, no es tan fácil —respondo, cortando un poco la efusividad del momento—. Si continúo donde estoy trabajando, pueden pasar años hasta

que yo dirija un hotel en España, y siempre sería de manera temporal. Como máximo suelen mantener a una persona en el mismo destino durante tres años. —Me doy cuenta de que acabo de decir «si continúo donde estoy trabajando». ¿Y esas dudas a qué vienen?

—¿Y eso por qué?

—En teoría es porque creen que las personas sienten mayor motivación si cambian con cierta frecuencia de puesto, y que si el cambio, además, es a otra ciudad, la experiencia es mucho más enriquecedora. Mi opinión es que prefieren gente que esté enfocada en el trabajo, y cambiarnos de ciudad cada poco tiempo ayuda a que nos centremos mucho más en nuestra profesión.

—Por lo que veo, no miran mucho por la conciliación familiar y las personas —opina Andrea sin tapujos—. Pero… ¿sabes qué es lo bueno? Que hay más empresas por ahí con menos gilipolleces, que estarían encantadas de tener el privilegio de contar con una profesional como tú. Así que, si algún día te cansas, ya sabes.

—Lo tendré en cuenta —respondo sin hacerle mucho caso. No puedo dejar de darle vueltas a mi propio comentario.

—Bueno, ahora os voy a hacer un regalo que os va a trasladar a nuestros años locos en Madrid. Estoy segura de que hará que te entren más ganas de volver, aunque sea a visitarnos.

Se levanta de manera misteriosa y se dirige a la habitación de Clara, donde ha dejado la mochila que la ha estado acompañando todo el día. Enseguida está de vuelta con dos paquetitos perfectamente envueltos; por el tamaño parecen dos libros.

—Aquí tenéis. Espero que os guste, y Ana, espero que no te moleste que me haya tomado la libertad de ir a visitarle —dice mientras nos entrega los regalos.

—¿A quién? —pregunto desenvolviendo el paquete.

Nada más retirar el papel, ya no necesito respuesta.

Es una copia del álbum de fotos que Clara y yo le encargamos a Dani para regalárselo a Andrea días antes de que se volviese a Colombia. Son fotos de las tres, las que nos hizo mientras recorríamos los rincones más emblemáticos de Madrid. Noto mis manos temblorosas e intento ocultarlo. El aire vuelve a faltarme. Me siento como en marzo, en aquella fiesta, con la diferencia de que esta vez no tengo escapatoria. Me toca disimular, irme ahora a mi cuarto sería muy raro.

—Me encanta, y no me molesta para nada. —Intento ocultar mis sentimientos.

—Es un regalo genial, muchas gracias. Siempre me arrepentí de no

haberme hecho una copia del álbum —contesta Clara.

—Y yo —digo sinceramente—. Madre mía, qué fotos, son geniales. Hay algunas muy naturales, pero hay cada posado… Mirad esta. —Consigo reírme e intento dejar de pensar que este regalo no puede ser una simple casualidad —. ¿Y cómo contactaste con él?

—Estaba dando un paseo con Raúl por el barrio de Salamanca y pasamos junto a su estudio. Como iba a venir a veros se me ocurrió que sería genial regalaros el álbum, así que decidí comprobar si guardaban los archivos. Entré y allí estaba él. Pensé que no se acordaría de mí, pero en cuanto me vio vino a saludarme. Recordaba hasta mi nombre, es un encanto. Charlamos un rato, le dije lo que quería y, tras unos minutos de búsqueda, encontró las fotos. Me dijo que me pasase en dos días y así lo hice. Cuando fui a recogerlos no estaba él, me atendió su hermana que, por cierto, también es muy agradable.

—¿Y él qué te contó? —Dejo a un lado sin querer mi fingida indiferencia.

—La verdad es que no me contó mucho. Hablé más yo, y hablé de más, como casi siempre. Sabes que cuando empiezo no paro. Me preguntó qué estaba haciendo en Madrid y sin pretenderlo me encontré contándole mi vida. Creo que se arrepintió de preguntarme en cuanto comencé a hablar sin parar de mi boda —contesta Andrea sonriendo.

—Seguramente —dice Clara riéndose—. Ya te imagino sin callarte, detallándole hasta el color de las flores.

—Pues si no se lo conté, poco me faltó. Me declaro culpable de ser como una cotorra. Soy incapaz de controlarlo. En medio de mi monólogo me di cuenta de que, tal vez, estaba dando detalles de cosas que le importaban lo más mínimo. Le pregunté qué tal él y me dijo que le iba muy bien, y… —Andrea se calla y me mira con gesto dubitativo—. A ver… no sé si contarte lo que me dijo.

—Ya que has empezado, nos lo cuentas. —Mi tono suena demasiado amenazador como para haberlo dejado por no quererlo. Mi mentira está dejando de ser creíble por segundos.

—Pues resulta que había estado saliendo con una chica e iban a casarse en septiembre del año pasado, pero en el último momento decidieron cancelar la boda.

—¡No me digas! —Finjo que no sabía que iba a casarse. Un peso que desconocía que llevaba encima se desvanece, me siento más ligera. Quizás no debería alegrarme tanto, aunque no consigo evitarlo—. Y él, ¿cómo estaba? — Tal vez esté destrozado, y yo aquí, sonriendo por dentro.

—Estaba bien. Me contó que al principio lo pasó mal, pero que poco a poco comenzó a estar seguro de que había tomado la decisión correcta.

—¿Y te explicó por qué cambiaron de idea? —Estoy metiendo la pata hasta al fondo, de esta no salgo bien parada.

—Te veo demasiado interesada… —me provoca Clara, y no puedo hacer más que asentir.

—Shhh, no interrumpas. Por favor, Andrea, continúa. —A la mierda mi indiferencia, que piensen lo que quieran. Hago un gesto a Clara con la mano para que se calle.

—Qué va… Tampoco le pregunté. Me sentí fatal por haberle dado hasta el más mínimo detalle de los pormenores de mi boda y le pedí disculpas bastante abochornada.

—¿Y qué te dijo? —Comienzo a reírme de la cara de apuro de Andrea.

Mi mente se dispersa y me imagino a Dani con su sonrisa única y su gesto pausado, mientras la escucha atento. La imagen cobra demasiado realismo. Su pelo revuelto, su barba, ese toque sexi, el niño bueno con aire canalla… De repente empieza a hacer un calor de la hostia. Le pego un trago al mojito, aunque en realidad lo que me apetece es sacar un hielo del vaso y pasearlo por mi cuello hasta la nuca. Suspiro, alejo esa imagen e intento volver a la conversación.

—Que no me preocupase. Insistió en que él estaba bien, y que se alegraba mucho por mí. En fin, que soy una metepatas.

—No, qué va —dice Clara muerta de la risa.

Podríamos haber escrito un libro recogiendo todas las veces en las que Andrea la había liado por hablar de más, la mayoría de las veces sin filtro alguno.

—Me alegro de que, a pesar de todo, él esté bien. —No puedo parar de pensar en que esto no puede ser solo una casualidad. Es imposible, y justo hoy.

—Sí, yo lo vi genial. Seguía estando igual de atractivo que siempre, aunque me pareció que estaba más fuerte; al menos yo lo recordaba muy delgado.

—Eso es porque ahora va al gimnasio. —Hablo, no pienso. Acabo de coronarme. Estas siete estúpidas palabras van a traer consecuencias. Mi parte más ingenua piensa que, tal vez, no se han dado cuenta.

Clara pega un largo trago a su copa mirándome fijamente, antes de lanzarme la pregunta.

—Y tú sabes que Dani va al gimnasio… ¿Por qué? Llevas años sin verle y hablar con él, ¿no?

Me muerdo el labio y me tapo la cara con un cojín. Tomo aire, lo aparto y decido hablar. Tampoco es tan grave.

—Vale, lo confieso: lo vi hace un año y medio. Me sentía fatal por haberme marchado y no reunir el valor para despedirme en persona; así que, con tres

años de retraso, decidí hacer bien las cosas y fui a verle aprovechando un viaje que tenía que hacer a Madrid.

—Bien hecho —responde Clara—. ¿Por qué no me dijiste nada? Y lo más importante, ¿cómo sabes que va al gimnasio? —pregunta elevando una ceja.

—Pues no dije nada porque no le di importancia. No sé, nunca se ha dado la ocasión —digo, ocultándole que no me había apetecido contarle que seguramente Dani estaba casado. Y que yo soy gilipollas, y que cada vez estoy más confundida—. No pienses mal, no me acosté con él. Lo del gimnasio lo sé porque él me lo contó. Comimos juntos, compartimos trozos de nuestra vida y luego volvió al trabajo. Fue muy agradable volver a verlo y comprobar que estaba genial, y, aparentemente, enamorado.

—Yo también creo que hiciste lo correcto —dice Andrea—. A lo mejor me meto donde no me llaman, pero ¿no crees que todo esto no puede ser una simple coincidencia? Tal vez es una señal de que tienes que volver a verlo. —Al escuchar esas palabras, mis ojos se abren como platos.

—¿Tú crees en el destino? —pregunto esperanzada.

—Por supuesto que sí. Creo que todo pasa por algo, que cada uno de nosotros tiene un destino…

—Hecho a medida. —Termino la frase por ella.

—¡Exacto!

Las dos comenzamos a hablar superemocionadas, tal vez algo afectadas por el efecto del alcohol, sobre nuestras diferentes teorías. Le cuento detalladamente cómo el creer en las señales me ha ayudado desde que decidí comenzar a vivir así y ella me confiesa que, aunque no es tan disciplinada, también está muy pendiente de las señales. Nos recomendamos libros mutuamente y sitios web donde profundizar más en el tema.

Clara aprovecha nuestra tertulia para preparar más mojitos.

Tras una larga conversación entre las dos, Clara lanza una pregunta que corta mi discurso por lo sano.

—Ana, entonces tendrás que hacer algo, ¿no?

En ese momento, Andrea y yo reparamos en que nuestras copas están llenas de nuevo y que ella ha vuelto de la cocina.

—No lo sé. Como le estaba diciendo a Andrea, últimamente recibo muchas señales que me alientan a continuar en el camino que he llevado estos últimos años. ¿Sabéis qué es lo más asombroso?, que esto haya pasado justo hoy.

—¿Por qué? —pregunta Clara.

—Porque hoy es su cumpleaños.

—¡Qué dices! —Abre los ojos de par en par—. Tienes que llamarlo. Le das las gracias por las fotos, lo felicitas, y ya mañana, sin alcohol en la sangre,

piensas qué hacer.

—No voy a llamarlo —digo, aunque sueno menos convincente de lo que me hubiese gustado.

—Estoy con Clara. Tienes que llamarlo, se lo debes al universo. Te lo está pidiendo a gritos. Si no lo haces vas a decepcionarlo, así que, si no es por ti, hazlo por él —me anima Andrea arrastrando el peso de los mojitos en cada una de sus palabras.

—No creo que deba, me parece mala idea. ¿Y si no está casado porque conoció a la mujer de su vida y me coge ella el teléfono?

—La única forma de salir de dudas es llamándolo. —Clara señala mi móvil. Mira fijamente a Andrea y las dos comienzan a animarme.

—¡Que lo llame, que lo llame, que lo llame!

Siento que volvemos a los veintipocos. Recuerdo el día en el que trazamos mi plan para conquistarlo. Son muy convincentes estas dos.

—Sois muy pesadas. —Apuro mi mojito de un trago y me seco teatralmente la boca con la mano—. ¿Sabéis qué? Voy a hacerlo, total, no tengo nada que perder, porque ni siquiera sé lo que quiero ganar con esto. —Cojo mi móvil, busco en la agenda para no demostrarles que, por alguna extraña razón, me sé su número de memoria y le doy a marcar. Suenan un par de tonos antes de que una voz de chico me responda al otro lado.

—¿Diga?

—Dani, ¿eres tú? Soy Ana. —Ahora mismo estoy hecha un flan. No estoy segura de que esa voz sea la suya.

—No conozco a ningún Dani. —La voz suena muy poco amigable—. Y creo que estas no son horas de llamar a nadie. —Acto seguido el desconocido cuelga.

En ese momento reparo en que son las tres de la madrugada, y no sé por qué, pero me entra un ataque de risa.

—Creo que ha debido de cambiar de número —les informo, tratando de sonar lo más seria posible—. Y, chicas, son las tres de la madrugada, si tenéis pensado llamar a alguien más, mejor lo hacemos mañana.

Tras decir esto, comenzamos a reírnos a carcajadas. Hemos perdido por completo la noción del tiempo.

—Ana, creo que deberías disculparte. Llámalo de nuevo —dice Clara sin poder parar de reír—. Eso te pasa por hacer caso a dos borrachas.

—¡Borracha estarás tú! —dice Andrea—. Yo me encuentro perfectamente —se le entiende entre carcajadas.

—Chicas, no vuelvo a haceros caso. —Me siento en el sofá, decepcionada por no haber conseguido hablar con él. Aunque no tengo ni idea de qué quiero

decirle, de qué siento. Creo que lo mejor será pensarlo unos días.

La sobremesa se alarga un rato más entre risas y mojitos.

Antes de irme a la cama, saco de mi mesilla mi libreta, voy directa a la primera página en blanco y, tras pensar unos segundos, comienzo a escribir.

> **Fecha:** junio de 2013.
>
> **Señal:** No sé por dónde empezar. Una amiga nos ha visitado y nos ha traído unas fotos muy especiales. Las hizo él, en otra vida. Justo hoy, bueno, ayer, era su cumpleaños. Él, que tiene una relación de amor-odio con cumplir años. ¿Lo habrá celebrado? Él cambió de idea y no se casó. Él cambió de número de teléfono. Él sigue creyendo mi triste mentira.
>
> **Sensaciones:** ¿Describirlo con palabras? Imposible.
>
> **Plan de acción:** No lo sé. Demasiados años dedicados a un objetivo como para quedarme a las puertas de mi final… ¿feliz?

Disney, el alcohol y el sueño me están afectando, así que mañana le daré una vuelta. Guardo la libreta y me meto en la cama. Una sonrisa suave perfila mis labios justo antes de dormirme.

---- ANA ----

Un nuevo giro

Diciembre — 2013

Hace ya un buen rato que dejé de mirar el reloj, prefiero no saber cuánto tiempo llevo dando vueltas en la cama. Una vez más, me incorporo. Mis ojos están más abiertos que cuando me acosté.

Enciendo la tenue luz de la lamparita de la mesilla y me dispongo a leer un rato, con la esperanza de que el sueño aparezca en algún momento. Tras pasar varias páginas y ver que mi cabeza está en cualquier otro sitio, cierro el libro y salgo de la cama. Bajo las escaleras alumbrándome con el móvil para no molestar, solo falta que mi madre se despierte y me haga un interrogatorio a estas horas.

Ya en la cocina, voy hasta el mueble donde mi madre guarda un poco de todo: azúcar, infusiones, algunos medicamentos, golosinas… Cojo un par de valerianas y preparo un vaso de leche templada. Me caliento las manos con el vaso y trago las pastillas. Luego me bebo la leche muy despacio, a pequeños sorbitos, respirando profundamente entre trago y trago.

Espero con impaciencia una calma que no llega.

Tras pasar un rato en la cocina enredando con el móvil, vuelvo a subir a mi habitación. Para mi desesperación, sigo igual de agitada.

Me siento en la cama y, justo antes de tumbarme, cambio de idea. Cojo una manta y me envuelvo en ella para salir un rato al balcón; necesito aire fresco. Dejo las puertas entrecerradas detrás de mí para que la habitación no se enfríe

y me apoyo en la barandilla. Intento distinguir entre los tejados mi preciada Playa de la Concha, que siempre me transmite una sensación de paz instantánea. Un manto de nubes cubre casi por completo el cielo, parece que la luna esta noche ha hecho pellas, y las estrellas han debido de quedarse con ella. Resulta imposible adivinar dónde empieza la playa entre tanta oscuridad. Aun así, permanezco asomada en el balcón. Oigo la brisa y me dejo llevar por el sonido del oleaje. Me invade una sensación parecida a la paz, lo malo es justo eso, que solo se le parece, y sé que, en cuanto vuelva adentro, desaparecerá de un plumazo.

Aunque ahora mismo las temperaturas deben de rondar los 0 °C, yo no siento frío, es como si no fuese conmigo. Además de ir equipada para la ocasión, con pijama polar, calcetines de pelito antideslizantes y una enorme manta sobre mis hombros, el barullo de pensamientos que me acribilla me sofoca y me acelera a partes iguales; hace el resto. Es como si llevase calefacción incorporada.

Aprovecho, por qué no, para hacer algunos ejercicios de respiración. Quizás el cambio de temperatura y algunas técnicas de relajación me ayuden a conciliar el sueño de una vez. Intento despejar mi mente, organizar mis ideas, bajar el ritmo…, pero hay algo en mi interior que sigue yendo a mil por hora. Me toco la cara y está congelada, así que, antes de coger una pulmonía, decido volver a la habitación.

Una vez dentro, me siento a los pies de la cama y contemplo las cajas apiladas junto a mi antigua mesa de estudio. De nuevo me toca empaquetar mi vida, y esta vez sin la certeza de saber qué me deparará transcurrido un año. Sé que esta incertidumbre es la culpable de que lleve semanas casi sin pegar ojo, y también de que es la causante de esta ansiedad que me oprime el pecho y me roba el aliento.

Llevaba días idealizando mis vacaciones en casa, sin embargo, y muy a mi pesar, ya nada es como antes. La sensación de volver al calor de mi hogar ha desaparecido, se ha esfumado como tantas otras cosas. Esta vez, la nostalgia ocupa demasiado espacio.

Carlos me ha arrebatado parte de mi refugio, él es quien está empañando los recuerdos. Su presencia, la complicidad que tiene con mi madre, sus cosas repartidas por toda la casa… Sus libros conviven con los de mi padre y su ropa invade un espacio que no le pertenece. Carlos junto a mi madre en la misma habitación que compartió con mi padre. Sus conversaciones animadas de buena mañana, mientras toman el desayuno. Él abrazándola por detrás, dándole un tierno beso en la mejilla, y yo mirándolos sin que se note, sintiendo que sobro en esta ecuación.

Intento mantener una relación lo más cordial posible y comportarme como sé qué debo hacer; actuar de otro modo no tiene sentido, pero me cuesta horrores. Con él siento que estoy interpretando el papel de la hija adulta de su mujer, aunque en realidad por dentro soy una niña enrabietada, enfadada por tener que compartir a mi madre. Así soy yo.

Estos sentimientos me alteran aún más. Me encantaría pensar de otra manera, pero no puedo evitarlo. Soy lo peor. Mi madre se merece ser feliz, y sin duda lo es.

Me dejo caer en la cama y los *flashes* vuelven. Ella llorando a escondidas y ayudándome a levantarme cuando también le faltaban las fuerzas. Sus intentos de hacerme reír, justo después de haberse enjugado las lágrimas… Los recuerdos de nuestros paseos casi a diario, cuando seguramente lo que quería era estar encerrada. Sus conversaciones sobre temas intrascendentes cuando en realidad le hubiese gustado hablar conmigo de él, recordarlo.

Pasa por mi cabeza una imagen mía, la caricatura triste de la chica en la que me convertí, y la oscuridad que me rodeaba, o que al menos yo sentía. No pude ayudarla, no nos permití sobrellevar el duelo juntas. Ella tuvo que superar el suyo a ratos, en la sombra de la noche, mientras intentaba dar algo de luz a mis días. Aunque se merece esto y todo lo bueno que le pueda pasar, me cuesta un mundo hacerme a esta nueva situación.

Apenas llevo aquí dos días y no sé cómo narices voy a aguantar otras dos semanas. Carlos se pasa el día intentando agradarme, y eso me desquicia aún más. Mido cada una de mis palabras, mis impulsos… Hago un esfuerzo sobrehumano para no decirle a bocajarro que él no es nada mío, ni lo será jamás. Creo que lo más conveniente es limitarme a continuar metida en mi papel, sin salirme del guion. Intentar conocerle un poco, pero sin hacernos íntimos, ni mucho menos, porque esto, aunque me parezca un mundo, solo es una situación temporal. En dos semanas se acabará la función y podré volver a mi vida. ¿Mi vida? ¿Por qué no consigo sentirme más emocionada por lo que está por venir?

Roma.

Los seis últimos meses han sido una auténtica locura. Justo al día siguiente de la visita de Andrea, mi jefe me dejó caer que estaban barajando entre escogerme a mí o al subdirector del hotel de Viena para participar en dos proyectos con una duración de unos seis meses cada uno de ellos. Y que, tras ese año y según los resultados obtenidos, el elegido sería ascendido, o bien como director de uno de los hoteles o con una posición de responsabilidad en alguna de las oficinas que la multinacional tiene repartidas por el mundo.

Él fingió que me lo comentaba de manera informal, y me dio a entender

que no debería haberlo hecho, pero en realidad sé que era solo parte de su estrategia para conseguir que la competitividad y ambición me hiciesen dar el cien por cien. Y, aun sabiéndolo, caí por completo, tal y como él esperaba.

Además de enfocarme todavía más en mi trabajo, me he dedicado a mover hilos para mejorar mis relaciones con compañeros de otros países. También me ofrecí a formar parte de diferentes proyectos, y conseguí que me incluyesen como formadora en alguno de los cursos que ofertaba la empresa para los empleados. Tenía que demostrar que era la mejor en todos los aspectos posibles. Necesitaba ganar a mi contrincante, al que, tras investigar en sus redes sociales, lo vi como un rival débil al que le perdía una buena fiesta.

Aunque nadie me lo dijese, yo sentía que el proceso estaba a mi favor. Sumado a esto, cada vez pasaba más tiempo sola en París. Clara había conseguido más clientes en Madrid y prácticamente vivía ya allí, así que no había nadie que controlase el tiempo que pasaba en el trabajo. Podía dedicarme en cuerpo y alma a él sin necesidad de dar explicaciones a nadie.

Tras cinco meses de duro trabajo, me comunicaron que yo era la elegida para participar en los dos proyectos, y que por el momento solo podían darme detalles del primero de ellos, que era la puesta en marcha de un nuevo hotel en Roma. El hotel abrirá a finales de marzo y yo ayudaré al director y al subdirector; formaré a los nuevos empleados, y participaré en la selección del personal.

Me siento muy halagada. Siempre me ha encantado embarcarme en nuevos proyectos, pero tras tanto sacrificio, la oleada de emoción que yo esperaba no ha llegado. El agotamiento le ha ganado la partida. Me encuentro justo en el punto donde se suponía que quería estar. Espero impaciente la magia, los fuegos artificiales, sentirme especial… Sin embargo, ninguna de estas cosas aparece. En cambio, desde hace días, se ha instalado en mi estómago un manojo de nervios que está haciendo de las suyas. Y no, no es un cosquilleo agradable. No, no son las famosas mariposas revoloteando ligeramente. Más bien es como… una estampida de bisontes que arrasa todo tras su paso. Lo de comer, lo dejaremos para otro mes. Siendo sincera, esta no es la sensación que esperaba llegados a este punto.

Según los libros de Robert Bliss, se supone que cuando estás tan cerca de tu destino, lo sientes. La tranquilidad de saber que vas por el camino correcto debe invadirte, pero yo no la encuentro por ningún lado. Las dudas empezaron a tomar un papel importante a principios de año, y desde entonces no me abandonan. ¿Cómo es posible que a estas alturas no sepa con seguridad si lo que estoy haciendo es lo que realmente quiero?

No son pocas las veces en que la voz de Víctor se cuela sin avisar en mi

cabeza y me repite que deje de huir de mis miedos, que me enfrente a ellos y que aprenda a vivir con mis claros y mis oscuros. ¿Acaso tiene razón?

Es una conversación que, de vez en cuando, él se toma la libertad de volver a iniciar con un discurso distendido, en apariencia inocuo, en el cual deja caer las cosas con sutileza. Hace como que les resta importancia, pero él sabe de sobra que crea a la vez un poso que no consigo borrar. Sus palabras retumban en alguna parte de mi cabeza cuando menos lo espero.

Y luego está la libreta. Sí, esa que dejé de releer a conciencia hace meses, la cual está aún más liada que yo. Sí, sus páginas están cargadas de señales contradictorias que yo continúo ignorando deliberadamente. Cada vez que reviso el dichoso cuaderno, me perturba más.

Me emocioné tanto cuando mi jefe me contó los planes que la empresa tenía para mí, que le di un manotazo a mis dudas. Debía seguir ese camino, era justo el empujón que necesitaba. He dedicado muchos años y demasiado esfuerzo. De algún modo, me lo debo. No puedo dejar escapar la meta por un montón de ¿qué?, ¿simples coincidencias? Sin embargo, a pesar de intentar alejar mis dudas con todas mis ganas, aquí siguen, robándome el sueño.

Todo debería ser más sencillo.

Apago la luz e intento acomodarme. Lo mejor será intentar prestar menos atención al ruido que me acompaña hasta el viernes, cuando viaje a Madrid para acudir a la reunión anual. Seguro que allí encontraré el *confort* que tanto necesito.

Me siento más relajada. Nos visualizo a mí y a Robert charlando. No sé qué me está contando, pero sus palabras logran inspirarme y guiarme. Estoy consiguiéndolo. Me noto más lenta, mis párpados pesan, y de repente… ¡Se abren de par en par! Un pensamiento fugaz, una idea, se cuela en la escena sin pedir permiso y me sobresalta.

A la mierda la calma. Me incorporo y, al contrario que otras veces, esta vez no lucho por intentar frenarme, dejo que el pensamiento repose. ¿Y si aprovecho mi visita a Madrid para ir a ver a Dani?

Enciendo la lamparita de la mesilla de nuevo y, sin dudarlo dos veces, voy directa hacia una de las cajas. La abro intentando no hacer demasiado ruido, y con cuidado rebusco en ella sin sacar nada, hasta que, justo en el fondo, la noto entre mis dedos. Rescato la libreta y vuelvo a la cama.

Me acomodo con la almohada y un par de cojines tras mi espalda, me armo de valor y comienzo a revisar de nuevo una a una las señales que he ido apuntando. Pongo el foco en todas aquellas que me incitan a apartarme de mi objetivo. Señales que, por uno u otro motivo, he decidido ignorar.

Mis dudas arrancaron antes de saber que las tenía. El detonante: mi

reencuentro con Víctor y después con Clara. Tardé poco en darme cuenta del bien que me hacía algo a lo que yo había decidido renunciar. El placer de lo simple: los paseos con mi amiga; las noches de fiestas y las de peli y manta; tomarnos un vino después de un mal día y desahogarnos hasta acabar riéndonos a carcajadas por cualquier estupidez. Esa complicidad olvidada. Las visitas de Víctor, sus abrazos, las tonterías de siempre. Nuestras conversaciones, a veces más intensas de la cuenta. Pero si él no me dice las cosas, ¿quién lo va a hacer?

Aunque si alguien se está ganando una libreta para él solito, ese es Dani. La primera vez que aparece entre sus hojas fue cuando escuché una canción mientras iba montada en un taxi y decidí ir a verle. ¿Fue por la canción o porque ya me sentía con fuerzas para volver a tenerlo enfrente? Sé la respuesta y… prefiero pasar de largo. Sus planes de boda, la ilusión en su mirada, y yo convenciéndome de que la decisión que tomé fue la correcta. Hasta que me pareció reconocerle en aquel local… Otra vez una canción como detonante y recuerdos enterrados resurgieron sin previo aviso. ¿Lo vi de verdad? Después el regalo de Andrea y volver a saber de él, justo ese día. Yo perdiendo por momentos la cabeza y dispuesta a llamarle, pero no pudo ser, y menos mal porque, ¿qué decir a esas alturas?

Tras ese día, la libreta está llena de pequeñas coincidencias. Como cuando varias veces al despertarme sonaba en la radio alguna canción que me recordaba a él. De nuevo el poder de la música, y… ¿qué hice yo? Pues dejar de usar la radio como despertador y utilizar en su lugar un sonido estridente que no me recordase a nada. También está el día en que dejaron en la recepción del hotel un ramo de flores casi idéntico al que él me regaló en nuestro único aniversario. El ramo iba destinado a alguien que no se alojaba en el hotel y los de la floristería insistieron en dejarlo allí porque, al parecer, habían enviado el ramo al hotel antes de que el huésped llegase. Pero no llegamos a recibir ninguna reserva a ese nombre, y tras más de cinco días de ver el dichoso ramo adornando la recepción, decidí tirarlo. Otra cosa que también apunté fue el día en el que Clara volvió de Madrid con una tarta de chocolate que le había regalado un cliente como agradecimiento. En cuanto la probé, supe que era la misma receta de la tarta de Emma que tantas veces había comido con Dani.

Paro de releer. Aunque tengo más cosas apuntadas, recordar todos estos sucesos que decidí pasar por alto, hacen que tenga aún más ganas de verlo. Necesito su número de teléfono.

La última vez que intenté saber de él a través de internet fue en septiembre, justo después de lo del misterioso ramo de flores. Tras una larga búsqueda no

encontré nada, debe de seguir siendo alérgico a las redes sociales, o, al menos yo, no logré dar con él. Lo único que localicé con facilidad fue la web de la tienda y un enlace al blog de su hermana, así que, a parte de un par de fotos de él, no obtuve ninguna información de provecho.

Suelto la libreta y cojo mi móvil., Vuelvo a visitar la página del estudio en busca del teléfono de contacto y este no ha cambiado, sigue siendo el mismo que tengo apuntado en mi teléfono. Lo llamaré por la mañana para ver si tiene un hueco y ganas de verme.

Navego unos minutos más por la web; tienen una agenda cargada de cursos y exposiciones. Por lo que puedo apreciar en las fotos, parece que han adquirido otro local para realizar los talleres; me alegro de que les vaya tan bien. Me entretengo mirando las fichas de los ocho profesionales que forman el equipo, la vez anterior este apartado no existía. Me leo la vida profesional de cada uno de ellos y dejo la de Dani para el final. Cada cual es más cualificado, con experiencias con marcas importantes, trabajo en agencias, con especialidades en temas que salen de mi conocimiento… Las leo despacio, ganando algo de tiempo antes de enfrentarme a la que de verdad me interesa. Finalmente abro la ficha de Dani y me quedo embelesada mirando su foto en blanco y negro, y eso que su cámara le tapa media cara. Parece como si estuviese fotografiándome una vez más. Me alejo de la película que estaba a punto de montarme en mi cabeza y reparo en que hay un enlace a una página personal. Vuelvo al inicio para comprobar si allí también aparece, pero solo está el enlace al blog de Emma, que en realidad es el de la tienda. Todo el contenido está relacionado con trabajos, talleres y exposiciones.

Vuelvo a la ficha de Dani y, tras dudar unos segundos, pincho el enlace que me lleva directa a un blog con un nombre que me remueve por dentro: «Instantes Robados». Recuerdo exactamente el día en el que Dani compartió conmigo esas fotos que guardaba para sí mismo.

Fue un domingo de esos lentos. De sábanas pegadas al cuerpo, de caricias, sin prisas, de respiraciones entrecortadas. De atrincherarnos en la cama. De sudor, de desayunos que se entremezclaban con la comida. De duchas con la intención de refrescarnos, para volver a acabar de nuevo enredados. No fueron pocos los días que pasamos así, entre besos y caricias; hablando de cualquier cosa, construyendo un futuro a rebosar de planes que, meses después, yo me encargué de arrebatarnos.

Comencé a alabar las fotos que decoraban las paredes de su habitación y él me confesó que las tomaba en la calle, como una afición. Que le encantaba pasear con su cámara y fotografiar a desconocidos; captar el momento y los sentimientos, sin posados vacíos. Yo le pedí ver más y él se levantó directo a

por su portátil. Pasamos el resto de la tarde viendo fotos de diferentes ciudades y personas. De gestos, de abrazos, de momentos…

Me contó entonces que muchas veces, cuando hacía esas fotos, no podía evitar inventarse historias para aquellos transeúntes, la mayoría de las veces ajenos a su cámara hasta que él les pedía permiso para conservar las instantáneas. Fue justo en ese momento cuando le sugerí que debía compartir en algún lugar esos instantes robados, porque no se merecían permanecer guardados en un ordenador. Él levantó el rostro con una amplia sonrisa, se revolvió el pelo y me prometió que, si alguna vez se lanzaba a hacerlo, usaría ese nombre: «Instantes Robados».

Y, por lo visto, cumplió su palabra.

Olvido por completo mi intención de dormir y me paso el resto de la noche descubriendo su blog. Por lo que puedo ver, la primera publicación es de hace algo más de un año. Deduzco que puso en marcha el blog justo después de su «no-boda». Conociéndolo, seguro que lo hizo para mantener su mente ocupada en otra cosa. ¿Cómo es que no lo he encontrado antes?

Algunas de las fotos recuerdo haberlas visto aquel domingo, pero la mayoría son nuevas. Tiene todas las publicaciones ordenadas por fecha y ciudad. Cada foto va acompañada de algo de historia, y no puedo evitar sonreír al pensar que yo he influido en su interés por conocer algo más de los sitios que visita. También incluye alguna referencia a las personas que salen en cada imagen y a lo que a su parecer hacían en ese momento. Cada captura, cada texto… Me lleva un buen rato mirarlo todo. Necesito saborearlo, disfrutarlo. Emociones captadas al vuelo: risas, llantos; miradas furtivas, complicidad; besos que remueven por dentro; abrazos, manos entrelazadas, gestos de ternura… Vida. Mezcla de culturas, de colores, de edificios emblemáticos, de rincones perdidos, playas, paisajes remotos y cercanos… Cada palabra me atrapa, me enamora, me hace sentir cerca de él y me ayuda a olvidarme de lo demás, de lo que será y lo que no.

Las horas pasan y yo sigo enfrascada en ese pedacito de su mundo, disfrutando de él acurrucada en mi cama. Se nota el tiempo que le ha dedicado, el mimo, el cariño y, por supuesto, su perfeccionismo. No se puede esperar otra cosa de Dani porque, si se embarca en algo, siempre da el cien por cien, incapaz de quedarse a medias. Si no puede poner el alma y las ganas, no pierde ni un minuto.

Veo que durante estos años ha viajado bastante, sobre todo por España y Europa. Lo imagino viajando solo, o con su inseparable amigo Sergio, que no se pierde una. Seguro que alguno de esos viajes los hizo con Laura. ¿Por qué pienso en eso ahora? Suspiro hondo y sigo perdiéndome, descubriendo

ciudades, viviendo el día a día de sus habitantes y visitantes, sin necesidad de salir de mi dormitorio.

Cuando me doy cuenta, estoy llorando. Las lágrimas fluyen con total libertad y mi mente se llena de ojalás con sabor amargo. Ojalá él nunca hubiese tenido aquel accidente, o yo hubiese sido capaz de darle menos importancia. Ojalá mi padre siguiese ocupando su espacio en nuestras vidas, justo en la habitación de enfrente. Ojalá pudiera volver atrás y entretenerlo un poco más aquel día; un par de minutos habrían sido suficientes. Ojalá la tristeza nunca hubiese decidido invadirme de esa manera tan salvaje. Sin piedad. Sin avisar.

Vuelvo a respirar hondo y suelto el aire en una gran bocanada, con la intención de que ese gesto se lleve consigo todos esos ojalás.

Aparto el móvil y permanezco apoyada sobre los cojines y el cabecero. Miro al techo y pienso en todo y en nada, mientras que alguna lágrima traicionera sigue escapándose de mis ojos. Tras unos minutos, me siento mejor y continúo viendo el blog. Aunque sigo sin saber qué narices quiero hacer con mi vida, en cuanto termino de disfrutar de todo su contenido, tengo algo muy claro: necesito verlo.

Vuelvo a coger mi libreta y escribo.

> **Señal:** He vuelto a pensar en él y, por casualidad, he encontrado su blog.
>
> **Sensaciones:** Por primera vez en mucho tiempo me he sentido cerca de él. Necesito enfrentarme a su presencia, verlo una vez más. Sigue estando tan presente…
>
> **Plan de acción:** Llamarlo mañana. Intentar quedar con él este fin de semana. Lo que tenga que ser, será.

Dejo mi móvil y la libreta sobre la mesilla, apago la luz y me acurruco en la cama. Noto cómo por fin el sueño me vence.

---- ANA ----

Unos días por Madrid

Junio — 2014

Pensaba que ya había pasado por todos los estados de ánimos posibles, pero lo de los últimos meses ha sido como ir montada en una puñetera montaña rusa sin saber qué narices iba a sentir tras la siguiente vuelta o giro.

Aquella noche de diciembre, con las emociones a flor de piel y el caos inundando mi cabeza, me invadió la certeza de que hacer esa simple llamada lo cambiaría todo. Que escuchar su voz, me daría la calma que tanto necesitaba.

Ahora, pensándolo en frío y con tiempo de por medio, sé, con total certeza, que esa conversación habría removido aún más mi desorden.

Tras mi epifanía nocturna al descubrir su blog —el cual sigo visitando con asiduidad—, y a pesar de haber dormido un par de horas mal contadas, me levanté cargada de energía, con la sonrisa dibujada en la cara y con mariposas —sí, esta vez eran mariposas— revoloteando alegres en mi estómago. Me tomé un café, hice unas cuantas respiraciones profundas frente a mi teléfono, lo sujeté con firmeza y pulsé el botón de llamada con la confianza a tope.

Me respondió una voz conocida, aunque, para mi suerte o desgracia —aún no estoy segura—, no era la suya. Cogió el teléfono su hermana. Le encantó volver a saber de mí, y a mí de ella, por supuesto. Todo fue emoción y buenas palabras de la una hacia la otra. Como preámbulo a «La Conversación», no estuvo nada mal. Pero tras estirar como un chicle los halagos, Emma cambió su tono dicharachero por otro mucho más neutro y lo soltó por fin, a

bocajarro: Dani no estaba en España, y no volvería hasta pasadas dos semanas. Estaba nada más y nada menos que en Hawái, en una campaña publicitaria de una conocida marca de ropa española, para la cual él es uno de sus fotógrafos de referencia. Flipé con que trabajase para ellos, y más aún de que contasen con él incluso desde el otro lado del océano. Lo primero que sentí fue una oleada de orgullo, hasta que apenas medio segundo después me desinflé. Ese fue justo el tiempo que tardé en darme cuenta de que mi plan, con cero lagunas, de llamarle y quedar con él, para no sé muy bien qué, no iba a pasar.

De un plumazo, volví a la realidad que me había llevado tanto tiempo y determinación construir. Yo ya no formo parte de su mundo. Llevamos años sin vernos, sin hablar, envueltos cada uno en nuestra vida. Y, aunque él de vez en cuando ocupe algún rincón en mi cabeza, es solo eso, un recuerdo; quizás idealizado o quizás no. Una historia interrumpida en su mejor momento.

En ese instante comprendí que mi intento de acercarme a él era un auténtico sinsentido. La conversación entre las dos continuó. Nos pusimos al día porque hubo un tiempo en el que nos llevábamos bastante bien, pero yo me marché y a ella también la dejé atrás. Hablamos de su hija, de su nueva etapa en la vida, de lo bien que les iba con el negocio… Y yo le conté, con menos dudas, mis planes de futuro.

Antes de colgar, Emma me dio el número de su hermano. Yo lo apunté en la agenda de mi móvil, aunque ahora, seis meses después, sigo sin haberlo usado.

Tras aquella llamada, colgué el teléfono y abrí de nuevo mi libreta para apuntar la señal que esperaba para poder continuar por mi camino.

Cero dudas, cero arrepentimientos. Se acabó el echar la vista atrás y adelante con lo que venga para alcanzar de una vez por todas mi felicidad.

¿Suena fácil? No, ¿verdad? Porque no lo es.



A principios de enero, cogí de nuevo mis bártulos y volví a poner tierra de por medio. Me fui con ganas de hacerlo, empachada de dulces y del ambiente algo empalagoso que se respiraba en casa de mi madre.

Fue llegar a Roma y, en tan solo unos días, la adrenalina de lo nuevo me embaucó. La apertura del hotel se convirtió en mi principal objetivo, y conseguí justo lo que necesitaba: llenar por completo mi tiempo y dejar poca cabida para el autorreconocimiento. Los «y si» y los «por qué».

El proyecto es fascinante, y el ambiente de trabajo inmejorable. Todos tenemos una meta común y se notan las ganas. No son pocas las veces que acabamos cenando en el hotel mientras revisamos propuestas o currículos de candidatos.

A veces siento que el cansancio me gana la partida, entonces recibo algún elogio, y es como un chute de energía que me impulsa a continuar dándolo todo. De vez en cuando, el dolor de cabeza vuelve a acompañarme y, justo en esos momentos, las dudas por saber si estoy haciendo lo correcto me asaltan. Un nudo encoge mi estómago, las ganas de comer desaparecen y me siento aún más pequeña. Pero, bueno, dejando a un lado estos altibajos, a los cuales he decidido darles la importancia justa, me encuentro genial. Eso sí, aunque siento pasión por lo que hago, ya han pasado seis meses, y esperaba con ilusión un nuevo cambio que por ahora no va a llegar.

Hace unas semanas me comunicaron que, en lugar de realizar dos proyectos de seis meses, tendría que pasar algún tiempo más en Roma, cosa que veía venir. El hotel abrió sus puertas después de lo previsto, necesitan que continúe unos meses más formando al personal y supervisando que todo funcione correctamente.

La noticia vino acompañada de decepción. A pesar del cansancio acumulado, tenía muchas ganas de algo nuevo, pero poco a poco me fui haciendo a la idea. Ya conozco al personal, me llevo de maravilla con la directora y el subdirector, y quizás me venga bien bajar algo el ritmo para poder disfrutar un poquito de la ciudad. Incluso me he planteado hacer de guía turística en mis ratos libres. Además, logré juntar unos días para poder asistir a la boda de Andrea. No había gastado ni un día de vacaciones y me debían festivos trabajados.

Aunque no he vuelto a verla desde aquel día en París, me apetecía acompañarla, despejarme un poco y aprovechar para pasar unos días con Víctor y Clara, a quienes no veía desde diciembre. Llevo desde navidades algo desconectada de todos. Los comienzos nunca son fáciles, y yo soy especialista en centrarme en algo de manera intensa, rozando la obsesión. Y sí, así es con todo.



Llegué a Madrid el martes por la tarde. Clara y Víctor vinieron a recogerme y, aunque yo esperaba reproches y consejos sin haberlos pedido, lo que recibí fue

un tierno achuchón de bienvenida de mis dos mejores amigos. Sin entender por qué, casi me eché a llorar; sin embargo, conseguí guardar las formas. No era consciente de cuánto necesitaba estar con ellos.

Desde esa misma noche no hemos parado: cenas, paseos interminables, compras y, tal y como le prometí a Víctor, por fin pude acudir a su escuela de teatro a ver la función de fin de curso de sus alumnos. La escuela ya la conocía, pero verla rebosante de vida, de ilusiones y de sentimientos a flor de piel…, eso es otra historia.

Me encantó la obra de teatro. El público estaba superentregado, los niños parecían auténticos profesionales y Víctor estaba radiante, feliz; justo donde debía estar. Tras la actuación, Clara y yo nos fuimos de cena con él y con todos sus compañeros. A pesar de que no queríamos liarnos mucho para estar presentables para la boda, acabamos recogiéndonos mucho más tarde de lo esperado, y no precisamente en las mejores condiciones. Hoy se nos han pegado las sábanas, y ahora estamos pagando las consecuencias, pero lo de anoche valió la pena, sin duda.

—¡Chicas, como no os espabiléis vamos a llegar después que la novia! —nos grita Víctor impaciente desde el salón.

—Ya casi estamos. —Clara asoma la cabeza desde el baño—. Danos diez minutos, por favor.

—¿Diez minutos más? Tenemos que hacer casi una hora de viaje. No entiendo la manía que ha cogido la gente de celebrar las bodas en medio del campo, con la de lugares bonitos que hay en Madrid.

—Ya oíste a Andrea, la finca es idílica —le recuerda Clara.

—Tiene que ser la hostia, si no, no lo entiendo —responde él, un poco estresado—. A este paso voy a tener que cambiarme la camisa antes de salir, ya estoy sudando.

—Llevas una de repuesto, ¿verdad? —pregunta Clara terminando de sombrearse los ojos.

—Por supuesto. ¿Y vosotras? ¿Lleváis zapatos planos?

—No hace falta, habrá salva tacones y bailarinas para el baile. —Esta vez la que responde soy yo, mientras intento meter mis cosas en un bolso monísimo, pero ridículamente pequeño. Siempre acabo comprando estos complementos tan útiles.

—Entonces me quedo más tranquilo —refunfuña.

Estoy segura de que no ha entendido nada de lo que le he dicho.

Quince minutos después, los tres salimos del apartamento situado en el barrio de Legazpi, en el cual ambos viven desde hace algunos meses.

—Ana, estás segura de que no vas a beber, ¿verdad? —insiste Víctor por

enésima vez.

—Que sí —contesto poniendo los ojos en blanco—. ¿Te he dicho alguna vez que eres muy pesado? Con lo de anoche tuve suficiente. Cada vez tolero peor el alcohol, creo que ha dejado de compensarme. Prometo que yo traeré el coche de vuelta.

—Te tomo la palabra, luego no quiero arrepentimientos.

—¡Que no! —contestamos las dos al unísono esta vez, a lo que él levanta ambas manos en son de paz, con cierta sorna.

Nos montamos en el coche con Víctor al volante, Clara de copiloto y yo en el asiento de atrás, y ponemos rumbo al lugar de la celebración.



Después de más de cuarenta y cinco minutos de carretera, en el kilómetro indicado en la invitación, vemos un cartel anunciando la finca, el cual señala hacia un estrecho camino situado a la derecha. Torcemos obedientes hacia esa dirección y, tras un largo recorrido y pensar en varias ocasiones que hemos debido pasarnos el sitio, volvemos a ver otra señal que nos indica que vamos en la dirección correcta. Un suspiro de alivio suena al unísono en el interior del coche. Clara y yo no paramos de intercambiar miradas a través del espejo retrovisor interior, mientras de reojo miramos el reloj; cada vez estamos más agobiadas, deberíamos habernos levantado antes.

Por fin llegamos a una explanada llena de coches. Víctor da varias vueltas buscando un hueco para aparcar. El coche de la novia acaba de llegar. Él nos dedica una intensa mirada de «os lo dije» y deja el coche tirado de cualquier manera. Bajamos apresurados y aceleramos el paso para adelantarla. Entramos en la finca y seguimos las flechitas que están colgadas de algunos árboles. Las indicaciones nos llevan a un camino empedrado. Avanzamos rápidamente, acompañados de otros rezagados, hasta alcanzar el lugar donde va a celebrarse la ceremonia.

Nada más llegar, cogemos limonadas heladas de un carrito de bebidas y nos situamos de pie tras la última fila de sillas; todos los asientos parecen ocupados. El sitio es una auténtica preciosidad. Ante nosotros se extiende una explanada de césped cobijada bajo la sombra de frondosos árboles. Guirnaldas blancas, y algunos globos en el mismo tono, destacan entre las hojas verdes. Más o menos un centenar de sillas de madera, lacadas en blanco, ocupan el espacio, dejando en el centro un ancho pasillo cubierto por pétalos de rosas.

Cada asiento tiene colgado un paquetito con arroz y más pétalos.

El novio aguarda impaciente, de pie junto a su madre, al lado de un atril, en un escenario mágico decorado con velas y globos, con cuatro asientos de forja negros con cojines blancos mirando hacia los invitados.

Un fotógrafo equipadísimo fotografía al novio y a los invitados. Varios cámaras están grabando, incluso un dron sobrevuela nuestras cabezas para captar desde arriba la llegada de los novios y de los invitados. Parece que estén grabando una película.

De repente, reparo en algo que se me había pasado por alto, el nombre que llevan impreso en sus camisetas: «Hermosell Estudio». Mi corazón da un vuelco. Bueno, más bien se vuelve loco. ¿Cómo ha podido Andrea contratarlo sin decirme nada? Aunque, siendo justos, yo no le confirmé mi asistencia hasta hace un par de semanas, como para andar encima dándome explicaciones… Echo un vistazo rápido, pero no hay ni rastro de él. Respiro hondo e intento tranquilizarme. ¿Cómo narices he podido plantearme que pueda estar aquí? Él fotografía a modelos en Hawái, ya no tiene tiempo para acudir a esta clase de eventos. Dani ya no es el fotógrafo que conocí en mi graduación.

Una música suave comienza a sonar, la novia va a realizar su entrada. Todos los presentes nos giramos al unísono. Los primeros en aparecer son dos niños con carteles entre sus manos. A continuación, tres niñas van lanzando tímidamente pétalos sobre el suelo y, tras ellos, aparece la novia cogida del brazo de su padre, a la que yo ignoro por completo. Mis argumentos desfilan ante mí y caen por su propio peso. Me centro en el fotógrafo que, de manera invisible para el resto de los invitados, inmortaliza el momento. Es él. Lo observo, cámara en mano, con esa cara de concentración que lo hace aún más atractivo. Una vez más, retrocedo al día en que lo conocí y mi estómago se encoje.

Pasa junto a mí dándome la espalda. No me ha visto. Mi piel se eriza ante su presencia, y un cosquilleo que no sentía desde hace años atraviesa mi cuerpo. Una vez que todos llegan hasta el novio, y que la novia y el padrino toman asiento, por fin consigo articular palabra.

—Clara, ¿sabías que él iba a estar aquí? —La agarro del brazo y le murmuro al oído. Por su cara, parece que ella también lo ha visto.

—No, estoy casi tan sorprendida como tú.

—¿De verdad? —La miro seria, pidiendo sinceridad.

—Sabía que Andrea había contratado al estudio de Dani para hacerle las fotos de la boda. Pero se suponía que él tenía otros compromisos y que vendría gente de su equipo… Por eso no te dijimos nada.

—Pues, por lo que se ve, ha cambiado de idea.

Vuelvo mi vista hacia adelante y, aunque me gustaría poder disimular, mis ojos permanecen anclados en él. Apenas consigo reparar unos segundos en lo guapísima que va Andrea, mucho menos enterarme de la ceremonia. De repente, me urge muchísimo hablar con él, pero viéndolo, creo que hoy no va a ser el día.

Tras más de media hora intentando sin éxito prestar atención a la ceremonia, los recién casados se besan y yo me uno al aplauso del resto de asistentes. Los novios se atreven a pasear agarrados por el camino situado entre los invitados mientras que todos los asistentes lanzamos pétalos y arroz sobre ellos.

Cuando llegan al final del recorrido, los invitados comienzan a felicitarlos e inundarlos de besos y abrazos. Dani no pierde detalle de nada, estoy segura de que está capturando cada gesto, cada instante, como solo él sabe hacer. Víctor me pide que me mueva, sacándome de mi trance, y los tres nos acercamos a los novios para felicitarlos.

Mientras abrazo a Andrea, siento que él inmortaliza el momento. Entonces me giro y ocurre, todo a nuestro alrededor parece detenerse. Nuestras miradas se cruzan sin miedos. Me regala una sonrisa de las buenas y yo vuelvo a mirarlo como si no hubiese pasado el tiempo. Se muerde el labio y, sin dudarlo dos veces, me fotografía. En ese momento Andrea se acerca un poco más para decirme algo.

—Ana, no sabía que él iba a venir. Ha sido una sorpresa verlo en mi casa esta mañana.

—No te preocupes —contesto mientras vuelvo a abrazarla.

Voy a acercarme a él para saludarlo, pero unos camareros nos indican que debemos movernos al patio donde tendrá lugar el cóctel. Vuelvo a mirarlo antes de marcharme. Dani me sonríe de nuevo y me dice que luego irá a verme.

—Parece que te has quedado un poco… ¿cómo diría yo? ¿Embobada? —Víctor pasa su brazo por encima de mis hombros mientras nos dirigimos al cóctel.

—No esperaba verlo aquí, es solo eso. —Mi tono de indiferencia no puede sonar más falso. Víctor me dice que no me lo creo ni yo sin necesidad de palabras, sus ojos azules hablan por sí mismos.

En cuanto llegamos a la zona del cóctel, nos unimos a una mesa con otros amigos de los novios. Mi cabeza está en cualquier parte menos aquí. Finjo que escucho y limito mis intervenciones a escuetas respuestas y breves sonrisas.

—Entonces, ¿trabajas en Roma? —Oigo desde la lejanía, por lo que dejo de evadirme y vuelvo a la conversación.

—Sí —contesto, sin saber cuál de las dos chicas que tengo enfrente ha hecho la pregunta—, es algo temporal. Estoy ayudando en la puesta en marcha de un hotel.

—Qué interesante. A mí me sacan de las cuatro paredes de una oficina y todo me parece fantástico —contesta una de ellas.

—Sí, es apasionante —respondo sin conseguir transmitir el entusiasmo que pretendía. Ahora mismo no me apetece seguir hablando.

De pronto, la música ambiente comienza a sonar más alta. Los novios han terminado su sesión de fotos y entran al cóctel. Todos los invitados aplaudimos, y más de uno les pide que se besen. Ellos dejan la vergüenza a un lado y nos regalan un apasionado beso, mientras Dani no para de fotografiarlos. Suspiro, resignada, y abandono mi intención de tener una conversación con él. En realidad, tampoco tengo ni idea de qué quiero decirle, y la improvisación no es mi fuerte; puedo sorprenderme con cualquier cosa. Así que me conformaré con seguirle con la mirada como si tuviese quince años.

Me integro de verdad en la conversación y comienzo a darle a estas chicas todo lujo de detalles sobre mi vida en Roma. Al menos así me entretengo y pienso en otra cosa. Me encuentro en pleno monólogo, cuando lo siento detrás de mí. No sé cómo narices sucede, pero siempre que lo tengo cerca, lo sé. Me giro y me pierdo mirándolo de nuevo. Su sonrisa dulce, su mirada intensa, su pelo despeinado sin estarlo, y su barba, que siempre le ha dado ese toque sexi… Reparo en que algunas canas salpican su pelo, y unas pequeñas líneas de expresión se marcan alrededor de sus ojos. Ha pasado el tiempo para los dos, justo el que yo no nos permití pasar juntos. Permanezco callada, embobada. Él me devuelve una sonrisa cargada de intención y rompe el silencio.

—Estás guapísima.

Deja su cámara sobre la mesa y nos abrazamos con ternura. Todo mi cuerpo parece despertar ante ese simple gesto. Vuelvo a sentir su aroma fresco, tan familiar. Me siento en casa, y lo que he ido construyendo, cada una de las decisiones que he tomado, se tambalean aún más. Nos separamos y por fin consigo articular palabra.

—No sabía que estarías aquí. —Mi ingenio y mi capacidad para construir frases largas me han abandonado.

—Me encantaría poder quedarme hablando contigo, pero ya sabes que no puedo perderme nada. Seguro que ya he dejado escapar algún detalle —dice, buscando con su mirada a los novios.

—Lo sé. —Me quedo callada y le sonrío.

—Trabajo hasta que comience la barra libre, así que, si luego te apetece, podemos tomarnos algo y nos ponemos al día. ¿Qué me dices?

—Aquí estaré —respondo de manera escueta, mientras él recoge su cámara.

Sigo mirándolo sin disimular, como si siguiésemos siendo nosotros. Él saluda rápidamente a Víctor y a Clara antes de continuar con su trabajo. Me vuelve a mirar, me sonríe de nuevo y se aleja.

Cuando se marcha, me quedo ida. Una tormenta de pensamientos y emociones me inunda. Clara llega justo a tiempo, antes del derrumbe.

—¿Qué ha pasado aquí? —me pregunta demasiado alto. Se da cuenta y se lleva la mano a la boca. Tarde. Víctor ya nos mira desde el otro lado de la mesa sonriendo.

—No ha pasado nada, y a la vez han pasado demasiadas cosas. Ya sabes, mi cabeza siempre va a mil por hora.

—¿Estás bien? —Esta vez ella también susurra. Es hablar de mi cabeza, y cualquiera que conozca mi historial pone ese gesto torcido.

—Tranquila, estoy bien. Es solo que ha sido demasiado raro.

—¿Damos una vuelta? —me propone.

—Sí, por favor, lo necesito.

Clara y yo nos alejamos de los demás en silencio. Vemos un banco bajo un árbol y decidimos sentarnos.

—¿Por qué dices que ha sido raro? ¿Él estaba raro contigo? —pregunta Clara una vez está segura de que nadie puede escucharnos; como si, de otro modo, todo el mundo fuese a estar pendiente de nuestra conversación.

—No, yo estaba rarísima. Bloqueada. ¿Sabes qué? En diciembre intenté quedar con él, pero no pudo ser porque estaba de viaje. Mis ganas de encontrármelo, de poder hablar tranquilamente con él, eran descomunales. Ahora lo tengo enfrente…, y me quedo como ida, titubeando. ¿Qué narices me pasa? —Me tapo la cara con las manos, pensando si parar de sincerarme. Sin embargo, necesito abrirme. Aparto las manos, me echo hacia atrás y vuelvo a mirar a Clara—. Dani estaba radiante y yo estaba ahí parada, sin palabras.

—Cuando fuiste aquella vez a verle a su estudio, ¿te sentiste igual?

—Qué va, para nada. Fue totalmente diferente. Estuvimos hablando como siempre. Por unas horas fuimos los de antes, obviando, claro, que él estaba prometido. —Me rio con amargura y continúo—: Hoy no me veo capaz de decirle más de cuatro palabras seguidas.

Guardamos silencio unos segundos, hasta que Clara vuelve a hablar.

—La otra vez ibas preparada. Tú fuiste a visitarlo, sabías a la perfección qué querías decirle. Estoy segura de que incluso habías ensayado tu discurso. —

Sonrío asintiendo—. Hoy te ha pillado por sorpresa, fuera de juego. Es normal que no sepas qué decir. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo viste, y mucho más aún desde que estuvisteis juntos. —Asiento de nuevo y ella toma aire, la cosa se pone más sería—. ¿Me dejas preguntarte algo?

—Sí, claro. —Sé de sobra lo que va a preguntarme porque yo también haría la misma pregunta a alguien en mi situación.

—¿Aún le quieres?

Permanezco callada unos segundos y miro a Clara fijamente a los ojos. Respiro hondo y por fin respondo lo que sé que siento, y que, hasta ahora, no me he atrevido a verbalizar.

—No quiero permitirme quererle.

—¿Por qué? —Mi respuesta nos ha pillado a las dos por sorpresa, necesito unos segundos para poder contestar y ella respeta mi silencio.

—Porque no puedo. Lo dejé en nuestro mejor momento. Deshice sus esquemas, abandoné nuestros planes, nuestra historia se quedó colgando en el aire. Cambié mi mundo en búsqueda de mi felicidad y le di a entender que solo podría encontrarla lejos de él, lejos de cada uno de vosotros. ¿Y si Víctor tiene razón y lo del destino no ha sido más que una distracción, una huida de mis miedos? ¿Y si he tirado estos años por la borda, creyendo en algo que no era real y siguiéndolo a rajatabla? ¿Y si cuando llegue al final de mi camino no encuentro lo que creo que estará esperándome? No sé si he respondido a tu pregunta —concluyo nerviosa, intentado asumir cada una de las palabras que acaban de salir por mi boca.

—No creo que hayas perdido el tiempo. Todo lo que vivimos nos aporta algo. Ahora lo que debes intentar es averiguar qué te hace sentir mejor, y hacerlo. —Estrecha mi mano y ese gesto y su sonrisa me transmiten un poco de calma—. Estos años te han servido para madurar. No te arrepientas de las decisiones que has tomado y de a dónde te han llevado. Creo que, si de algo hay que arrepentirse, es de las cosas que no hacemos. Todo lo que has vivido lo necesitabas para ser quién eres hoy, y para entenderte mejor.

—Puede que tengas razón. —Lleno mis pulmones de aire y lo suelto despacio. Sus palabras me reconfortan—. ¿Y ahora qué?

—Pues te toca ver si quieres permitirte quererle y, si es así, y él siente lo mismo, intenta volver a hacerle un hueco en tu vida.

—Lo dices como si fuese fácil.

—Yo no he dicho que vaya a ser sencillo. Si tiene que ser, será. Aunque cueste. —Me da un achuchón y, en ese momento, Víctor nos interrumpe.

—Chicas, los novios están en nuestra mesa. Andrea pregunta por vosotras.

—Pues vamos para allá.

Por la mirada que me devuelve, no hay lugar a dudas: nos ha oído. Justo lo que le faltaba a don argumentos.

Nos levantamos del banco y vamos de nuevo hacia la mesa.

El resto de la comida lo pasamos entre risas y anécdotas. Charlamos con unos y con otros y nos hacemos fotos con gente que, casi con total seguridad, no nos volveremos a encontrar. No paran de salir platos, cada vez comemos más lento. Los camareros reparan en que la comida de las mesas no disminuye y comienzan a retirarla. Entonces nos indican a todos que podemos coger los postres que queramos de una enorme mesa que ha aparecido de repente al fondo del patio. Después de tantos meses de malcomer, hoy exploto, fijo.

Tras los postres comienza la barra libre. Seguimos las indicaciones de una de las hermanas de Andrea y nos dirigimos hacia un enorme porche que está preparado como pista de baile. Un bonito jardín situado al lado dispone de sofás y mesas bajas para quienes prefieran disfrutar sentados de su copa. Junto a las mesas, se encuentran diferentes barras y la mesa del *DJ*.

Una balada romántica comienza a sonar. Todos los invitados abrimos un hueco y dejamos libre el centro de la pista. A los pocos segundos, los novios ocupan el espacio y nos deleitan con su primer baile como marido y mujer, mientras Dani y un cámara les siguen sin perder detalle de nada. Yo estoy situada en primera fila, con los ojos cada vez más empañados. Aunque finjo no darme cuenta, sé que soy la protagonista de más de una instantánea.

En cuanto acaba la canción, comienza a sonar otra mucho más animada. Los novios nos invitan a bailar junto a ellos. Yo me distancio un poco para poder seguir a Dani con la mirada. Veo cómo se dirige a una zona preparada para el *photocall*. Allí habla un rato con los otros dos fotógrafos y minutos después se marcha, llevándose consigo parte del material que los ha acompañado durante toda la jornada. Intento no perderlo de vista, Él desaparece en la lejanía, rumbo al aparcamiento.

Necesito hablar con alguien. Busco a Víctor y a Clara, pero los veo acaramelados, bailando juntos, y prefiero dejarles su espacio. Me dirijo a la barra a pedir un mojito sin alcohol. Soy un manojo de nervios, lo que daría ahora por un buen copazo…, sin embargo, tengo que cumplir mi palabra.

---- DANI ----

¿Hablamos?

Dani salió de la finca con paso apresurado y se dirigió hacia una furgoneta serigrafiada con el logotipo de su estudio. Entró por la puerta trasera y la dejó entrecerrada. El calor era asfixiante, o al menos él lo sentía así desde que la vio en la ceremonia.

Ordenó el material y cogió una mochila. De su interior sacó: una botella de agua, una toalla de tocador, colonia y desodorante. Lo que daría por poder darse una ducha…, pero tendría que conformarse con eso. Se desprendió de la camisa que llevaba acompañándole desde las ocho de la mañana y se aseó como le fue posible. Abusó un poco del perfume y se puso una camisa limpia que tenía colgada en el interior de la furgoneta; la solución no era perfecta, pero se sentía mucho mejor. Se asomó al espejo retrovisor interior, se mojó las manos y, de manera casi automática, empezó a colocarse el pelo y se tocó la barba. Sintiéndose algo más presentable, decidió volver a la boda.

Ya fuera de la furgoneta, tomó aire y, justo antes de dirigirse de nuevo hacia la finca, notó que su móvil vibraba en el bolsillo del pantalón. Estuvo tentado de ignorarlo, sin embargo, acabó cogiéndolo. Al ver el nombre de Sergio en la pantalla no dio crédito; estaba seguro de que le tenía puesta una cámara en algún sitio.

—Cuéntame —contestó, intentado sonar lo más despreocupado posible.

—Por favor, dime que no estás donde yo creo que estás —respondió su amigo.

—¿Y qué hago? ¿Te miento? —Dani resopló.

—Eres la hostia. Estaba seguro de que sabiendo que ella iba a estar allí, no ibas a poder resistirte. Y esta vez, ¿se puede saber que tienes planeado? ¿Qué vas a hacer? ¿No habías decidido mantenerte al margen?

—Pues mira, voy a serte sincero. Tu amigo, el organizado, el que no puede dejar un puto cabo suelto, no tiene ningún plan… Lo que sí que tiene son demasiadas cosas que compartir con ella, y esta es la oportunidad perfecta. Desde que intentó hablar conmigo en diciembre, desbarató todos mis planes de apartarme. Por favor, no vengas a darme sermones ni lecciones de moral.

—Tranquilito, que te veo muy lanzado. No pienso echarte nada en cara. Solo llamaba para confirmar mis sospechas y para que, en cuanto puedas, me cuentes en qué acaba esto.

—Eres increíble… Bueno, te dejo que justo he quedado ahora con ella y ya la estoy viendo.

—No te entretengo más. ¡Ahhh! Y suerte. Sea lo que sea lo que quieres conseguir.

—Gracias, la necesitaré. —Esta vez su voz sonó más desarmada e insegura.

—Tranquilo. Después hablamos, o mañana.

—Hasta luego.

Dio la llamada por finalizada, se guardó el teléfono en el bolsillo de nuevo y caminó hacia Ana, que esperaba apoyada sobre la barra a ser atendida.

—¿Me invitarías a una copa? —preguntó Dani apoyando su mano sobre el hombro de ella.

Ana se giró y, como si el tiempo no hubiese pasado, lo miró una vez más de esa forma. La misma mirada tierna, la misma sonrisa dulce que él seguía conservando, capturada en papel fotográfico. Volvió a perderse contemplándola, estaba preciosa. Iba algo más maquillada que años atrás. Sus preciosos ojos, enmarcados con lápiz negro y máscara de pestañas, resaltaban aún más en su rostro; sus carnosos labios en tono rosado, les robaban algo de protagonismo. Un vestido *midi*, de color verde agua, caía algo suelto sobre su cuerpo. Su melena, más larga que la última vez, la llevaba suelta; llena de ondas, de movimiento.

—¿Qué te apetece?

—Me tomaría un *gin-tonic*, pero tengo que conducir la furgoneta de vuelta, así que tendré que conformarme con otra cosa.

—Por favor, que sean dos. —Ella alzó la voz, dirigiéndose al camarero—. Acabo de pedirte un mojito sin alcohol. No es lo mismo, pero…

—Me conformaré. No me vendrá nada mal el pelotazo de azúcar, espero que al menos sepa a hierbabuena.

En unos minutos, el camarero estaba de vuelta con las dos bebidas. Ana

cogió los vasos y le pasó uno a Dani.

—¿Nos sentamos un rato? Llevo todo el día de pie y estoy algo cansado. —Él señaló una pequeña mesa libre con dos sillones, que estaba alejada de los altavoces.

—Sí, claro. A mí también me vendrá bien —respondió ella mirando sus altos tacones.

Se dirigieron hacia allí y se pusieron cómodos.

—No sabes cuánto me alegro de verte. En principio no iba a venir. Tenía un reportaje, pero nos organizamos de otra manera y al final ha ido mi hermana.

—Y ese reportaje… ¿era aquí o en Hawái? —Ana le sonrió con complicidad, rompiendo la tensión del momento.

—Muy graciosa. Ya me contó mi hermana que me intentaste localizar en diciembre. No te vayas a creer que me paso el día de viaje. Ya me la imagino alabando a su hermano pequeño…

—Un poco así, sí que fue. —Ana comenzó a reírse con ganas, ya más relajada.

—Pues ha sido la primera y única vez que han contado conmigo para algo fuera de España. —Se rio con ella.

—Seguro que repiten. No conozco a nadie capaz de transmitir lo que tu consigues con tus fotos.

—Gracias, vas a hacer que me sonroje —dijo mientras se tapaba cómicamente la cara con las manos—. Bueno, ¿y tú qué tal? Emma me contó que te ibas a Roma —preguntó echándose hacia adelante, acortando así la distancia entre ellos.

—Pues me va bastante bien. Lo de Roma es temporal, estoy ayudando en la apertura de un nuevo hotel. Supongo que para principios del próximo año por fin dirigiré, al menos eso es lo que me han prometido.

—¿En serio? ¡Enhorabuena! Me alegro mucho de que estés tan cerca de tu objetivo, te lo mereces. —Su cara se iluminó.

—Muchas gracias. Y a ti, ¿qué tal te va?

—El trabajo, genial. —Prefirió comenzar por lo profesional—. Desde la última vez que te vi, hemos seguido creciendo. Ahora ya somos ocho en plantilla, y hemos alquilado otro local para impartir los talleres. Aunque es una locura, estoy encantado.

—¿Y cómo un fotógrafo tan cotizado como tú sigue asistiendo eventos como este? —preguntó ella.

—Porque para mí, las bodas son de lo mejor que puedo fotografiar. Ya sabes que me encanta capturar sentimientos, instantes reales… Las relaciones,

los momentos compartidos, la vida… Perdóname, ya sabes que si empiezo no paro.

—Continúa, por favor. Siempre me ha fascinado oírte hablar con tanta pasión.

—Los reportajes para campañas publicitarias, los eventos, y todo eso, están muy bien, dan dinero y reconocimiento. Sin embargo, la mayoría de las veces es un trabajo que a mí me resulta vacío. Necesito hacer esto. Sentir. Rodearme de gente celebrando la vida, con las emociones a flor de piel. Ana, sin días como este, mi trabajo no me llenaría tanto. Conseguir inmortalizar estos momentos, eso es lo que hizo que me decidiese a ser fotógrafo. Lo demás ha ido viniendo, y estoy muy agradecido por ello, pero no es lo que me mueve.

—Lo sé. Aquella noche de diciembre, justo antes de intentar localizarte, descubrí algo.

—¿Qué descubriste?

—Tus instantes robados.

—¿De verdad? Perdón por cogerte prestado el nombre. Bueno, en realidad estabas avisada… ¿Y qué te pareció?

—Que es una pasada. Una locura, Dani, de verdad. Tu blog es adictivo. Esas fotos, los textos, todo. Me haces viajar sin moverme de mi casa. Me encanta.

—Hasta que no acabe rojo como un tomate no vas a parar, ¿verdad? Pues si tanto te gusta, ponme algún comentario de vez en cuando.

—Te lo prometo, a partir de ahora daré la cara. —Ana levantó la mano con solemnidad.

—Lo del blog surgió por la necesidad imperiosa de llenar mi tiempo. Muchas de las fotos llevaban años guardadas en mi disco duro, y aunque sabes que siempre he renegado de las redes sociales, me vino genial sacarlas a la luz para distraerme. Después me abrí un perfil en Facebook, empezaron a multiplicarse los seguidores y ahora ya no puedo parar, es un poco vicio… ¿Sabes? Al final he caído con todo el equipo. No veas la caña que me da Sergio con el tema. Yo, que he puesto a las redes sociales a parir cada vez que he tenido la mínima oportunidad. Pues nada, enganchadito que estoy.

—Pues me alegro de que necesitases sentirte ocupado, porque el resultado es impresionante. Por cierto, ¿cómo estás? Fue por lo de Laura, ¿verdad? Andrea me contó que al final no te casaste.

—Estoy bien. Estuve jodido un tiempo… Fue una decisión difícil, pero tenía que hacerlo.

—¿Qué ocurrió? Perdona, no sé si te apetece hablar de eso.

Dani tomó aire antes de responder.

—Pues, Ana, lo que pasó es que no puedes elegir a quien querer. Lo intenté con todas mis fuerzas. Era tan fácil estar a su lado… Laura era simpática, inteligente, guapa. Estaba tan a gusto con ella… Sin embargo, un día me desperté, la miré y me di cuenta de que no la quería de ese modo, que me había estado engañando a mí mismo construyendo algo que no era real, conformándome con la comodidad. Sé que le hice mucho daño, pero también sé que hice lo que debía. En ese momento entendí algo que hasta entonces no había sabido ver.

—¿Qué entendiste?

—Que a ti te pasó lo mismo, y que por eso te marchaste. Uno no decide esas cosas, pasan y hay que tomar decisiones así. Perdóname por haber sido tan insistente contigo.

Ella permaneció callada demasiado tiempo, mirándolo fijamente a los ojos, mientras los suyos se humedecían despacio. Tomó aire y dio un trago a aquella bebida que, aparte del sabor a hierbabuena, distaba mucho de parecerse a un mojito.

—¿Qué te pasa? —preguntó él.

—No sé por dónde empezar, ni si debo hacerlo.

—Hazlo, dime lo que tengas que decirme. A pesar del tiempo que ha pasado, sigo siendo yo.

—No quiero que continúes pensando así. Sé que durante meses fue el argumento al que me aferré con firmeza, pero tú tenías razón, no era cierto —lo contradijo Ana.

—¿A qué te refieres? —Dani se bebió su mojito casi de un trago, olvidando que aquello no llevaba ni gota de alcohol.

—No dejé de quererte. Tú fuiste el único capaz de revolver mi mundo. —Se mordió el labio y continuó hablando ante la mirada de perplejidad de él—. Si te dejé…, si me marché…, fue porque el dolor y el miedo volvieron de repente, y yo no podía soportarlo. —Él iba a decir algo, pero ella continuó—: Con tu accidente reviví sentimientos que creía haber superado y comencé a caer de nuevo en un hoyo del que llevo años intentando huir. No sé por qué te cuento esto ahora, después de tanto tiempo. No quiero que sigas pensando que solo fuiste una etapa, un capítulo en mi vida, porque nunca fue así.

—¿A qué tenías miedo? ¿Por qué no me lo dijiste entonces? Te habría ayudado… —dijo él intentando comprenderla.

—¿Recuerdas cuando te conté lo mal que lo pasé cuando mi padre murió?

—Claro.

—Pues… esa era la versión edulcorada, la que yo me encargué de hacer oficial. Me resultaba más sencillo dar la espalda a lo que viví que asumirlo.

Desde que me mudé a Madrid, comencé a mostrar, sin pretenderlo, mi versión más superficial. Supongo que me resultaba un papel fácil de representar. Estaba hastiada de las miradas de compasión y del temor que las acompañaba. Llegó un día en el que no pude seguir interpretando ese nuevo rol que me había autoimpuesto. Me desmoroné y todo comenzó de nuevo. Contártelo no era una opción, no podía compartir contigo una realidad que yo misma intentaba apartar.

—Podías, y aún puedes, contarme lo que sea.

Ella lo miró y dudó unos segundos. Luego suspiró y continuó.

—Bueno, pues allá voy. Dani, tuve una depresión de la que me costó salir más de año y medio. Durante ese tiempo, la sensación de vacío aparecía de manera repentina, ocupando más espacio del que le correspondía. Los pensamientos negativos, las ganas de llorar, la desidia, la apatía y la tristeza no me abandonaban. La tristeza era insoportable, imposible de explicar con palabras. De vez en cuando, los episodios de ira hacían de las suyas y atacaba a aquellos que solo intentaban tenderme su mano. Era incapaz de asumir que él no iba a volver, y que a mí me tocaba seguir viviendo. Solo de pensarlo, los sentimientos negativos se acrecentaban. Al principio intentaba apartarlos, librarme de ellos, pensar en lo positivo, en el tiempo que me regaló, en lo vivido con él… Pero llegó un punto en que intentar buscar una imagen amable entre mis recuerdos dejó de funcionar, y yo me rendí. Decidí que la batalla estaba perdida y, sin oponer resistencia, me dejé inundar por la pena.

»Él se fue y, de repente, mi mundo dejó de ser. La vida carecía de sentido, porque sentir, sin mi padre aquí, ya no servía de nada. Porque las ganas de vivir se me fueron apagando. —Ana hablaba de manera pausada, midiendo las palabras, luchando contra unos ojos cada vez más humedecidos y un nudo en la garganta que dificultaba el paso de la saliva—. Salir de Suances y comenzar mis estudios en Madrid, me ayudó a sentir ilusión de nuevo, a darle de nuevo sentido a mi vida. A pesar de ello, no volví a ser yo hasta que te conocí y revolucionaste mi mundo sin avisar. Por un breve periodo de tiempo, me regalaste alas para volver a andar sin pies de plomo, sin miedo a lo que pudiese pasar. Dani, estoy segura de que si te hubiese dicho que no podía estar contigo por temor a que te ocurriese algo, no lo habrías comprendido, porque la mayoría del tiempo no me entiendo ni yo.

Se apoyó en su respaldo y respiró hondo. Tras unos segundos de silencio, se levantó, cogió su silla y se sentó más cerca de ella.

—Tienes razón, no lo habría entendido. Y seguramente tampoco habría sabido cómo ayudarte. Siento no haber visto lo que te pasaba. Imaginé mil hipótesis, teorías que se amontonaban en mi cabeza, en las cuales yo era

siempre el centro. En ningún momento me planteé que tú pudieses estar pasando por algo así. Sé que ha pasado mucho tiempo desde aquello, pero, si te apetece, me gustaría que me contases lo que quieras, con calma.

Ana comenzó a hablar despacio, buscando las palabras para reconstruir todo lo que había vivido.

Recordó aquel caluroso día de verano en el que, con quince años, decidió quedarse entre las olas y no acompañar a su padre. Luego, los primeros días, esos en los que parecía que aquello no iba con ella, en los que el estado de *shock* era tal, que no le permitía sentir. Se detuvo en el momento en el que su realidad la golpeó con brusquedad, acompañada de un nubarrón gris, de ataques de ansiedad, náuseas y dolores de cabeza. Le contó todos los estados por los que pasó, recreándose en detalles que jamás había compartido con él. Le habló de los especialistas que visitó, de los tratamientos, de las terapias… Se atrevió a contarle su momento más oscuro, aquel en el que tocó fondo, y su posterior ingreso en la Unidad de Salud Mental de Santander. Cómo aquello le ayudó a buscar otra vía de escape. Marcharse de Suances se convirtió en su meta; entonces se encerró en su mundo de libros e idiomas.

Se le iluminó la cara cuando recordó el momento en el que por fin sintió que dejaba todo atrás. Su voz se relajó al hablar de Madrid, de aquellos años, de él, de ella con él… Hasta que el miedo volvió, como una bomba entre sus manos. Le explicó que descubrir a Robert Bliss y la propuesta de Lucía le hicieron recobrar la ilusión que necesitaba sentir, que podía ser feliz por sus propios medios, sin depender de nadie. Le contó que, durante años, había creído, sin ninguna duda, que había un destino único para cada uno, y que ella estaba haciendo lo que debía para ser feliz. Sin embargo, ya no estaba segura de nada. Continuó explicándole que, a pesar de sus inseguridades, la meta estaba tan cerca que sentía que tenía que continuar, al menos para comprobar si eso que llevaba años persiguiendo era realmente lo que ella ansiaba, o simplemente era algo que había idealizado.

Dani escuchó atento, con los ojos empañados, sin soltarle la mano. No podía comprender cómo había estado tan ciego. Ella necesitaba llegar hasta el final, así que la abrazó con fuerza y la animó a que continuase un poco más.

Pasaron el resto de la tarde juntos. Él le habló de su relación con Laura, del día que lo dejaron y de después. De la temporada que vivió con sus padres y de su nuevo hogar: un apartamento que había comprado cerca del estudio de fotografía. También le confesó que había acudido a la boda por muchos motivos, pero que uno de ellos había sido la posibilidad de encontrarla a ella allí. No se sintió con ánimos para compartir lo que le quemaba por dentro desde hacía demasiado tiempo. Después de la conversación que habían

mantenido, consideró que no era el día para más revelaciones.

Y llegó el momento de volver a separarse, pues él tenía un evento esa noche. Ella lo acompañó hasta la furgoneta y así fue como, en un aparcamiento, acompañados de los últimos rayos de sol, se fundieron en un largo abrazo con la promesa de seguir en contacto.

Dani se montó en la furgoneta a regañadientes. Ana permaneció inmóvil, observándolo alejarse, segura de que esta vez sería diferente.

En cuanto lo vio desaparecer, sacó su móvil del minúsculo bolso y buscó en favoritos el blog de Dani. Allí parada, con una sonrisa tonta en la cara, comenzó a comentar las publicaciones con frases que tenía pensadas desde hacía meses.

---- ANA ----

Nueva York

Diciembre — 2014

Por fin puedo decirlo. ¡Lo logré! Llevo dos meses en mi ansiado puesto. Dos meses de trabajo acelerado, de menos horas de sueño —sí, eso era posible—; de dedicación en exclusiva; de elevadas dosis de café —creo que estoy batiendo mi propio récord—; de dolor intenso de cabeza; de consumo de analgésicos por encima de cualquier prescripción médica… Y de sentirme sola en una ciudad que me vuelve loca desde siempre, pero que no puedo disfrutar porque no dispongo de tiempo, ni de energía, para ello.

En definitiva, diferente puesto y, por mucho que en esta ocasión se trate de «El Puesto», a la hora de la verdad, mis impresiones se pueden resumir en más de lo mismo, aunque con mayor intensidad.

Sin lugar a duda, puedo decir que, si el hombre es el único animal capaz de tropezar dos veces con la misma piedra, yo me llevo la palma. En mi caso, lo de tropezar dos veces se me queda muy corto. Yo soy de las que necesitan caerse de bruces unas cien veces, y sin poner las manos, para darme cuenta de que quizás no iba en la dirección correcta.

Los consejos de los demás están genial, siempre los escucho, y algo me llevo para mí. Solo que, si tengo una meta, a pesar de que las dudas pesen veinte veces más que yo, sigo y sigo hasta el final. Así que, fruto de las señales, de altas dosis de dedicación y de cabezonería a partes iguales, aquí estoy, en Nueva York, seis años después de haber emprendido la mayor locura de mi

vida. Esperando expectante las cosquillas en el estómago y que una sonrisa sincera ilumine mi cara desde por la mañana hasta por la noche. Sin embargo, los fuegos artificiales siguen sin aparecer, y aunque dos meses pueden parecer poco tiempo, para mí han sido más que suficientes para tener claro qué es lo que quiero y necesito en mi vida y qué no.



Llevo media mañana sentada en una moderna cafetería situada en las inmediaciones del One World Trade Center, en Lower Manhattan, intentando sin éxito redactar un email. Debo disculparme con él, decirle que ya no voy a continuar siguiéndolo. En definitiva, no quiero apartarlo sin despedirme.

Después de demasiadas dudas, ha llegado el momento de cortar nuestra relación. Quiero explicarle bien mis motivos, sin ofenderlo. Él ha sido una gran ayuda en un momento difícil de mi vida en el cual yo necesitaba reencontrarme conmigo misma. Tengo que dejarle claro que, de un modo u otro, y aunque no continúe, él me ha aportado mucho. Suspiro con fuerza, borro lo que llevaba escrito y me levanto.

Me acerco a la barra de la cafetería y pido otro capuchino; el tercero. El camarero apenas me mira de reojo y prepara la bebida con el piloto automático puesto. A los pocos segundos me entrega el café, acompañado de una triste sonrisa prefabricada. Cojo la taza, le deseo un bonito día y le sonrío desbordando amabilidad, él no altera su expresión. Vuelvo a la mesa calentándome las manos con mi bebida. Antes de enfrentarme de nuevo a mi ardua tarea, me tomo un momento para echar un vistazo desde el enorme ventanal que tengo a mi lado. Saboreo lentamente mi café mientras observo a la gente pasar a toda prisa. Contemplo cómo pierden su vista en el suelo o en las pantallas de sus móviles. La mayoría de los que van hablando mantienen agitadas conversaciones, envueltos en el frenético ritmo de esta ciudad que nunca descansa.

¿Es Nueva York la que nunca duerme, o son sus habitantes?

Siento que he vivido demasiado tiempo así, y que esta vida ya no encaja conmigo. Hubo un momento en el que era justo lo que necesitaba, pero ahora ansío parar, bajar revoluciones, poder volver a mirar de frente. Tras unos minutos de reflexión, comienzo de nuevo a redactar mi correo. Una hora después, consigo por fin tener escrito justo lo que quiero contar.

Buenas tardes, Robert,

Espero que estés bien.

Te escribo para informarte de que este año no voy a ser ponente en la conferencia anual. Sé que estos temas deben ser comunicados al correo del comité organizativo, y también lo comunicaré allí, pero quería comentártelo a ti de manera personal porque no es una decisión puntual. Sintiéndolo mucho, ya no voy a volver más.

Antes de nada, quería darte las gracias por todos estos años. Por tu cercanía conmigo, por tus consejos, por ayudarme en un momento en el que me sentía perdida. Si tú y tus libros no hubieseis aparecido justo en aquel instante, creo que habría caído de nuevo en un hoyo en el que ya había estado, y del que no sé si esta vez habría podido salir.

Ahora me doy cuenta de que entonces necesitaba cortar con todo, centrarme en algo que me diese fuerzas, que me ayudase a no enfocarme en mis temores.

Descubrir que yo podía tener en mis manos la llave para ser feliz fue la solución perfecta.

Las señales me ayudaron a orientarme hacia algo, a dejar de lado sentimientos que me aterraban, y que, una y otra vez, me arrastraban a revivir la peor pérdida de mi vida y las consecuencias devastadoras que la muerte de mi padre tuvieron sobre mí.

Gracias a tus enseñanzas, conseguí alejar casi todos los pensamientos negativos y volví a recobrar la ilusión. En definitiva, volví a darle un sentido a mi vida.

Ahora, viendo las cosas con una perspectiva que hace años no tenía, me he dado cuenta de algo: he estado viviendo en una burbuja. Eso es justo lo que hice. Aislarme, aferrarme a una meta mientras me alejaba de todos, deshaciendo lazos para evitar el dolor, el miedo. Hasta que un día comenzaron las dudas y, poco a poco, me fui dando cuenta de algo: la solución no era apartar mis sentimientos, era otra bien distinta, necesitaba abrazarlos, aprender a quererme tal como soy. Hubo un momento de mi vida en el que mi objetivo principal era sobrevivir; ahora lo que necesito es VIVIR, así, en mayúsculas.

Hace dos meses alcancé el que yo creía mi objetivo, la meta que llevo años persiguiendo. Estaba convencida de que mi esfuerzo tendría su recompensa. Sin embargo, ahora me siento agotada, no tengo fuerzas para seguir con este ritmo, y lo peor es que tampoco tengo ganas de hacerlo. Mi motivación se ha perdido en algún punto del camino. No me siento especial.

Creo que he renunciado a demasiadas cosas y no he obtenido lo que esperaba a cambio. No quiero continuar huyendo de mi vida.

Durante los últimos años, echando la vista atrás, y a pesar de todo lo positivo que me llevo conmigo, me doy cuenta de que he vivido una vida plagada de momentos vacíos, llena de monotonía. De mi día a día, son pocos los recuerdos que conservo con especial cariño. Los momentos que me arrancan una sonrisa, que me hacen sentir viva, son los que he podido pasar con mis amigos, los ratos junto a mi madre, mis visitas a Madrid y a Suances, mis escasos días libres, pasear por las ciudades en las que he tenido la suerte de vivir, recorrer sus rincones…

Aunque mi trabajo me apasiona, y durante años he intentado convencerme de que esta vida era la mejor para mí, ahora veo que no puede ser solo eso. Creo que necesito encontrar un equilibrio que ahora mismo no tengo.

Ha llegado el momento de comenzar de nuevo a tomar mis propias decisiones.

De este tiempo me llevo un aprendizaje que siempre me acompañará. Pero después de tantos años invertidos, y aunque al principio estaba muy segura de todo, creo que no hay un destino único para cada uno; o tal vez sí, pero el camino que yo estaba siguiendo no era el correcto.

Necesito coger de nuevo las riendas de mi vida y acercarme a los que he dejado de lado, sin miedos. Disfrutar del momento sin pensar en qué pasará después, porque si algo ocurre y caigo de nuevo, sé que ahora podré levantarme. Y si no lo consigo sola, siempre habrá alguien que me ayudará.

Sin extenderme más, me despido, no sin antes volver a darte las gracias, porque sin saberlo me tendiste una mano cuando más la necesitaba.

Con cariño,
Ana.

En cuanto pulso el botón de enviar, siento una agradable sensación de ligereza. He superado el primer paso. Aún no sé muy bien hacia dónde; sin embargo, tengo la certeza de que ya no hay marcha atrás. Voy a poner mi vida patas arriba.

Una sonrisa tonta me sorprende invadiendo mi cara sin avisar. Sin tener ni idea del porqué, ni qué narices va a ser de mí, me siento estúpidamente feliz. No tengo un plan trazado, pero, qué sé yo, siempre he sido un poco caótica. Después de todo, quizás, para alguien como yo, buscar la felicidad en un destino único, diseñado a medida. Es una simple quimera.

Continúo un rato más frente al ordenador, redactando una renuncia formal que llevaré mañana conmigo al trabajo. Mientras estoy elaborando el escrito, me llega una notificación de nuevo correo en mi bandeja de entrada. Robert ha respondido.

Querida Ana,

Me entristece que hayas decidido continuar por otro camino, aunque, por otro lado, me alegro de que te hayas llevado un aprendizaje de todo esto, y haberte podido ayudar cuando lo necesitabas.

Te pido que recuerdes que las señales no son claras, que te pueden empujar hacia algo, ayudándote a valorar lo que de verdad quieres, lo que te mueve por dentro. En definitiva, lo que te hace feliz.

Ana, necesitabas estar justo donde estás ahora para comprender tus necesidades, para apreciar tu vida como se merece y abrazar lo bueno que hay en ella. Puedo asegurarte algo: tu camino era justo el que has estado siguiendo, porque sin él no serías quién eres hoy.

Ha sido un placer compartir estos años contigo. Ya sabes dónde estoy si vuelves a necesitar mi ayuda.

Con cariño
RB

Sus palabras me reconfortan, me abrazan y también me dan qué pensar. Suspiro profundamente y releo el correo un par de veces, sintiéndome, sin comprender muy bien por qué, orgullosa de mí misma.

Tras esta pausa, vuelvo a enfrascarme en terminar de redactar mi renuncia. La dejo casi preparada y apago el ordenador. Guardo todas mis cosas en mi enorme bolso y decido volver a mi apartamento a pasar el resto del día descansando. Me envuelvo en mi cálido abrigo, me pongo los cascos —la música siempre es buena compañía— y cargo con el bolso. Reviso que no me dejo nada sobre la mesa y salgo de la cafetería.

Me recibe el frío, que, con el nivel de humedad de Nueva York, no tarda en calarme los huesos. Me abrocho el abrigo hasta arriba, me pongo la capucha y paso a convertirme en un borrón que se pierde entre la multitud.

A pesar de las bajas temperaturas, me apetece caminar; en unos cuarenta minutos estaré en mi apartamento. Paseo sin prisas. Contemplo el ritmo imparable, la mezcla de culturas y los turistas que se entremezclan en esta multitud tan variopinta. Pequeñas tiendas de recuerdos salpican las calles y el tráfico, como siempre, es una locura. La música me aísla del ruido, y mientras veo a unos y a otros pasar, no puedo evitar inventarme historias para alguno

de ellos y acordarme de él.

Tras un largo paseo, llego al *minimarket* que está a una manzana de mi casa. Necesito comprar algo para comer, mi nevera da bastante pena. Trato de hacer memoria de lo que hay en su interior, y creo recordar que tengo medio litro de leche, medio limón, un par de yogures, mantequilla, queso en lonchas, y quizás un paquete abierto de jamón de york. Compro algo de fruta, verdura y un poco de pollo y salgo de la tienda. Camino unos pasos más hasta mi casa decidida a encerrarme hasta la mañana siguiente, cocinar algo rico, escuchar música, leer una buena novela y darle las nuevas noticias a mi madre y a los demás.

Justo cuando atravieso la puerta de mi apartamento, escucho la música de mi tono de llamada en algún rincón del bolso. Suelto las bolsas con la compra y comienzo a buscar el teléfono. Para cuando consigo cogerlo ha dejado de sonar, pero veo su nombre y su foto desaparecer de la pantalla. La misma sonrisa de hace años se perfila en mis labios, esta vez cargada de determinación. Sin titubear le devuelvo la llamada, y es oír su voz al otro lado y sentirme en casa.

---- DANI ----

Mucho que contar

El avión aterrizó en el aeropuerto un gélido día de diciembre a las ocho de la mañana. Dani tuvo que esperar un buen rato hasta que por fin consiguió salir de la aeronave y poner los pies en tierra firme. A pesar de que en los últimos meses le habían surgido varios proyectos fuera de España, y había necesitado volar con mayor frecuencia, no conseguía cogerle el gusto a eso de ceder el control de la situación y dejarse llevar entre las nubes. Los días previos los pasaba entre tilas y valerianas, aunque necesitaba algo más fuerte justo antes del despegue. Además, siempre llevaba consigo un cargamento de actividades para distraerse: pasatiempos, lectura, su portátil para editar fotos, su agenda… Todo lo que se le ocurriese era bienvenido en su mochila. Necesitaba entretenerse para no pensar en la distancia a la que se encontraba del suelo.

En cuanto dejó atrás el avión, respiró aliviado. Sintió cómo el nudo del estómago se aflojaba y cedía en cuestión de segundos todo el protagonismo a la emoción. Tras más de diez años desde su única visita, no podía creerlo, estaba de nuevo en Nueva York. Por fin podría fotografiar cada rincón de Manhattan y cada uno de los barrios que la rodean. Diez días de vacaciones para disfrutar de la ciudad. Sin prisas, a su ritmo. Diez días de vacaciones para reunir las fuerzas necesarias para quedar con ella y ser sincero de una vez por todas.

Había pasado ya medio año desde la última vez que la vio, pero esa vez era diferente. Desde aquel día, tal y como se prometieron, no habían perdido el contacto. Habían intercambiado un buen puñado de llamadas, conversaciones

por chat, e incontables me gusta y comentarios en las redes sociales.

Durante esos meses se habían puesto al día sin engancharse a una relación que no existía. Ninguno de los dos había forzado nada, todo fluía con naturalidad. En cada una de esas llamadas, él se dejó un montón de cosas por decir que estaban deseando escaparse de sus labios. Consiguió no pedir, ni prometer, nada que nadie le hubiese pedido. Se limitaba a compartir su vida y a escuchar la de Ana. A darle consejos solo si veía que ella los necesitaba. Estaban volviendo a conocerse, sin medias tintas. Desprenderse de su yo de hace años, alejarse de sus obsesiones y de sus inseguridades, le hacía disfrutar como un niño de esa nueva etapa que no sabía hacia donde los llevaría, y poco le importaba, mientras fuese juntos.

Se dirigió a recoger su equipaje sumido en sus pensamientos y, tras una larga espera y darle demasiadas vueltas a la cabeza, consiguió rescatar su enorme maleta de la cinta. A paso acelerado, recorrió medio aeropuerto hasta dar con la puerta de salida, donde le esperaba un chofer con su nombre escrito en un cartel entre las manos.

El conductor le ayudó a meter el equipaje en el maletero y pusieron rumbo a la gran manzana. Nada más ver la ciudad en la lejanía, la cara de Dani se transformó, iluminándose como la de un niño pequeño en un parque de atracciones. Se adentraron en Manhattan hasta alcanzar Park Avenue, donde había alquilado un apartamento. En cuanto el vehículo se detuvo pagó la carrera y se hizo con su equipaje. Estaba deseando darse una ducha y descansar un rato, antes de comenzar a patear aquella increíble ciudad.

Su primer impulso fue llamarla nada más bajarse del avión, pero el temor a perder algo que aún no tenía hizo que dejase pasar los días sin atreverse a dar el paso. Su impaciencia y sus ganas ya le habían jugado una mala pasada hacía años, y pese a que sabía que tenía que hacerlo, esa vez no quería cagarla, no estaba dispuesto a repetir sus errores. Día a día se dedicó a pensar qué decirle y cómo hacerlo. Tras tantos años, por fin tenía entre sus manos la foto completa de Ana, y esa imagen le gustaba incluso más, aunque no sabía que eso fuera posible. Conocer su historia y sus vulnerabilidades le hacía sentirse más cerca de ella, unidos por algo que antes jamás había existido.

Su mente retrocedió al momento en el cual, sin titubeos, Dani aceptó aquella proposición que debería haber rechazado. Estaba seguro de que, en cuanto ella se enterase, lo que aún no existía entre ellos podía derrumbarse con un solo soplo, como una torre de naipes. Las consecuencias prometían ser desastrosas.



Casi todos los días los comenzaba saliendo a correr por Central Park. Aunque hacía un frío de pelotas, su vena peliculera le impedía dejar pasar la oportunidad de sentirse el protagonista de una comedia romántica americana. Tras la carrera, y antes de volver al apartamento, paraba en una de las cafeterías de Park Avenue y se compraba un café para llevar y un *bagel* untado con queso crema. Subía al apartamento, se daba una ducha rápida y, envuelto en un lujoso albornoz, saboreaba su desayuno. Después se arreglaba con calma, preparaba el material en una enorme mochila, repasaba el itinerario diario y ya tenía todo listo para pasar otro día más fingiendo que solo estaba allí para hacer fotos, mientras continuaba posponiendo su misión real: sincerarse con ella cara a cara, sin miles de kilómetros de distancia entre ellos.

Pasó los días recorriendo Nueva York, sacando miles de instantáneas de cada uno de los emblemáticos rincones de la ciudad, y de otros no tan conocidos, pero repletos de belleza. Perdió la noción del tiempo en Central Park o sentado en DUMBO, disfrutando de las impresionantes vistas. No dejó atrás ninguno de sus barrios; cada uno, por muy residencial que fuese, tenía un encanto especial. No se cansó de hacer fotos desde el Gantry Plaza State Park, en Queens. Perdió la cuenta del número de veces que atravesó el puente de Brooklyn. Y también se montó innumerables veces en el ferry que une Manhattan con Staten Island. Además, a pesar de su vértigo, se armó de valor y se permitió contemplar la ciudad desde lo más alto del Empire State Building.

Quedó fascinado con el ambiente de la Universidad de Columbia, y se arrepintió enormemente de no haber cursado ningún año de su carrera en el extranjero. Le alucinó el derroche de energía de una misa Gospel. Todo en aquella ciudad rebosante de vida le asombraba, no le importaría mudarse allí si fuese necesario. Qué fácil le resultaba montarse películas, y más aún con un escenario como aquel.

Le quedaban allí dos días, antes de tener que subirse en el avión de vuelta a Madrid, cuando por fin se obligó a llamarla; ya no podía seguir posponiéndolo. Además, si no fuese por los remordimientos que algunos días apenas lo dejaban dormir, deseaba volver a verla desde aquel abrazo cálido con sabor a nuevos comienzos.

Cuando ella no le cogió el teléfono, respiró aliviado, pero esa sensación duró solo unos segundos, justo los que Ana tardó en devolverle la llamada.

—Hola, ¿qué tal mi directora de hotel favorita? —respondió rápidamente,

con fingida naturalidad.

—Con muchísimas novedades. ¿Tienes tiempo para charlar un rato? —Sonaba feliz. Atropellaba las palabras, su energía llegaba desde el otro lado de la línea.

—Todo el que quieras, pero te propongo algo mucho mejor que una conversación telefónica. —Su pulso se aceleró solo de pensar en tenerla enfrente.

—Tienes razón, ¡hagamos una videollamada! Me apetece mucho verte.

—Eso suena bien, aunque preferiría que quedásemos para comer… Si no tienes otros planes, claro. —Dani se mordió el labio, en ese momento las ganas que tenía de verla guardaron en el fondo de un cajón a sus inseguridades.

—Dani… ¿Dónde estás? —Su tono no podía sonar más interrogativo. Él Podía imaginar su gesto de incredulidad y la dulzura de su mirada, y todo lo demás dejaba de importarle.

—A no ser que entre tus novedades esté un nuevo cambio de ciudad, creo que estoy en la misma que tú.

—¡Qué dices…! ¡No puede ser! —Ana era todo felicidad.

—Sí puede ser, no bromearía con algo así. —Dani empezó a reírse—. He venido a buscar material nuevo para mi blog, y a visitar a una amiga que lleva unos meses viviendo por aquí.

—¿Cuándo llegaste?

—Hace… ocho días. Creo que tengo contenido para unos tres meses. —Se sintió fatal por haber esperado tanto, pero de poco le servían ya los arrepentimientos.

—¿Ocho días…? ¿Por qué no me has avisado antes?

—Necesitaba pasar unos días solo. —Sabía que ella comprendería esa explicación, pese a que en realidad no fuese más que una triste excusa.

—Espero que te hayan venido bien… Entonces, ¿comemos juntos?

—Sí, estoy deseando verte. ¿Dónde quedamos?

—¿Te parece en una hora en Little Italy? Me apetece un buen plato de pasta.

—Suena perfecto, en una hora nos vemos.

—Genial. Hago la reserva y te mando la dirección.

—Hasta ahora, Ana.

—Aún no me lo creo. Te veo en un rato.

---- ANA ----

Nosotros

Guardo el móvil en mi bolso mientras una sonrisa, que surge desde mi interior, ilumina mi cara. Permanezco inmóvil, pero me permito la sensación de trance unos segundos. Aunque parezca increíble, y todavía lo esté asimilando, he quedado con él, aquí, en Nueva York. En apenas una hora y a tan solo veinte minutos de mi casa.

Tengo cuarenta minutos para arreglarme. Después de mi caminata, necesito al menos una ducha para estar decente.

Cojo la bolsa con la compra que descansa a mis pies, y, sin ningún orden lógico, meto el contenido en la nevera.

Voy directa al baño y paro para mirarme en el espejo, estoy hecha un auténtico desastre. Dos enormes ojeras decoran mi mirada; mi cara está muy colorada, fruto del frío, del paseo y de la emoción. Mi melena, algo enredada y recogida de cualquier modo en un coletero, empeora aún más la imagen que me devuelve el espejo. Miro la hora y dejo de contemplarme. Abro el agua caliente de la ducha, me desvisto a toda velocidad, me meto bajo el agua y evito mojarme el pelo. Me enjabono rápidamente, me enjuago y dejo que, durante unos segundos, el chorro de agua caliente caiga tras mi cuello y sobre mis hombros. Podría pasarme así horas, pero no hay tiempo que perder.

Salgo de la ducha, me seco con rapidez y me embadurno de crema de los pies a la cabeza; necesito disimular la sequedad que el frío produce en mi piel. No es que esté dando por hecho que hoy vaya a ocurrir algo, aunque posibilidades hay, y muchas. Envuelta en una toalla, comienzo mi ritual de

maquillaje en versión exprés. Me suelto el pelo, lo desenredo y con la plancha, en apenas diez minutos, obro el milagro y mi melena, la cual he dejado crecer, luce unas ondas bastante decentes.

Voy hasta la habitación y saco del cajón de la ropa interior uno de mis conjuntos favoritos; me entra una risa bastante nerviosa. Me lo pongo y abro mi armario de par en par. Escojo un vaquero que me encanta y unas medias polares para ponérmelas debajo. Así soy yo, super sexi. Para la parte de arriba escojo una camiseta de manga larga y un jersey verde agua, bastante grueso y suave. Me visto volando y remato el *look* con unos botines con cordones, forrados con pelito por dentro.

Echo un vistazo a la habitación y suspiro resignada, mi dormitorio parece el de una adolescente en guerra con su madre. Hago la cama a toda velocidad y quito lo que está por el medio; no hay tiempo para limpiar. De todos modos, si llegamos al punto de entrar juntos en mi dormitorio, no creo que él repare en la película de polvo que adorna los muebles.

Tomo aire y vuelvo a la entrada, miro el reloj y veo que han pasado justo cuarenta minutos. Sin necesidad de moverme del sitio, reviso con la mirada el desorden del salón y de la cocina. Resoplo, les doy un suficiente alto, y me conformo con la nota.

Me pongo mi abrigo y una boina de lana. Le doy un poco de color rosa a mis labios, cojo el bolso y salgo del apartamento, notando mi corazón a saltos. En todo este rato no he dejado de sonreír.

Nada más salir, llamo por teléfono a un restaurante que me encanta de Little Italy, afortunadamente tienen mesa. Mando un mensaje de texto a Dani con la dirección y aprieto el paso.

En cuanto llego al local lo busco con la mirada, pero él no ha llegado aún. Doy mi nombre y me siento donde me indican, mirando hacia la puerta. Pido una bebida para hacer más llevadera la espera; en tan solo unos minutos la tengo sobre la mesa. Me entretengo dándole pequeños sorbos con una pajita.

Me siento igual de nerviosa que la primera vez que lo vi, en mi graduación. Las cosquillas en el estómago hacen acto de presencia de nuevo. No puedo quitar la mirada de la puerta; cada vez que se abre, mi corazón da un vuelco. Reparo en que hace una eternidad que no me permitía sentir de este modo, sin red de seguridad ¿Cómo llegué a pensar que eso podía ser bueno para mí?

Por fin, tras más de cinco interminables minutos de espera, lo veo atravesar la puerta, y una mirada es suficiente. No voy a abalanzarme por ser un poco prudente; sin embargo, estoy segura de que él está igual que yo. Su pelo como siempre, su barba incipiente, ese brillo en los ojos y su sonrisa cómplice.

Se acerca a mí. Me levanto y nos fundimos en un abrazo cálido, apretado,

aderezado con su aroma. Su mano se enreda entre mi pelo, nuestras miradas se enganchan a un palmo de distancia. Se reclaman en silencio. Me estrecha un poco más entre sus brazos y besa mi mejilla con una ternura olvidada. Mi cuerpo responde ante este gesto; me despierto de mi letargo y me entran ganas de llorar, pero me freno.

No necesito palabras, me invade la certeza de que este es un nuevo comienzo.

---- DANI ----

Dos días en Nueva York

En cuanto atravesó la puerta del restaurante y vio su imponente mirada color miel iluminarse al contemplarlo de ese modo, lo tuvo claro: las confesiones tendrían que esperar. No pensaba estropear ese ansiado reencuentro.

Estaba preciosa, como siempre. Su melena ondulada descansaba sobre sus hombros, y sus carnosos labios brillaban con un toque rosado. Jugueteaba con la pajita de su bebida entre sus manos, un gesto inocente que a Dani le resultaba irresistible. Nada más tenerla enfrente, ella se levantó y se fundieron en un abrazo. Ana hundió su cabeza en el pecho de Dani y se quedó allí, aspirando su aroma como solía hacer en otra vida. Él hizo lo propio, sintiendo que, a pesar de los remordimientos, ese momento no habría sido posible de otro modo.

Se separaron y Dani se sentó frente a ella; ninguno de los dos podía parar de sonreír.

Ana tardó poco en romper ese silencio mágico, estaba hambrienta. Le mostró la carta, que se encontraba sobre la mesa, y le explicó cuáles eran las especialidades de la casa y qué platos consideraba los indispensables de ese restaurante. No pudo evitar soltar una carcajada, era como si el tiempo no hubiese pasado. Por mucho que ella hubiera cambiado, en esencia seguía siendo aquella chica pizpireta y espontánea, que hacía casi nueve años le había roto los esquemas. Dejó que escogiera por los dos y aprovechó para observarla.

Como era de esperar, disfrutaron de una comida exquisita, mientras que

Dani, interrogado por Ana, le contó con todo lujo de detalles cada uno de sus días en la gran manzana. Se explayó relatándole lo que él consideraba una gran hazaña: subirse solo a lo alto del Empire State. Estaba deseoso de enseñarle en primicia algunas de las fotos que ya había podido editar.

Durante los postres, fue ella quien se decidió por fin a desvelarle sus novedades.

—Justo hoy he tenido la valentía de asumir algo. Y prepárate, porque te aseguro que no vas a volver a escuchar una confesión como esta salir de mis labios.

—Sorpréndeme.

—Ahí va. —Se inclinó un poco hacia adelante, acortó la distancia que los separaba y lo miró de manera provocativa—. Durante todos estos años he estado equivocada.

—¿Cómo dices? —preguntó él, sin intención de ocultar su cara de sorpresa.

—Vamos a dejar a un lado mis creencias, no quiero entrar en un debate con el que no vamos a llegar a ninguna conclusión.

—Me parece bien —la interrumpió.

—Aunque el camino que he recorrido me ha aportado cosas maravillosas, también me ha ido alejando de las personas que me importan, de parte de mi esencia. Ahora me doy cuenta de que me puse un escudo, me blindé y me permití sentir solo en pequeñito, de manera ocasional, deshaciendo lazos. Mis miedos, mi temor a que pasase algo que me hiciese un daño quizás irreparable, me llevó por un camino cuyo resultado no ha sido el esperado.

—¿Y qué esperabas exactamente? —tanteo él.

—¿Pues que voy a esperar, Dani? Ni más ni menos que lo que me prometieron en cada uno de esos libros y en las conferencias a las que acudí. Los fuegos artificiales, ver siempre la vida a todo color… Una existencia plena, sin problemas serios, solo superfluos. Una actitud positiva trescientos sesenta y cinco días al año; sin altos, ni bajos; sin curvas. Estoy harta de tanto trajín. Estar aquí dentro —dijo señalándose la cabeza—, es agotador. En resumen, yo ansiaba el paquete completo, la vida perfecta. Sonrisa casi permanente, felicidad sin medida.

—Estoy orgulloso de ti, apenas has tardado en darte cuenta de que esas promesas parecen menos realistas que las de un partido político en plena campaña electoral. —Él comenzó a reírse una vez más y contagió a Ana en cuestión de un par de segundos.

Ella le dio un golpe cariñoso en el brazo. Cuando consiguió parar de reírse, siguió hablando.

—Muy gracioso. A ver, pensándolo en frío, y tras seis años de por medio,

quizás, y solo quizás, ese modo extraordinario de felicidad no sea demasiado realista. Con esto no estoy dándote la razón —dijo señalándole con el dedo.

—Claro que no, para nada… —respondió Dani con una sonrisa que decía justo lo contrario.

—Si este fuese mi camino único —ella ignoró deliberadamente el tonito irónico de él—, hecho a mi medida, no estaría tan hastiada.

Dani asintió, se mordió el labio y bebió un poco. Viendo que Ana no añadía nada más, habló él.

—Y después de esta confesión, la cual no he grabado, y que estoy casi seguro de que no se repetirá —dijo sonriendo, mientras se revolvía el pelo con la mano—, dime, ¿en qué has pensado? —Esta vez se echó un poco más hacia adelante, solo unos centímetros los separaban.

—No tengo claro lo que quiero. Puedo empezar contándote lo que no. No quiero ser directora de un hotel en una empresa como esta, en la que te exprimen sin medida. Por fin lo he dicho en alto, qué bien sienta, por favor. La pena es haber tardado tanto en darme cuenta de que no estaba haciéndome ningún bien. —Ana se echó ligeramente hacia atrás, soltó aire y notó que se había quitado un gran peso de encima.

—Tal vez ya lo sabías, pero necesitabas más tiempo para asimilarlo. Llegar al final de tu carrera y sentir el fruto de tus esfuerzos. —Ella se encogió de hombros y continuó.

—¿Sabes? Estoy harta de fingir, de agradar, de intentar ser una mejor versión de mí misma día a día. ¿Para qué? Ya ha dejado de compensarme. Necesito volver a respirar con calma, a saborear la vida, a disfrutar de las pequeñas cosas sin sentir que estoy perdiendo el tiempo. Es el momento de parar, reencontrarme a mí misma y replantearme qué es lo que quiero de verdad.

—Entonces sí que has pensado qué necesitas. —Él sonrió, acercó su mano a la de ella y, en un movimiento instintivo, sus dedos se entrelazaron.

Ana observó sus manos unidas sobre la mesa y, en ese instante, su mirada se iluminó.

—Me falta darle un poco de forma, ¿no crees?

—Por algo se empieza. Y, ¿ya lo has contado en la empresa?

—Es una decisión que lleva merodeándome meses. Sin embargo, hasta anoche, no conseguí decir «hasta aquí». Así que aún no he dicho nada. Hoy no trabajo y mañana, si tú sigues aquí, me inventaré algo para ausentarme. Pasado mañana presentaré mi renuncia oficial.

—Te veo muy convencida… Y no es que quiera quitarte tu idea de la cabeza, pero llevas tantos años detrás de esto… Quizás podrías proponerles

alguna alternativa.

—Aunque valoré esa opción, tardé poco en darme cuenta de que no me interesa nada de lo que puedan ofrecerme. Con ellos siempre es una carrera de fondo, y yo no puedo seguir a este ritmo. Estoy agotada.

—Te entiendo. Y una vez renuncies, ¿qué harás? —tanteó sin soltarle la mano.

—Irme a Suances unas semanas, unos meses…, ¿quién sabe? Pasar algo de tiempo con mi madre, nos vendrá bien a las dos. Necesito reconectar conmigo y con ella. Siento que he estado todo este tiempo a medias, y a veces ni eso. —Ana sacudió la cabeza y lo miró con esa ternura tan suya. —Después volveré a Madrid. Tengo una idea en la cabeza. Siempre ha estado ahí, pero hasta ahora no me he atrevido a darle espacio. Necesito reposarla y madurarla. Analizar si sería viable.

—Montar tu empresa de visitas guiadas. —Tenía que ser eso.

—¿Cómo narices lo has sabido?

—Porque es tu otra pasión. Transmites tanto entusiasmo, que despiertas la curiosidad de cualquiera que te esté escuchando. Estoy seguro de que lo harás genial.

—Y estaría más cerca de todos.

—Esa, sin duda, es la mejor parte —respondió él mordiéndose el labio, mientras su cabeza se llenaba de planes construidos en el aire.

—Tengo muchas ganas de volver —contestó ella sonriendo.

—Y yo de que vuelvas. —La intimidad perdida volvió a acompañarlos y se sostuvieron la mirada unos segundos en silencio—. Creo que ahora nos merecemos algo especial. Tenemos que celebrar tu revelación, tu cambio de vida. ¿Tienes alguna idea? —preguntó cargado de intención.

—Que estés aquí, comiendo conmigo, ya supera todas mis expectativas, aunque… podrías hacer algo más por mí.

—¿Qué se te ha ocurrido? Sorpréndeme… —Dani levantó una ceja cómicamente.

---- ANA ----

Comienzos

Y sí, tras tantas dudas, después de pensar miles de veces que era tarde para esto, y otras tantas que tal vez no, que solo me estaba poniendo excusas para no darnos una segunda oportunidad, él está aquí, en Nueva York, saboreando un tiramisú mientras le cuento mis «no-planes» de futuro.

Aún no me atrevo a meter el «nosotros» en la ecuación, pero como siga jugando con la crema y la cuchara de esa forma tan lasciva, no respondo.

Me pregunta que cómo podemos celebrar mi nueva vida. Podría responderle que en mi dormitorio, conozco esa expresión y sé que es justo lo que desea oír. Sin embargo, eso tendrá que esperar al menos unas horas porque Nueva york está radiante, la iluminación navideña lo baña todo. Y yo no puedo dejar pasar la oportunidad de tener en esta increíble ciudad al mejor fotógrafo que conozco.

Cuando le digo que me encantaría pasar la tarde paseando mientras que él nos fotografía, se ríe a carcajadas y se lleva las dos manos a la cara. Luego me mira moviendo la cabeza hacia los lados y vuelve a morderse el labio. Sin duda, volvemos a estar juntos en esto.

No pone ninguna pega, pero me observa intensamente mientras me dice que tendremos que pasar antes por su apartamento a por la cámara. Me entra la risa floja. Por favor…, parecemos dos adolescentes tardíos. Le contagio la risa y lo miro dubitativa; él se rinde y me da la opción de esperarlo abajo. Como entremos los dos en el apartamento, creo que saldremos pasado mañana para despedirnos.

Dejamos el restaurante y nos dirigimos hacia el metro. Las temperaturas han descendido aún más. Nos miramos y, sin necesidad de decir nada, me cubre con su brazo y yo me acurruco como antes, como nunca debió dejar de ser.

Nuestras miradas se cruzan brillantes. Hablamos de cualquier cosa hasta que llegamos a su apartamento.

—Es aquí. ¿Me acompañas? —me pregunta una vez más, aunque sabe de sobra mi respuesta.

—Ni de coña, te espero aquí.

—Haces bien. —Se da la vuelta y lo oigo reírse al tiempo que se dirige a los ascensores.

En diez minutos, está de vuelta con una mochila exagerada.

—Vas a arrepentirte de no haber querido subir. Ya sabes lo pesado que puedo llegar a ser.

Su amenaza no me intimida, ni me inmuto.

—Estoy preparada para aguantarte, estoy segura de que el resultado merecerá la pena.

—Esa es la actitud —dice. Abro la puerta y salimos del edificio.



Como estamos bastante cerca de Central Park, no dudamos en empezar por allí. Caminamos rápido, con el objetivo de obtener el mayor número de fotos posible en una tarde. En cada rincón que nos paramos me hace fotos sola, después se las hago yo a él, y a continuación sacamos alguna de los dos juntos. Andamos abrazados y en varias ocasiones estamos a punto de besarnos, pero como si fuera parte de un juego, uno de los dos se aparta con una risa maliciosa justo antes de que suceda. Creo que ambos sabemos que, después de tantos años, si nuestros labios se rozan, habría un cambio de planes, seguro.

Dejamos el parque atrás y paseamos por la Quinta Avenida. La decoración de los escaparates, las luces… nos tienen hipnotizados. No hace falta ser un niño para dejarse envolver por la magia.

Visitamos el árbol de Navidad del Rockefeller Center, y desde ahí nos dirigimos hacia Times Square. Si esta zona es una locura en cualquier fecha del año, ahora es aún peor. De todas formas, pierdo la cuenta de las fotos que nos hacemos; una vez que Dani empieza, es incapaz de parar. Luego caminamos hasta Bryant Park; las luces, los puestos y la pista de hielo, hacen del parque un

lugar imprescindible. Allí continuamos coleccionando instantáneas y entramos en calor tomándonos unos chocolates calientes.

Pasamos junto al Chrysler Building y nos adentramos en la Grand Central Terminal, donde pasamos demasiado tiempo. Cuando salimos ya son más de las ocho de la tarde. Estamos cansados, pero decidimos seguir un poco más. Compramos algo para comer en el Grand Central Market y cogemos un taxi que nos lleva hasta Brooklyn, junto al puente. Dani consigue hacer unas fotos impresionantes de Manhattan desde allí. Decidimos atravesar el emblemático puente. Hace un frío cada vez menos soportable, aunque nosotros seguimos entre fotos, risas, abrazos y caricias.

Llegamos de nuevo a Manhattan y mis ganas de sentirlo junto a mí son ya irrefrenables.

—Me rindo, no puedo más. Necesito entrar en calor, estoy congelada. —Me aprieto contra su cuerpo y él me envuelve entre sus brazos.

—¿Quieres que cenemos juntos?

¿Qué clase de pregunta es esa? Ahora mismo quiero que no me suelte nunca más. Que me de fuerzas, que me sostenga si me caigo. Que inunde de ganas cada uno de mis días y hacer lo mismo yo por él.

—Por supuesto. —Opto por darle la respuesta corta.

De nuevo, buscamos un taxi. Nos cuesta más de quince minutos dar con un conductor que pare y nos invite a pasar. Nos sentamos atrás, demasiado juntos, y nos sostenemos la mirada. Yo no puedo evitar acariciarle la cara, su barba me vuelve loca. Mientras, él sonríe y se muerde el labio, no es consciente de lo sexi que resulta.

Justo antes de perder el control, el taxista nos mira impaciente y nos interrumpe preguntando a dónde nos lleva. Nos entra la risa tonta porque no lo hemos hablado, así que rápidamente pienso si necesito algo de mi apartamento. Creo que puedo aguantar con lo puesto hasta mañana, tengo la certeza de que hoy voy a pasar la noche con él. Sobran las palabras.

Dani me pregunta si vamos a su apartamento y el taxista se inquieta aún más. Sin mucho margen, y con miedo a que nos eche del taxi por falta de decisión, respondo que sí.

Durante todo el trayecto guardamos las formas. El conductor tiene pinta de no ser muy amigable, y no quiero que nos denuncie por escándalo público. Continuamos sentados el uno junto al otro, pero sin mirarnos. Nuestros dedos se entrelazan con discreción. Me acaricia la palma de la mano, y un gesto tan simple, en apariencia inocente, me carga de esa electricidad que solo he conseguido sentir con él.

Justo antes de que la tensión contenida estalle, llegamos a nuestro destino,

pagamos al taxista y abandonamos el taxi. Me da por reírme sola, me siento tan afortunada… Dani me contempla, pero prefiere no preguntarme nada. Abre la puerta y entramos en el portal, guardamos las distancias e intentamos disimular lo que sé que los dos estamos deseando. Así somos.

Subimos en el ascensor. Intercambiamos apenas un par de palabras y mantenemos demasiado espacio entre los dos.

Por fin llegamos a su planta, se abren las puertas del ascensor y él sale rápido para abrir la del apartamento. Nada más atravesar la entrada, me encuentro de frente con unas impresionantes vistas de la ciudad. Suelto mi bolso, me quito el abrigo y la boina, y los dejo en un perchero junto a la puerta. Él hace lo propio. Nos hallamos en penumbra. No ha encendido la luz, pero no hace falta, Nueva York nos ilumina. Me mira pidiendo guerra, lo ignoro deliberadamente y me acerco al enorme ventanal que llega desde el suelo hasta el techo. Apoyo las manos en el cristal y me quedo allí, esperándole. Tan solo unos segundos después sus brazos rodean mi cintura, y yo suspiro profundamente.

—Es increíble, ¿verdad? —me pregunta al oído en un susurro.

Su respiración eriza mi piel al instante, creo que voy a explotar.

—¿Te refieres a las vistas? —respondo en el mismo tono. No tengo intención de disimular que me está poniendo a mil.

—Por supuesto, ¿a qué otra cosa podría referirme? —Otro murmullo. Suelta más aire del necesario y roza mi oreja con sus labios.

Me doy la vuelta y sus brazos me atraen aún más hacía él. La distancia no existe entre nosotros. Siento su excitación, yo estoy ardiendo.

—A que llevemos juntos todo el día y hayamos conseguido no besarnos —le digo mientras mis labios rozan los suyos.

Y ya… ya no me responde. Me aprieta un poco más contra él, cosa que me parecía imposible, y nos besamos suavemente. Juega con mis labios, me pega contra el cristal y yo empiezo a acariciar los suyos con mi legua. El juego dura menos de lo que los dos querríamos, porque las ganas nos vencen. Comenzamos a besarnos con fuerza, devorándonos, como si intentásemos recuperar el tiempo perdido con cada beso.

Me levanta para ponerme a su altura y un mundo de recuerdos me invaden de golpe. ¿Cómo narices pude renunciar a esto? Rodeo su cintura con mis piernas, nuestros cuerpos están cargados de necesidad. Nos besamos con urgencia, y, sin separarme de sus labios, le pido que nos desnudemos en un susurro; necesito sentirlo aún más cerca.

Bajo mis piernas de su cintura y aprovecha para desprenderse de su jersey. Consigo guardar la calma y desabrocho despacio cada uno de los botones de

su camisa, para luego dejarla caer al suelo. Acaricio su firme torso desnudo y él carraspea, haciéndome ver que yo sigo vestida. Me quito el jersey y Dani se deshace de la camiseta que llevo por debajo. En un solo gesto, me desabrocha el sujetador y me besa de nuevo. Sus labios descienden, buscan mi cuello, cubren mis pechos… Su boca y sus caricias van encendiendo cada una de las teclas que han permanecido en letargo durante todos estos años.

Me guía hasta el dormitorio. Me siento a los pies de la cama y Dani se queda de pie, frente a mí. Le desabrocho el cinturón y el botón del pantalón; comienzo a bajárselo y él hace el resto. Me tumbo sobre la cama y, antes de que se percate de las capas que llevo puestas, tomo la iniciativa y me quito el pantalón y las medias en un solo gesto. Las braguitas me las dejo puestas, necesito que sea él quien se deshaga de ellas.

Se tumba sobre mí, nos besamos despacio y yo me pierdo entre sus manos y sus labios. Baja por mi cuerpo sin dejar un centímetro sin besar. Sus labios se pasean juguetones por encima de la lencería: pone sus manos sobre mis caderas y, en un gesto lento y sexi, va dejando mi pubis al descubierto mientras me inunda de su calor, de su humedad. Siento las primeras oleadas de placer, pero no quiero dejarme ir tan pronto. Parece leerme la mente, ya que se aparta y vuelve a subir hacia mi rostro.

Cuando lo tengo a mi altura, lo beso con urgencia en los labios y sé que con él no es pronto, que no necesito pies de plomo. Sin dudarlo, se lo digo.

—Te quiero, y nunca he dejado de hacerlo. Jamás he dejado de pensar en ti.

Sonríe.

—¿No vas tú un poco rápido? —Me besa y se aparta para susurrarme al oído—. Yo también te quiero, amor. Jamás he llamado a nadie más de este modo, siempre has sido tú.

Esa confesión me calma y me vuelve loca. Ahora soy yo la que se tumba sobre él. Recorro su cuerpo como si fuese la primera vez, como si fuese la última…, hasta que siento que no puedo más. Me pongo a horcajadas sobre sus caderas y me da un preservativo, que le coloco dejando resbalar mis dedos suavemente alrededor de su sexo. Lo acompaño hacia mi interior, y por fin lo siento dentro; nos fundimos en uno.

Nos movemos con fuerza, con prisas… Nuestras respiraciones se entrecortan. Me tumbo sobre él, necesito sentirlo aún más cerca. Subimos el ritmo y jadeo más alto, no puedo evitarlo. El placer gana espacio, hasta que estallamos casi al unísono.

Permanezco tumbada sobre él, en silencio.

Nos quedamos un rato así, abrazados sin querer separarnos. Apoyo mi cabeza en su pecho y me envuelven los latidos de su corazón mientras Dani

me acaricia.

Tardamos poco en sentir de nuevo la excitación y nos dejamos llevar, pero esta vez con la calma que no conseguimos tener antes, saboreando el momento.

Pasamos la noche entre besos, caricias y susurros, hasta que no podemos más y el sueño nos gana la batalla.

---- DANI ----

Remordimientos

Se despertó y, antes de abrir los ojos, una oleada de arrepentimiento lo abofeteó. Se sentía como un cabronazo y un cobarde. Suspiró hondo, se cubrió la cara con las manos y, en un tono casi inaudible, un «joder» se escapó entre sus labios, seguido de una retahíla indescifrable de tacos. No podía postergarlo más; tenía un mundo que contarle y cero ganas de hacerlo.

«¡Mierda de conciencia!».

Ojalá pudiese dejarlo pasar, así, sin más, y disfrutar de esta segunda oportunidad. De ella, de su sonrisa infinita, de sus ganas contagiosas, de su energía, de su pasión. Si la piedra que sentía sobre sus hombros no pesase tanto, la dejaría ahí, solo sería cuestión de acostumbrarse. Pero es que se le clavaba en la espalda, y a veces le dificultaba hasta respirar con normalidad, y así no podía seguir.

Se giró y allí estaba ella, junto a él. Dormida. Relajada. Los rayos del sol se colaban entre las cortinas del enorme ventanal, y Dani permaneció allí, arropado, contemplándola sin moverse. Visto desde fuera, aparentaba calma. Sin embargo, lo que estaba pasando por su cabeza era un caos. Tras un rato imaginándose diferentes escenarios en los que la reacción de Ana iba de mal en peor, decidió levantarse y bajar a por el desayuno. Quizás estaba magnificando la situación y con el estómago lleno le viese menos gravedad al asunto.

Salió de la cama intentando hacer el menor ruido posible. Cogió del armario un chándal, unas zapatillas y se dirigió al salón.

Se vistió de manera sigilosa, con alguna lágrima resbalando por su mejilla.

La rabia y la impotencia estaban haciendo de las suyas. Escribió una nota rápida, por si ella se despertaba, y salió del apartamento.

Bajó a la calle y entró en la primera cafetería situada junto al edificio; estaba abarrotada. Aguardó paciente la fila, y cuando le llegó el turno pidió: zumo de naranja, cafés, donuts, *bagels* con queso cremoso y *muffins*.

Volvió al apartamento y dispuso el desayuno sobre la barra que separaba la cocina del salón.

La escuchó removerse entre las sábanas y sintió una desagradable presión en el pecho. Esperaría a que desayunasen y después, con calma, se sinceraría.

Ana salió del dormitorio con una sudadera de él puesta.

—Buenos días. Qué madrugador y qué bien huele. —Se acercó a él y lo abrazó por la espalda.

—Buenos días, amor. Espero que te guste lo que he elegido. —Se giró, la contempló unos segundos y la besó con ternura.

—Creo que has acertado de lleno. Tengo bastante hambre, al final anoche la cena se nos complicó —dijo ella dejándose envolver entre sus brazos.

—Estás ardiendo, ¿te encuentras bien? —Se apartó un poco y la miró con preocupación.

—Me duele mucho la garganta, creo que ayer cogí frío. Quizás lo del *book* de fotos prenavideño no fue tan buena idea. Pero… bueno, ¿no quería una excusa para no ir a trabajar? Pues ya la tengo.

—Mejor siéntate en el sofá, pondré el desayuno en la mesa baja. Voy a traerte un analgésico.

—Dani, ¿te pasa algo? —preguntó ella mientras se acomodaba.

—Nada. Estoy bien, ¿por qué? —Intentó esquivar su mirada y se giró camino a la habitación.

—No sé, te noto serio, como si estuvieses dándole vueltas a algo. —Ana subió algo el tono de voz.

—Es solo que me voy mañana… Voy a echarte mucho de menos. —Se le escuchó responder desde la habitación.

—En cuanto te des cuenta, estaré de vuelta.

Dani volvió de la habitación con la pastilla y se la dio. No dejó que ella se levantase mientras él cambiaba el desayuno de sitio.

Se sentó a su lado y decidió cuidarla las veinticuatro horas que le quedaban en Manhattan. Lo demás, tendría que esperar.

---- ANA ----

De vuelta

Enero — 2015

Sorprendidos, sin palabras, atónitos… Así es como se quedaron en recursos humanos cuando les presenté mi dimisión. Al principio, incluso pensaron que debía de tratarse de una broma absurda. Es posible que yo estuviera renunciando a mi sueño, a mi vida. Sí, eso es lo que me dijeron, y yo puse los ojos en blanco, respiré hondo y les desvelé un gran secreto: mi vida está ahí fuera.

Tras ver que me mantenía firme ante mi decisión, pasaron del asombro inicial, y de la cercanía, a ponerse a la defensiva. Me aseguraron que lo que me hubiesen ofrecido en otro sitio, ellos podían mejorarlo. Y con una simple respuesta, los dejé en el más profundo de los silencios.

Ahí fuera me habían ofrecido tiempo, ¿qué podían ellos darme a cambio?

Pasaron los días y, tras recapacitar, comenzaron a proponerme cientos de alternativas, la luna con lazo y todo…, pero yo las rechazaba una a una cada día. Me sentía como un samurái esquivando golpes. Tengo que confesar que llegó el punto en el cual ni siquiera escuchaba lo que me decían, ya no tenían nada que me interesase.

Por si esto fuese poco, además de las conversaciones y explicaciones pertinentes a media empresa, tuve que organizar el tema logístico de mi mudanza en plenas navidades.

Cuando le comuniqué al propietario de mi apartamento mis intenciones de

volverme a España, no podía creer que quisiese marcharme tan pronto, con lo que me había costado decidirme hacía apenas unos meses… Así que, tal y como yo me esperaba, y a pesar de haber preparado unas explicaciones dignas de ganar un Oscar a mejor guion original, mi esfuerzo y creatividad no sirvieron de nada, y acabé perdiendo la fianza por incumplimiento del contrato de alquiler.

También tuve que buscar una empresa que enviase la mayor parte de mis pertenencias a Suances, la que utilicé en mis últimas mudanzas estaba desbordada por estas fechas, así que tuve que arriesgarme con otra. Del coste, mejor ni hablar, fue casi más que el contenido de las cajas. Prefiero no pensar en lo que llevo gastado, porque si le sumo el billete de avión, ya es para llorar.

Tras tomar mi primera decisión, sin basarme en las señales o en el destino, en años, me siento entusiasmada, aunque a la vez vulnerable y un poco acojonada. No voy a mentir, resultaba muy cómodo vivir con un plan trazado. Si no podía cuidarme, si no podía volcarme más en el resto… era por la falta de tiempo, por el trabajo, y por un sinfín de excusas en las que me refugiaba. Como si yo fuera una simple marioneta que no tuviese ninguna responsabilidad sobre sus actos. Como si no hubiese una alternativa a la rueda en la que me había subido. Y resulta que sí que podía bajarme, solo tenía que decidirlo, arriesgarme y saltar.

Y aquí estoy ahora, rumbo a Madrid, con la cabeza a rebosar de planes, y con el tiempo necesario para poder llevarlos a cabo. Primero pasaré unos días en Madrid, con Dani, y después me iré a Suances con mi madre; nos vendrá bien a las dos pasar un tiempo juntas. Aprovecharé para ir dando forma a la idea que tengo en mi cabeza y en febrero estaré de vuelta en Madrid, con las pilas cargadas y dispuesta a poner en marcha la mejor empresa de visitas guiadas de la comunidad. Quizás suene algo ambicioso, pero es que lo de pensar en grande se me da genial.

Una avalancha de sentimientos me inunda. No me emocionaba de este modo desde que decidí marcharme de Madrid, hace ya seis años. Sin embargo, esta vez es diferente. Ya no busco algo utópico, ya no se trata de una huida. Ahora es un regreso, justo al lugar en el que siento que debo estar. Aun así, no voy a decir que nunca debí marcharme, porque eso no sería cierto.

En estas últimas semanas he reflexionado mucho sobre estos años y, a pesar de que me puedan considerar una egoísta, y de haber dejado algunas cosas atrás, si pudiese volver en el tiempo, elegiría de nuevo irme. Mejoraría las formas, y seguramente no me engancharía como una *groupie* a las señales del destino, pero estoy segura de que me marcharía.

Sé que no he llevado una vida perfecta. No ha sido, ni mucho menos, la

mejor terapia para apartar la depresión, y me he llevado muchos capítulos de ansiedad por el camino. Aunque, si me hubiese quedado, ahora no sería la persona que soy. Estoy orgullosa de haber aprendido a aceptarme, a quererme y a ser capaz de abrazar mis claros y mis oscuros. No se trataba de apartar miedos y esquivarlos, se trataba de darles cabida, de saber manejarlos.



El vuelo va llegando a su final, y mi corazón cada vez está más acelerado. Desde que Dani estuvo en Nueva York, y cada día, cuando hablamos, tengo una sensación extraña. De cosas por decir, de verdades a medias… Incluso una hipótesis algo surrealista relacionada con el destino ha merodeado por mi cabeza.

Yo me he abierto en canal, como nunca había hecho con nadie. Él conoce verdades de mí que no le he confesado a ninguno de los psicólogos que me han tratado a lo largo de todos estos años, y mira que me han sonsacado cosas que yo ni siquiera me había planteado. Dani también ha compartido conmigo sus miedos, sus inseguridades y sus triunfos. Me ha hablado de su relación con Laura, de la época de mierda que vivió cuando yo me alejé… Sin embargo, siento que me falta una pieza del puzle, hay algo que no encaja. A veces, en nuestras conversaciones, se queda callado apenas unos segundos, pero cuando vuelve a hablar tengo la certeza de que no me estaba escuchando. Necesito tenerlo enfrente y envolverme en sus brazos para asegurarme de que todo está bien.

El avión toca tierra al fin. Espero pacientemente hasta que consigo salir. Luego acelero el paso por la pasarela, soy un manojo de nervios.

Paso por la zona de desembarque y, tras los formalismos pertinentes, camino a toda velocidad hacia la sala de equipajes. Allí me despojo de los bártulos que llevo encima y los pongo a mi lado. Mis maletas tardan en salir, escupidas por la cinta, lo que se me antoja una eternidad. Con algo de esfuerzo consigo bajarlas; pesan una barbaridad. Una vez tengo todo mi equipaje, me coloco una mochila en mi espalda, me pongo el bolso cruzado, y cojo una maleta con cada mano. Ando todo lo rápido que me permiten mis piernas. Mis pasos van atropellados en dirección la salida y mi corazón da brincos.

Atravieso la puerta y allí está Dani, esperándome. Me sonríe con ternura.

Voy hacia él a toda prisa, y en cuanto lo tengo enfrente suelto las maletas y nos abrazamos con fuerza. Nos besamos y entonces lo sé, las dudas se diluyen.

No era una sensación absurda.
Ya está listo para contarme aquello que le robaba las palabras estos días.

---- ANA ----

Sinceridad

Nos dirigimos al aparcamiento, yo refugiada bajo su brazo con la cabeza apoyada sobre su pecho; cada uno llevamos una maleta. Llenamos el tiempo hablando sobre mi viaje y sobre todo lo que nos hemos echado de menos. Llegamos a su coche, que sigue igual de brillante que el primer día que lo vi, y no puedo evitar pasear mi mano sobre la carrocería roja y radiante, como si estuviese saludando a un viejo amigo. Colocamos el equipaje como podemos y nos montamos en el Beetle.

Dejamos atrás el *parking* y, a pesar de que la conversación es fluida, siento que algo flota en el ambiente. Es algo pesado, quizás arrepentimiento. Sus ojos están enrojecidos, brillan más de lo normal. Lo conozco, lo sé: ha estado llorando. Cualquiera en mi lugar no dudaría en preguntar «¿Qué te pasa?». Yo, por el contrario, prefiero no hacerlo. Prefiero darle tiempo para que hable, o, mejor dicho, dármelo a mí.

Llegamos al aparcamiento que está junto a su casa. Volvemos a cargar con el equipaje y salimos a la calle. Dos puertas más abajo se encuentra su portal. Aunque estamos a escasos metros de la calle Goya, esta es una zona tranquila, ajena al bullicio. Subimos en el ascensor abrazados, me besa la frente con ternura y me aprieta entre sus brazos. El silencio que ahora nos envuelve no augura nada bueno.

Nada más entrar en su piso, lo miro con incredulidad. Él sonríe. El orgullo y la timidez se entremezclan en su cara. En este momento reparo en que decir que su estudio fotográfico va bien, es quedarse muy, pero que muy corto. Este

lugar es una auténtica pasada. La entrada diáfana da acceso a un enorme salón con cocina abierta e isla incluida. Por si eso no fuese suficiente, una terraza en forma de L rodea toda la estancia. Miro todo con asombro y le hago saber que estoy alucinando; al menos consigo arrancarle una sonrisa.

Me siento en el sofá, pruebo las sillas, enredo en los muebles de la cocina… Mientras tanto él se cruza de brazos y me observa sonriente; no tiene ni idea del efecto que tiene esa sonrisa sobre mí. Me invita a ver la terraza. Tiene los muebles tapados, pero se adivina una zona de comedor y otra con sofás. Las plantas inundan el espacio, es una preciosidad. Volvemos al salón y nos dirigimos hacia una puerta que se encuentra a mano izquierda. La abre y un pasillo muy ancho, decorado con sus fotos, nos lleva a varias estancias más. Su habitación es enorme, tiene vestidor y su propio cuarto de baño. Otro cuarto, también bastante amplio, hace las veces de estudio, y por último otro baño para las visitas. Mi cara lo dice todo.

Cuando terminamos el *tour*, el aspecto relajado de Dani en los últimos minutos desaparece y vuelve a predominar la seriedad en su rostro.

Me ofrece algo para tomar, le pido agua.

Se dirige hacia la cocina y llena dos vasos. Los coloca sobre una bandeja y me invita a sentarnos en el sofá. Voy tras él; trago saliva, no quiero escuchar lo que quiere contarme, sé que no estoy preparada. Nos sentamos el uno junto al otro, y justo antes de que hable, porque sé que lo va a hacer, me hago la loca, me lanzo sobre él y saboreo sus labios con todas mis ganas. Aquí hay dos opciones posibles: que me aparte para poder explicarse, o que me siga el juego. Espero con todas mis ganas que opte por la segunda opción. Necesito sentirlo una vez más antes del jarro de agua fría que presiento que me va a caer. Me devuelve el beso con la misma intensidad y nos vamos recostando en el sofá, él sobre mí. Sus besos me inundan.

Nos desnudamos con prisas, cargados de necesidad. Hoy no hay juegos previos, solo urgencia. Antes de darnos cuenta, lo siento dentro de mí. Nos movemos rápido, buscando el éxtasis como vía de escape. Nuestros labios apenas se separan, mis uñas se clavan en su espalda y en ese momento, no sé muy bien por qué, me entran ganas de llorar.

Esto no es un polvo rápido de reencuentro, esto es otra cosa. Tiene sabor a despedida.

La descarga de placer no logra apaciguar mis nervios. Permanecemos abrazados unos segundos hasta que él se separa. Me besa con suavidad, y al mirarme reparo en que está llorando. Después de levantarse, se disculpa, coge su ropa y se dirige al baño. Yo permanezco tumbada en el sofá y dejo que alguna lágrima se escape. No me recreo y me incorporo para vestirme antes de

que él vuelva.



Cuando regresa al salón yo ya estoy sentada en el sofá, bebiendo agua como si nada hubiese pasado.

—Tienes algo que explicarme. —No es una pregunta.

—Me encantaría decirte que no, pero sabes que no es cierto desde aquella mañana en Nueva York. Hay tanto que contar… No sé por dónde empezar.

Mueve un sillón para sentarse frente a mí y se revuelve el pelo, mientras mira hacia el suelo.

Mi pulso se acelera y decido saltar al vacío. Sé que va a doler. Mi hipótesis ya no me resulta tan descabellada, de hecho, se convierte en la única realidad posible.

—¿Qué tal si empiezas por aquella noche en París? Estuviste allí, ¿verdad? —Sé que no estoy equivocada.

Echa la cabeza hacia atrás y permanece con la vista en el techo unos segundos. Suspira hondo, de forma pausada; seguro que está ordenando sus ideas. Noto el esfuerzo que hace para no dejar escapar más lágrimas. Vuelve a mirarme, apoya sus brazos sobre sus muslos y entrelaza sus dedos.

—Necesito remontarme al diciembre anterior. Aquel día, acababa de cerrar los flecos de mi relación con Laura con una conversación fría y tensa. Me sentía despreciable por haber permitido que llegáramos a esa situación. Tras encontrarme con ella, deambulé por el centro, y de repente reparé en un cartel pegado en una farola: una ponencia de Robert Bliss, la cual tendría lugar aquella noche. Un *flash* de tu sonrisa y unas ganas enormes de volver a verte hicieron el resto. Me presenté en aquel hotel, me mezclé entre la multitud y esperé durante más de dos horas, con la certeza de que te vería brillar en aquel escenario. Pero no te vi.

—Perdí el vuelo —le aclaro, aunque estoy casi segura de que eso ya lo sabe.

Él asiente con la cabeza y continúa.

—Me aferré a la idea de que estarías entre el público. Cuando encendieron las luces, te busqué sin éxito. Fue la gota que colmó el vaso para tener un día de mierda redondo. Luego, cuando me disponía a salir de la abarrotada sala, él estaba a punto de entrar. No nos vimos, nos chocamos. A ambos nos costó unos segundos reaccionar, ubicarnos. ¿No estaba en Nueva York? Nos entró la risa y, antes de intercambiar una palabra, nos dimos un gran abrazo.

—Ojalá nunca le hubiese pedido que me cogiese aquel libro.

Dani se muerde el labio, me mira fijamente y sigue hablando.

—Víctor adivinó que, si un escéptico como yo, estaba en un lugar como aquel, solo podía deberse a que esperaba encontrarte allí. Frunció el ceño y, antes de juzgarme, buscó con la mirada una alianza en mi dedo anular. Pero allí no había nada.

Me tapo la cara con las dos manos y permanezco así unos segundos. Recupero un poco la compostura y levanto de nuevo la cabeza. Con un gesto de impaciencia, le pido que continúe.

—Recogimos el libro y me invitó a cenar con sus compañeros de teatro. Me habló de ti, de la última vez que te vio en Suances. Él pensaba que no estabas bien. Te encontró angustiada, cansada, sin la chispa que te hace brillar… Me contó por encima la situación por la que pasaste cuando falleció tu padre. Que mi accidente fue el detonante para que decidieses cambiar de vida. Que con lo que me ocurrió reviviste todo aquello, y que tu miedo a perderme, o a perder a alguien más y no poder superarlo, te había llevado a alejarte de todos. Pensaba que la teoría del destino era tu excusa perfecta, tu refugio, pero no quería que te perdieses por el camino y que, sin darte cuenta, pudieses caer de nuevo justo en el hoyo del que estabas huyendo. Víctor solo quería que volvieses a ser tú, estaba dispuesto a hacer lo que estuviese en su mano para hacerte reaccionar.

—Y entonces decidisteis jugar a ser mi destino.

Dani suspira. No puede negarlo, eso es justo lo que pasó.

—Aquel libro que Víctor tenía entre sus manos nos dio alas; otra coincidencia aquella noche. Nos leímos el resumen y hablaba justo de señales nuevas, que pueden ir cobrando importancia y que pueden reorientar tu vida hacia otra dirección.

—Sé de qué va el libro. No hace falta que me hagas una sinopsis.

Cada vez tengo menos fuerzas para seguir escuchando. Los detalles me sobran, no quiero saber el resto.

—Decidimos intentar sembrar esas señales. En aquel momento era todo tan hipotético… Te sentíamos tan lejos que pensamos que no teníamos nada que perder. No me planteé en ningún momento que, si lo conseguíamos, aquel engaño me pesaría tanto.

—Creo que él ya había empezado a hacerlo antes, con aquel encuentro con Clara por casualidad en octubre.

No me lo confirma, aunque no hace falta. Su expresión es suficiente.

—Nuestra única intención era que no siguieses apartándote de los demás, alejándote de ti misma. Ella…, perdón, me pierdo, él, quería que tú volvieses a sentir lo bueno, lo malo… En fin, que volvieses a ser la chica que solías ser, y de la que parecías haberte cansado.

—Hablar conmigo era otra opción, y bastante menos enrevesada…

—Ya lo había hecho aquel septiembre, pero notó que estabas mejor desde que te encontraste con Clara, así que continuamos con esa estrategia.

A pesar de estar en *shock*, sé que la intención de los dos era buena, aunque a la vez me siento manipulada. No consigo pensar con claridad, necesito tiempo, espacio, que Dani pare de hablar.

—Tras aquella noche, mantuvimos el contacto. Desde la distancia, Víctor intentaba que fueses recuperando esa sonrisa cada día. En cuanto supo que iba a ir a París, vimos la oportunidad de hacer algo que te marcase, que te hiciese replantearte si estabas haciendo con tu vida lo que realmente querías. Ellos prepararon el fin de semana perfecto, arrastrándote de nuevo hacia aquello que habías dejado atrás. Entonces se nos ocurrió que, en la fiesta del sábado, podrían poner esa canción… Estábamos seguros de que, para bien o para mal, te removería por dentro.

»En el último momento pensamos que podíamos dar un paso más: yo iría a París y aprovecharía para fotografiar la ciudad. Víctor se encargó de que no nos cruzásemos. El sábado por la noche, yo aparecería en el momento justo, solo unos segundos, mientras un taxi me esperaba en la puerta. ¿Por qué decidí hacer esto? Porque no tenía claro si seguía teniendo cabida en tu vida, y necesitaba saber cómo reaccionarías… Si tenía sentido involucrarme, o si, por el contrario, era mejor apartarme. Porque quizás, a pesar de lo que me había contado Víctor, yo ya no pintaba nada en tu mundo.

»A los pocos días le contaste lo que te había pasado y cómo te habías sentido. En ese momento, estuve a punto de dar un paso atrás. Quería contártelo todo, recuperar el contacto contigo, pero ¿y si decirte la verdad te apartaba aún más? Así que preferimos continuar creando otras casualidades.

No puedo seguir escuchándole. Llevaba días imaginando que algunas de esas casualidades no lo habían sido tanto, que él había tenido algo que ver. Sin embargo, esto supera todas mis teorías. Estoy como en trance. Me siento ridículamente ingenua. He caído en un truco, un espejismo, un efecto óptico. Me levanto y camino de un lado al otro del salón, incapaz de calmarme. Me siento como un animal enjaulado. Mi mente va por delante, atando cabos a toda velocidad, y comienzo a hablar de forma acalorada.

—Nuestras canciones sonando en la radio, justo a la hora de levantarme; la tarta de chocolate como la de Emma; las flores en la recepción; el Beetle aparcado en la calle… El encuentro con Andrea… Qué estúpida fui, ¿cómo pude creer en aquella coincidencia? Era demasiado perfecto. —Necesito coger aire antes de seguir, siento que me estoy ahogando—. Tu encuentro con ella, el álbum… Enterarme de que no habías llegado a casarte justo el día de tu

cumpleaños. ¿Me dejo algo?

—Puedo explicarte cada uno de esos momentos. El encuentro con Andrea… Ella quería ir a veros. Víctor le escribió y ella le dijo que iba a pasarse también por Madrid, así que se nos ocurrió que podría regalaros aquel álbum y todo fue encajando como un puzle. Cuando quedé contigo para hablar en la boda, lo hice con la intención de contarte la verdad, pero en cuanto te tuve sentada frente a mí y empezaste a sincerarte…, me acobardé. Me excusé en que era tu momento, que yo no podía estropearlo. Aunque la realidad es que me entró miedo de perderte justo cuando veía que una puerta se abría de nuevo. Lo único que pude hacer fue escucharte y animarte a seguir.

—Fingiste que lo que te contaba te pillaba por sorpresa. Me sinceré contigo, conmigo misma… y tú no fuiste capaz de hacer lo mismo. Lo siento, Dani, ahora mismo no puedo escucharte más, ni seguir hablando contigo. Necesito irme, estar sola, pensar con calma. —Me dirijo hacia mi equipaje mientras pienso en qué hacer. Él me sigue.

—No te vayas, necesitas descansar. Soy yo el que se marcha. Me voy con Sergio. —Toca mi brazo con suavidad y busca mi mirada. Yo le rehúyo.

—Es tu casa. No seas ridículo.

—Te estoy pidiendo que te quedes. Por favor, tomate el tiempo que necesites. Siéntete como en tu casa; quédate.

Estoy agotada, necesito una ducha, desahogarme a solas y dormir. Quedarme en su casa, rodeada de sus cosas y de sus fotos…, puede no parecer la mejor opción, pero no consigo pensar, así que al final accedo.

Me siento de nuevo en el sofá mientras me debato entre enfadarme con todo el mundo, o agradecerles que me hayan ayudado a volver. En poco más de dos semanas, he vuelto a sentir con una intensidad que había olvidado.

De fondo, escucho a Dani trasteando en su armario. Minutos después, reaparece con una pequeña bolsa de viaje. Me mira sin atreverse a acercarse; no soy capaz de decirle nada más.

—Ana, me marcho ya. Siento que tu regreso no haya sido como debería ser. Te quiero, y nunca he dejado de hacerlo, incluso cuando me lo propuse con todas mis fuerzas. Fue un error aceptar aquella propuesta, pero es algo que ya no puedo cambiar. Ojalá algún día puedas perdonarme.

—Dani… —Me ahogo en un sollozo y no logro continuar, necesito que se vaya. Él lo sabe, acorta su discurso y coge las llaves para marcharse.

—Si necesitas cualquier cosa, solo tienes que llamarme— dice antes de cerrar la puerta tras él.

En cuanto desaparece voy directa al baño, abro el agua caliente de la ducha y me voy desvistiendo. Me meto bajo el chorro y me quedo ahí apoyada, con

las manos en la pared, mientras el chorro de agua cae sobre mi cuello. No sé cuánto rato permanezco allí llorando, preguntándome en qué momento me convertí en alguien tan inaccesible para que los demás actúen así conmigo. Una frase se repite en mi cabeza: «yo les fallé a todos, y ellos siguieron ahí».

Por fin consigo detener las lágrimas, aunque continúo con la respiración agitada. Salgo de la ducha y me envuelvo en una de las toallas que Dani tiene dobladas en las baldas del baño. Me seco y voy al salón, a sacar un pijama de mi maleta. Con este ya puesto y sin tener la menor idea de qué hora es, me voy a su cuarto, bajo la persiana, apago las luces y me meto en la cama.

El desfase horario me vence. Mañana será otro día.

---- ANA ----

Un día después

No recuerdo dónde estoy. Me despierto como en una nube, hasta que su olor entre las sábanas, inconfundible y adictivo, me sitúa al instante y la sensación de paz desaparece de un plumazo. En cuanto me ubico, todo lo que ocurrió ayer me da un guantazo de realidad inesperado. Joder, con lo a gusto que estaba yo.

Me remuevo bajo el edredón mientras pienso en qué narices voy a hacer ahora. En apenas cinco minutos, doy más de cien vueltas en la cama; de repente parece tener pinchos. Resoplo con fuerza y un grito de pura rabia se escapa entre mis labios. Me siento, me apoyo sobre el cabecero y trato de tranquilizarme un poquito. Masajeo mis sienes con la intención de que las ideas fluyan mejor, pero no funciona. Aunque trato de pensar con serenidad, los acontecimientos recientes, y la mala leche que me brota desde el pecho, dificultan bastante la tarea. Soy consciente de todo el esfuerzo que han puesto, y sé que, si han hecho lo que hicieron, fue con el único propósito de ayudarme. Aun así, no puedo evitar sentirme traicionada.

Me rindo. Sé qué hoy no voy a conseguir desenredar el nudo de sentimientos que me invade ahora mismo. Permanezco un rato más en la penumbra, entre sollozos. Como me sucede siempre, las lágrimas alivian un poco la presión de mi pecho y consigo despejar mi cabeza y comenzar a barajar opciones.

Quedarme de ocupa en este ático de ensueño podría ser una venganza perfecta; sin embargo, el plan no acaba de convencerme. Sé que, si me quedo

unos días más en Madrid, acabaré hablando con ellos antes de lo debido, en caliente, y les diré lo que se me pase por la cabeza en ese momento, sin dejar reposar mi drama. Y tal como escupa mis palabras, voy a desear habérmelas tragado.

Lo más práctico es adelantar mi viaje a Suances, quitarme del medio y masticar despacio lo que ha pasado.

Me levanto como una auténtica zombi, voy hacia el baño y me lavo la cara. Tengo bastante frío, así que decido abrigarme un poco. En lugar de ir hasta mi maleta, como alguien cabal, me pongo a rebuscar en el vestidor de Dani. Cuando me doy cuenta, estoy acariciando su ropa cual fan desquiciada. Tras mi útil labor de investigación, me decanto por un enorme y gustoso jersey gris clarito. Me lo pongo encima del pijama, me miro en el espejo y cojo la parte delantera del suéter entre mis manos; lo acerco a mi nariz y aspiro su aroma con los ojos cerrados, recreándome, reviviendo de manera automática cientos de momentos. Tras esta parada no planificada, voy a la cocina. Necesito un café con urgencia.

Reparo en un bizcocho y una hogaza de pan que hay sobre la encimera. Encuentro zumo en la nevera y café en la cafetera. Por un instante, me siento afortunada de lo buen anfitrión que es Dani. De que me haya dejado su casa, de que me cuide de este modo, aunque sea en la distancia. Una sonrisa se dibuja en mi cara, hasta que mi caos emocional hace acto de presencia. Las imágenes de anoche vuelven en bucle y me amargan la oleada de agradecimiento.

Me preparo unas tostadas. Intento centrarme en lo que estoy haciendo y apartar todo lo demás. Unos minutos después, tengo un desayuno completo sobre la encimera. Me siento en un taburete alto y empiezo a saborearlo, sin prisas. Pongo todos mis esfuerzos en disfrutar del momento, pero estar en el lugar de los hechos no ayuda en absoluto.

Cuando termino, busco en internet una empresa de alquiler de vehículos. Tengo que marcharme de aquí ya, o voy a perder la poca cordura que me queda.

Un rato después, salgo del piso con el claro objetivo de dormir esta noche en Suances. Voy hacia el metro para dirigirme a la estación de Chamartín, donde he dejado reservado un coche.

Tras algo más de una hora, estoy de vuelta. Recojo todas mis cosas, pongo en orden lo que he desordenado y salgo del piso. Guardo todo en el coche y lo saco del garaje. Callejeo un poco hasta que encuentro un hueco para aparcar cerca del estudio de fotografía.

Camino decidida hacia allí, con pasos firmes. No sé si él estará, no le he

avisado. Cuando estoy llegando a la puerta me paro en seco, flaqueo. El nudo de la garganta aprieta de nuevo. Llevo al menos media hora sin llorar. Las dudas vuelven, pero no dejo que me líen. Abro la puerta y entro, dejando los titubeos al otro lado. Le devolveré las llaves y le pediré tiempo para pensar sin soltar ni una lágrima, no pienso permitírmelo.

Mis ojos, cargados de una confianza impostada, se cruzan con los de Emma. Ni rastro de Dani. Ya no necesito mantenerme en mi papel de chica dura. Ella sale del mostrador y yo me quito la armadura. No son necesarias las palabras, nos abrazamos con fuerza. Cuesta, pero contengo mis emociones sin montar una escena.

Ella no me dice nada al respecto, aunque, por cómo me mira, sé que ha reparado en mi aspecto algo lamentable: cara hinchada, ojos rojos, y tono de la mejillas y nariz a juego.

Emma me propone tomar algo y vamos a la cafetería que está justo al lado. Pedimos unos sándwiches para comer y nos ponemos al día. Le hablo de mis meses en Roma, de mi breve aventura americana, y de mis planes en el aire. Ella me cuenta sus últimos proyectos y me enseña fotos de su hija, Alba; a las dos se nos cae la baba. Se parece a su tío más que a su madre, los mismos ojos y esa sonrisa poderosa. Me entran mil ganas de conocerla.

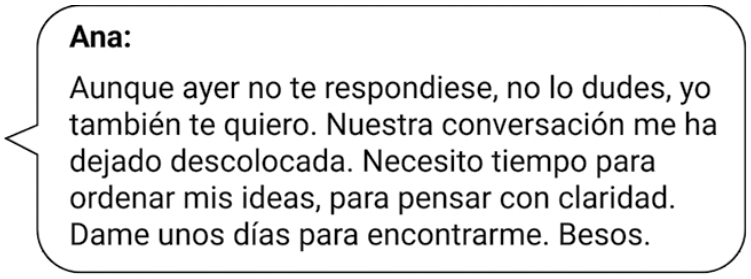
Siento que la rabia pasa a un segundo plano. Me viene genial hablar con alguien que, a priori, creo que no está implicada en la trama «Rescatando a Ana». No se atreve a preguntarme sobre Dani. Yo no sé lo que sabe ella, y tampoco me apetece indagar, así que solo le digo que volvemos a estar en contacto. Sonríe con ganas de querer saber más; yo cambio de tema.

Tras una agradable conversación, la acompaño hasta la puerta del estudio, y entonces le digo que me voy unas semanas a Suances. Saco las llaves de su hermano de mi bolso y se las tiendo, para que ella se las devuelva. Las coge extrañada, moviendo la cabeza a ambos lados y mordiéndose el labio; ese gesto debe de ser genético.

Se me empañan los ojos y me rompo. Me abraza con fuerza y me pide que me quede hasta que me calme. Y eso hacemos, apoyarnos en un coche hasta que consigo recomponerme. Intenta averiguar qué me ocurre, pero le digo que no me apetece hablar y ella lo comprende. En realidad, no quiero compartir nada de lo que ahora mismo se me pasa por la cabeza, porque sé que son ideas desordenadas, y que necesito asentar todo para ver las cosas desde otro prisma. Ella no para de abrazarme y de darme su apoyo en silencio hasta que me ve más tranquila. Entonces nos despedimos, y con una sonrisa pícara y sin dudas, me dice que nos veremos en unas semanas.

Camino de vuelta al coche, a paso lento, contemplando estas calles que

tantos recuerdos me brindan. Me detengo junto al coche e, incapaz de marcharme sin avisarle, le escribo un mensaje.



Me monto en el coche, sintonizo la radio y arranco. Suspiro hondo, vuelvo al norte.

---- ANA ----

Hogar, dulce hogar

Comienzo el viaje con el firme propósito de dejar a un lado mis pensamientos y centrarme en la conducción. Por alguna extraña razón que jamás he llegado a comprender —ni yo, ni nadie—, y contra todo pronóstico, me encanta conducir. Debería aborrecerlo, tenerle fobia, pánico, pero, por el contrario, estar al volante me resulta liberador. En cuanto me mudé a Madrid con dieciocho años, comencé en la autoescuela, y en cuestión de meses estaba como loca buscando oportunidades para poder estar tras el volante. Tarea bastante complicada viviendo en Madrid y sin coche propio. En cuanto viajaba a Suances, cogía el coche de mi madre y me ponía a hacer kilómetros. Algo totalmente incomprensible.

A pesar de intentar concentrarme con todas mis fuerzas, las canciones me traicionan, arrastrándome a recuerdos que vuelven en forma de *flashes*. Apago la música. El silencio es aún peor, ensordecedor, así que me decanto por volver a ponerla y aguantarme con la barra libre de estados de ánimo que se me presente. Tan pronto siento un cabreo monumental, como me dejo invadir por la tristeza; incluso suelto alguna que otra carcajada.

Estoy segura de que me han organizado una fiesta de bienvenida que me estoy perdiendo. Bueno, lo más lógico es que, tras lo ocurrido, la hayan suspendido. No es que ahora tenga ganas de juerga, y menos aún con ellos. Es solo uno de los pensamientos que se cuela sin avisar. Ser yo no es fácil. A todo esto, el móvil suena de vez en cuando, pero conociéndome sé que es mejor ignorarlo y responder en otro momento.

Pasadas las ocho, llego a Suances. Algo afónica tras mi inútil intento de apartar pensamientos a golpe de desgañitarme gritando las letras de todo lo que sonaba por la radio. Desentono que da gusto, aunque mi memoria con las letras de las canciones es prodigiosa. A pesar de poner todo de mi parte, me he dado cuenta de algo: soy capaz de cantar y de comerme la cabeza a la vez. Lo mío no tiene solución.

Hoy no me paro a contemplar el mar. Estamos en enero, ya es de noche y yo solo quiero abrazar a mi madre. Mi reencuentro con la playa tendrá que esperar a mañana.

Nada más ver las primeras casas del pueblo, mi cara se ilumina. Sé que fuera debe de hacer bastante frío, sin embargo, no puedo evitar abrir un poco las ventanas y dejar entrar el olor a salitre. Tiemblo brevemente y un cosquilleo me inunda de los pies a la cabeza. Lleno mis pulmones de calma.

Me adentro en el pueblo; mi madre debe de seguir en la tienda. En ese momento, reparo en que no le he dicho que adelantaba mi visita. Soy un desastre… Al menos podré sorprenderla.

Aparco en una calle cercana a la zona comercial. Antes de bajarme del coche, me miro en el espejo y rebusco en mi bolso mi kit para emergencias. Cubro mis penas con polvos de sol y colorete en cantidades industriales. Extiendo los productos generosamente hasta conseguir un aspecto que pretende ser natural, pinto mis labios de rosa y, ahora sí, intentando eliminar los rastros del drama de mi rostro, salgo del vehículo.

Me dirijo con prisa hacia la tienda y veo a mi madre a través del escaparate. Está de espaldas a mí, agachada, colocando unas camisetas. Cristina se encuentra en el mostrador, revisando un listado y tecleando en el portátil. En estos momentos no hay ningún cliente. Entro en la tienda con la intención de sorprenderlas, sin embargo, un pitido con cierta melodía me delata nada más poner un pie en el interior del establecimiento. Cristina me ve y yo le hago un gesto con el dedo para que no diga nada. Mi madre no me mira, pero saluda acaloradamente, pidiéndome un minuto para poder atenderme. Se incorpora mientras yo me pongo tras ella y le tapo los ojos.

—¡Ana! —grita emocionada. Se gira y me abraza.

—A ti no hay quien te sorprenda —respondo decepcionada. Me guardo para luego las ganas de llorar y continúo abrazándola.

—Te esperaba dentro de unos días. Tenemos la casa hecha un desastre.

—Mamá. —Me recreo en la última «a» mientras la miro con incredulidad.

—Ya lo sé. —Voltea los ojos—. Frases de madre.

Las dos nos reímos.

Me acerco a dar dos besos a Cristina.

Apenas intercambiamos un par de palabras y nos manda a las dos a casa. Ella se encargará de cerrar.

Mi madre no rechaza el ofrecimiento. Recoge sus cosas y a los pocos minutos estamos en la calle. Hoy ha ido paseando hasta la tienda, así que se viene conmigo en el coche.

Nos montamos y me sonríe con esa ternura infinita. Sé que está deseando preguntarme qué ha pasado, pero esperará al momento perfecto para hacerlo.

Durante el camino, le cuento qué tal fue el viaje y le pido disculpas por haberle escrito solo un triste mensaje al aterrizar. Ella le quita valor con la mano y me recuerda que lo importante es que esté aquí.

Entramos en nuestra calle y aparco cerca de casa. Cogemos mi equipaje entre las dos y, en menos de un minuto, atravesamos la puerta. Como siempre, tengo que enfrentarme a una mezcla de emociones. La sensación de hogar y una nostalgia inevitable van de la mano.

—Carlos no está. Esta noche se queda con su madre, que está pachucha.

Creo que me miente, que es ella quien se lo ha pedido por mensaje, pues ha ido todo el camino enredando con el móvil. No le pregunto y le sonrío, agradeciéndole el gesto.

—¿Qué te parece si pido una *pizza* y nos ponemos cómodas? —me pregunta mientras busca el número de la pizzería en su teléfono.

—No puede sonar mejor —respondo, deseando darme una ducha.

Subimos mis maletas a mi habitación, mi madre hace el pedido y después aprovechamos la espera para cambiarnos.

En veinte minutos estoy abajo, duchada, con un pijama puesto y un enorme y gustoso jersey gris encima. No he podido evitar traerme un *souvenir*. Mi madre aparece pocos minutos después. Preparamos la mesa del salón y nuestra cena apenas tarda en llegar. Nos sentamos y saboreamos la *pizza*.

La música de fondo, las anécdotas de mi madre… Sé que en breve voy a romperme. En cuanto terminamos de cenar y lo recogemos todo, se sienta en el sofá y me pide que la acompañe.

—Sabía que venías hoy. —No tarda en romper el silencio, sin dar rodeos—. Dani me llamó esta tarde para contármelo, quería que supiese que estabas en la carretera.

—Estupendo. No sabía que manteníais el contacto. —Me cruzo de brazos, marcando mi espacio. Quiero soltar lo que tengo dentro, pero siento que la conversación va a ser más difícil de lo que esperaba. Ya se me están escapando las lágrimas y el tonillo insoportable que se me pone cuando estoy a la defensiva.

—Ana, cariño, déjalas salir. Sin miedo. —Me acaricia la cara, me abraza y me atrae hacia su pecho.

Y entonces, de la peor manera posible, con las lágrimas invadiendo mis mejillas y la nariz cada vez más congestionada, comienzo a narrarle todo lo que ha pasado. No sé cuánto rato paso hablando, ni si ella es capaz de entender mi historia entremezclada con los hipidos. Le cuento que estoy perdida, que no soy capaz de abarcar la oleada de sentimientos a la que me estoy enfrentando, que estoy enfadada con todos, y a la vez agradecida. Que estuve ayer con él, pero que ya lo echo de menos. Que me siento manipulada. Le digo eso y un montón de cosas más que apenas recuerdo.

Me derrumbo, la verdad es que estaba llevando las últimas horas demasiado bien. Tarde o temprano tenía que volver a pasarme.

Mi madre me abraza con más fuerza, y yo ya no puedo hablar más. Las lágrimas se llevan todo el protagonismo. Pasamos así mucho rato, en silencio. Yo gastando pañuelos y ella esperando a que me relaje un poco. Cuando me encuentro algo más calmada, retoma la conversación.

—Ana, no tienes que digerir todo lo ocurrido hoy. De golpe. Necesitas pensar en frío.

—Eso es justo lo que trato de hacer. —Una carcajada amarga aparece entre las lágrimas.

—Creo que debes darte algo más de tiempo para enfrentarte a tu situación con calma.

—Para mí, es como si hubiesen pasado meses desde que tuve esa conversación con él. Desde ayer, mi vida parece surrealista. Necesito aclararme un poco.

—Vale, como quieras. Podemos intentar ir desenredando el nudo juntas. —Mi madre me sonríe y me infunde calma como solo ella es capaz de hacer—. ¿Qué te parece si yo te hago preguntas y tú me vas respondiendo? —Asiento con la cabeza como una niña obediente. Decirle que no serviría de poco.

—¿Antes de que Clara apareciese en tu vida, eras más, o menos feliz?

Pongo los ojos en blanco y suspiro.

—Supongo que menos. —Mentira, estoy segura de que menos, pero, por ahora, prefiero dar respuestas ambiguas.

—Vale. Las señales nuevas, aunque no fuesen tan reales como tú pensabas, ¿qué te hacían sentir?

Pregunta difícil de responder. Permanezco en silencio pensando hasta que una palabra aparece con total claridad ante mí. La miro dubitativa, pero decido soltarla, así, a lo loco. Total, ya que estamos…

—Viva. —No añado nada más, no hace falta.

Asiente en silencio y lanza la siguiente pregunta.

—¿Tu trabajo qué te aportaba?

—Una meta, un objetivo. Me permitía centrarme en algo ajeno a las mierdas que llevo siempre en mi mochila. —Esta vez no he pulido la frase antes de soltarla, esto me va a pasar factura. Me tapo la cara con las manos. Mi madre guarda silencio hasta que salgo de mi escondite y me encuentro con sus ojos, que me observan cargados de sorpresa.

—No he oído la palabra feliz. ¿No era esa tu finalidad?

Suspiro. Ella tiene razón y yo no sé qué más añadir. Podría exponer una lista de argumentos, como habría hecho sin dudarlo en otras ocasiones, pero desisto. ¿A quién quiero engañar? La miro, y entonces comienza a hablar.

—Sabes que hace diecisiete años fue el peor año de nuestras vidas. En un segundo, se detuvo todo. Nuestro mundo, sí, ese en el que las dos vivíamos con él, dejó de existir. Así, sin más, de repente. —Nos agarramos las manos con fuerza—. Las pesadillas siguen asaltándome algunas noches: el teléfono suena; yo respondo temblorosa, vulnerable, y al otro lado, esa voz encorsetada me da la peor noticia posible. En mis pesadillas todo transcurre a cámara lenta. A veces no consigo andar, soy incapaz de gritar, o no consigo moverme. El dolor aquí —dice llevándose la mano al pecho— es tan real…, que no parece que el tiempo haya seguido su curso.

—Mamá… —Ahora soy yo la que acaricia su cara, y con un gesto la animo a que continúe.

—Ana, yo era incapaz de acostumbrarme a nuestra nueva realidad. No tenía ganas de nada. Si me mantuve en pie, fue porque te tenía a ti. Durante las primeras semanas, admiré tu entereza. Hasta que me di cuenta de algo: tu comportamiento solo era posible por un motivo, aún no habías asimilado que él no iba a volver.

»Un día te levantaste con los ojos rebosantes de tristeza. Comenzaste a caer y te encerraste en una coraza. Fueron unos meses muy duros. Por mucho que hiciésemos por ti, nunca parecía suficiente. Y entonces llegó aquel día nublado, negro. Tu cuerpo inconsciente sobre el suelo…

Mi mirada se empaña de nuevo, pero esta vez no cedo a las lágrimas. Mi madre debe continuar. Recordar aquel momento del que nunca hablamos, y del que me arrepentí al segundo de tragarme las pastillas, me oprime el pecho.

—Estuve a punto de perderte una vez, y en el instante en el que te vi despierta en el hospital, lo supe.

—¿Qué supiste? —Un hilo de voz se escapa entre mis labios.

—Que siempre haría lo que estuviese en mi mano para que volvieses a ser tú. Tuve que aprender a respetar tus tiempos, tu espacio. A sobrellevar tus

reacciones… Yo también acudí a terapia. —La miro asombrada—. Fíjate qué tontería, eso nunca te lo conté. Un día decidiste poner tierra de por medio y marcharte a Madrid. Yo te animé, y fue tu mejor apuesta. Poco a poco recuperaste tu luz, tus ganas de vivir, y lo más importante: tu sonrisa. Entonces, años después, cuando creía que la tormenta se había alejado lo suficiente, algo pasó y volviste a encerrarte un poco. Esa oscuridad que tanto nos aterra a las dos, te sobrevolaba de nuevo.

—¿Lo sabías?

—Cariño, eres mi hija. Conozco cada uno de tus gestos; cómo no saberlo.

—No dijiste nada.

—Te fuiste a Londres, pensé que el cambio te ayudaría de nuevo. Tardé pocos meses en darme cuenta de que no era así. Creaste un muro aún más inaccesible, te encerraste y te alejaste de mí, de todos y de ti misma. Dejaste de quererte. Cuando venías a visitarme, o yo iba a Londres, no te veía. En tu lugar había una sombra, con cicatrices sin curar, con ojeras bajo las capas de maquillaje y mirada ausente. Verte así me destrozaba, y tú parecías no darte cuenta. No sabes la de noches que he pasado en vela pensando en ti, en cómo estarías. Ana, cuando llegó mi boda, una parte de mí estaba convencida de que no vendrías.

—Cómo no iba a venir. —Es todo lo que acierto a decir, no puedo enfrentarme a lo que acaba de contarme, ni tampoco me atrevo a confesarle que me plantee mil veces si acudir o no.

—Semanas antes de la boda, llamé a Víctor y le pedí ayuda. Necesitaba que hablase contigo, a mí ya no me escuchabas.

Chasqueo la lengua mientras encajo más piezas del puzle y suspiro con fuerza.

—Y entonces él se extralimitó en sus funciones.

—No. Él me contó que necesitabas un empujón más. Que después de los días que habíais pasado juntos, estaba seguro de que ibas a volver a ser tú en algún momento. Lo único que necesitaba era un poco de tiempo, captar tu atención adaptándose a tu forma de ver las cosas. Me planteó lo que tenía en mente y ¿sabes que hice? —pregunta. Yo asiento. Puedo imaginarlo—. Darle alas para que sembrase las señales que él creyese oportunas. Y eso hizo, hasta que vimos que, aunque siguieras lejos, ya no estabas aislada… Ya te lo dije antes, siempre voy a hacer lo que sea necesario para que no vuelvas a perderte, para que exprimas tu vida al máximo y para que no dejes que los días te pasen por encima sin más. Porque cielo, ten clara una cosa: evitar tus problemas no es solucionarlos.

Permanezco en silencio, apoyada sobre el respaldo del sofá mientras mi

mirada se pierde en el techo. Necesito asimilar todo lo que acaba de contarme. Después de sus declaraciones, puede que esta noche sea la definitiva y me estalle de una vez por todas la cabeza. Pero tengo algo claro: con ella no puedo enfadarme. Noto su mirada posada sobre mí, esperando con calma. Me giro hacia ella y, sin pretenderlo, sale de mis labios algo que la sorprende.

—Mamá, perdóname. No sé cómo he podido tardar tanto tiempo en darme cuenta de que no estaba bien. Me centré en ahuyentar problemas y dejé todo de lado. Perdón por no plantearme que tú me necesitases para recomponerte.

—Cariño, sé que tienes un corazón que no te cabe en el pecho. Simplemente te priorizaste, y es algo que está bien, siempre que se haga de la manera correcta. Te equivocaste en las formas porque no te estaban ayudando, solo eso.

—Venga ya, mamá. No me justifiques. ¿Cuántas veces te pregunté cómo estabas cuando papá murió? ¿Me preocupé por cómo estarías cuando me fui a Madrid? ¿Y cuándo me marché a Londres? ¿Me alegré porque no pasases tus días sola? Mamá, como hija he sido un auténtico desastre… Perdón, por no haberme preocupado lo suficiente; por pensar que la única que podía estar de puta pena era yo; por no ver más allá de mi mundo. Perdóname por darnos la espalda sin pretenderlo. —Las dos continuamos con los ojos vidriosos y las manos agarradas—. Aunque sea tarde, necesito escuchar tu parte de toda la historia. No tenemos prisa.

Mi madre me dedica una mirada cargada de asombro y de orgullo. Estoy segura de que esperaba un espectáculo digno de mí, con gritos y portazos incluidos. Entonces comienzo a preguntarle, y ella, por primera vez, se abre conmigo y se atreve a relatarme cómo lo vivió. De sus labios se escapa todo lo que nunca me contó. Al principio en un susurro, casi inaudible, pero en cuestión de minutos toma peso, voz y seguridad en cada una de sus palabras. Deja salir aquello que le oprimía de una vez por todas, sin tapujos. Sin miedo a lastimarme. Llora, y esta vez yo soy quien la consuela.

La luz del alba se cuela entre las cortinas y nos pilla por sorpresa. Preparamos café y tomamos bizcocho de la abuela. Continuamos hablando, ajenas al sueño.

Sobre la marcha decidimos vestirnos, nos ponemos nuestros abrigos y salimos a la calle. Caminamos por el paseo junto a la playa y nos tomamos un segundo café en el puerto. Entonces le pido algo que llevamos años sin hacer, al menos juntas. Llamamos a un taxi y vamos al cementerio. Avanzamos en silencio entre las lápidas, hasta llegar a la de mi padre. Allí comienzo a hablarle como si lo tuviese enfrente, y mi madre se une a la conversación.

Por un instante, volvemos a ser tres, y siento que parte del peso que llevo

encima se aligera.

---- ANA ----

¿Comenzamos de nuevo?

Llevo diez días pegada a mi madre cual lapa humana, solo me falta acompañarla al baño. Me he convertido en su sombra. Ahora somos inseparables, desde aquella noche en la que las dos nos abrimos como nunca habíamos hecho. Mi objetivo, o, mejor dicho, mi obsesión, es recuperar de manera condensada el tiempo perdido.

Diez días son exactamente los que he tardado en darme cuenta de algo: por mucho empeño que le ponga, aunque exprima al máximo cada segundo, todo lo que dejé de hacer con ella en estos años —las conversaciones que nunca mantuvimos, los cafés entre confesiones que no nos tomamos, los atardeceres que dejamos de disfrutar juntas, todos esos momentos no vividos, y muchos otros—, no puedo pescarlos y rescatarlos así, sin más. Ese tiempo ya pasó, lo dediqué a otra cosa, y no va a volver.

En estos días, sin pretenderlo, me he reencontrado con lo que un día fuimos. No sé cómo, en mi empeño por ser feliz, fui alejándome de los pequeños placeres. En algún momento olvidé lo placentero de su compañía, sus manos cálidas, nuestras sonrisas cómplices. Dejé de pensar en lo increíble que es ser nosotras.

Juntas hemos recorrido una vez más cada rincón del pueblo que me vio crecer. Hemos pasado tiempo con mis abuelos a diario. He vuelto a las discusiones profundas con mi tía, recuperando así nuestra esencia… Por favor, cómo echaba de menos sus sermones y acabar enredadas en una conversación en la que jamás, ninguna de las dos, y bajo ningún concepto, dará su brazo a

torcer. Me parece increíble que estos momentos, que antes me resultaban tan irritantes, ahora despierten en mí una sonrisa.

También he aprovechado para visitar a mis abuelos paternos en Santander. Siempre me cuesta un mundo hacerlo, pero mi abuelo, que es un sol, no tiene la culpa de que mi padre fuese su fotocopia. Cada vez que lo tengo enfrente, el nudito del pecho se aprieta un poco. Aun así, cuando me marcho lo hago con el corazón cargadito de amor.

Además de todo esto, tengo que confesar otra cosa: hasta estoy cogiéndole cariño a Carlos. He conseguido dejar de verle como una amenaza, y con mi cambio de actitud descubrí que es muy buena persona, un conversador de esos que te hace pensar y sabe escuchar con un nivel de concentración que ya quisiera yo para mí. Me he sorprendido a mí misma varias noches, manteniendo con él largas tertulias tras la cena. Incluso mi madre nos ha abandonado y nosotros hemos seguido ahí, arreglando todos los problemas del mundo.

En cuanto al resto de sentimientos, me encuentro en un limbo, incapaz de mantener una conversación con Dani, con Víctor o incluso con Clara. A los tres les he pedido tiempo, aunque ya les he adelantado que el rencor no me va a durar para siempre.

Hablar con mi madre fue justo lo que necesitaba para terminar de abrir los ojos. Nuestra conversación me ayudó a deshacerme de las sensaciones negativas y a valorar mejor el esfuerzo que todos han puesto para ayudarme. Quizás las maneras no han sido las mejores, pero en eso de las malas formas, yo también tengo lo mío. Así que, pese a que de primeras pensaba que el enfado iba a tardar en abandonarme, me equivocaba. Y aunque esté mostrando un poco de resistencia, ya les he perdonado. Uno no puede jugar a ser el puto destino de una persona y salir de rositas.

También he aprovechado para ir dando forma a mi proyecto. Cuando mi madre está en la tienda atendiendo a sus clientes, yo me aíslo en la trastienda, navegando por internet, enganchada al teléfono y concertando entrevistas de aquí a unas semanas, con unos y con otros. Así que, a pesar de mis descubrimientos de las últimas semanas, y de mi enfado inicial, debo reconocer que la trama «Rescatando a Ana», ha dado sus frutos, porque mis ganas de volver no se han esfumado. Y, por primera vez en años, tengo la certeza de que estoy justo donde debo estar, encaminándome en la dirección correcta.



Es viernes, son las siete de la tarde y estoy frente al ordenador, estudiando por enésima vez a la competencia. Necesito ofrecer experiencias que los demás no estén cubriendo, y no me faltan las ideas. Ya estoy pensando en organizar con Clara eventos que incluyan visitas guiadas por la ciudad. También puedo ofrecer packs especiales con fotos realizadas por el mejor estudio fotográfico de Madrid. Sí, ellos no lo saben, pero no puedo evitar incluirlos en mis planes. Volver a Madrid, sin ellos formando parte de mi vida, no tendría ningún sentido.

Suena una vez más el pitido de la puerta de la tienda. Deberían cambiarlo por algo más amigable; un «bienvenido» y un «hasta pronto», sería mucho menos irritante. Vale, quizás estoy algo susceptible.

Escucho a mi madre gritar «¡mi niño!», y automáticamente dejo mis ojos en blanco y suspiro con fuerza. Solo hay una persona en este mundo a quien mi madre llama así desde que tengo uso de razón. A modo de respuesta, la voz inconfundible de Víctor la llama «tía Claudia». Sí, la llama tía. Vuelvo a suspirar, creo que no tenemos el mismo concepto de necesitar tiempo.

Me resigno a salir de mi escondite antes de que entre él. Cuando lo hago, permanezco apoyada sobre el marco de la puerta y los contemplo mientras charlan. Clara está con él, y mi reacción me pilla desprevenida. De repente, tengo muchas ganas de abrazarlos. Si quedaba por ahí algún resquicio de rencor, ha pasado a un plano muy muy lejano. Sin embargo, se merecen que me haga la dura un poquito más.

Reparan en mi presencia e intercambio una sonrisa gélida con ellos, arrugando los ojos. Les hago un gesto con la mano indicándoles que me acompañen a mi guarida, y sin esperarles vuelvo a la trastienda. Escucho sus pasos venir tras de mí, obedientes. Cuando entran, yo ya estoy sentada, y con la mirada más seria posible les señalo dos sillas. Sin besos, ni abrazos de por medio; por ahora no quiero relajar el ambiente.

Los miro con mi mejor cara de póker, aún no hemos intercambiado ni una palabra. Se sientan a ambos lados de mí, en torno a mi centro de operaciones. En un movimiento rápido, cierro el portátil y aparto los papeles. No les he revelado mis planes y no quiero que los descubran aún.

Intercambio miradas con ellos manteniendo una expresión indescifrable, hasta que Clara, que no aguanta más la tensión del ambiente, le lanza una patada a Víctor. Se supone que yo no lo he visto, pero ha temblado hasta la mesa. Por si me quedasen dudas de lo que ha pasado, él la mira y se toca la espinilla como si le hubiese dolido muchísimo; está intentando ablandarme. Viendo que no hay atisbo de preocupación por mi parte, para de manosearse la pierna y recupera la compostura. Carraspea y por fin se lanza a romper el

hielo.

—Veníamos a pedirte disculpas. Lo sé, sobrepasamos límites que jamás deberíamos haber cruzado. —Desvía su mirada intencionadamente hacia la puerta de la trastienda, dándome a entender que mi madre también estaba en el ajo—. Pero en ese momento no encontramos otra opción. Y aunque sé que te sientes traicionada, estoy seguro de que ya nos has perdonado. —Como siempre, derrochando seguridad.

Clara lo mira perpleja. No da crédito a que la haya cagado y encima vaya de sobrado. Yo ya estoy acostumbrada, es Víctor. Ella va a añadir algo, sin embargo, yo me adelanto.

—¿Esa es tu disculpa? A ver, no es que esperase que me pidieses perdón de rodillas. Pero no habría estado de más que, al menos, mostrases un poco de arrepentimiento. ¿Cómo estás tan seguro de que te he perdonado? —Cruzo los brazos y lo miro de la manera más desafiante posible.

—Porque aquí, el actor soy yo. Y tú actúas de pena. —Comienza a reírse a carcajadas, al tiempo que examina mi pose—. Esa cara haciéndote la dura, mientras tu sonrisa está a punto de escaparse… Y tu mirada se ha iluminado al vernos. Niña, ¿puedo abrazarte ya, por favor?

Ese «por favor», es mucho más convincente que su amago de disculpa, y me pellizca el corazón. Se levanta y se coloca frente a mí. Abre sus brazos de par en par y yo suelto un bufido y muevo la cabeza a ambos lados; demasiados años soportándonos.

Dejo las tonterías a un lado, me levanto yo también y me dejo envolver entre sus brazos. En un tono inaudible para Clara, le doy las gracias por haberme ayudado a volver.

Él se aparta con los ojos vidriosos y Clara ocupa su lugar. Me da un abrazo gigante mientras me dice que reencontrarse conmigo, fuese por casualidad o no, ha sido uno de los mejores regalos que la vida podía haberle dado. Y yo ya no puedo enfadarme.

—¿Y se puede saber a qué has dedicado estos días de retiro voluntario aparte de a maldecirnos? —me pregunta Víctor con su mejor sonrisa canalla, intentando sin éxito desbloquear mi portátil.

Se lo quito de las manos con suavidad y lo vuelvo a dejar cerrado sobre la mesa.

—Todo a su debido tiempo —le respondo, y él asiente.

Los dos sabemos que en un rato le habré contado mis planes con todo lujo de detalle, por eso deja de insistir.

—Bueno, ¿y nos has echado un poco de menos? —inquiere Clara. Intenta tantear si todo está bien entre nosotros.

—Sí, estos días me he dedicado a lidiar con el rencor y a necesitaros a mi lado. Así soy yo.

—Y, además de en nosotros, ¿has pensado en él? —Víctor me mira expectante.

—Cada segundo. Podría mentirte, pero ¿para qué engañarme? —A partir de ahora, uno de los pilares de mi vida será la sinceridad.

—Con total seguridad, puedo confirmarte que él está igual que tú. No veas qué intenso es el chaval, no sé cómo se me ocurrió meterlo en mis líos. Vaya viaje nos ha dado. —Sonríe con esa mirada provocadora.

—¿Dónde está? —Se me acelera el pulso. Creo que el sonido de mi corazón debe de retumbar por toda la habitación. Por si esto fuese poco, un torbellino de emociones me saluda desde la boca del estómago.

—En la calle. Ha preferido que pasemos primero. Quería reencontrarse contigo a solas.

—¿Os importa si os dejo aquí? —Los nervios y la necesidad me invaden.

—Faltaría más. —Clara, que es una romántica empedernida, muestra una risa nerviosa.

Me pongo el abrigo y no les digo ni «hasta luego».

Atravieso la tienda con paso decidido. Mi madre y Cristina están atendiendo a unos clientes, así que no interrumpen mi marcha. Salgo a la calle y ahí está él, justo en la acera de enfrente, apoyado en un coche mientras enreda con el móvil. Me ve, guarda el teléfono y me mira con ternura, acompañando el gesto con su increíble sonrisa. No sabe el arma tan poderosa que tiene en esos labios.

Me acerco a él y, cuando estoy a pocos pasos, reparo en su impecable aspecto: jersey de cuello alto azul petróleo, vaqueros, zapatos abotinados y abrigo de paño abierto. Como siempre, está guapo a rabiar. Entonces recuerdo lo que yo llevo puesto —es la diferencia entre dar la sorpresa y ser la sorprendida—: botas tipo australianas, que siempre me han parecido un poco de andar por casa; mallas; sudadera gigante; pelo recogido en un amago de moño; ojeras y cero por ciento de maquillaje. Me abrocho el abrigo con la intención de disimular mi atuendo. Me muerdo el labio y frunzo el ceño.

Él suelta una carcajada limpia y mueve la cabeza hacia los lados.

—Estás preciosa.

Ahora soy yo la que se ríe con ganas.

Lo mejor es la sinceridad de su mirada. Sé que lo piensa en serio, no lo dice por relajar el ambiente.

—Me he vestido así para la ocasión —digo, mientras intento solucionar, sin mucho éxito, el desastre que es mi pelo.

A pesar de intercambiar una mirada cómplice y cargada de significado, ninguno de los dos nos atrevemos a dar un paso más. Permanecemos estáticos, el uno frente al otro. En silencio, pero con la felicidad dibujada en los labios.

—¿Te apetece dar un paseo? —me pregunta.

—Claro.

Comenzamos a caminar, los dos con las manos metidas en los bolsillos, respirando hondo. Aún no quiero retomar el tema, y él parece leerme la mente.

—¿Me llevas a la playa?

Es de noche, la niebla llega casi al suelo y el frío cala hasta los huesos. Una propuesta perfecta.

—Mientras no te bañes… —No es momento de ponerse tiquismiquis.

Me sonríe y se muerde el labio.

—¿Te acuerdas la primera vez que estuve aquí?

—Cómo olvidarlo.

—Fue demasiado pronto.

—Contigo, nunca era pronto. —respondo con total sinceridad.

Él vuelve a sonreír.

—Llevábamos menos de cuatro meses juntos y me metiste en tu casa una semana.

—¿Cuánto tardaste en perder la vergüenza? ¿Cinco minutos? Lo pasamos genial.

—Sí, fue un viaje muy especial. Los paseos por la playa, las puestas de sol, los chiringuitos, las cenas en el patio con tu madre, las excursiones por Cantabria… Y lo mejor de todo: nosotros.

Ha dicho «nosotros» y mi estómago ha dado un nuevo vuelco. Nuestras miradas se buscan y se cruzan de esa forma tan nuestra. Siento la electricidad en el ambiente.



Tras una conversación distendida recordando solo buenos momentos, llegamos a la playa. La niebla no deja que las farolas hagan su trabajo, y la luz se disipa unos metros por encima de nuestras cabezas. Aun así, decidimos adentrarnos en la arena y caminamos hacia la orilla. Dani se adelanta unos pasos y se sienta a contemplar la nada. La oscuridad lo invade todo. Lo imito y me acomodo a su lado; el frío me sirve de excusa perfecta para acortar la distancia. Permanecemos sentados, en silencio, respirando el aroma del mar. Apoyo mi cabeza sobre su hombro y él me cobija bajo su brazo

—Lo siento, Ana. —Rompe el silencio y su voz se quiebra.

—Lo sé. Tus disculpas se han convertido en mi lectura nocturna de estos días. —Saco mi cabeza del refugio junto a su pecho y nos miramos. Él continúa hablando, sin dejar de sostener mi mirada.

—Te aviso, voy a repetirme, pero necesito decírtelo una vez más. —Sonríe de medio lado—. Siento haberme inmiscuido así en tu vida, sin que tú me invitases. Siento que tu vuelta no fuese como esperabas. Y, sobre todo, siento no haberte llamado después de aquel encuentro con Víctor para decirte que sabía cosas de ti que me hacían entenderte mejor.

—¿Por qué no lo hiciste?

—Por temor a que no quisieses escucharme y a que te encerrases aún más en tu mundo. Además, si te soy sincero, no entendía que no hubieses tenido conmigo la confianza suficiente como para contármelo cuando estábamos juntos. —Va a continuar hablando, pero no puedo evitar interrumpirlo.

—Dani… —Lo miro perpleja—. Jamás fue cuestión de confianza.

—¿Entonces? —reclama una explicación que, a estas alturas, yo pensaba que ya estaba clara.

—Durante años creí que lo mejor para mí, lo mejor para todos, era dar la espalda a esa parte de mí. En cuanto me marché a Madrid, decidí que aquellos años de mi vida debían permanecer ahí, en el pasado. Que no necesitaba compartirlo con nadie. En realidad no era solo el temor al qué dirán, era lo que yo pensaba de mí misma. Odiaba aquella época de mi vida, aborrecía a la persona en la que me convertí. Me avergonzaba de mí misma. Desde mi depresión me he considerado más débil que los demás. Si no compartí nada de esto contigo hasta hace unos meses, fue porque prefería taparlo, ocultarlo. Han tenido que pasar muchos años para ser capaz de aceptarme tal cual, para poder contarlo sin tapujos.

Ahora es él el que me mira como si yo me hubiese perdido algunos capítulos de nuestra historia.

—Ana, ¿no te has dado cuenta de lo que ha pasado desde junio?

Supongo que se refiere a las sonrisas tontas, las conversaciones cargadas de intención sin decir nada claro. El corazón alocado. El tonteo sin necesidad de ocultarlo, sin miedo. A volver a SENTIR, así, en mayúsculas.

—¿A qué te refieres? —Me hago la tonta.

Él mueve la cabeza hacia los lados y se masajea la barba, y yo me derrito un poco. Necesito que me lo diga.

—Te he querido desde el primer día. Y creí que era imposible querer más a alguien, pero después de nuestra conversación en la boda, y tras cada una de las que mantuvimos por teléfono, sentía que lo que tenía dentro estaba

creciendo aún más, me estaba desbordando. Lo que estábamos construyendo era mucho mejor. Ana, eres lo mejor que me ha ocurrido jamás. Conocer todos tus rincones me ha hecho sentirte más cerca de lo que nunca te había sentido antes. Ojalá no hubiese complicado tanto las cosas. —Resopla con fuerza y se deja caer sobre la arena. Abre los brazos y pierde su vista entre la niebla; las estrellas, imposible contemplarlas.

Y, justo en ese momento, me entra la risa. Porque es él y por mucho empeño que yo le pusiese, nunca ha dejado de serlo. Me mira de reojo y la tensión en su expresión desaparece. Va a incorporarse, pero le pongo mi mano en su pecho y lo freno. Me tumbo y me acurruco junto a él. Entonces me abraza con fuerza y quedamos el uno frente al otro, a escasos centímetros.

—Más las compliqué yo hace seis años, y aquí estamos. Creo que todo tiene solución.

Acaricia mi mejilla y en un susurro me lanza una pregunta, aunque estoy segura de que ya conoce la respuesta.

—Entiendo que… ¿volverás?

Nuestros labios casi pueden rozarse mientras el sonido de las olas nos arrulla. El frío hace un rato que ha desaparecido.

—A pesar de que me hayas sentido muy lejos, jamás me marché.

Entonces la distancia entre los dos desaparece.

EPÍLOGO

Seis meses después

—Y por fin, ante todos vosotros, el gran Robert Bliss.

Una gran ovación da paso a un silencio solemne entre el público. El salón de actos está a rebosar. Sobre el escenario, él gana terreno. Sus palabras son como un bálsamo para quien busca algo de calma y esperanza. Su voz y sus gestos inundan todo el espacio, cargándolo de buena energía. La sensación de paz es curativa.

Ella permanece al fondo, de pie, sintiéndose una intrusa por formar parte, sin ser invitada, de algo a lo que renunció hace tiempo. Aun así, se deleita y disfruta una vez más de un discurso ya conocido. Un ruido familiar se cuela en la escena y la arranca de aquel instante congelado en su memoria, que muchas noches la visita sin previo aviso.

Se despierta con una sonrisa dibujada en sus labios. Apaga el despertador y se remueve sobre la cama.

Se incorpora y se queda unos segundos con la espalda apoyada sobre el cabecero. Con dulzura, lo contempla de espaldas. Su respiración es pausada y rítmica.

Se levanta sin hacer ruido y va directa al baño. Necesita una ducha; hace demasiado calor sin brisa y sin mar cerca.

Se mete bajo el chorro de agua fría y, en cuestión de segundos, termina de despertarse. Sale de la ducha, se seca y, con mimo, se extiende crema sobre el cuerpo. Escucha sus pasos y lo espera sin girarse. Él la abraza por detrás y le besa con suavidad el cuello.

—Buenos días, amor.

—Buenos días, dormilón. —Ella se gira, rodea su cuello y lo besa lentamente. Las prisas pueden esperar un poco.

La temperatura sube un par de grados y, antes de perderse, se apartan intercambiando una mirada cargada de complicidad. Lo deja en el baño y va hacia el vestidor.

Apenas tarda en salir vestida de la habitación y se dirige a la cocina a preparar el desayuno para dos.

Desayunan en la terraza mientras se cuentan el uno al otro todo lo que les depara el día.

Recogen rápidamente y vuelven al baño. Ana se maquilla y Dani comienza

su ritual frente al espejo, al tiempo que intercambian más de un gesto de cariño.

Salen de casa a la vez, atraviesan el portal y se despiden con un beso largo.

Él camina hacia su estudio y ella va nerviosa hacia el *parking* a por el coche. A primera hora tiene una reunión con una empresa, y espera que se convierta en cliente. Apenas lleva un par de meses con su negocio de visitas guiadas y los comienzos están siendo bastante prometedores.

Ya montada en el coche, sale del aparcamiento y sintoniza la radio. La canción que suena fue un éxito de un solo verano. Esta vez no viene acompañada de agobios ni de falta de aire, su sonrisa se ilumina y el instante se cubre de felicidad. Sube el volumen y, sin ningún miramiento, comienza a destrozar la canción a voz en grito, sintiéndose realmente afortunada.

Nada más salir a la calle, al torcer a la derecha, el paso de peatones se le echa encima. Reacciona justo a tiempo para no llevarse a un peatón por delante.

Frena en seco y su corazón se acelera. Baja la ventanilla y pide perdón al hombre, que ha terminado de cruzar ajeno a lo que ha estado a punto de ocurrir. Parece no escucharla, pero ella insiste en disculparse. Por fin capta su atención, él se gira y la mira con familiaridad, con el mismo carisma que mostraba en cada una de sus ponencias. Ella lo contempla con incredulidad y le devuelve una sonrisa. Mueve la cabeza a ambos lados y, aún con la ventana abierta, le da las gracias en voz lo bastante alta como para que la escuche.

Una fila de coches comienza a impacientarse y no tienen vergüenza en abusar de sus bocinas. Ana reacciona y continúa su camino.

Robert Bliss se pierde en la lejanía, orgulloso de que ella haya logrado encontrase. En un gesto algo infantil, su sonrisa se ensancha al recordar todas aquellas «casualidades» que se fueron sucediendo, cuando cada uno de ellos más lo necesitaba.

El tráfico sigue su curso, la canción de aquel primer beso aún suena, y una oleada de gratitud y felicidad invade a Ana.

FIN

AGRADECIMIENTOS

Desde niña, he inventado historias en mi cabeza. Eran como películas; no les faltaba detalle: personajes, diálogos, trama, giros e incluso banda sonora.

Tardé mucho tiempo en plantearme que, quizás, podía plasmar esas ideas sobre el papel, y tardé más aún en decidirme a desarrollar alguna de esas historias. La que escogí fue esta, la que tienes entre tus manos.

El día en que me senté a escribir, confirmé lo que sospechaba: esto formaba parte de mí; y desde aquel momento no podría, ni querría, dejar de hacerlo.

No te miento, llegar hasta aquí ha sido un largo camino. Lleno de baches, con demasiados parones y dudas, un montón de dudas. Pero gracias a la constancia y a muchas personas increíbles, logré llegar al final.

En primer lugar, quiero dar las gracias a mi familia y amigos, por apoyarme y animarme a seguir adelante. En especial a mi madre, por escuchar mis ideas, por leer no sé cuántas versiones de la historia y darme siempre su opinión más sincera. Y a mi marido, por darle importancia a mi proyecto y por proteger el tiempo que dedico a la escritura.

A las profesoras de La Casa de las Escritoras, por haber creado una tribu increíble en la que poder apoyarme. Gracias por demostrarnos que la escritura no tiene que ser un camino solitario y que en el trayecto podemos encontrarnos con personas maravillosas.

A mis compañeras escritoras, en especial a mi grupo de Mastermind, y a las mujeres que están detrás de @novelasyvermu; cada una de vosotras es extraordinaria. Gracias por inspirarme, por compartir todo lo que sabéis y por estar siempre dispuestas a ayudar.

A mis lectoras cero: Trini, Estefanía, Tania, Agu y a mi madre, por ayudarme con cada comentario e idea a sacar lo mejor de mi historia. Gracias por el tiempo que le habéis dedicado, por vuestras ganas y por aportarme tanto.

Gracias a Lydia Chas, por su lectura profesional y sus audios cargados de consejos y de energía positiva.

A Sara Hernández (The Blue Cat), gracias por captar la esencia de mis ideas y crear una portada mágica que antes solo era un boceto en mi imaginación.

Gracias a mi correctora, Tania Moreno, por hacerme tan fácil el proceso y por ayudarme a mejorar.

Y a mi maquetadora, lectora cero y consejera, Duna Alba. Gracias por

ayudarme siempre, por resolver todas mis dudas, por tus consejos de diez y por empujarme a seguir.

Y por último a ti. GRACIAS de corazón, por darle una oportunidad a mi novela.

Índice

PRÓLOGO
Un destino a mi medida
Un poco más de ti
Tenemos que hablar
Noche en Blanco
Una ronda de recuerdos
El día señalado
Qué decir
Cumpleaños feliz
Un día más
En algún lugar de Londres
Cita a ciegas
La reunión anual
¿Disfrutamos de Londres?
Nuevos planes
Un poco de orden
Una propuesta inesperada
Procrastinación
Volver a verte
El día antes de la boda
Otro chupito más
El gran día
Recuerdos
Cosas por decir
A contrarreloj
Navidades en marzo
Nochevieja
Recordando los años universitarios
Confidencias

Un nuevo giro
Unos días por Madrid
¿Hablamos?
Nueva York
Mucho que contar
Nosotros
Dos días en Nueva York
Comienzos
Remordimientos
De vuelta
Sinceridad
Un día después
Hogar, dulce hogar
¿Comenzamos de nuevo?
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS